



Entre extremismo y populismo
El Frente Nacional en perspectiva histórica

Presenta:

Alejandro Aguilar Nava

Director:

Jean-François Prud'homme

Maestría en Ciencia Política

Promoción 2017-2019

Comisión lectora:

Dra. Isabelle Rousseau

Dr. Ilán Bizberg

Contenido

Introducción	4
El conflicto de historiografías	4
1. La democracia ante el reto del populismo	13
La estructura de las demandas en las sociedades contemporáneas	14
El advenimiento del proyecto neoliberal.....	16
La globalización cosmopolita.....	23
La democracia en jaque	29
La crisis y la reconfiguración de las democracias	36
El pacto social en crisis	36
El populismo como una cuestión democrática.....	42
Las dos caras del pueblo	52
2. La anomalía histórica	56
Los consensos y disensos de postguerra	57
Los treinta gloriosos y la política de reconstrucción	58
El Estado Benefactor y el pacto social	61
Del “oprobio de Vichy” a la hegemonía de la derecha parlamentaria	66
El gran disenso: la alternativa radical comunista	73
Los resentidos de la bonanza.....	80
El arribo de la globalización y el movimiento de Pierre Poujade	81
Le Front National: el fin de la dispersión y la travesía del desierto.....	85
3. El umbral de época.....	96
El legado del desarrollo	97
Las crisis.....	98
La politización de la migración.....	105
La perturbación de lo político	109
La crisis del pacto social	109

Auge y decadencia de la izquierda.....	114
Le Front National entre derrotas y victorias	130
4. El populismo crónico	142
La era de la profundización	143
La apertura a Europa	145
El clivaje: soberanistas vs. cosmopolitas.....	152
Entre pasado y futuro	159
El euroescepticismo y la proletarización del partido	159
La escisión.....	169
El efecto Sarkozy	176
La mundialización salvaje	184
El nuevo FN y las dos crisis	185
La primer fuerza política	195
Conclusiones	202
El problema de fondo.....	202
Epílogo.....	207
Dos hipótesis sobre la emancipación	207
Fuentes	216

Introducción

El conflicto de historiografías

Esta investigación tiene como finalidad reinterpretar el auge político electoral del Frente Nacional (*Le Front National*, FN), partido populista de ultraderecha francesa, que se ha convertido en la primer fuerza política del país en la última década. Este fenómeno notable de la política francesa es digno de estudio pues constituye un hito y un desafío aparentemente inusitado para una democracia “consolidada”. La explicación simplista tiende a aplicar clichés adjudicados al populismo donde son los electores, comúnmente considerados irracionales, quienes se dejan manipular por liderazgos carismáticos para echar por la borda las bondades que los sistemas políticos y económicos les otorgan.

La finalidad de este texto es ofrecer una perspectiva diferente de las causas de la emergencia populista en el entendido que explicaciones como la antes enunciada poco aportan a dilucidar los retos que enfrentan las democracias en la actualidad. Todo lo contrario, fenómenos como el FN deben entenderse a la luz de las contradicciones estructurales a las que se ven sometidas las democracias contemporáneas a causa de las transformaciones económicas que han acontecido desde la Segunda Guerra Mundial. El éxito del partido, observado en perspectiva histórica, refleja su capacidad de aprovechar las ventanas de oportunidad creadas por estas contradicciones y reformularlas en términos nativistas y xenófobos.

Siguiendo esta intuición el lector encuentra ante sí un recorrido histórico de la vida política francesa, de 1945 a 2017, examinando con especial interés las coyunturas en que las tensiones sociales y económicas se gestan, cómo se trasladan al ámbito político y son aprovechadas por el FN. Siendo esta narrativa un ejercicio académico, tiene una serie de premisas, algunas hipótesis y un compromiso intelectual. Es menester clarificarlas con la intención de dar una visión de conjunto al lector sobre la obra y aclarar la hoja de ruta de la travesía académica.

Para empezar, desarrollaré la premisa. Sostengo que es indispensable rehabilitar el concepto de populismo como legítimo para entender las transformaciones que han sacudido a las sociedades modernas en años recientes. Con tal finalidad buscaré sacarlo de sus tradicionales lugares comunes: la irracionalidad de las masas y el maquiavelismo del líder. Esta intuición sigue una tendencia de la izquierda académica que entiende al populismo más como un síntoma que como la enfermedad. Como Ivan Krastev indicara, por encima de oscuras fuerzas antidemocráticas o autoritarias, las causas de la coyuntura actual hay que buscarlas en las “peligrosas mutaciones” que ha sufrido la democracia representativa-

liberal, cuya forma condensada -si se quiere, simplificada- es el populismo actual¹. En un tono similar, Mouffe hace eco de la necesidad de entender el horizonte de demandas que dan pie al populismo contemporáneo y su racionalidad, pues de no hacerlo, se correrá el riesgo de postergar la crisis hasta lo impostergable².

El caso francés, en mi opinión paradigmático de la rehabilitación de la ultraderecha en Europa, sirve de ilustración para dar cuenta del complejo proceso de crisis política, económica y social, en que el discurso populista del FN ha encontrado un caldo de cultivo favorable después de haber transitado desde posiciones no-populistas. El devenir de un minúsculo partido con un electorado difuso menor al 1% del padrón electoral en los setentas a la primera fuerza electoral francesa con un poder suave considerable sobre la opinión pública francesa, permite exponer la narrativa de una sociedad en medio de tensiones difícilmente resolubles en el contexto actual. A esta premisa le sigue una hipótesis compleja “a tres bandas”, tomando la jerga del billar. Para el caso francés, se entretajan tres procesos concurrentes e interconectados:

1) La lenta pero continuada fragilización del pacto social que se había establecido en la temprana postguerra, fundado sobre cuatro pilares: el rápido crecimiento económico de los treinta gloriosos, la consolidación de un estado de bienestar estratificado, el consenso político nacionalista fuertemente alimentado por el “oprobio de Vichy”, y la existencia de una fuerza política radical que agrupara a las clases populares. La fragilización comenzó a gestarse desde los setentas, aunque los primeros cambios podían vislumbrarse desde 1968, con la consecuencia tangible de la deprivación y la gradual exclusión de categorías sociales de sistemas de protección e integración social, notablemente las poblaciones obreras, trabajadores no cualificados y campesinos.

Desde el punto de vista económico, un vasto universo de literatura ha puesto el énfasis en diversos fenómenos relacionados, entre los que destacan la crisis del crecimiento económico, el estancamiento de la productividad, la concurrencia internacional con otras economías en desarrollo que sustituyeron a los países industrializados en la producción de manufacturas y bienes, y el consecuente advenimiento de la sociedad postindustrial, cuyas manifestaciones más visibles fueron la deslocalización de las industrias y la tercerización de la economía.

Desde el punto de vista social, el desempleo rampante a partir de 1974 y la desaparición o pérdida de influencia de los cuerpos intermedios (corporaciones y sindicatos)

¹ Ivan Krastev, “The Populist Moment”, Eurozine, 2007, www.eurozine.com/the-populist-moment.

² Chantal Mouffe, *For a Left Populism* (London: Verso, 2018).

se sumaron a las crisis económica y fiscal del estado de bienestar. Las consecuencias también han sido bien documentadas. La sociedad francesa se ha fracturado ostensiblemente. Por un lado se cuentan los ganadores de la globalización, élites educadas que residen en urbes dedicadas a los servicios. Por el otro los perdedores de la misma, clases populares y trabajadores de poca cualificación que residen en el medio rural o periurbano.

En el fondo, la fragilización no sólo remite al desequilibrio de ciertos mecanismos económicos y sociales; entraña principalmente una fisura en las relaciones entre el Estado y la sociedad. El orden político de la temprana postguerra, producido desde el Estado en sus múltiples facetas (benefactor, regulador, conductor de lo político) permitía a la sociedad una autocomprensión estable cimentada en el desarrollo económico. Al cesar las condiciones que favorecían la estabilidad, la sociedad en su conjunto se vuelve materia de polémica donde nuevas demandas la ponen en entredicho. Desde este punto de vista, el populismo es una reacción que recoge las demandas y las articula en una visión alternativa de la comunidad. En su éxito electoral, los matices que distinguen al FN¹ responden en buena medida a estas demandas: la refundación del pacto social para los frentistas pasará por la recuperación del Estado ordenador, en el seno de la sociedad contemporánea francesa, vinculado a una visión radical de la soberanía del pueblo².

2) La convergencia política entre izquierda y derecha, notable desde 1983. Al reconocer la inviabilidad de una política económica estatista, el entonces presidente socialista François Mitterrand, emprende una serie de medidas de liberalización y desregulación de la economía. Este giro llevó lenta pero inexorablemente al Partido Socialista (PS) a la alienación de sus votantes tradicionales en favor de las élites urbanas intelectuales. El proceso se acompaña del declive del Partido Comunista Francés (PCF), patente desde 1968 cuando se hizo visible su desvinculación de intereses de los huelguistas. El partido se vio reducido a la insignificancia política con la caída del muro de Berlín, la extinción del orden comunista y la desaparición de los partidos comunistas del mundo o su transformación en el Eurocomunismo.

Con el fin de la opción comunista, que fue la primera fuerza política en la Francia de postguerra en las primeras dos décadas, el espectro político francés comenzó a hacer agua

¹ Por ejemplo, la expresión homóloga en EE.UU. encabezada por Donald Trump tiene una inercia histórica distinta que se expresa en idearios, oferta discursiva y movilización política. Una hipótesis rápida sugeriría que, en este país, la ruptura del pacto social pasa mucho menos por la crisis del Estado de Bienestar y mucho más por los desbalances económicos-sociales vinculados a la población étnica blanca y el “sueño americano”.

² Sin embargo, como trato de explicar, no siempre fue así. Sólo después del lento y tortuoso proceso de aprendizaje que constituye su deriva populista (y que tiene como correlato su éxito electoral) ha llegado a enarbolar esta oferta discursiva.

por un flanco perdiendo los discursos que imaginariamente suturaban la representación de la sociedad. La significación profunda del proceso iba más allá de la debacle del PCF. El desprestigio de la hipótesis comunista de cambio social volvía explícita una realidad que también venía gestándose de largo. La pérdida de autonomía de lo político de lo económico, reestructurando la ecuación a la total subordinación de lo primero por lo segundo. El nuevo espíritu de época parecía mandar que nunca más los intereses del Capital sería desatendidos.

La caída del muro de Berlín y la constitución de la Unión Europea en 1993 abrió definitivamente el nuevo clivaje político entre los ganadores y los perdedores de la apertura al mundo globalizado. He decido llamar a los primeros “cosmopolitas”, por estar en favor de una amplia integración mundial, mientras que a los segundos “soberanistas”, por defender la soberanía popular como anclaje ante un mundo que perciben cambiante y amenazador. Este clivaje fue aprovechado progresivamente por el FN mejor que ningún otro de sus rivales políticos y constituyó el principal incentivo para que abandonara posiciones extremistas y adaptara su discurso a las demandas soberanistas en una articulación discursiva populista.

En el fondo, la dimensión política es la otra cara del pacto social. La modernidad política, no sólo como proyecto filosófico sino como el espíritu de una época, presupone *grosso modo* que una sociedad que se autocomprende cuenta con los mecanismos para autorepresentarse en su diversidad de forma que toda demanda y percepción tiene cabida por vías políticas institucionalizadas (partidos, sindicatos, corporaciones) de forma que nadie queda excluido de la participación en lo público-político. Este es el gran proyecto de la opinión pública¹. Bajo tal supuesto, la idea de la democracia como poder del pueblo, en sus múltiples manifestaciones, era pensada como seguro de emergencia para enmendar cualquier desperfecto del pacto social. El populismo no hace sino recuperar esta idea como medio de contestación radical.

3) Por último, las dos hipótesis estructurales se correlacionan con dos hipótesis sobre el agente, el Frente Nacional: 1) una hipótesis que he llamado “democrática”, que propone que el partido transitó desde posiciones extremistas² hacia una oferta discursiva aparentemente aceptable para la democracia francesa a partir de varias fases: la renuncia al componente revolucionario en los setentas, los vaivenes entre negacionismo y seriedad política en los ochenta, el viraje euroescéptico y obrerista en los noventa y finalmente la

¹ Véase: Jürgen Habermas, *Historia y crítica de la opinión pública* (Barcelona: Gustavo Gili, 2004).

² Michel Wieviorka, *Le Front national, entre extrémisme, populisme et démocratie* (Paris: Maison des Sciences de l'Homme, 2013); Michael Löwy y Francis Sittel, “The Far Right in France: the Front National in European Perspective”, en *The Politics of the Right*, ed. Leo Panitch y Greg Albo (New York: NYU Press, 2016), 51–67.

reformulación del republicanismo con Marine Le Pen. 2) una hipótesis “populista” que le ha permitido adaptarse a los nuevos contextos y clivajes políticos franceses y ha vuelto su oferta discursiva atractiva para sectores que anteriormente se encontraban en otras latitudes del espectro político, articulando demandas de sectores sociales que habían sido alienadas de otras fuerzas políticas. Sostengo que ambas ocurren a la par de las transformaciones acontecidas en la sociedad francesa, resumidas como la fragilización del “pacto social”. Durante el periodo estudiado, el partido transitó por coyunturas que lo hicieron adaptar su discurso del extremismo, en tiempos de su fundación, a la oferta populista de la actualidad mediante la articulación de demandas insatisfechas que le han permitido diversificar y acrecentar su base electoral en torno a la identidad “pueblo”.

El recorrido histórico que buscaré reconstruir y entender en el contexto de las transformaciones estructurales debuta con el movimiento de Pierre Poujade en 1953, quien organizó a tenderos y artesanos rurales contra las primeras consecuencias de la liberalización económica. Además de que el poujadismo está íntimamente relacionado con la genealogía que inaugura el FN, siembra el primer precedente de moderación del extremismo. La fundación del partido en 1972, de la mano de Jean-Marie Le Pen (exdiputado poujadista) en los albores de los primeros signos de la fragilización del pacto social, sigue de cerca el momentáneo éxito que habían adquirido el populismo de Poujade y constituye, en sí mismo, el primer momento de desdemonización (*dédiabolisation*) del FN.

Subsigue el *coup de tonnerre* (el trueno) de Dreux en 1983, primer momento de éxito electoral de importancia del partido. Éste resulta de un cambio en la oferta discursiva que se enfoca novedosamente a la inmigración como problemática social en una pequeña ciudad fuertemente sacudida por la crisis económica y el desempleo. Un siguiente momento es observable en el influjo de Bruno Mégret y la corriente intelectual de la Nueva Derecha (*Nouvelle Droite*) quienes introdujeron al discurso frentista la política de la identidad y la agenda nativista en un momento en que el pacto social sufría la presión aumentada de la integración europea y la globalización. A la postre, entre el cenit de la crisis económica de 2008 y la crisis migratoria europea que alcanzó su punto más álgido en 2015, el cambio de mano en los liderazgos del partido y el ascenso de Marine Le Pen, hija del histórico fundador, instituyó el viraje decisivo de moderación discursiva y articulación populista.

Una nota sobre el populismo

Finalmente, para la buena comprensión del proceso, considero pertinente clarificar dos dicotomías de conceptos que se entienden recíprocamente y que están en el fondo de mi argumentación: las distinciones entre extremismo/populismo que justifica hablar de la

deriva populista del partido y la permiten conservar la valoración del partido en el espectro izquierda/derecha.

La dicotomía populismo/extremismo puede ser entendida como un continuum en que las diferencias de grado devienen en una incompatibilidad definitoria. Lo que distingue a ambos conceptos es la actitud de oposición al orden establecido. Siguiendo un consenso relativamente establecido en el campo de estudio de la ultraderecha, se comprende que el populismo se distingue del extremismo porque éste último se opone *in toto* al régimen establecido, verbigracia la democracia, mientras que el primero lo hace a una particular versión de ese orden o al orden en su condición actualmente existente, en nuestro caso, la democracia liberal¹. El criterio que sigue este texto es que el populismo no es sólo una veta al interior de la política radical, sino que, en tanto apelación al pueblo como fundamento de legitimidad de las democracias, se ha convertido en la modernidad política en la política radical por excelencia.

El hecho de que el populismo acepte la vía democrática lo sitúa en una dinámica por completo distinta al extremismo. Así, mientras el FN, extremista en sus orígenes, no pasaba de un grupúsculo con escasa visibilidad que se dedicó a organizar manifestaciones públicas caracterizadas por su violencia, reyertas callejeras con las juventudes comunistas, se servían de un discurso revolucionario que los situaba totalmente al margen de la aceptabilidad de los electorados. En cambio, al constituirse como partido político, los frentistas realizaron una aceptación tácita de la vía democrática como el mecanismo para impulsar su agenda política, al cual le seguiría un continuo aunque lineal proceso de desdemonización como consecuencia del apercibimiento de que para realmente ser competitivos tenían que adecuarse a su contexto social y poder presentarlo (o enmascararlo, si se quiere hacer una crítica de las ideologías) en no contradicción con la vía democrática elegida.

La lógica de la desdiabolización implica la progresiva transformación hacia identidades políticas más respetables para la ortodoxia del discurso público. En consecuencia, brinda capacidad al partido para extender su base electoral de los acólitos militantes a otros segmentos de la sociedad. Esta lógica, de articulación de demandas, resulta ser simétrica a la del populismo para el caso francés. Nótese que no asimilo *a priori*

¹ Un buen resumen de ambas posturas con abundantes fuentes se encuentra en Matt Golder, “Far Right Parties in Europe”, *Annual Review of Political Science* 19, núm. 1 (2016): 477–497. Para una lectura desde la formación de conceptos véase Mr Andreas Dafnos, “Concept structures and the Far Right”, Centre for Analysis of the Radical Right, 2019, <http://www.radicalrightanalysis.com/2019/01/17/>.

desdemonización con populismo: el primero es un proceso de cambio de discurso, de adecuación semántica y pragmática que en este caso transitó, por ejemplo, de definiciones rígidas del pueblo a significantes flotantes características de la retórica populista; el segundo, recordémoslo, trata de la articulación de demandas insatisfechas emanada de ese discurso.

Un ejemplo claro de por qué la articulación discursiva no viene necesariamente de un proceso de desdemonización es la derechización del discurso de Donald Trump, la cual no lo coloca tampoco en el ámbito del extremismo. Visto como un continuum, el populismo, un fenómeno político antiliberal pero no antidemocrático, se encuentra en un vago punto intermedio entre la democracia liberal y las tendencias que buscan subvertirla: extremismos, fascismos, autoritarismos, totalitarismos y compañía. El punto de partida define la dirección en que se desplazará el discurso en su deriva populista: mientras en el caso estadounidense se percibió la acentuación de los rasgos antiliberales de Trump con respecto de la ortodoxia liberal de su predecesor, Barack Obama, en el caso francés el FN transitó a la articulación populista desde posiciones radicalmente antiliberales y, para algunos de sus primeros integrantes, incluso antidemocráticas. En este sentido se puede hablar del proceso de adaptación del partido.

Por otra parte, la dicotomía derecha/izquierda también merece discutirse en aras de la claridad. Se ha asociado comúnmente la diferencia entre izquierda y derecha a la forma particular de organización del espectro político de la postguerra. Así, podría ser erróneo y simplista afirmar que partidos políticos como el FN han adoptado en su última etapa políticas relacionadas con la izquierda¹. Esta caracterización carece de reflexión histórica. Que, en la temprana postguerra, la izquierda haya optado por medidas estatistas de desarrollo y redistribución no es más que un accidente histórico de su ser, así como el hecho de que la derecha sea vinculada a la desregulación de mercados en los años siguientes. La izquierda francesa, como argumentaré a lo largo del texto, no vio mal plegarse a estos principios.

Una brevísima historia conceptual de la cuestión, en el contexto francés, comienza por preguntarse la esencia inmutable de cada uno antes de ver cómo se tradujo en la experiencia histórica de diversos momentos. La historia de la distinción es bien conocida: en la primera asamblea revolucionaria en 1789, a la derecha se sentaron quienes consideraban que el monarca tenía poder de veto sobre la asamblea, lo que significaba que

¹ Por ejemplo Ronald Inglehart y Pippa Norris, "Trump, Brexit, and the Rise of Populism: Economic Have-Nots and Cultural Backlash", *SSRN Electronic Journal*, 2016, <https://doi.org/10.2139/ssrn.2818659>.

la legitimidad popular se encontraba por debajo a la del Rey; mientras a la izquierda quienes consideraban que no lo tenía y pugnaban por que la voz del pueblo lo fuera todo¹. Esta distinción puede ser leída como dos lógicas siempre encontradas en la política: aquellos que buscan la conservación de un *status quo*, actual o pasado, que puede significar la preservación de un estado de libertad; y aquellos que buscan su inclusión en el *status quo*, en otras palabras, la expansión de la igualdad.

El FN de los últimos años puede tener un programa que se asociaba a la izquierda en la temprana postguerra, pero en la esencia busca mantener un orden que en su discurso es cada vez más precario. El carácter nativista, xenófobo y exclusionista del partido lo ubican en la ultraderecha, pues en vez de buscar una transformación radical del conjunto de relaciones que están en la causa de las problemáticas francesas, busca generar chivos expiatorios sobre los cuales hacer caer el peso de la responsabilidad. No está dispuesto a extender el horizonte de la igualdad a la inmigración. En su nueva época y ante nuevas definiciones relacionales de su identidad partidista, el FN asimila la ultraderecha a una posición antineoliberal, pero no emancipatoria.

Al final, pero no por ello menos importante, considero de interés explicitar el compromiso intelectual de este texto. La intención última no es otra que dar cuenta de las profundas interrelaciones entre las contradicciones que aquejan a la sociedad francesa como consecuencia de largos y profundos procesos de cambio estructural ligados al ideario neoliberal y el resurgimiento campante de la ultraderecha francesa. La sombra que subyace es la responsabilidad de la izquierda francesa (¿y mundial?) de atender las consecuencias perversas de su abandono a la política radical. De hacerlo en términos progresistas, democráticos y universalistas, podrá reencauzar las demandas que tan bien ha capitalizado la ultraderecha.

En cuanto al capitulado, el programa de esta investigación se reparte de la siguiente manera. En el primer capítulo presento un marco analítico sobre las transformaciones que producen una estructura de demandas propia de las economías postindustriales. Al enfatizar la cuestión de las demandas, se justifica introducir el debate sobre el populismo definido como una articulación de demandas insatisfechas mediante la enunciación del significante pueblo, en la acepción de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe. Dicho marco es indicativo y por

¹ Francois Cusset, *How the World Swung to the Right. Fifty Years of Counter Revolutions* (Pasadena: Semiotext, 2016), 10 y ss También sigo la línea de argumentación de Cusset cuando afirma la importancia de buscar la idea de la izquierda más allá de su expresión contingente, pero no comparto su criterio de encontrarla en el conflicto.

lo tanto no refleja especificidades nacionales, aunque permite mostrar a nivel teórico que el populismo es una consecuencia no deseada de la globalización neoliberal.

En el segundo capítulo estudio el periodo de estabilidad de la temprana postguerra caracterizado por altas tasas de crecimiento económico y relativamente equitativa distribución de la riqueza. Estos factores, junto al clima idiosincrático de la postguerra y los arreglos políticos que dieron paso de la IV a la V República (1958) crearon un clima de estabilidad que hizo inviable una articulación populista de ultraderecha importante. La comprensión de este periodo es de gran relevancia puesto que al cesar, la ultraderecha del FN y otras agrupaciones comenzaron a encontrar espacio en el espectro político para su actuar, además de que ciertas contradicciones que aprovecharon después venían gestándose desde estos años.

En el tercer capítulo analizo las transformaciones que tuvieron lugar a partir de la crisis económica de 1973 y la alternancia política que lleva a la izquierda socialista al poder en 1981. Tras dos años de fallidas políticas de estatización de la economía, en 1983 el entonces presidente François Mitterrand emprende un programa de liberalización e integración económica sin precedentes que aumentará la desigualdad y la exclusión social, al tiempo que aleja a las clases populares de la izquierda. En el mismo intervalo de tiempo, un recién constituido FN empieza a abandonar expresiones políticas propias del extremismo y se aproxima, lento y de a poco, a una oferta discursiva propia del populismo.

En el cuarto y último capítulo, rastreo como las transformaciones antes mencionadas se profundizan con la constitución de la Unión Europea en 1993, ahondando las contradicciones sociales resultantes. Como correlato, el FN se consolida como el primer partido obrero en las elecciones presidenciales de 1995 en las que Mitterrand abandona la presidencia. No obstante, el partido se mantiene relativamente al margen de la conquista del poder a causa de pugnas entre los cuadros históricos partidarios del extremismo y las nuevas tendencias de la ultraderecha favorables al discurso populista. No fue hasta la poca exitosa elección presidencial de 2007, seguida de la crisis económica del 2008, que Jean-Marie Le Pen deja el cargo a manos de Marine Le Pen, quien adopta una estrategia de articulación populista.

Al final del libro, el lector encontrará un breve excursión en el que retomo la manifestación rural y periurbana de los chalecos amarillos (*gilets jaunes*), como excusa para imaginar un nuevo horizonte político de la izquierda, tan ensimismada en la creencia que el populismo de ultraderecha se combate, también, con populismo.

1. La democracia ante el reto del populismo

Para hacer sancionar esta ley tomó con gran diligencia sus medidas; una de ellas fue el que, siendo antes costumbre que todos los oradores hablasen vueltos hacia el Senado y hacia el llamado comicio, entonces por la primera vez salió más afuera, perorando hacia la plaza; y en adelante lo hizo así siempre: causando con una pequeña inclinación y variación de postura una mudanza de grandísima consideración, como fue la de convertir en cierta manera el gobierno de aristocracia en democracia, con dar a entender que los oradores debían poner la vista en el pueblo y no en el Senado...

Plutarco, "Tiberio y Gaio Graco", *Vidas paralelas*.

La estructura de las demandas en las sociedades contemporáneas

“Un espectro recorre el mundo, el espectro del populismo”. Esta frase resuena constantemente en los ámbitos académicos (y los no tanto) como moneda corriente en la última década. Probablemente la resonancia del concepto es el mejor indicador de que, efectivamente, nos encontramos en un momento populista. Sin embargo, la discusión sobre el contexto político mundial concerniente al resurgimiento del populismo de extrema derecha pocas veces supera el nivel de la vulgata en que es banalizado y sus causas obviadas: ya sea por pura ingenuidad sensacionalista, ya sea por malicia para mantener el statu quo.

En aras de superar este pernicioso hábito, buscaré estudiar tanto el discurso populista como las demandas sociales que sirven de fértil terreno para su aparición. La forma final en que las demandas son expresadas, inclusión o exclusión, no debe propiciar que no sean analizadas con detalle para entender la naturaleza y causas de la articulación populista. ¿Cuáles son esos procesos subyacentes que provocan las tensiones sociales y cómo serán articulados en el discurso populista?

El proyecto de esta investigación propone que las tensiones de la sociedades postindustriales, siguiendo vías relativamente variables, pueden ser rastreados hasta el modelo de globalización neoliberal que tiene lugar de forma clara desde principios de la década de los setentas y había alcanzado, hasta la crisis de 2008, una vertiginosa velocidad¹. Las demandas generadas en consecuencia trascienden el ámbito económico y suponen un reto omnicomprendido para las sociedades, creando condiciones para sucumbir a la tentación populista.

En los siguientes apartados describiré este proceso siguiendo de cerca el marco analítico propuesto. Como puede observarse, nos encontramos frente a dos dimensiones de un fenómeno complejo: las transformaciones estructurales que configuran la estructura de las demandas en sociedades postindustriales (que se encuentran al interior del cuadro); y el proceso intersubjetivo mediante el cual las sociedades perciben estas transformaciones

¹ En el curso de esta investigación, intentaré desentrañar el caso francés, aunque quizá pueda ser extensivo a otras sociedades altamente globalizadas y con economías avanzadas o crecientemente posindustriales como es el caso de Estados Unidos (Donald Trump) y el Reino Unido (Brexit), además de un amplio abanico de economías avanzadas en las dos Europas, oriental y occidental. Sobre el neoliberalismo como la fuente de las contradicciones globales, mi tesis sigue de cerca el programa de investigación de la notable compilación de artículos editada por Heinrich Geiselberger, resumido de forma sucinta en Heinrich Geiselberger, “Preface”, en *L'âge de la régression*, ed. Heinrich Geiselberger (Paris: Gallimard, 2017), 9–16.

Cabe aclarar que como mapa general es necesariamente abstracto e indicativo. Los procesos pueden ser observados a nivel macro como regularidades más o menos confiables. Sin embargo, tener una idea general será útil para sentar las bases sobre las cuales describiré en los próximos capítulos cómo se ejecutó este proceso en Francia y cómo ha sido articulado por el populismo de ultraderecha encarnado en *Le Front National*.

En las siguientes secciones me ocuparé de la estructura de las demandas mientras que dejaré la crisis del pacto social y los populismos para el segundo apartado de este capítulo. De forma analítica, el proceso puede dividirse en tres: en la primera sección desarrollaré las consecuencias del fin del modelo de desarrollo de postguerra y el advenimiento del proyecto neoliberal en las políticas económicas nacionales; posteriormente abundaré en las consecuencias de la globalización neoliberal y los cambios culturales, políticos y económicos asociados; por último, en la tercera sección, me abocaré a las transformaciones políticas identificadas como consecuencias de los procesos antes descritos.

El advenimiento del proyecto neoliberal

A decir verdad, la prehistoria del desencuentro que enfrenta a las sociedades contemporáneas tiene una raíz bien documentada. Se trata de la desigualdad originaria que divide al capitalismo de la democracia o, por decirlo mejor, al que enfrenta a la economía con la política en las sociedades modernas. Mientras que a lo largo del S. XIX y principios del XX los derechos políticos fueron extendidos gradualmente, primero a la clase masculina trabajadora y después a la población en general (con especial retraso para las mujeres), la promesa de la política, llámese socialismo o socialdemocracia, de llevar la democracia hasta su “conclusión lógica”¹, la igualdad económica, se quedó en el tintero. Más aún, los conflictos que llevaron a la Segunda Guerra Mundial tuvieron mucho que ver con las consecuencias de la Gran Depresión de 1929 y las posteriores devaluaciones competitivas que los Estados europeos efectuaron con la finalidad de atraer capitales².

El panorama de destrucción después de 1945 dejaba al mismo tiempo una lección y la oportunidad de comenzar de nuevo mediante una serie de arreglos en que se establecían un compromiso entre el capitalismo y la democracia durante el periodo especial de políticas

¹ Como afirmaba Bernstein. Citado en Amit Bhaduri, *Repensar la Economía Política. En busca del desarrollo con equidad* (Buenos Aires: Manantial, 2011), 43.

²

de fuerte inspiración en Keynes, que en Francia fue conocido y popularizado como “los treinta gloriosos”¹ (*Les trente glorieuses*). Este modelo de desarrollo comprendía una serie de características entre las que se destacan una injerencia continua del Estado en regular los mercados, intervenir activamente para corregir sus disfuncionalidades, estimular la demanda y el consumo como motor de desarrollo, actuar como principal *entrepreneur* e inversor, y tejer una amplia red de instituciones de seguridad social que justificarían hablar de un verdadero “Estado Benefactor”.

Desde el punto de vista sociopolítico también asomaba una nueva forma de interacción entre las demandas sociales y los incentivos democráticos para procesarlas, en parte por la bonanza económica y las ampliadas capacidades del Estado por atenderlas, en parte por la amenaza latente del comunismo en la URSS y en los partidos comunistas locales. Así, a pesar de que la proletarianización de las economías en su proceso de industrialización creó una clase obrera numerosa, nunca lo fue suficiente como para imponerse de forma definitiva hacia el socialismo. Lo que sí logró fue obtener aumentos en su calidad de vida de forma continua durante los primeras décadas de postguerra que legitimaran el modo de producción². La promesa de la política permanecía viva a pesar de no haber sido colmada.

La situación adquirió otra tesitura con las transformaciones que dieron fin a al modelo de desarrollo de postguerra. El cambio tenía su parte orgánica en la naturaleza revolucionaria y contradictoria del capitalismo de siempre. Entre muchos, una breve lista de factores comprende la dependencia del modelo de desarrollo de energía barata y en grandes cantidades para surtir una industria boyante que tuvo que cambiar de orientación cuando los precios del petróleo escalaron vertiginosamente a principios de los setenta. El decreciente crecimiento económico, se argumentó, no sostendría más el amplio aparato de los Estados Benefactores sin la necesidad de incrementar impuestos, al tiempo que la tendencia demográfica de envejecimiento volvía aún más acuciante la cuestión.

No obstante, las consecuencias más funestas fueron propiciadas por el proyecto político y económico más importante de la segunda mitad del siglo XX: el neoliberalismo. Sobre su auge se han barajado dos explicaciones, desde posiciones intelectuales encontradas, que ayudan a comprender la naturaleza de las implicaciones que tendría en el futuro. Los historiadores económicos más ortodoxos, por un lado, aducen que la revolución neoliberal tuvo lugar debido al estancamiento económico que venía anunciándose desde

¹ En el segundo capítulo abordaré el periodo con más detalle. Sírvase el lector de la obra que bautizó la época para más información: Jean Fourastié, *Les Trente Glorieuses* (Paris: Fayard, 1979).

² Un desarrollo de este argumento se lee en “La política económica de la socialdemocracia” en Bhaduri, *Repensar la Economía Política. En busca del desarrollo con equidad*, 41–63.

principios de la década de los setentas y que se acrecentó con las crisis petroleras de 1973 y 1979. El modelo de desarrollo basado en la intervención del Estado en la economía, según estos comentaristas, había alcanzado su fin y era necesario liberar la capacidad de emprendimiento de los individuos de los anclajes sociales¹.

También se anunciaban justificaciones políticas bajo la consigna de la “sobrecarga al Estado”. Estas argumentaciones aducían que las democracias de su época se habían vuelto incontrolables por la continua demanda de provisión de bienes públicos de forma irresponsable a Estados que no podían proveerlos. Aún peor, con el objetivo de ganar puestos públicos los candidatos y partidos eran propensos a prometer dádivas insostenibles. La solución, una vez más, era liberar a los mercados de su encuadramiento político y económico para que pudieran reemplazar a los Estados eficientemente².

El mensaje final parecía insinuar que para salvar la democracia había que encerrarla, reducirla, controlarla. La lucha contra los sindicatos, donde los había, seguía de cerca esos dogmas. El más vívido ejemplo fue la guerra sin cuartel que libró Margaret Thatcher contra el sindicato de mineros bajo la consigna de que una sociedad igualitaria sólo podría crearse cuando se desarticularan organizaciones sociales que usurpaban los bienes públicos con sus demandas exageradas y coaccionaban al pueblo industrial con su aparato burocrático³.

Lo cierto es que el proyecto político neoliberal fue, al mismo tiempo, en gran medida un proyecto de la más alta clase empresarial destinado a moldear la política económica de Estados Unidos y Europa Occidental⁴, que aprovechó la coyuntura económica adversa para proponer un conjunto de medidas contrarias al canon hasta ese entonces reinante en aras de promover un arreglo económico político favorable a la libertad de empresa bajo la premisa de que los beneficios obtenidos por unos cuantos se repartirían después al resto de

¹ Joseph Schumpeter teorizó el emprendimiento individual a través del concepto de “destrucción creativa”, caro a los economistas neoclásicos, como la innovación técnica al costo de destruir industrias anteriores. Esto tendría consecuencias en desplazamiento de trabajadores poco cualificados. Véase: Joseph A. Schumpeter, *Capitalism, Socialism and Democracy* (London and New York: Routledge, 2003), 81–86, <https://doi.org/10.4324/9781315270548-17>.

² Véase: Michel J. Crozier, Samuel P. Huntington, y Joji Watanuki, “The Crisis of Democracy? Report on the Governability of Democracies to the Trilateral Commission”, *The French Presidential and Legislative Elections of 2002* (New York: New York University Press, 1975), <https://doi.org/10.4324/9781351146722-16>. Una visión crítica se encuentra en Armin Schäfer, “Liberalization, Inequality and Democracy’s discontent”, en *Politics in the Age of Austerity*, ed. Armin Schäfer y Wolfgang Streeck (Cambridge: Polity, 2013), 169–95.

³ Mouffe, *For a Left Populism*, 29 El lector advertirá que las referencias a la burocracia opresiva iban cargadas de tintes políticos, principalmente contra la URSS y los partidos comunistas.

⁴ Cfr. “La fundación de la sociedad Mont Pélerin” en Fernando Escalante, *Historia mínima del neoliberalismo* (México: El Colegio de México, 2015), 37 y ss.

la sociedad¹. El retraimiento del Estado de la economía, la liberalización de los mercados, la disminución del gasto social y el aligeramiento de las cargas fiscales al abandonar impuestos progresivos sobre el ingreso en pro de los impuestos al consumo han sido de las más significativas medidas en cuanto impacto social. Éstas han dado pie al descontento creciente que en última instancia ha sido capitalizado por los populismos de extrema derecha.

Hay que reconocer que probablemente no todo es consecuencia directa del proyecto neoliberal. El estancamiento económico que puso en entredicho la continuidad del modelo de desarrollo de los treinta gloriosos desembocó en la crisis fiscal del Estado Benefactor pues mientras que la actividad económica se paralizó, los gastos sociales siguieron creciendo e incluso se aceleraron. Primero gradualmente por la dinámica demográfica de una población que envejece, después de golpe cuando el desempleo aumentó exponencialmente y el Estado tuvo que cubrir los seguros de desempleo y otras prestaciones sociales². Las respuestas en el tiempo también fueron escalonadas con ciertas variaciones regionales. Al principio, aumentaron los impuestos para poder mantener la operación de los sistemas de seguridad social, después iniciaron un proceso de austeridad y privatizaciones para compensar el déficit fiscal.

La liberalización de la economía, la austeridad en el gasto social y las privatizaciones de grandes ramas productivas del Estado parten del supuesto de que es el mercado y no el Estado el mejor mecanismo para coordinar la distribución de toda clase de recursos bajo toda circunstancias. Esta postura ha sido calificada de “fundamentalismo de mercado” por Joseph Stiglitz debido a la inflexibilidad de sus proponentes para reconocer los límites del mercado, las condiciones en las que no es deseable y las distorsiones sociales colaterales que genera³.

Es bien sabido que la “consolidación del Estado”, como este proceso ha sido llamado, tuvo como consecuencia la reducción del influjo positivo que procuraban los sistemas de seguridad social del Estado Benefactor sobre la sociedad, pues amortiguaba los efectos adversos de las crisis económicas jugando un papel anticíclico y estimulaba la demanda al

¹ Esta es la teoría de la desigualdad de Kutnetz, que pronosticaba que el despegue del proceso de desarrollo generaría una alta desigualdad, deseable en la medida en que propiciaría y sería amortiguada por un rápido crecimiento, para después disminuir conforme las sociedades hubieran obtenido un grado avanzado de desarrollo. Esta teoría ha sido ampliamente criticada. Véase por ejemplo: Thomas Piketty, *El Capital en el siglo XXI* (México: Fondo de Cultura Económica, 2014), 25 y ss; Branko Milanovic, *Desigualdad mundial. Un nuevo enfoque para la era de la globalización* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2017), 61 y ss.

² Pierre Rosanvallon, *La crise de l'Etat-providence* (Paris: Éditions du Seuil, 1984), 13.

³ El término “fundamentalismo de mercado” fue acuñado por Stiglitz en su primera versión del libro: Joseph E. Stiglitz, *Globalization and its Discontents Revisited* (New York - London: W.W. Norton & Company, 2018), 101 y ss. Alan Aldridge, *The market* (Cambridge: Polity, 2005), 49–56.

aumentar el poder de compra. Como algunos analistas señalan, debilitar al Estado no sólo no era la solución a las crisis, sino que volvía la crisis un mal recurrente¹.

La otra reacción a la crisis, de vital importancia, fue la asunción de que parte de la crisis del modelo de desarrollo y la inviabilidad económica de las democracias partía de los esfuerzos coordinados desde el sector público para mantener el pleno empleo y los costes que esto tenía, desde las altas tasas de inflación hasta la legitimidad de los sindicatos. Por lo tanto, de forma casi universal las sociedades industriales fueron liberalizando el mercado laboral y optaron por medidas de control de la inflación, aunque esto significara una alta tasa de desempleo.

Privado de las redes de apoyo, de seguridad social, debilitados los sindicatos y sin un Estado que velara por el pacto laboral, el trabajo viró hacia un modelo de flexibilización e individualización. En palabras de Ulrich Beck, un modelo biográfico donde los trabajadores compiten unos contra otros y son las particularidades de su experiencia vital lo que da pie a su éxito o fracaso². Cada vez menos protegido por los arreglos de antaño, los trabajadores se juegan el todo o nada. Como escribiera Robert Castel, “el proletario, convertido en asalariado [...] tiene mucho más que perder que sus cadenas”³.

Por su parte, las políticas de control de la inflación provocaron el aumento de la deuda social de forma desmesurada en comparación el aumento de los salarios. El efecto perverso fue la reacción de los deudores contra un sistema económico que los encadenaba perpetuamente, generando una situación riesgosa puesto que, en palabras de Mark Blyth: “esto empodera a los deudores ya que no pueden pagar, no lo van a hacer y aún tienen derecho a votar”⁴.

Las consecuencias sociales se traducen en el aumento de las desigualdades y en la inseguridad económica. El aumento de las tasas de interés en la década de transformación neoliberal convirtió el futuro en terreno incierto, dificultó el ahorro e hizo que quienes no contaban con un capital disponible vivieran en la incertidumbre⁵. Aunque esta es consecuencia de la dislocación del trabajo y de la seguridad social, sus efectos se potenciaron

¹ Sobre la función contracíclica del Estado Benefactor, en especial para Francia, véase: Rosanvallon, *La crise de l'Etat-providence*, 7.

² Ulrich Beck, *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad* (Madrid: Paidós, 2006), 215 y ss.

³ Robert Castel, *El ascenso de las incertidumbres. Protecciones, trabajo, estatuto del individuo* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2010), 21.

⁴ Mark Blyth, “Global Trumpism. Why Trump’s Victory Was 30 Years in the Making and Why It Won’t Stop Here”, *Foreign Affairs*, núm. What was the liberal order? The world we may be losing (2017): 140.

⁵ Pierre Rosanvallon y Jean-Paul Fitoussi, *La nueva era de las desigualdades* (Buenos Aires: Manantial, 1997), 32 y ss.

con las consecuencias perniciosas de la globalización. En un mundo globalizado el riesgo sume al individuo en la indefensión, pues los mecanismos de los que emana le son externos, lejanos y muchas veces incomprensibles¹.

En cuanto a las desigualdades, aunque latentes durante los años de primacía del modelo de desarrollo de postguerra, volvieron a manifestarse con fuerza cuando fue abandonado. Mientras hubo crecimiento estas no estaban tan claramente establecidas o sus efectos no estructuraban tan marcadamente el campo social y la perspectiva a futuro era que pudieran ser revertidas². En cambio, el desdoblamiento de las desigualdades tradicionales, que se amplió y generó nuevas desigualdades intracategoriales, justifica a Rosanvallon y Fitoussi hablar la “nueva era de las desigualdades”³.

La más evidente fue el aumento de las desigualdades patrimoniales, difuminadas por la destrucción de la Segunda Guerra Mundial, pero que resurgieron de la mano del capitalismo industrial y financiero que procuraron mayores rendimientos al capital que al ingreso del trabajo. Contrariamente a las predicciones de los economistas más optimistas, esto no resultó en un efecto de goteo a los estratos carentes de capital resultando en el acrecentamiento de la riqueza de las elites económicas⁴.

En el otro extremo de la distribución de la riqueza los cambios se hacen evidentes. La desaparición de los barrios obreros dio paso a la creación de los espacios periurbanos como nuevos espacios de marginación. La cuestión social se convirtió en la cuestión urbana. Asimismo, tras la flexibilización del mercado laboral, la presión de migrantes norafricanos que llegaron a competir por los puestos de trabajo dio pie a discursos que enunciaban la cuestión étnica o racial⁵. Al desaparecer la “cuestión social”, en su sentido tradicional, por la fragmentación de la clase obrera, se delinearon estas nuevas formas de desigualdad que, como argumentaré más adelante, serán esenciales para comprender la articulación de los conflictos políticos⁶.

¹ Es esta la perspectiva de una “fenomenología de la globalización”. Véase Rüdiger Safranski, *¿Cuánta globalización podemos soportar?* (Ciudad de México: Tusquets, 2013).

² Castel, *El ascenso de las incertidumbres. Protecciones, trabajo, estatuto del individuo*, 20.

³ Estas son más patentes cuando contrastan con el imaginario igualitario de los países continentales con Estados Benefactores desarrollados. Nuevas desigualdades, más allá del ingreso o del patrimonio, como del acceso al crédito o al sistema financiera que a la postre permitirían democratizar el emprendimiento. Rosanvallon y Fitoussi, *La nueva era de las desigualdades*, 73 y ss.

⁴ Esto lo ha demostrado de forma contundente, con especial atención a Francia, Piketty, *El Capital en el siglo XXI*.

⁵ Castel, *El ascenso de las incertidumbres. Protecciones, trabajo, estatuto del individuo*, 42–43.

⁶ Estas dos formas de desigualdad serán fundamentales para entender la emergencia del populismo de ultraderecha. Por un lado, los anillos periurbanos se fueron convirtiendo en bastiones de *Le Front National*, primero, y después la cuna de la movilización de los “chalecos amarillos”. Por otro lado, la

El aumento de las desigualdades y la precarización de la vida, acompañado del debilitamiento de las redes de seguridad social del Estado Benefactor, el desempleo de masas y el aumento de la deuda social, gestaron un conflicto distributivo al interior de los mercados laborales con dos consecuencias principales: hizo inviable la solidaridad como forma de interacción social al incrementar el costo del trabajo por los impuestos y otras contribuciones a los servicios de seguridad social, además crearon una brecha entre la identificación individual y la inclusión social¹.

En condiciones de bienestar material, como durante las primeras décadas después de la Segunda Guerra Mundial, el conflicto distributivo era aminorado por el “velo de ignorancia”, en palabras de John Rawls, en el cual los contribuyentes no se preguntan por el uso redistributivo del Estado Benefactor. Aunque hay quienes contribuyen más que lo que reciben y viceversa, esto no constituye un asunto polémico debido a la concepción social de la igualdad como un fin social legítimo que hace posible la solidaridad mecánica coordinada desde el Estado². En condiciones de adversidad económica, el velo se desgarró. El papel del Estado como procurador de una amplia gama de servicios sociales se ve cuestionada por su carácter de “arena redistributiva”³, en el cual la estructura de información resulta en un desencuentro de intereses entre grupos.

Por otro lado, la precarización que da pie al conflicto distributivo es a la vez causa y efecto de la descolectivización del trabajo y la protección social. En parte, desde los rudimentos ideológicos del neoliberalismo los cuerpos intermedios y cualquier forma de organización colectiva era sospechosa de distorsionar los mercados y coartar la libertad. En parte porque sin la solidaridad social era imposible lograr las metas de la organización de forma eficiente. La precarización laboral y el desempleo producen un ejército laboral de

desigualdad étnica pone en entredicho el republicanismo francés que, bajo presión, también es retomado por el FN bajo un tinte nacionalista de exclusión.

¹ Es cierto que otros factores influyen, entre ellos: las presiones para desarrollar formas más restrictivas de solidaridad, el envejecimiento de la población, distorsiones burocráticas entre grupos de beneficiarios y de contribuyentes y la mayor circulación de información sobre el uso de los recursos. Pierre Rosanvallon, *The new social question: rethinking the welfare state* (Princeton: Princeton University Press, 2000), 4.

² Rosanvallon, *La crise de l'Etat-providence*, 31; Rosanvallon, *The new social question: rethinking the welfare state*, 4 y ss.

³ Theodore J. Lowi, “Four Systems of Policy, Politics, and Choice”, *Public Administration Review* 32, núm. 4 (1972): 298–310; Sin embargo, la querrela trasciende la mera redistribución, escribe Rosanvallon: Escribe Rosanvallon: “los nuevos conflictos que estructuran nuestra sociedad no son más conflictos de redistribución, en la perspectiva tradicional del conflicto de clases. Son, cada vez más, conflictos de interpretación sobre el significado de la justicia” en Rosanvallon, *The new social question: rethinking the welfare state*, 33.

reserva¹ que sirve a los empleadores para mantener a los trabajadores sumisos y los salarios bajos. Eso lo entendieron a tal grado que, durante los años de bonanza, usaron la inmigración de trabajadores de las colonias para debilitar la organización de la fuerza de trabajo local. No es casualidad que entre la clase obrera, aun militantes de izquierda, haya pervivido cierta idiosincrasia antiinmigrante producto del conflicto inducido por los patrones. Tampoco sorprende que estos trabajadores voten ahora por las extremas derechas xenófobas, como explicaré más adelante.

La globalización cosmopolita

La singular complejidad que caracteriza al viraje neoliberal, con sus múltiples tramas extendiéndose más allá de lo estrictamente económico, han configurado un auténtico *zeitgeist* de bordes difusos, pero de efectos reales. Mientas que los factores antes enunciados pertenecen a un “canon neoliberal”, otro par de factores son tendencias de más largo aliento en el desarrollo de las economías capitalistas aunque sus efectos han convergido. Por un lado, la globalización económica que de forma acelerada, después de la Segunda Guerra Mundial, ha llevado a las economías estatales a mayores grados de integración contando para el caso con la Unión Europea como un destacado exponente, además relevante para el estudio del caso francés. Por el otro lado, el proceso de evolución hacia modos de producción cada vez menos intensivos en trabajo y más intensivos en capital es una tendencia de larga duración, prevista desde tiempos de Marx².

De acuerdo con Fitoussi y Rosanvallon es posible considerar 3 etapas en la evolución de la globalización: al principio de la postguerra, la internacionalización organizada de la globalización basada sobre la creación de las instituciones de la gobernanza internacional y la liberalización aduanera³; después, durante la década de los setentas, la configuración de una economía mundo orientada hacia la financiarización; por último, hacia la década de los noventas la apertura del antiguo mundo comunista, la reducción al mínimo de los aranceles y la concurrencia de China y Latinoamérica en el mercado mundial que se conjugo con la insuficiencia de las instituciones de la gobernanza económica para regular los intercambios⁴. Colin Crouch considera como cuarta etapa la integración económica y comercial en la que la

¹ Karl Marx, *El Capital. El proceso de producción del capital. Tomo 1, Volumen 3*, ed. Pedro Scaron (México: Siglo XXI, 1988), 782 y ss.

² Marx, 771 y ss.

³ Que como trataré de demostrar en el capítulo siguiente, ya generaba distorsiones en Francia, el movimiento de Pierre Poujade, que anunciarían el futuro éxito del populismo.

⁴ Para la caracterización de las 3 fases de globalización consultar: Rosanvallon y Fitoussi, *La nueva era de las desigualdades*, 119–21.

consolidación de la Unión Europea y otras áreas de libre comercio profundizan la interdependencia mundial¹.

Durante su apogeo, la intensificación de los flujos de bienes, servicios y capitales entre países ha repartido los beneficios y perjuicios de la economía de mercado a escala planetaria según la capacidad de los individuos y las sociedades de contar con los capitales específicos para su aprovechamiento. Probablemente la crisis de 2008 marque el inicio de una nueva era de regionalización y retraimiento de la globalización de la cual los Donald Trump, los Farage y los Le Pen sean algo así como el epifenómeno de sus contradicciones más que nunca evidentes.

De entre las disrupciones de la globalización, es bien sabido para el caso del comercio que las importaciones destruyen empleos mientras que las exportaciones los crean por virtud de las ventajas comparativas entre países. El problema, nos dice Joseph Stiglitz, es que en las sociedades con economías avanzadas las exportaciones necesitan menos trabajo para ser creadas. Si la apertura comercial se incrementa el impacto de las importaciones destruirá en mayor proporción el trabajo poco cualificado, mientras que las exportaciones emplearán trabajo altamente cualificado pero en números muy menores. Por lo tanto, concluye, incrementar la participación del comercio no siempre es beneficioso para mantener el pleno empleo².

Adicionalmente, la globalización financiera ha hecho cada vez más factible trasladar activos de uno a otro lado del globo, buscando condiciones más propicias para hacer negocios. La carrera hacia la competitividad para atraer capitales disminuye la capacidad de los gobiernos de velar por los intereses laborales de los trabajadores y para imponer cargas impositivas altas que puedan financiar el gasto social. El anterior sometimiento de los sindicatos y la flexibilización del trabajo durante la década de los ochentas habría pavimentado el camino³. Para nada sorprende que algunos de los bastiones del populismo de extrema derecha sean zonas que hace unas décadas bullían de actividad industrial, ahora deslocalizada y de fuerte implantación comunista.

Aunado a la globalización, la expansión de los mercados bajo la lógica del capitalismo como modo de producción, es pertinente contemplar las consecuencias de su evolución. Se partió de las sociedades industriales, pilares del desarrollo durante la temprana postguerra

¹ Colin Crouch, *The Globalization Backlash* (Cambridge: Polity, 2019), 14–23.

² Stiglitz, *Globalization and its Discontents Revisited*, 8 y ss.

³ Stiglitz, 19.

hacia las sociedades postindustriales¹. En las primeras, basadas en la fábrica, la producción de bienes es el principal componente económico, lo que permite relaciones laborales estables en las que el modo de producción se aparejaba al modo de protección, haciendo la solidaridad mecánica posible. En las segundas, los servicios adquieren primacía con cambios sustanciales en los arreglos sociales. Como el trabajo implica una mayor orientación a la producción de información, el trabajo del ser humano sobre sí mismo, la especialización de la producción tiende hacia la descolectivización del trabajo y la tercerización de funciones que pueden ser realizadas en espacios lejanos².

A pesar de que algunos teóricos como Schumpeter vieran en esta evolución la prueba clara de la primacía del capitalismo sobre el socialismo, la “destrucción creativa” ha tenido como consecuencia el desplazamiento de trabajadores poco cualificados que no pueden adaptarse al progreso técnico. Más aun, las consecuencias sociales abonan al debilitamiento del poder de negociación la fuerza de trabajo organizada. El sindicato como forma de organización del trabajo surge como institución homóloga a la fábrica industrial, cuando la producción se organiza en red la coordinación social y la posibilidad de organización se vuelve improbable. Además, la estratificación del trabajo ahonda las desigualdades intracategoriales. En tanto el trabajador cualificado tiene un alto valor agregado, los trabajadores no cualificados moderan sus expectativas ante el riesgo de verse desplazados por los de otros países, máxime si sus países no tienen un acceso privilegiado a los factores de producción³.

El correlato, la desindustrialización, no está relacionada únicamente con la competencia internacional y el libre flujo de capitales, sino con el aumento de la productividad a nivel local. Por ejemplo, la automatización de los procesos productivos ha tenido tanto que ver con el desempleo de antiguos trabajadores industriales como la inmigración u otras tendencias de la globalización⁴. Aunque es difícil de medir los efectos, la lógica indica que sin el influjo de la globalización el avance de la automatización hubiera

¹ Es importante considerar que ambas dimensiones forman parte de un mismo proceso en el que se retroalimentan: la globalización impele a los países, al competir en el mercado internacional, a dedicarse a formas de producción cada vez menos intensivas en mano de obra y más intensivas en capital, en este caso gracias a la revolución tecnológica de las telecomunicaciones que a su vez hace posible la intensificación de la globalización.

² En este punto sigo de cerca a Daniel Cohen, *Tres lecciones sobre la sociedad postindustrial* (Buenos Aires - Madrid: Katz, 2007), 12–24.

³ Rosanvallon y Fitoussi, *La nueva era de las desigualdades*, 133 y ss.

⁴ Es el caso que ilustra este interesante análisis que muestra que el desempleo industrial en Estados Unidos ha tenido más que ver con la automatización que con la inmigración. Cfr. Thomas H. Davenport, “Why Trump Doesn’t Tweet About Automation”, *Harvard Business Review*, 2017, <https://hbr.org/2017/01/why-trump-doesnt-tweet-about-automation>.

sido más lento¹. Empero, dado el consenso ideológico que no cuestiona la no neutralidad de la economía, los nuevos voceros de la crisis han optado por liberar las tensiones sociales mediante la búsqueda de chivos expiatorios.

Aun cuando los niveles de empleo no han caído estrepitosamente, aunque sí muy por debajo de los niveles de antes de los años setenta, la calidad de estos ha disminuido, como atestigua el auge del subempleo y el autoempleo². Sin las redes de seguridad social de los Estados Benefactores ahora adelgazados el impacto en el bienestar de los individuos es inmediato. No obstante, el efecto de la globalización y las transformaciones de la economía capitalista no han ocupado un lugar primordial en la reflexión de los economistas ortodoxos pues está en sintonía con las políticas de liberalización y flexibilización de los mercados laborales.

Siguiendo la lógica de la apertura de los flujos a nivel mundial, la inevitable libre circulación de capitales tiene su correlato en la libre circulación de personas buscando suplir la demanda de fuerza de trabajo repartida desigualmente en el globo. Lo que en un principio se trató de una “inmigración”, movimiento de personas gestionado por el Estado para solventar las demandas del mercado laboral de las economías en expansión, ahora se le comunica como un flujo constante y no gestionado de extranjeros golpeando las puertas y saltando las bardas. Como convincentemente argumenta Umberto Eco³, como fenómeno social global la distinción entre el primero y el segundo es apenas discernible.

Aunque la migración contemporánea, con sus particularidades, podría ser positiva para la economía mundial como paliativo de la tendencia hacia el envejecimiento de las sociedades europeas, ha sido una fuente de resentimiento entre las clases populares. En las últimas décadas, algunas agrupaciones antiliberales han magnificado este sentimiento creando un ambiente de “pánico migratorio”⁴. La búsqueda de una identidad común pero exclusiva, tan característica de los populismos de ultraderecha⁵, ha sido la respuesta a la percepción de pérdida de soberanía en un mundo de flujos económicos cambiantes.

¹ Colin Crouch, *The Globalization Backlash* (Cambridge: Polity, 2019), 28.

² Crouch, 30.

³ “El fascismo eterno” en Umberto Eco, *Cinco escritos morales* (Barcelona: Lumen, 1998).

⁴ Zygmunt Bauman, “Synmptômes en quête d’un objet et d’un nom”, en *L’âge de la régression* (Paris: Gallimard, 2017), 41.

La asociación reciente entre migración y terrorismo, sobre todo después 11 de septiembre de 2001, no es la consecuencia natural de un presunto choque de civilizaciones sino un efecto colateral de la globalización neoliberal. A nivel de los imaginarios de las sociedades contemporáneas opera como una especie de catexis de la ubicuidad de las fuerzas de la globalización a la imagen concreta del terrorista.

⁵ No es de extrañar, destaca Appadurai, la recurrencia a los viejos mitos de la grandeza nacional y el rechazo de las tradiciones seculares de post-guerra, principalmente el liberalismo político. Cfr. Arjun

Si el proyecto político del neoliberalismo comprendía la debilitación de los cuerpos intermedios y las formas de organización del trabajo desde el aparato del Estado, las consecuencias de la globalización y las transformaciones capitalistas han acentuado la pérdida de poder de negociación, o confrontación, de la fuerza de trabajo, organizada o no. Como he intentado delinear, los efectos adversos de la globalización convergieron en el tiempo con el florecimiento de las nuevas desigualdades y el debilitamiento de las redes de protección social en los Estados.

Fuera del dominio económico, las consecuencias de las transformaciones producto de la globalización capitalista y del cambio de rumbo hacia una economía política neoliberal tuvieron su correlato en un nuevo espíritu de época, también global. Dependiendo a quién se lea, el diagnóstico varía aunque pueden agruparse en dos hipótesis. Por un lado, se ha hablado de la expansión de una ideología del consumo, el cosmopolitismo planetario o la postmodernidad como la lógica cultural del capitalismo tardío. Por le otro, hay quienes afirman que las principales contradicciones emanan de la ineludible heterogeneidad social y el flujo incontrolable de la migración¹, que desvela la transparencia con que diferentes culturas están conectadas e interactuando.

Sea como sea, las políticas culturales del mercado también crean sus distorsiones. La “lógica cultural del capitalismo tardío”² (como la negación de la ideología en la ideología de la sociedad de consumo o como disolución de la cultura en la ubicuidad cosmopolita) ha encontrado en el liberalismo político un gran aliado en la afirmación de un espíritu de época centrado en la individualidad. Al alinear la defensa de los nuevos movimientos sociales (feminismo, antirracismo, ambientalismo y movimientos por la liberación sexual, entre otros) con los sectores de avanzada del capitalismo financiero (Wall Street) y cultural (Hollywood y el marketing)³, la transformación neoliberal no trastocó únicamente los dominios distributivos de la economía, sino las relaciones de reconocimiento social entre los grupos que pudieron abordar el tren de la globalización con toda comodidad, y aquellos que no.

Appadurai, “Une fatigue de la démocratie”, en *L'âge de la régression*, ed. Heinrich Geiselberger (Paris: Gallimard, 2017), 17–37.

¹ Sobre ambos, Bauman los considera los principales vectores de la crisis actual por la incapacidad del Estado-nación de asimilar los cambios con la velocidad que se suceden. Bauman, “Synmptômes en quête d’un objet et d’un nom”, 44–45.

² “The Cultural Logic of Late Capitalism” en Fredric Jameson, *Postmodernism or, the Cultural Logic of Late Capitalism* (Durham: Duke University Press, 1991).

³ La tesis de la unión entre dos “inusuales compañeros de cama” es planteada en esos términos por Nancy Fraser, para quien es justo la dislocación de ambos lo que revela el surgimiento de los populismos de ultraderecha. Véase: Nancy Fraser, *The Old Is Dying and the New Cannot Be Born* (London and New York: Verso, 2019).

En un tiempo de incertidumbres económicas, las reacciones a las crisis y transformaciones se han vestido de nativismo, racismo y xenofobia. Esto no significa, como afirman algunos, que la crisis no tenga orígenes políticos y económicos¹. Estos están en la base de las demandas sociales. Sin embargo, se visten de reivindicaciones identitarias en respuesta a la misma lógica multiforme y en cierta medida inaprensible de la globalización neoliberal.

Por último, la consolidación de la era global llegó de la mano de la constitución de instituciones que la garantizaran. En Europa, la fundación de la Unión Europea en 1993 preveía que además de garantizar mayor integración económica abonaría a una mayor integración política y social. La realidad fue completamente otra. Cuando en 2005 se rechazó en referéndum en Francia y en los Países Bajos la ratificación de la Constitución Europea quedó claro que la paradójica razón principal del resurgente euroescepticismo era la falta de control político de los procesos económicos y sus consecuencias que la misma Unión había desencadenado, aunque con ello se rechazaba expresamente la posibilidad de complementar la integración económica con instituciones políticas. La corroboración principal del origen de los males llegó unos años después, cuando la crisis económica del 2008 se convirtió en una crisis del Euro.

Siguiendo a Wolfgang Streeck, son tres las contradicciones que emanan de la Unión Europea y que considero pertinente para comprender la irrupción populista que, de izquierda o derecha, es abrumadoramente euroescéptica. La primera, más evidente porque sobre ella corren la mayoría de las críticas, es el carácter no democrático de la UE, donde la concentración de poder recae en la Comisión Europea que es un órgano político independiente y no controlable bajo ningún mecanismo de elección popular, como sí lo es el mucho más limitado Parlamento Europeo.

No obstante, son en otros dos factores donde mejor se evidencia el origen neoliberal del proyecto. El proceso de integración europeo se caracterizó por lo que Streeck denomina “integración negativa”, es decir, la liberalización de los mercados, sin la creación de mecanismos de seguridad social que compensaran a nivel Europeo. Con las sucesivas rondas de ampliación en que accedieron países de Europa oriental, este objetivo fue impracticable. Además, a través de la corte Europea de Justicia las empresas encontraron el mecanismo

¹ Por ejemplo, Inglehart y Norris, “Trump, Brexit, and the Rise of Populism: Economic Have-Nots and Cultural Backlash”.

para obligar a los Estados a cumplir los compromisos de liberalización por encima de lo que ellos consideraban que eran los intereses de nacionales o de sus ciudadanos¹.

Contrario a la unidad deseada, la integración ha generado disrupciones evidentes: países con superávit contra países con déficit, el norte postindustrial contra el sur latino y, para algunos, los intereses de Alemania contra los del Resto². La ilusión de que la libre circulación de capitales y el progreso compartido produciría una identidad cultural compartida ha resultado una más de las promesas vacías del libre mercado³. Queda claro que, como forma institucionalizada y visible, la Unión Europea encarna en muy buena medida los defectos de la globalización neoliberal y es fuente creciente de demandas por la reforma en la mayoría de los discursos contestatarios.

La democracia en jaque

¿A dónde llevan estos cauces antes descritos? Establecer una filiación entre neoliberalismo y globalización cosmopolita obedece, menester es admitirlo, a una narrativa que se ha abierto camino entre las filas de la izquierda en los últimos años con más o menos fortuna. A saber, primero, que el giro neoliberal, cobijado por el aura de los nuevos movimientos sociales y el cosmopolitismo progresista, ha creado las condiciones para que una multiplicidad de demandas emerja a la superficie de una sociedad antes, aparentemente, pacificada.

El compromiso que se había alcanzado durante la temprana postguerra entre capitalismo y democracia era poco posible. Un tanto porque las condiciones de desarrollo de las sociedades capitalistas industriales habían cambiado y con ellas las sociedades huéspedes, un tanto porque las élites económicas ya no los encontraban confiables y útiles a sus intereses, razón por la cual promovían abiertamente un proyecto político antagónico. En esta dislocación del ámbito político, la mediación entre sectores sociales y la organización de diferencias también resultó trastocado. No debería de causar sorpresa que el éxito de la extrema derecha, antisistémica y potencialmente antidemocrática se deba a la incapacidad de lo político de dar cauce a las sociedades en proceso de cambio.

¹ “The Politics of Consolidation State: Neoliberalism in Europe” Wolfgang Streeck, *Buying Time. The Delayed Crisis of Democratic Capitalism* (London: Verso, 2017), 105; Wolfgang Streeck, “Democratic Capitalism and European Integration”, *New Left Review* 73 (2012): 64 y ss.

² Wolfgang Streeck, “Why the Euro Divides Europe”, *New Left Review* 95 (2015): 5–26.

³ En 1999 Jean-Claude Juncker afirmaba que con el Euro “un nuevo sentimiento se desarrollaría, nosotros, Europeos” loc. cit. Streeck, 11.

Esta tesis, que considero sustancialmente acertada, ha tenido entre sus principales voceras en los últimos años a Nancy Fraser y Chantal Mouffe¹. En términos generales, ambas destacan dos dimensiones de perturbación de lo político: el decreciente poder de la soberanía popular y la convergencia programática de las izquierdas tradicionales con las derechas. En el contexto socioeconómico de surgimiento de nuevas demandas debidas a nuevas formas de desigualdades, lo político pierde relevancia social y deja de ser, progresivamente, la instancia de autocomprensión social.

Aunque la fatiga de la democracia ha resultado un proceso endógeno a la globalización neoliberal, un accidente externo fungiría como catalizador: el fin del comunismo como una forma de organización política considerada viable representada, icónicamente, en la caída del muro de Berlín en 1989. Si bien ha sido documentado el lento declive que venían sufriendo los partidos comunistas desde la década de los setenta, siendo el francés y el italiano los más reconocidos, el desprestigio global de la URSS consumó la desaparición del “socialismo realmente existente” como opción política.

Del lado de otras fuerzas políticas de izquierda como la socialdemocracia. el proceso tuvo lugar de forma paralela, aunque con causas diferentes. Mientras los partidos comunistas venían a menos, los partidos socialistas viraron discursivamente hacia la aceptación del neoliberalismo cuya dinámica, acelerada por la globalización, parecía incontestable. La fuerte ofensiva del proyecto neoliberal en los ochentas de la mano de Ronald Reagan en EE.UU. y Margaret Thatcher en el Reino Unido², junto al declive de la URSS, se asociaron con la incapacidad de idear un modelo alternativo de desarrollo diferente a la opción neoliberal sobre la mesa, pero también al consenso keynesiano difícil de resucitar. La falta de imaginación de François Mitterrand en Francia, cuando en 1981 intentó un agresivo programa de “relance” evidenció el fracaso de la socialdemocracia para reformular su proyecto económico en un mundo cambiante.

¹ El muy interesante libro de Mouffe, donde desarrolla con cierta profundidad el argumento, inspira mis reflexiones en las conclusiones de este texto. Por otra parte, cabe advertir al lector que si bien todos los elementos que Mouffe y Fraser consideran en su narrativa forman parte de un “path dependency”, es claro que ambas piensan en Gran Bretaña y los Estados Unidos de América. El gran reto de los próximos capítulos será reconstruir el desarrollo del proceso para Francia con todas las peculiaridades y ajustes que esto implica. Véase: Nancy Fraser, “Néolibéralisme contre populisme”, en *L'âge de la régression*, ed. Heinrich Geiselberger (Paris: Gallimard, 2017), 60–77; Mouffe, *For a Left Populism*.

² El neoliberalismo como proyecto político ha sido abordado históricamente por David Harvey. En lo que refiere al caso de Margaret Thatcher en Gran Bretaña, el excelente análisis de Stuart Hall devela los resortes culturales por medio de los cuales se construyó la “revolución neoliberal” y las consecuencias ideológicas de esta para la izquierda. Véanse respectivamente: David Harvey, *A brief history of Neoliberalism* (Oxford: Oxford University Press, 2007); Stuart Hall, *The Hard Road to Renewal. Thatcherism and the Crisis of the Left* (London: Verso, 1988).

Como consecuencia directa, la izquierda no comunista encontró sus nichos electorales cada vez más lejos de las fábricas y de los sindicatos, y cada vez más cerca de las academias y los “nuevos movimientos sociales”. Con el debilitamiento y fragmentación de las clases obreras gracias a la transformación de las economías postindustriales y globalizadas emergieron nuevas identidades y frentes de lucha, al tiempo que los antiguos sujetos políticos y sus demandas pasaron a segundo plano. Descolectivizado el trabajo y desmembrados sus organizaciones de integración, la vieja política de clases se quedaba sin medios para enunciar sus demandas de forma efectiva.

Ya fuera el ejercicio de poder de la izquierda, donde lo hubo como en la Francia de Francois Mitterrand, o vislumbrar la transformación desde el parlamento, como en Reino Unido, le hicieron abandonar los sueños de ruptura revolucionaria y la plegaron a los cánones de la economía de mercado. Con ello renunciaron también a las visiones históricas del determinismo socialista, a buscar la resolución de conflictos mediante el compromiso y la consideración de todos los conflictos sociales sin darle primacía a los proletario-patronales¹.

No obstante, el espíritu de la nueva izquierda sólo se encontraba en sus liderazgos que de a poco se fueron alienando de sus bases electorales. De acuerdo con el estudio de Thomas Piketty para Estados Unidos, Reino Unido y Francia, en el plano electoral estos desplazamientos programáticos han conformado sistemas de partidos multiélites. Mientras originalmente la derecha atraía a las élites económicas y algunas profesiones acomodadas, la izquierda captaba el voto de los sectores obreros y populares. Actualmente, bajo el nuevo discurso de la izquierda se aglutinan las élites intelectuales progresistas². Mientras tanto, las clases populares votan de forma dispersa, cada vez menos o por los partidos populistas emergentes.

La convergencia de los partidos socialistas hacia la aceptación de las políticas económicas del neoliberalismo seguido del declive de los partidos comunistas de Europa constituye la verdadera revolución política del siglo XX para las sociedades postindustriales. El campo político quedaba libre, de forma definitiva, para el neoliberalismo. La versión más solicitada de esta tesis, el “fin de la Historia” de Francis Fukuyama, propone que los sucesos históricos se desarrollarán en el contexto de la incontestable hegemonía planetaria de la

¹ Rosanvallon y Fitoussi, *La nueva era de las desigualdades*, 167.

² Thomas Piketty, “Brahmin Left vs Merchant Right: Rising Inequality and the Changing Structure of Political Conflict, Evidence from France & the US, 1948-2017”, 2018, <http://piketty.pse.ens.fr/files/Piketty2018PoliticalConflict.pdf>; Thomas Piketty, *Capital et Idéologie* (Paris: Seuil, 2019) Véase el capítulo: “Gauche brahmane: les nouveaux clivages euro-américains”.

democracia liberal y el capitalismo de libre mercado. Claramente Fukuyama no aduce que la historia es imposible, sino que en adelante se verá reducida a la historia sin el antagonismo radical al que antes se vio sometido el orden liberal occidental¹.

Aunque las críticas historiográficas llovieron sobre Fukuyama, ya sea por la función oracular que asumía, ya sea por la sumisión de la historia a una teleología trasnochada, en el ámbito político poco se salió del guion. La convergencia ideológica que arrastró a las izquierdas socialistas al consenso del libre mercado y la democracia liberal, facilitado por la casi completa desaparición de los partidos comunistas, redujo la política a una mera discusión de técnicas² sin verdadero disenso entre los grandes fines.

Paradójicamente, la desaparición de un rival en el campo resultó en una serie de nuevos problemas para el orden político aparentemente incontestable. Los populismos de hoy en día delatan un cansancio de democracias que convencen cada vez menos. Dos conceptos me parecen centrales para explicar la fatiga democrática en las sociedades contemporáneas: postpolítica y postdemocracia. Siguiendo a Chantal Mouffe³, entiendo por postpolítica la reducción del espectro político a un único proyecto político, el neoliberalismo, a pesar de la multiplicación de opciones partidistas. Fundamentalmente, la postpolítica tiene su origen en la decadencia de los partidos comunistas, por un lado, y el viraje de la socialdemocracia hacia la aceptación del capitalismo como una única opción viable. Las consecuencias de la postpolítica van más allá de los desplazamientos ideológicos de las izquierdas, hacia su extinción o hacia políticas de la identidad, que dejan de vehicular la expresión de ciertas demandas de las clases populares. Tiene que ver más profundamente con una visión particular de hacer política en que son denegados tanto el desacuerdo como la posibilidad misma de las identidades colectivas.

El desprecio sobre las identidades colectivas parte de diagnósticos sociológicos que ponen el énfasis en las consecuencias de la globalización y las transformaciones socioeconómicas que hacen imposible hablar de identidades colectivas en el sentido tradicional del término como la clase social y remiten al más recalcitrante individualismo liberal. La política, entonces, sería la agregación de intereses individuales sobre un piso

¹ Francis Fukuyama, “¿El fin de la historia?”, en *¿El fin de la historia? y otros ensayos* (Madrid: Alianza Editorial, 2015), 55–101; Francis Fukuyama, *The End of History and the Last Man* (New York: Free Press, 2006).

² Así la historia personal del inspirador de Fukuyama, Alexandre Kojève, quien pasó de brillante filósofo a técnico del gobierno francés y del Mercado Común Europeo.

³ La argumentación sobre la “post-política” se puede consultar en Chantal Mouffe, *En torno a lo político* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2011) particularmente en el capítulo tercero “¿Más allá del modelo adversarial?”.

ideológico comúnmente aceptado¹. Da por sentado que las fuerzas de la globalización son inocuas y que los gobiernos tecnocráticos son los mejor capacitados para administrar lo común.

Así, mientras lo postpolítico refiere a la reducción de las posibilidades reales de elegir entre proyectos políticos, la postdemocracia caracteriza la incapacidad de actuar de los gobiernos en representación de intereses democráticos populares. En las sociedades contemporáneas, escribe Colin Crouch, “la política es realmente moldeada en privado por la interacción entre gobiernos electos y élites que representan desmesuradamente intereses de negocios” mientras que “el debate público electoral es un espectáculo controlado de cerca”². Con ello advienen una serie de consecuencias: la ciudadanía se vuelve una práctica pasiva y sus expectativas sobre los actores políticos decrecen.

De nuevo encontramos las huellas de la globalización neoliberal en la condición postdemocrática. Incluso un economista como Joseph Stiglitz reconoce que la gobernanza económica responde a intereses de élites selectas: banqueros, financieros, empresarios³. Estos y no los ciudadanos se vuelven el electorado relevante. En un contexto de alta integración económica, desempleo endémico y redes de seguridad social debilitadas, los líderes políticos buscan mantener el capital en sus Estados aunque sea al costo de trabajos “flexibilizados” e incentivos fiscales. Otro economista, Dani Rodrik, observa irreconciliables la “hiperglobalización”, las instituciones liberales y la soberanía popular. En su formulación, sólo dos, cualesquiera, son posibles⁴. La constitución de la Unión Europea ha conjugado el mercado único, mediante la eliminación de toda restricción aduanal a su interior y el libre flujo de capitales, con la creación de una supra institución de diseño liberal, con apego a un orden jurídico, mecanismos de gobierno y contrapesos, pero sin la posibilidad verdadera de representar la voluntad popular.

Los síntomas de la postpolítica y la postdemocracia son mucho más evidentes. En cuanto a los que votan, como Appadurai hace notar, en una época de descontento y malestar generalizado, cualquier ejercicio electoral se volvió un referéndum contra la democracia liberal para los descontentos⁵. Probablemente, el efecto en las percepciones sobre la

¹ En este caso remito nuevamente a la crítica que hace Mouffe de Anthony Giddens y Ulrich Beck en el libro antes citado. Cfr. Mouffe.

² Colin Crouch, *Post-Democracy* (Cambridge: Polity, 2004), 4.

³ Prosigue Stiglitz: “Abandonados sin alternativas, sin formas de expresar su preocupación, the presionar por un cambio, el pueblo se levanta”. Stiglitz, *Globalization and its Discontents Revisited*, 118.

⁴ “The Globalization Trilemma” en Dani Rodrik, *The Globalisation Paradox* (New York - London: W.W. Norton & Company, 2011).

⁵ Appadurai, “Une fatigue de la démocratie”, 35–36.

democracia (sin discutir que se entiende por el término) sea aún más acentuado hoy en día a causa de las altas expectativas que se tenía de la misma en las últimas décadas del siglo pasado, principalmente para Europa Oriental y Latinoamérica.

A resultas de la transformación neoliberal también se ha vuelto a delinear el papel de los cuerpos políticos. La crisis de los partidos políticos en las sociedades contemporáneas ha sido brillantemente expuesta por Peter Mair quien percibía que estos eran cada vez menos capaces de organizar la participación política y que los políticos los usaban con mayor frecuencia como meros vehículos para obtener cargos públicos¹. El análisis de Mair muestra con claridad lo que he venido diciendo. La convergencia ideológica que supone la postpolítica hace a los partidos casi indistintos y reduce los incentivos para estar en uno o en otro. Además, la poca agencia de los líderes políticos frente a los intereses postdemocráticos desvincula la competencia por el cargo con el acto de gobernar. Paradójicamente, cuanto menos se puede hacer, más promesas incumplibles se hacen² volviendo los intereses a corto plazo de los candidatos que buscan ganar las elecciones contra los intereses de largo plazo de los partidos. Esto último, combinado con un nuevo entorno de comunicación política facilitado por la interactividad de las tecnologías de la comunicación³ crea el mismo tiempo el ambiente perfecto para los vacíos de representatividad, que los ciudadanos identifican con el agotamiento de la democracia representativa-liberal, y las condiciones para la viralización de los discursos populistas que encuentran en las demandas de representación una de sus principales condiciones de recepción.

Por parte del Estado, ante su declive en capacidades, producto de las políticas de austeridad y las privatizaciones, y la decreciente legitimidad para intervenir y regular ámbitos como el económico y el internacional, las élites políticas y económicas han buscado mantener su vigencia en otros ámbitos que no interfieran con la dinámica económica mundial. El rasgo más notable es el reforzamiento del nacionalismo desde el Estado. A través

¹ Este argumento es la tesis defendida por el autor quien, antes de fallecer en 2011, se preguntaba por las condiciones políticas e institucionales que propiciaban el resurgimiento del populismo en Europa. Cfr. Peter Mair, *Ruling the Void. The Hollowing-out of Western Democracy* (London: Verso, 2013). Crouch, identifica entre otras causas de la crisis del sistema de partidos que estos estén cada vez más influenciados por los cabilderos y que los líderes busquen competir al exterior de los electorados tradicionales de los partidos volviendo la oferta programática necesariamente difusa. Cfr. Crouch, *Post-Democracy*, 70–72.

² Esta aguda reflexión es de Colin Crouch, quien identifica la fuerte tendencia al uso del marketing y la personalización de la política como formas de compensar la crisis de legitimidad post-democrática. Cfr. Crouch, *Post-Democracy*, 21 y ss.

³ Véase el capítulo “La democracia de audiencias” de Bernard Manin, *Los principios del gobierno representativo* (Madrid: Alianza Editorial, 2016).

de políticas de la identidad los gobernantes pueden compensar a los electores contra los efectos “perversos” de la globalización cosmopolita sin necesidad de actuar contra la globalización económica ante la cual tienen mucho menos margen¹.

La exacerbación del nacionalismo en estos contextos también funge como paliativo ante las crecientes demandas de redistribución². Llevadas hasta sus últimas consecuencias, la reificación de la nacionalidad por medio de componentes discursivos basados en la etnia, raza o religión (tradicionalmente los más persuasivos) orientan al Estado hacia políticas de seguridad como una manera de reasegurarle frente a los poderes de la globalización desde su encarnación más amenazante, el migrante. Se trata, en palabras de Rosanvallon, del “quiebre intelectual” del Estado Benefactor, el cuestionamiento colectivo de la igualdad como la finalidad deseable del Estado y de los costos que esta tiene³.

El conjunto de todas las mutaciones y cambios en los arreglos de un régimen que parecía próspero y estable, como el consenso de la temprana postguerra, a otro que luce contradictorio y desigual, como el que habitamos actualmente, no sólo genera efectos localizados como los que el mapa de causalidades podría sugerir. Más profundamente, la serie de cambios engendra en algún punto el comienzo de una crisis que los individuos perciben, cada vez más, como crisis de la sociedad en su conjunto y no de mecanismos sociales específicos. Es la crisis del pacto social, que trataré a continuación.

¹ Ivan Krastev, “Le retour des régimes majoritaires”, en *L'âge de la régression*, ed. Heinrich Geiselberger (Paris: Gallimard, 2017), 105–25. Arjun Appadurai, *Géographie de la colère: La violence à l'âge de la globalisation* (Paris: Payot, 2009), 42 y ss.

² Frederick Solt, “Diversionary nationalism: Economic inequality and the formation of national pride”, *The Journal of Politics* 73, núm. 3 (2011): 821–30, <https://doi.org/10.1017/S002238161100048X>.

³ El proceso, nos dice el autor, venía anunciándose desde los años setenta en medio de su crisis fiscal. Rosanvallon, *La crise de l'Etat-providence*, 31 y ss.

La crisis y la reconfiguración de las democracias

Si el argumento desarrollado anteriormente puede parecer un simple anatema (ies el capitalismo...!) que incluso al lector más descuidado le sonará a una versión simplista de Marx, las implicaciones que pretendo extraer desbordan el ámbito económico y revelan contradicciones que enfrentan a la sociedad contra la imagen de sí misma. Este texto está articulado por una gran paradoja, a saber, que la consecuencia no deseada del proceso de restricción democrática que tuvo lugar a lo largo de la transformación neoliberal tuvo como reacción mucha más democracia (aunque no de mejor calidad). ¿Cómo explicarlo? Por principio, es menester reconocer que la acumulación de las demandas en las sociedades contemporáneas, llegado un umbral, adquieren una dimensión sistémica y entrañan la más general crisis del pacto social, que explicaré en el primer apartado de esta sección.

En segundo lugar, es necesario abandonar la simplista visión liberal de la democracia que circunscribe al populismo a un síndrome propalado por la irracionalidad de las masas. Estas visiones, larvadas en lo más profundo de la intelectualidad reinante, poco pueden explicar sobre la forma en que las demandas son articuladas en el llamado al pueblo y así refuncionalizadas para llenar el vacío que la crisis del pacto social deja entrever. Retomando la formulación del populismo de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe buscaré desarrollar estas ideas en la segunda sección.

Por último, hay que prevenir contra una lectura romántica de los populismos actuales. El populismo, como buscaré demostrar en la tercera sección, se encuentra en potencia entre la promesa y el peligro. La construcción del pueblo constituye la piedra de toque para distinguir en qué dirección se encamina, misma que permite distinguir a la ultraderecha en un ambiente de referencias difusas y clivajes cambiantes.

El pacto social en crisis

El populismo de ultraderecha como una forma de reorganizar el espacio político mediante imaginarios comunitarios basados en la creación de enemigos sustanciales es una apuesta, entre otras posibles, de brindar a la sociedad inmersa en la ansiedad, una red de significaciones para restaurar un pacto social percibido como injusto por sectores del conjunto. Como componente fundamental de una teoría social de las pasiones, la percepción de injusticia es lo que articula el carácter sistémico de las demandas: cada una de ellas no es sólo un agravio particular, sino viene a formar parte de un sentimiento generalizado de rechazo hacia una totalidad que no responde ante los suyos, un pacto que no es honrado.

Sin embargo, ¿cómo entender sociológicamente una noción, “pacto social”, que parece sacada de la teoría política? Sin duda, la más famosa formulación al respecto proviene de Jean-Jacques Rousseau para quien el contrato social era producto de la voluntad general que, aclara con total pertinencia, es superior a la voluntad de todos¹. La segunda podría ser el acuerdo contingente en torno a una decisión mientras que la primera constituye un marco socialmente construido en el cual la comunidad entera se identifica. A esta condición, variable y gradual, la denomino la autocomprensión de la sociedad y, se verá, es pertinente pues en épocas de crisis el populismo de ultraderecha brinda un nuevo imaginario a través del cual pretende restituir la cohesión social².

En la sociología teórica de Niklas Luhmann, un sistema se comprende por la diferencia con su entorno asumida como un carácter homologante y relacional de sí mismo. Desde esta perspectiva la autocomprensión es la capacidad de la sociedad como sistema social de procesar información bajo una serie de criterios valorativos básicos y relativamente poco polémicos, como una unidad a pesar de las contradicciones en su interior. Una visión desde la semiótica de orientación sistémica de Yuri Lotman sirve también para clarificar la noción de autocomprensión. Para Lotman, la “semiósfera” como sistema de cultura es caracterizada por un contínuum que dota de sentido a las expresiones significativas y está dada por la presencia de fronteras frente a otras semiósferas³.

Una sociedad deja de autocomprenderse cuando el criterio relacional de identificación, expresado en una serie de acuerdos idiosincráticos y una forma de organización social analíticamente identificada con un pacto social, pierde su capacidad discursiva de determinar y dejarse determinar por los límites del sistema y nuevos límites alteran la extensión del sistema o, al menos, la ponen en entredicho. Ejemplos de esto, como trato de demostrar históricamente en este texto, es la creación de clivajes al interior de la sociedad que a diferencia de los clivajes ya aceptados ponen en riesgo la unicidad de la comprensión de la sociedad vista como sistema social o cultural.

Ante el apercibimiento de la injusticia, el debate sobre la sociedad vuelve al debate público. En términos reales, la sociedad es una ficción inventada por los sociólogos para

¹ Es esta la famosa tesis central defendida por Jean-Jacques Rousseau, *Del contrato social* (Madrid: Alianza Editorial, 2012).

² Aunque con menos éxito recientemente, también el populismo de izquierda tiene este propósito. Aunque no es el tema de esta investigación lo menciono brevemente en las conclusiones del texto.

³ Para ahondar en esta discusión teórica véase: Niklas Luhmann, *Social Systems* (Stanford: Stanford University Press, 1995), <https://doi.org/10.2307/j.ctvh4zdzd.1>; Iuri Lotman, *La semiósfera I. Semiótica de la cultura y del texto* (Madrid: Frónesis Cátedra -Universitat de València, 1998).

hablar de lo social¹. Curiosa paradoja: cuando la sociedad de los sociólogos se encuentra más fracturada y las demandas son más turgentes, la configuración de imaginarios radicales para configurar otra sociedad se vuelve más presente. En tiempos de crisis de legitimidad las premisas básicas son cuestionadas y nuevos proyectos son ofrecidos al público en aras de sofocar la incertidumbre. Nuevos mitos para reconfigurar la unidad, mirando casi siempre al pasado, para adentrarse en el futuro².

Roger Bartra ha caracterizado este mecanismo como *el síndrome de Jezabel*: la creación de mitos polares para la refuncionalización, recreación y manipulación de conflictos ya existentes como medio de control de expresiones subversivas³. Los mitos polares permiten consolidar la identidad sociopolítica del pueblo mediante la construcción de un exterior amenazante. De tal suerte, al interior se crea una falsa coherencia, homogeneidad y normalidad que encubre las contradicciones existentes, al costo de definir un exterior amenazante, imputable o no de cualquier narrativa que resulte conveniente para digerir la furia.

Mediante la construcción imaginaria de chivos expiatorios la comunidad legitima decisiones controversiales. En este punto, lo irracional se introduce en el campo político: el sacrificio ritual refiere a la racionalidad mítica que mediante la inmolación, física o simbólica, de un chivo expiatorio se renueva la alianza de la comunidad⁴. Dos chivos expiatorios, provenientes de diferentes tradiciones políticas dominan hoy en día el panorama político. Por un lado, el odio a ciertas clases de extranjeros, el cual parecía olvidado desde el antisemitismo en tiempos del fascismo de Hitler y Mussolini. Por el otro lado, el odio a las élites, con su propia historia gloriosa en la Revolución Francesa y las hazañas del anarquismo, pero que parecía igualmente adormecido.

El gran redescubrimiento político del fin de siglo pasado ha sido trasladar la complejidad de las tensiones sociales a los migrantes, no siempre ilegales, que se trasladan de las periferias del desarrollo y la industrialización al centro buscando una vida vivible. Así como Pierre Bourdieu solía hablar de “magia social” para caracterizar el proceso mediante

¹ Alain Touraine, “La inútil idea de la sociedad. El hombre, las ideas y las instituciones”, en *Touraine y Habermas. Ensayos de teoría social* (México: UAP-UAM Azcapotzalco, 1986), 89–100.

² El clásico estudio sobre los mitos políticos sirve de guía a esta investigación: Ernst Cassirer, *El mito del Estado* (México: Fondo de Cultura Económica, 1968).

³ ‘Los marginales o el síndrome de Jezabel’ en Roger Bartra, *Las Redes Imaginarias Del Poder Político* (Valencia: Pre-textos, 2010); También ‘Las redes imaginarias del terror político’ en Roger Bartra, *Territorios Del Terror Y La Otridad* (México: Fondo de Cultura Económica, 2013).

⁴ René Girard, *Veo a Satán caer como el relámpago* (Barcelona: Anagrama, 2012); René Girard, *Celui par qui le scandale arrive* (Paris: Desclée de Brouwer, 2001); Una revisión didáctica al sacrificio ritual desde la perspectiva de la crítica cultural se encuentra en Terry Eagleton, *Terror santo* (Barcelona: Debate, 2008).

el cual los individuos se inscribían en posiciones en el espacio determinadas sin aparente mediación de otros actores¹, la operación efectuada sobre los migrantes podría bien denominarse “alquimia social”. La alquimia, recordemos, era el procedimiento mediante el cual una sustancia era transmutada en otra, preferentemente en oro. La conversión de los migrantes en la principal amenaza para la comunidad, cualquiera que sea su esencia presupuesta, es de este género de resignificación. El migrante, como defiende Thomas Nail, es la figura en la cual se expresan con mayor vehemencia las contradicciones de la globalización neoliberal², el perdedor absoluto de los tiempos presentes que se desplaza por necesidad, cuando no es coaccionado violentamente a hacerlo.

Una representación completamente en las antípodas ha sido normalizada por los partidos de ultraderecha en las últimas décadas. Lo polar se expresa con toda claridad en la representación misma del otro. En los discursos de la exclusión, mientras la comunidad es depositaria de lo puro, lo bello u otros cánones, la otredad es la encarnación de lo corrupto o lo monstruoso³. Ayudados por hábiles mercadólogos políticos, Donald Trump, Nigel Farage o Marine le Pen y sus congéneres ideológicos han sabido echar mano a este recurso sin que casi desde ninguna trinchera política se haya vislumbrado buscar una vía progresiva a la resolución de la crisis.

Como política regresiva, la expiación del migrante viene a subsanar falsamente los efectos inequitativos de la globalización neoliberal y las transformaciones de las economías postindustriales. Cómo, si no, maniobrar políticamente en el reducido espacio que dejó TINA, lo cual explicaría el regreso del Estado (cuya definición alternativa podría ser “el garante del Pacto Social”) a las políticas de la identidad como una forma de mantener su vigencia. El viejo manto del nacionalismo vuelve a cubrir las heridas de la desigualdad, una vez más.

El otro chivo expiatorio, las élites, ha sido equiparado a los migrantes en su construcción imaginaria. Por principio son concebidos igual de ubicuos y extraterritoriales, lo que en la burda retórica de la extrema derecha se ha prestado para equipararlos a la detestada globalización. Lo que no explicitan es que la diferencia acaba en eso, el movimiento. Las diferencias, como explica Bauman son mucho más grandes, como lo son

¹ Pierre Bourdieu y Yvette Delsault, “El costurero y su firma. Contribución a una teoría de la magia”, en *Pierre Bourdieu. Capital simbólico y magia social*, ed. Isabel Jiménez (México: Siglo XXI, 2012), 17–85.

² Thomas Nail, *The Figure of the Migrant* (California: Stanford University Press, 2015).

³ Umberto Eco, *Inventing the Enemy and Other Essays* (Boston-New York: Mariner Books, 2013), cap. “Inventing the Enemy”.

entre el vagabundo y el turista, entre el que merodea por menester y quien lo hace por placer¹.

Puede ser, como señala Iván Krastev, que la tensión que enfrenta a las élites contra el pueblo este basado en una mutua incompreensión, las preocupaciones del pueblo se encuentran totalmente alejadas de las élites ilustradas, quienes tampoco se preocupan por entenderlas². Los estudios de Ronald Inglehart y Thomas Piketty constatan que las nuevas tensiones sociales ya no se estructuran mediante los antiguos valores y grupos de referencia, sino que la creciente desigualdad ha propiciado la simplificación del campo político a la bipolaridad entre los de arriba y los de abajo.

Lo peculiar de la mezcla que pretende reconfigurar el pacto social es que mientras la xenofobia es característica de los movimientos de derecha más reaccionaria, el antielitismo ha sido estandarte de la izquierda radical, que en el caso francés tiene fuertes resonancias del ideario republicano que permite devolver la legibilidad a lo social³. La confusión entre los dos extremos podría abonar a dos lecturas: algunos dirán, con cierta validez, que se trata de la “teoría de la herradura” donde los extremos se tocan, izquierda y derecha política, cuando exageradas, son idénticas. Menos simplista, considero que revela de forma diáfana lo que venía diciendo: incluso el clivaje derecha-izquierda ha dejado de estructura de forma estable las diferencias sociopolíticas.

La sociedad francesa ha pasado de la estabilidad brindada por la distinción entre las dos grandes familias políticas que, a pesar de sus diferencias internas, conservaban en sus fundamentos la unidad⁴, a una coyuntura a la deriva en que las nuevas demandas configuran una serie de divisiones difusas y ambiguas. Probablemente una nueva terminología conceptual sea necesaria para entender el fondo de la cuestión. Abandonar la noción de clivaje en el sentido acostumbrado para la ciencia política: distinciones claras en las que se expresen conflictos definidos de forma durable que permite organizar la agregación de intereses políticos⁵.

El énfasis funcionalista puesto por Lipset y Rokkan, quienes pretendían entender cómo la estructura de los clivajes tendía a reflejar la diferenciación funcional (como la

¹ Zygmunt Bauman, *Globalization. The human consequences* (Cambridge: Polity, 1998), 77 y ss.

² Krastev, “The Populist Moment”.

³ Rosanvallon y Fitoussi, *La nueva era de las desigualdades*, 174.

⁴ El análisis que presentaré más adelante sobre las segundas vueltas electorales demuestra cómo en momentos decisivos las diversas facciones se reagrupaban, abandonando su facción, en torno a su más amplia familia política.

⁵ Cfr. “Cleavage Structure, Party System and Voter Alignments. An Introduction” en Seymour M. Lipset y Stein Rokkan, “Cleavage structures, party systems, and voter alignments. Cross-National Perspectives” (New York: The Free Press, 1967).

entendía Parsons) de las sociedades, se convertía en apoyo político y era integrado por los partidos, deja en claro que la noción de clivaje contemplaba la organización estable de conflictos, consecuencia del desarrollo social con una tendencia a suponer un cierto grado de isomorfismo en el ámbito político. Tal concepción resulta reductiva para analizar la vaguedad de las transformaciones contemporáneas y las demandas que han propiciado.

Prefiero afirmar, para no romper del todo con la literatura establecida, que todo clivaje comienza siendo una traza, una grieta, de contornos difusos y percepciones equívocas pues incluso el disenso necesita ser definido para procesarse. La imagen que tiene la sociedad se rompe. La crisis del pacto social se caracteriza por la emergencia de esta grieta que atraviesa los clivajes y les resta legitimidad a los mecanismos de integración y organización de las diferencias, como los partidos y los exiguos cuerpos intermedios.

Uso la noción de grieta buscando evocar en el lector la imagen mental de la ruptura irregular de una superficie. Así se presentan las demandas antes de ser articuladas de forma estable. Las diferencias que establecen son, ellas mismas difusas, y por lo tanto, llenas de adjetivos: la pugna entre el elitismo tecnocrático y el antielitismo popular, entre los demócratas liberales y la amplia gama que va desde los antiliberales hasta los acólitos de alguna forma de autoritarismo, entre los cosmopolitas universalistas y los neonacionalistas muchas veces nativistas, entre los ganadores de la globalización y quienes se perciben como perdedores. El carácter fragmentario de la grieta es fiel reflejo de la representación que expone de la sociedad.

Sin embargo, la ambigüedad de la grieta abona a la capacidad de mercadeo de los discursos populistas para articular a una multitud de identidades sociopolíticas que pueden identificarse, aunque sea mínimamente, con alguno de sus rasgos¹. A lo largo de este texto sostendré que el la ultraderecha francesa ha sabido articular con creciente éxito esta grieta en un contexto de crisis del pacto social bajo el significante flotante pueblo². Nuevas fronteras imaginarias emergen y, con ellas, una forma de articulación que las inscriba. En este punto, reflexionar sobre el populismo más allá de visiones reduccionistas o localistas se vuelve necesario.

¹ Igualmente resulta difícil ofrecer una respuesta progresiva y justa. Como escribiera Umberto Eco: “Sería muy cómodo, para nosotros, que alguien se asomara a la escena y dijera: ‘¡Quiero volver a abrir Auschwitz, quiero que las camisas negras vuelvan a desfilan solemnemente por las plazas italianas!’. Por desgracia, la vida no es tan fácil”. Eco, *Cinco escritos morales*, 57.

² Aunque haya limitado la reflexión al caso francés, considero que el análisis podría hacerse extensivo, en términos generales, a buena parte de las sociedades del norte global.

El populismo como una cuestión democrática

La articulación populista, que discutiré a continuación, encuentra en el cuestionamiento del pacto social la condición de posibilidad de su emergencia. Desde la erosión de los arreglos que constituyeron el pacto social de la temprana postguerra, el populismo viene a ser el “síntoma” que encubre el nombre¹. La lógica relacional del antagonismo político, para usar la terminología de Laclau y Mouffe, que articula al pueblo frente a los otros, es la más usada estrategia política de nuestros tiempos para restaurar la legitimidad en sociedades a la deriva.

Clarificar el concepto de populismo evitará incurrir en desvaríos teóricos que le restan eficiencia explicativa al concepto. En otra parte he argumentado que los estudios sobre el populismo tradicionalmente han discurrido por dos derroteros débiles para entender los fenómenos de movilización política basados en la apelación al pueblo². Primero vinieron los paradigmas localistas que pretendían situar el populismo en contextos geográficos y temporales específicos, como las teorías de la modernización y de la dependencia³. Como para aquellas formulaciones, los populismos de los que hablaban tenían nombre y apellido, ya sea sociedades en proceso de modernización o de industrialización tardía, poco pueden decir sobre el populismo de extrema derecha en sociedades postindustriales como Francia o Estados Unidos.

Ante la pérdida de vigencia y popularidad de estos paradigmas les siguieron las visiones reduccionistas, entre las que ubico las teorías que veían en el populismo un rasgo

¹ Bauman, “Synmptômes en quête d’un objet et d’un nom”.

² En el artículo en cuestión analizo con mayor detalle las dos principales visiones sobre el populismo: localistas y reduccionistas. Inicialmente, dicho artículo formaba parte de este texto, más he decidido trabajarlo como un texto aparte en aras de no entretener al lector en aburridas discusiones conceptuales.

³ En cuanto a las teorías de la modernización, el artículo de Isaiah Berlin, “To define populism”, *Government and Opposition* 3, núm. 2 (1968): 137–80. fue toral para el desarrollo de un influyente programa de investigación que tendría su biblia en el libro colectivo de Ghita Ionescu y Ernest Gellner, *Populism. Its Meaning and National Characteristics* (London: The Macmillan Company, 1969). En Latinoamérica, particularmente Argentina, también florecieron los análisis de la mano de Gino Germani, *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas* (Buenos Aires: Paidós, 1962).

Los análisis desde las teorías de la dependencia guardan menos homogeneidad y la valoración del populismo es ambivalente. Sin embargo, creo que el lector encontrará orientativos los siguientes textos Carlos M. Vilas, “El populismo latinoamericano: un enfoque estructural”, *Desarrollo Económico* 28, núm. 111 (1988): 323–52, <https://www.jstor.org/stable/3466951>; José Nun, “Populismo, representación y menemismo”, en *El fantasma del populismo. Aproximación a un tema (siempre) actual* (Quito: ILDIS-FLACSO-Nueva Sociedad, 1998), 49–80; Anibal Quijano, “Populismo y fujimorismo”, en *El fantasma del populismo. Aproximación a un tema (siempre) actual* (Quito: ILDIS-FLACSO-Nueva Sociedad, 1998), 171–206.

quintaesencial, ya fuera la estrategia, el estilo o la ideología¹. A pesar de tener la ventaja sobre las anteriores de dotar de autonomía a lo político frente a factores infraestructurales, con frecuencia reducen todo el fenómeno a nociones poco sólidas como la manipulación carismática o la irracionalidad de las masas.

Partir de tales asunciones tiene, a su vez, dos consecuencias indeseadas. Primero, desde el punto de vista analítico, la tesis de la manipulación puede ser la mejor excusa para la flojera intelectual. Esta exime de pensar las razones de fondo que propician la movilización en una compleja articulación con el discurso populista. En mi opinión, tanto la estructura de las demandas como su articulación discursiva debería estar en el centro de la agenda de los estudios sobre el populismo. La segunda consecuencia indeseada puede ser aún más nociva. Desde el punto de vista teórico político, recusar el estudio de las demandas y condenarlas a la irracionalidad significa vulnerar la promesa central de la democracia. Considerarlas, en cambio, impele a reflexionar críticamente sobre las contradicciones al interior de la democracia-liberal, donde el populismo no es un completo extraño, y con la globalización neoliberal.

Con la finalidad de recobrar para el populismo un grado mayor de poder explicativo he decidido discutir la obra de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe. Espero que reconstruir el recorrido teórico que siguen ayudará al lector a entender la complejidad alrededor de un concepto muchas veces usado a la ligera. La obra de los autores tiene que ser entendida en dos periodos: la clarificación temprana del concepto que hace Laclau en *Política e ideología*

¹ Considero textos representativos de las teorías estratégicas los de Kurt Weyland. Véase: “Clarifying a Contested Concept : Populism in the Study of Latin American Politics”, *Comparative Politics* 34, núm. 1 (2001): 1–22; Kurt Weyland, “Populism: A Political-Strategic Approach”, en *The Oxford Handbook of Populism*, ed. Pierre Ostiguy Cristóbal Rovira Kaltwasser, Paul Taggart, Paulina Ochoa Espejo (Oxford: Oxford University Press, 2017), 48–72.

En cuanto a las teorías del estilo, pueden ser ilustrativos los siguientes artículos: Pierre-André Taguieff, *L’illusion populiste* (Paris: Flammarion, 2017); Alan Knight, “Populism and neo-populism in Latin America”, *Journal of Latin American Studies* 30, núm. 2 (1998): 223–48, <https://www.jstor.org/stable/158525>; Benjamin Moffitt y Simon Tormey, “Rethinking populism: Politics, mediatisation and political style”, *Political Studies* 62, núm. 2 (2014): 381–97, <https://doi.org/10.1111/1467-9248.12032>.

Las teorías de la ideología son las que gozan de mayor vigencia. Entre ellas podemos encontrar las versiones clásicas, perfectamente ejemplificado en el artículo de Donald MacRae, “Populism as an Ideology”, en *Populism. Its Meaning and National Characteristics*, ed. Ghita Ionescu y Ernest Gellner (London: The Macmillan Company, 1969), 158. Empero, han vuelto a cobrar vigencia bajo el impulso del llamado “enfoque ideacional”. Véase: Cas Mudde, “Populism: An Ideational Approach”, en *The Oxford Handbook of Populism*, ed. Pierre Ostiguy Cristóbal Rovira Kaltwasser, Paul Taggart, Paulina Ochoa Espejo (Oxford: Oxford University Press, 2017), 27–47, <https://doi.org/10.2139/ssrn.922667>; Cas Mudde y Cristobal Rovira Kaltwasser, *Populism. A very short Introduction* (New York: Oxford University Press, 2017); Cas Mudde, *The Far Right Today* (Cambridge: Polity, 2019).

en la teoría marxista¹ (PITM), donde busca conciliar los estudios del populismo con el marxismo occidental en la tradición de Louis Althusser mediante una remodelación de la teoría de la ideología; seguida del viraje “post-marxista” introducido por Laclau y Mouffe en *Hegemonía y estrategia socialista*² (HES) que constituye el andamiaje conceptual para la obra de madurez de Ernesto Laclau *La razón populista*³ (RP).

En PITM, publicado por primera vez en 1977, Laclau buscaba conciliar la difícil relación entre el análisis marxista ortodoxo y los estudios del populismo. Traducido a terminología marxista, el populismo era comprendido como una alianza de clases con la finalidad de acceder al poder político. Esta definición, no muy lejana aún de sus colegas dependentistas, ponía en entredicho el marco explicativo del marxismo al poner en tensión sus conceptos explicativos fundamentales con las formas de hacer política de Perón o Vargas.

Como hacía notar Laclau, este planteamiento dejaba a los estudios del populismo en un círculo vicioso difícil de solventar. Por un lado, considerar el populismo como un movimiento enteramente político dejaba de lado los movimientos de clase, es decir, daba primacía a las subestructuras políticas de las estructuras económicas. Por el otro, tal como Laclau aún reconoce, las contradicciones de clase son “el momento estructural fundamental para descubrir el principio de unidad de características políticas e ideológicas aisladas”⁴.

Ante tal *impasse*, irreductible desde el marxismo más ortodoxo, Laclau introduce una precisión que le permita conciliar el populismo con la lucha de clases. Comienza afirmando que es necesario distinguir entre dos aproximaciones a la relación entre lo político y lo económico: los que él denomina “enfoques reduccionistas” y el suyo, “analógico”. Los primeros son los que tienden a establecer una relación determinista entre las superestructuras. Entre ellos engloba la determinación económica de la primera y segunda internacional, pero también la determinación superestructural de Luckács y Korsch.

Laclau mantiene que enfoques como estos difícilmente pueden explicar fenómenos que no encuadran completamente en la lógica de la lucha de clases, sin negar que esta se encuentre en el fondo de las contradicciones existentes. Argumenta, en cambio, que la relación antagónica entre clases no se traduce en el nivel ideológico o político de alguna

¹ Ernesto Laclau, *Politics and Ideology in Marxist Theory* (London: NLB, 1977), <https://doi.org/10.2307/1954758>.

² Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, 3a ed. (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2010).

³ Ernesto Laclau, *La razón populista*, 2a ed. (México, D.F: Fondo de Cultura Económica, 2006).

⁴ Laclau, *Politics and Ideology in Marxist Theory*, 158.

forma predeterminada. De esto extrae tres consecuencias: primero, las clases, en el nivel ideológico, proporcionan la forma pero no el contenido; segundo, la forma se define por la articulación de contenidos; tercero, toda articulación requiere de contenidos no deducibles de la clase de origen o incluso de valores no adjudicables a ninguna otra¹.

Laclau plantea que deben hacerse algunas precisiones al modelo articulatorio para acotar la especificidad del populismo dentro de la lucha hegemónica. Por principio, distinguir entre las creencias espontáneas de las masas populares que están asociadas a la pertenencia de clase, de las ideologías provenientes de tradiciones políticas y que son, en consecuencia, relativamente más estables. Las propias del populismo son las reivindicaciones democráticas populares que encuentran su catalizador (aunque Laclau también se permite llamarlo “dimensión objetiva”) en la apelación al pueblo.

Igualmente, Laclau insiste en distinguir entre la articulación de elementos en una lógica diferencial y la articulación de elementos en una lógica antagónica. De las anteriores, la segunda lógica es la que está en el centro de su concepción del populismo: “Nuestra tesis es que el populismo consiste en la presentación de interpelaciones populares-democráticas como la síntesis de un antagonismo complejo con respecto a la ideología dominante”². La primera, en contraposición, es la inclusión de los elementos como “particularidades diferenciadas” vaciadas de toda forma de antagonismo político. Es en este mismo sentido que para el autor se puede hablar de hegemonía, no necesariamente cuando una clase logra imponer su visión del mundo, sino cuando puede incorporar visiones de las clases dominadas a la articulación que impulsa.

Por lo tanto, no toda reivindicación popular (mucho menos toda aparición del pueblo en el discurso) puede ser considerada populista. Laclau afirma: “El populismo comienza en el punto cuando elementos populares-democráticos son presentados como una opción antagonista contra la ideología del bloque dominante. Nótese que esto no significa que el populismo es siempre revolucionario”³. Por el contrario, puede expresar lo mismo una ruptura en el bloque dominante como la formación de un bloque antagónico.

Vale la pena mencionar la crítica de Emilio de Ípola a la noción de populismo en PITM. De Ípola Demanda un mayor refinamiento conceptual para el concepto de interpelación discursiva como causa de la movilización populista, al señalar que ésta es una condición necesaria más no suficiente para explicar la constitución de los receptores en

¹ Laclau, 160.

² Laclau, 172–73.

³ Laclau, 173.

sujetos políticos. Por lo tanto, Laclau reduce la recepción que efectúan los individuos a la mera interpelación a ellos dirigida¹.

La restricción es patente en el énfasis que Laclau realiza al considerar las articulaciones entre ideologías con tradiciones políticas (liberalismo, republicano...) que pueden estar presentes en el pensamiento de los líderes o voceros pero que definitivamente no circula de esa manera entre los receptores. Aún más, en la tendencia a considerar las ideologías como tendencias más o menos definidas (aunque admite que en menor medida que las tradiciones políticas) se permite asignar de facto la posesión de valores ideológicos definidos y constituyentes a grupos sociales. De esta forma, pretendía escapar a lo que denominó el carácter reduccionista de la ideología a la clase por un enfoque articulario.

Reducir las prácticas y creencias del bloque dominante a una ideología puede ser complicado, pero hasta cierto punto tiene sentido. Podemos calificar las prácticas de los últimos gobiernos mexicanos como neoliberales como una aproximación explicativa frente a la cual se constituye el malestar popular. Es, por decirlo así, un discurso al cual *a priori* podemos considerar cerrado como efecto de discurso en el poder, por tener mayor elaboración intelectual (en el sentido de estar depositado en libros, ser materia de doctrinas económicas universitarias, etcétera) y como percepción generalizada a nivel de la espontaneidad del sentido común donde neoliberal se puede considerar como una nominalización explicativa útil para el discurso político contestatario².

En cambio, si la intención es estudiar la movilización populista, considerar una ideología como preexistente en un grupo social es más un atajo argumentativo para no explicar por qué dicho grupo social fue efectivamente movilizado por una interpelación afín, menos aún, si seguimos el ejemplo de Laclau, por qué más allá de compartir una ideología democrática popular, los específicos símbolos importados como elementos desde los grupos subordinados tienen poder interpelatorio en otros contextos.

Igualmente, una formulación tal permite una lectura “manipulatoria” de los efectos del discurso populista, en tanto que toda descripción recae o en las condiciones estructurales o en las condiciones de los sujetos activos como productores de discursos que logran o no

¹ De Ípola sitúa con total claridad las limitaciones de la perspectiva del Laclau en su concepción de la ideología, todavía muy deudora de la de Althusser, en donde se obvia la distancia entre las condiciones particulares de producción de discursos, única e irrepetible, con las condiciones sociales de su recepción (y me permito agregar, de su reproducción y circulación). Emilio De Ípola, “Populismo e ideología”, *Revista Mexicana de Sociología* 41, núm. 3 (1979): 943 y ss, <http://www.jstor.org/stable/3540096>.

²Véase el excelente análisis sobre la función de las nominalizaciones en el discurso político: Eliseo Verón, “La palabra adversativa. Observaciones sobre la enunciación política”, en *El discurso político* (Buenos Aires: Hachette, 1987), 13–27.

sus fines en función de la adecuación persuasiva de su interpelación al pueblo. Se vuelve, así, una perspectiva estratégica de la movilización populista centrada en el líder y en su habilidad discursiva para hegemonizar el espacio político. Usando una terminología pasada de moda, se podría decir que el receptor, en la obra temprana de Laclau sobre el populismo, es epifenómeno de la dimensión estructural. En su intento temprano por conciliar el populismo con el paradigma teórico del marxismo, Laclau sigue evidenciando las lagunas explicativas del segundo a pesar de su intento de flexibilización.

La crítica de Ípola señala el punto de referencia para la superación de la concepción althusseriana de la ideología y dará luz a la nueva concepción caracterizada por un viraje postestructuralista en RP. No obstante, para poder comprender esta formulación, es necesario pasar por HES escrito en coautoría con Chantal Mouffe veinte años antes. En esta obra, Laclau y Mouffe construyen un nuevo repertorio teórico desde el cuál abonarán posteriormente al análisis del populismo. Por principio, la remodelación del concepto de “articulación discursiva” se encuentra en el centro de la teorización de Laclau y Mouffe: “llamaremos *articulación* a toda práctica que establece una relación tal entre elementos, que la identidad de estos resulta modificada como resultado de esa práctica”¹. La articulación discursiva es construida a través de la articulación de cadenas de equivalencias sobre demandas insatisfechas entre las cuales se reconoce las limitaciones no democráticas preexistentes y los actores encuentran en estas coincidencias la posibilidad de vinculación para cuestionar el orden *in toto*, es decir, de forma contrahegemónica.

Cabe aclarar que el corpus teórico de HES está dedicado fundamentalmente a explicar los movimientos sociales en una coyuntura teórica particularmente álgida de movilizaciones en Europa (ecologismo, feminismo, tercermundismo). Al entender la búsqueda de una contrahegemonía a través de la construcción de cadenas de equivalencias los autores buscan entender los procesos de movilización social en el marco de las tensiones estructurales ocasionadas en el seno del capitalismo de libre mercado y las democracias liberales. Este hecho va a marcar profundamente la interpretación que darán posteriormente del populismo.

Mientras en HES la esperanza de los autores se encontraba en los movimientos sociales de la época para radicalizar la democracia, en la RP el foco de atención de Laclau se volvió hacia el populismo, sin dejar de utilizar en gran medida el aparato conceptual desarrollado en HES. Resumidas cuentas, la conceptualización de Laclau sobre el populismo

¹ Laclau y Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, 142-43.

es la siguiente: ante la insatisfacción e irresolución de una serie de demandas y peticiones, estas se convierten en reclamos que pueden ser vinculadas en una cadena de equivalencia mediante la construcción embrionaria del pueblo¹. La articulación de las demandas, la consiguiente creación de una frontera antagónica y la alta movilización en torno a estos elementos son aún precondiciones del populismo. El pueblo como identidad sociopolítica surge de la formación discursiva comúnmente enunciada por un líder que sirve de voz a la articulación.

Laclau se cuida de remarcar que llegados a este punto nos encontramos frente a una “construcción embrionaria del pueblo”. Lo que construye el populismo y le brinda su carácter netamente político es el tránsito de una demanda democrática, aquellas que buscan su inclusión o reconocimiento en el orden de lo político, en una demanda popular, lo cual ocurre cuando alguna de las primeras se convierte en el significante representativo en el cual se inscribe la insatisfacción de la cadena de equivalencias². En este punto, la construcción del pueblo se hace efectiva.

De esta manera, Laclau y Mouffe realizan una serie de operaciones teóricas sumamente útiles para contar con una concepción productivista del populismo: en primer lugar, al concebir al populismo como una articulación (o un momento discursivo) evitan introducirse en el escollo de situar el populismo en un clivaje social específico como las “masas”, la clase obrera, etcétera. Esta operación era de suma importancia pues sirve a los autores para rehabilitar las nociones marxistas de la emancipación en un contexto histórico en que la clase ha dejado de ser un grupo de referencia válido para el análisis social³.

En segundo lugar, el enfoque articulador logra capturar en la invocación al pueblo lo específico del concepto populismo, para Laclau su carácter de lógica política⁴, y separarlo de las manifestaciones particulares de cada populismo histórico, su carácter óntico. En consecuencia, le es posible considerar una serie de casos de naturaleza aparentemente contradictoria de forma coherente, sin caer en la tentación de declarar la obsolescencia del concepto. La invocación del pueblo como un todo homogéneo, fuente de legitimidad democrática por parte de un líder carismático se encuentra desde Perón hasta Donald Trump, si bien los contextos históricos y los proyectos políticos distan mucho de ser los mismos.

¹ Laclau, *La razón populista*, 98 y ss.

² Laclau, 153 y ss.

³ Zygmunt Bauman, *Memorias de clase. La prehistoria y la sobrevivencia de las clases* (Buenos Aires: Nueva Visión, 2011).

⁴ Contrariamente a quienes lo piensan como una expresión política de algún tipo de clase o grupo social, estilo o estrategia, ideología, etcétera.

En tercer lugar, aunque Laclau no responde directamente a la crítica enunciada por Emilio de Ípola, la noción productivista sitúa al populismo como un fenómeno más allá de la dicotomía estructural-supraestructural, o al menos de una lectura vulgar de la misma. El resultado de la interpelación populista es la creación de una identidad sociopolítica diferente a la suma de sus partes. El pueblo, entonces, adquiere toda relevancia como mecanismo discursivo, como el significante flotante en el cual se articulan una serie de discursividades (en la acepción de prácticas significativas) fundadas en una visión radical de la democracia.

A pesar de la sofisticación teórica de los autores, ciertas precauciones son necesarias. Evitar la lectura fácil (a veces facilitada por el propio Laclau por la ambigüedad de sus argumentos) que supone que todo populismo es democratizador o que la confrontación populista es la única forma válida de realizar política en un mundo lleno de policía¹. Tomar acríticamente el efecto democratizador de todo populismo es obviar distancias entre una variedad de fenómenos difícilmente asimilables. De una lectura cuidadosa de Laclau puede inferirse que el autor refiere a dos fenómenos diferentes cuando enuncia “populismo”: por un lado, lo estrictamente teórico resumido anteriormente, que refiere a la forma de crear articulaciones discursivas en torno al significante flotante pueblo. Por el otro, la concepción del populismo como creación de cadenas de equivalencias entre demandas anteriormente excluidas del ámbito de lo político tiene que ver con su proyecto utópico de reactualizar la emancipación sin necesidad de pensar en lucha de clases. Es este último punto el que necesita mayor discusión.

El hilo de la argumentación lleva a los autores a la reivindicación del populismo como un fenómeno democratizador en potencia en la medida en que está anclado en el imaginario de la participación democrática. El horizonte democrático del populismo subyace en la creación de articulaciones populares a partir de demandas democráticas (es decir, demandas no atendidas) bajo el significante pueblo, en una lógica política que pugna por la expansión del horizonte igualitario. En el fondo se encuentra la tentativa de los autores de rehabilitar una concepción de democracia radical, al grado que Laclau llegó a considerarlo el momento político por excelencia².

Sin embargo, esta posición debe ser desarrollada con mayor extensión para entender sus consecuencias. Primero, a nivel de la teoría política, expondré cómo el populismo

¹ Por emplear la feliz distinción de Jacques Rancière, de quien Laclau reconoce su deuda. Véase: Jacques Rancière, *El desacuerdo. Política y filosofía* (Buenos Aires: Nueva Visión, 2012).

² Ernesto Laclau, “Populismo. ¿Qué nos dice el nombre?”, en *El populismo como espejo de la democracia* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2009), 69–70. Posteriormente, en el desarrollo in extenso sobre el tema, Laclau matizará tal afirmación. Véase: Laclau, *La razón populista*, 195, 206, passim.

conceptualizado adecuadamente denota, al mismo tiempo, anomalías patológicas de las sociedades modernas y arroja luz sobre los dilemas democráticos de la actualidad. Después, discutiré la ambivalencia emancipadora frente a las problemáticas que le dan cuerpo.

Comencemos la discusión sobre el populismo en el debate sobre la democracia con un ejemplo claramente ilustrativo de una posición que podría ser caracterizada como liberal en lo político: “mientras esto pueda sonar como si ellos enarbolan una noción de representación democrática de la *voluntad* popular, ellos realmente se sustentan en una representación *simbólica* del ‘pueblo verdadero’”¹. A primera vista, la distinción entre representación democrática y simbólica parece clara e incontestable. Empero, si nos detenemos a analizarla es posible sugerirle unas cuantas preguntas: ¿qué representación política no es simbólica? ¿es lícito oponer representación simbólica a representación democrática (la primera con un acento peyorativo y la segunda positivo)?

En términos de Jan-Werner Müller, es totalmente lícito realizar tal distinción, misma que quedará aún más clara cuando explica por qué es posible distinguir la representación populista de la *volonté general* de Rousseau, y no solo de la visión ciudadana-individualista del canon liberal. El pueblo de Rousseau, explica Müller, es el que requiere de participación real de los ciudadanos, mientras que la versión populista diviniza al pueblo al tiempo que lo define en términos que le son ventajosos². En el fondo, para Müller como para otros muchos críticos del populismo, el “pueblo” como tal no existe ni en forma sustancial ni como forma de identidad colectiva: “En cualquier caso, nadie puede ser ‘idéntico’ a nosotros, en sentido estricto. Incluso ‘Pedro el panadero’ es en un sentido especial puesto que es más ordinario que nadie más”³.

Este es una posición clásica del intelectual liberal que pretende ver a la sociedad como un conjunto de individuos perfectamente atomizados e individualizados: en su búsqueda de lo real, estadística o lógicamente, fallan al darse cuenta de que incluso la concepción de pueblo como conjunto de individuos-ciudadanos es imaginaria. En un sentido extremo, se afirma que la apelación al pueblo es engañosa pues promete regresarle la soberanía al tiempo que lo desempodera. En una primera instancia, el desempoderamiento es cierto sólo si se considera en términos de posiciones de poder, en este sentido ¿qué representación política no desempodera? Examinados con mayor profundidad, esta clase de argumentos erran al asumir una serie de premisas.

¹Las itálicas son originales del texto. Jan-Werner Müller, *What Is Populism?* (Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 2016), 26.

² Müller, 29.

³ Müller, 32–33.

Por principio, excluyen la posibilidad de que los fines del líder concuerden con los de sus públicos: 1) asume que sus públicos son masas desorganizadas cuyas preferencias no se encuentran formadas en comparación a los del líder; 2) asume que el poder se ejerce en su primer dimensión, el pueblo puede re-presentarse identitariamente, o desde otro punto de vista, sus seguidores son empoderados en tanto el líder populista fija una agenda afín a ellos y transfigura los valores subyacentes al debate político¹; 3) niega al pueblo la potestad de identificarse en torno a demandas que no encontraron su resolución (o no pueden vehiculizarse) por la vía individualista y voluntarista que el marco institucional que entraña la democracia representativa liberal.

Estigmatizar el populismo antes de comprenderlo es teóricamente miope y resulta políticamente catastrófico. Para evitar el traspie es necesario estudiar los procesos de subjetivación política y comprender el trasfondo de la racionalidad que le ha dado en la actualidad su capacidad de movilización. Contrariamente a los diagnósticos que subrepticamente reintroducen en el debate los viejos temas modernizadores de la irracionalidad y la manipulación de las masas, al populismo como fenómeno deleznable o la sombra maligna de la política, es preciso situarlo con precisión en el debate de la teoría política sobre la democracia para comprender sus ambivalencias y el potencial transformador que comporta.

Los estudios sobre el populismo han cobrado interés con perspectivas que se enfocan en destacar la relación compleja que tiene con la política democrática. De forma evidente, los populismos contemporáneos no se han cansado de pregonar las contradicciones y el déficit de la democracia representativa. Parte de la cuestión estriba, como señala Philippe Schmitter², en el déficit de legitimidad de las democracias liberales, preminentemente el énfasis en el individualismo ciudadano, la visión voluntarista de la participación política, que ésta última encuentre su cauce preferente a través de partidos políticos, y que ésta encubra en la igualdad política otras formas de desigualdad (económica, de oportunidades sociales, discriminación cultural). En estos contextos, los populismos aparecen al interior de la política democrática como *síntoma* de perturbaciones en su funcionamiento, como una

¹ Steve Lukes, *Power: a Radical View*, 2a ed. (New York: Palgrave Macmillan, 2005).

² Schmitter realiza un apunte esclarecedor: 'sobre todo cuando éstas son respaldadas por grandes masas de ciudadanos menos privilegiados, y por consiguiente, su preferencia por sistemas complejos de contrapesos institucionales'. En Phillippe Schmitter, "Un posible esbozo de una democracia «post-liberal»", en *¿Democracia post-liberal? El espacio público de las asociaciones* (Barcelona: Anthropos Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, 2005), 252.

tergiversación del espíritu democrático que, sin serle del todo extraño, no es enteramente compatible con los presupuestos de la democracia liberal¹.

Las dos caras del pueblo

Cuando el pueblo se enuncia y demanda salimos del ámbito liberal de la democracia, al menos en un sentido normativo. Estos dos verbos son irrenunciables para definir al populismo: la enunciación convierte al pueblo en sujeto, pero la demanda lo vuelve político. Sin embargo, no toda enunciación del pueblo puede ser considerada legítima. La ambigüedad relación entre democracia y populismo oscurece el parentesco que sostienen entre sí. Michael Oakeshott, sostenía que es posible distinguir dos tipos de prácticas siempre presentes en el ambivalente término “política” a las cuales denomina las “políticas del escepticismo”, que entiende la política como la gestión del orden social, y las “políticas de la fe”, que entienden la política como la actividad redentora y transformadora del mundo².

Utilizando la distinción conceptual de Oakeshott, Margaret Canovan propone conceptualizar la democracia como una práctica política también cruzada por la ambivalencia entre fe y escepticismo democrático. Por lo tanto, es posible distinguir entre una dimensión pragmática, que opera bajo el supuesto de que la democracia como forma de gobierno consiste en la mera administración de conflictos dentro de los márgenes de la institucionalidad y lo electoral, y otra redentora, que entiende la democracia como la promesa de otorgar poder al pueblo a través de la plena participación en los asuntos públicos³.

El populismo reniega del consensualismo, tanto por la burocratización e institucionalización del ejercicio del poder como por la decepción que inevitablemente conlleva la pérdida de arraigo y la dilución de las identidades en pactos comunes. A contrapelo del pragmatismo y la política de élites, el populismo, surge como una forma particular de articular un conjunto de demandas de sujetos u organizaciones sociales mediante una lógica de equivalencias alrededor de significantes vacíos que propician la

¹ Benjamín Arditi, *La política en los bordes del liberalismo : diferencia, populismo, revolución, emancipación* (Barcelona: Gedisa, 2010), 114 y ss.

² Michael Oakeshott, *The Politics of Faith and the Politics of Scepticism*, ed. Timothy Fuller (New Heaven: Yale University Press, 1996).

³ Margaret Canovan, “Trust the People! Populism and the Two Faces of Democracy”, *Political Studies* 47, núm. 1 (1999): 2–16, <https://doi.org/10.1111/1467-9248.00184>.; El argumento es retomado por Arditi, con reservas en Benjamín Arditi, “Populism as a Spectre of Democracy: A Response to Canovan”, *Political Studies* 52, núm. 1 (2004): 135–43, <https://doi.org/10.1111/j.1467-9248.2004.00468.x>.

creación de fronteras políticas de interpelación. Ellas crean distinciones en el espacio social: adentro, el sujeto popular o “pueblo” *versus* afuera, el enemigo¹.

Ante el exceso de la dimensión pragmática, el populismo aparece como la reivindicación del poder del *demos*. En tanto se alimenta de una visión de la democracia fuertemente sustentada en el poder popular, su legitimación proviene del pueblo (aquella mayoría que puede negar el derecho de las minorías) y es, en este sentido un producto que sólo puede existir gracias a la hegemonía de la idea de la democracia en la modernidad política, empero, bajo una lectura muy particular. La reacción populista, virulenta como llega a ser, recurrentemente encuentra a su enemigo en las élites políticas, económicas o culturales. Es, por definición, política y culturalmente antisistémico y elitista.

Desde una tradición diferente, se ha acentuado el poder emancipador o democratizador del populismo. Ernesto Laclau y Chantal Mouffe consideran que la construcción del pueblo es el momento político por excelencia² pues constituye un desafío abierto tanto al énfasis individualizante de la democracia liberal, como al cauce institucional que esta brinda a la representación y al consenso económico vigente. Por lo tanto, la visión emancipadora del populismo es un corolario de la democracia radical promovida por Laclau y Mouffe³. El énfasis emancipador también se encuentra en Jacques Rancière, para quien la apelación al pueblo constituye el momento en que los sin parte toman parte en la reivindicación política, se hacen con una voz⁴.

Sin dejar de reconocer el poder emancipador del populismo, Benjamín Arditi advierte contrariamente a Laclau que no todos los populismos pueden ser considerados momentos políticos “radicales”. Aunque conserva el presupuesto de que el populismo es un producto de la política democrática, Arditi lo considera una “periferia interna” de la misma en tanto que puede funcionar como representación emancipadora, pero igualmente puede degenerar en autoritarismo. Para este autor, la relación problemática entre populismo y democracia juega en los límites de lo democrático de formas diversas: como

¹ Umberto Eco es particularmente lúdico al afirmar la necesidad de que toda nación tenga un enemigo que le brinde cohesión interna e identidad. Véase: “Inventing the enemy” en Eco, *Inventing the Enemy and Other Essays*, 1–21.

² ‘Populismo significa cuestionar el orden institucional mediante la construcción de un pueblo como agente histórico [...] el fin del populismo coincide con el fin de la política’ en Laclau, “Populismo. ¿Qué nos dice el nombre?”, 69. Mouffe coincide con tal acepción, por ejemplo: Chantal Mouffe, “El ‘fin de la política’ y el desafío del populismo de derecha”, en *El populismo como espejo de la democracia*, ed. Francisco Panizza (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2009), 71–96.

³ Laclau y Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*; Mouffe, *En torno a lo político*; Chantal Mouffe, *Agonística* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2014); Chantal Mouffe, *La paradoja democrática* (Barcelona: Gedisa, 2000).

⁴ Jacques Rancière, “The Populism That Is Not to Be Found”, en *What Is a People?* (New York: Columbia University Press, 2016), 101–6; Rancière, *El desacuerdo. Política y filosofía*.

acompañamiento, como inquietud o como presencia amenazante. Por tanto, es un momento insoslayable de la política democrática¹. Andrew Arato es igualmente escéptico de la visión de Laclau cuando impugna que su flexibilidad teórica, al teologizar la noción de pueblo, puede justificar tanto populismos emancipadores como totalitarios².

El análisis de la identidad articulada como pueblo brinda un criterio certero para diferenciar las dos caras del populismo. Con Alain Badiou³, podemos distinguir entre los usos positivos del “pueblo”, aquellos que abonan a la emancipación mediante la utilización de significantes donde se puedan identificar los excluidos y utilizarla como plataforma de enunciación, y los usos negativos, aquellos que buscan hacer del “pueblo” una representación total de la sociedad construida que han servido tradicionalmente para legitimar decisiones provenientes de élites políticas y económicas.

Es éste el lado oscuro del populismo, que Pierre Rosanvallon circunscribe al campo de las democracias iliberales (o la “contrademocracia”). Heredero de la era de los imperios, de “el hombre pueblo y el pueblo uno”, hace uso de la representación por figuración contra la representación por delegación⁴. Para Rosanvallon, el populismo sólo puede entenderse si se le observa en sus dos caras: como patología de la democracia electoral-representativa y como máxima expresión de la contrademocracia. En cuanto al primer punto, tiene que ver con la visión unitaria y homogénea de la representación al tiempo que se define en contraposición a la exclusión de algún grupo social o identidad (extranjeros, migrantes, oligarquía, etcétera). En cuanto al populismo como contrademocracia, Rosanvallon argumenta que se trata una “política pura de lo impolítico”⁵ pues trae consigo una estigmatización compulsiva de vigilar de los poderes, la soberanía de la oposición por la oposición⁶ y el fin de la idea del “pueblo juez” que delibera y genera conocimiento.

¹ Arditi, *La política en los bordes del liberalismo : diferencia, populismo, revolución, emancipación*; Benjamín Arditi, “El populismo como periferia interna de la política democrática”, en *El populismo como espejo de la democracia* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2009), 97–132.

² Andrew Arato, “Political Theology and Populism”, *Social Research* 80, núm. 1 (2013): 143–72. Andrew Arato, “Political Theology and Populism”, en *The Promise and Perils of Populism. Global Perspectives*, ed. Carlos de la Torre (Kentucky: University of Kentucky, 2015), 31–58.

³ Alain Badiou, “Twenty-four Notes on the Uses of the Word ‘People’”, en *What Is a People?* (New York: Columbia University Press, 2016), 30–31.

⁴ Preferí traducir del francés “figuration” de forma literal por temor a tergiversar al autor, sin embargo, el sentido aproximado en la literatura en castellano sería “identificación”. Véase: Pierre Rosanvallon, *La démocratie inachevée. Histoire de la souveraineté du peuple en France* (Paris: Gallimard, 2000), 209 y ss.

⁵ Pierre Rosanvallon, *La contra-démocratie. La politique à l'âge de la défiance* (Paris: Seuil, 2006), 271.

⁶ “El poujadismo presentó sus candidatos a las elecciones de 1956 sin defender ningún programa!” hace notar Rosanvallon, 274.

En cuanto a la construcción del “pueblo” como un todo homogéneo se traduce en un discurso político que se ayuda de nominalizaciones explicativas a manera de “meta-colectivos singulares”: “formas nominales [que] poseen un *poder explicativo*, son verdaderos operadores de la interpretación”¹ en los que se identifica de forma artificial a la colectividad con valores de pureza y originalidad, contrarios a los elementos exteriores amenazantes que, dicho sea de paso, también son nominalizados en un solo metacolectivo (las identificaciones que los Le Pen hacen entre el terrorismo y las transnacionales). Tanto desde los mexicanos hasta el *establishment*, para Trump, como los guerrilleros de las FARC o la Unión Europea (principalmente el liderazgo alemán) para los partidarios del *Brexit*, la denuncia de una cierta otredad es fundamental para la conformación del pueblo unido en una voz.

En el balance final, quien estudia al populismo ha de adoptar dos precauciones. A priori, una actitud comprensiva que implica reconocer su cariz democrático en potencia cuando recupera las insatisfacciones de sociedades que no las pueden expresar de otra forma más que bajo el principio de la soberanía popular. A posteriori, no rendirse ante una romanización de su semblante emancipador y ser consciente que su derrotero puede conducir igualmente a la emancipación como a la exclusión. Es en este entramado de imbricaciones y matices que se piensa al populismo en este texto, donde intentaré poner en juego las tensiones democráticas que cruzan a la sociedad francesa con su expresión crecientemente populista en la clave de la ultraderecha.

¹ Verón, “La palabra adversativa. Observaciones sobre la enunciación política”, 19.

2. La anomalía histórica

*Et puis, l'épreuve, si elle fut marquée, pour nous Français, par une gloire tirée
du plus profond de l'abîme, n'en a pas moins comporté, d'abord, des
défaillances désastreuses. Avec la satisfaction causée par le dénouement, elle
laisse, - c'est pour toujours – une douleur sourde au fond de la conscience
nationale.*

Charles de Gaulle

*La guerre était fini: elle nous restait sur les bras comme un grand cadavre
encombrant, et il n'y avait nulle place au monde où l'enterrer.*

Simone de Beauvoir

*On avait dit aux gens de pavoiser:
ils ne l'ont pas fait, la guerre a pris fin dans l'indifférence et dans l'angoisse.*

Jean Paul Sartre

*Nous sommes accusés de faire du fascisme...
Faire appel au peuple, c'est ça le fascisme?*

Pierre Poujade

Los consensos y disensos de postguerra

Los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial fueron, a todas luces, más una excepción que una regla. Un periodo de renovación total con condiciones que no tenían antecedentes comparables y que no otorgan esperanzas de poderse repetir. Un comienzo desde cero después de la experiencia inconmensurable de la catástrofe y la victoria que supo a derrota. ¿No es una intuición plausible esperar que tan extraordinario contexto haya desarrollado una expresión política particular?

El siguiente apartado tiene una doble intención: por un lado, describir las condiciones estructurales que proveyeron de desarrollo económico y estabilidad política; por el otro, analizar las tensiones germinales que provocarían los primeros conatos de organización de la ultraderecha en Francia. Por lo tanto, en el primer apartado desarrollaré los consensos y disensos que organizaron la sociedad francesa en la temprana postguerra. Las consecuencias del crecimiento económico francés entre 1945-75 denominado por Jean Fourastié “Los treinta gloriosos”¹ (*Les trente glorieuses*), que al elevar la calidad de vida coadyuvaron a la estabilidad política del país. Después me centraré en las transformaciones políticas asociadas a la hegemonía del proyecto nacionalista y de reconstrucción de la derecha parlamentaria francesa y el particular *zeitgeist* de postguerra de rechazo del legado del régimen de Vichy. Por último, describiré el paradójico papel estabilizador del Partido Comunista Francés (PCF), que aglutinó las demandas insatisfechas de la sociedad y les dio cauce institucional. El argumento de este apartado es que tanto el consenso de reconstrucción nacionalista como el advenimiento del Estado Benefactor tuvieron como consecuencia la desactivación de conflictos que, décadas después, serían de importancia para explicar la creación de una oferta política de ultraderecha con peso en la sociedad francesa.

En el segundo apartado, analizaré cómo pese a ser años de bonaza y moderación, el periodo antes descrito sentó las bases para la emergencia de demandas no resueltas: las primeras consecuencias de la incipiente globalización, la descolonización y el abundante flujo migratorio necesario para el proceso de industrialización. Así se gestaron manifestaciones embrionarias de la ultraderecha como el movimiento de Pierre Poujade, cuya organización y discurso serían la manifestación preliminar del populismo de derechas, y *le Front National*, que se implantó en la escena política francesa a finales del periodo aunque se desarrollaría con más vigor en años siguientes.

¹ Véase Fourastié, *Les Trente Glorieuses*.

Los treinta gloriosos y la política de reconstrucción

El primer gran consenso que marcó a la Francia de la temprana postguerra se edificó sobre el interés generalizado en los trabajos de reconstrucción de un país sumido en la destrucción producto de la Segunda Guerra Mundial. Un par de pinceladas bastan para ilustrar la dimensión de la desolación: al fin de la guerra 600 mil franceses perecieron en los campos de batalla (para 1946 había 91 hombres por cada 100 mujeres), la destrucción alcanzó 9 mil puentes, 115 estaciones de tren, 91 mil fábricas y 550 mil casas¹.

En contraste con el periodo anterior, marcado por las turbulencias económicas, la temprana postguerra fue una época de increíble prosperidad, principalmente para Europa occidental y los Estados Unidos. En Francia, la bonanza fue tal que el economista francés Jean Fourastié, quien bautizó el periodo como los “treinta gloriosos”, se atrevió a afirmar: “por principio, desde el punto de vista económico, un periodo extremadamente brillante, una revolución que ha cambiado el país”². El deslumbramiento fue tal, al grado de que costó tiempo a los historiadores económicos convencerse de que la prosperidad continuada que vivían (25 años para Gran Bretaña y EE. UU., 30 para Francia) era la excepción antes que la regla. Hoy en día es sentido común entre los economistas que los factores que propulsaron el asombroso crecimiento económico son irrepetibles: precios bajos del combustible, los altos niveles de inversión pública, la liberalización del mercado con la consecuente masificación de la producción y del consumo, la multiplicación de la capacidad productiva de la economía mundial y la reserva de mano de obra en constante migración hacia los centros de desarrollo³.

Entre 1945 y 1975, el Producto Interno Bruto (PIB) mundial se duplicó, creciendo a un ritmo medio anual del 5%. Las “economías mixtas”, llamadas así por caracterizarse por la participación bipartita del Estado y el sector privado, mantuvieron políticas de pleno empleo a despecho de la constante inflación. Con la firma del acuerdo de Bretton Woods, que daría a luz al Fondo Monetario Internacional (FMI) y al Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo (actualmente Banco Mundial, BM), y posteriormente el Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT por sus

¹ “Histoire de l’Immigration en France. La contribution des immigrés au développement économique et aux guerres françaises de 1850 à aujourd’hui” (Collectif des luttins, 2004), 9.

² Entrevista con Jean Fourastié. Consultada el 24 de enero de 2019. Disponible en: <http://www.geopolintel.fr/article701.html>

³ Eric J Hobsbawm, *Historia del siglo XX* (Buenos Aires: Crítica, 2011), 265–79.

siglas en inglés) se establecieron las bases para el mutuamente provechoso comercio internacional¹.

En el caso particular de Francia, el crecimiento fue espectacular en muy buena medida debido al punto de partida catastrófico de la nación. En el contexto de reconstrucción nacional del país, existe el consenso general que los treinta gloriosos fueron provocados por el nivel altísimo de gasto gubernamental que provocó la reactivación económica. El nivel de la catástrofe superaba todo precedente: hacia 1938 la capacidad industrial era del 75% de la de 1929, para 1945 era el 49% de 1938.

Francia tuvo que esperar hasta 1949 para que se reactivaran los niveles que la economía tenía en 1938 y todas las metas de crecimiento económicos se cumplieran. A partir de 1945, el gobierno francés impulsa una serie de medidas buscando relanzar el crecimiento económico y subsanar la debacle social: nacionalización de las principales fuentes de energía, transporte y crédito, la creación de un sistema de seguridad social, la profesionalización de la administración pública y la coordinación industrial tripartita (trabajadores, patrones y gobierno) con la finalidad de organizar a los principales actores económicos². A lo largo del periodo se mantiene un crecimiento sin precedentes, la tasa más alta y regular, entre la que es posible distinguir tres etapas: 1953-57, 1960-67 y 1969-73³. Por su parte, la productividad se desdobló asombrosamente: entre 1950 y 1976 acortó distancias frente a la de Estados Unidos⁴. Esto significó que no solamente el aumento de la producción fue importante, sino que este crecimiento se obtuvo con menos horas de trabajo.

Otros factores que se han destacados como detonantes de la bonanza fueron: la batalla del carbón⁵ y la modernización de la industria, la siderurgia y la minería, la consecuente fuerte industrialización, la regulación del trabajo y la semana de 40 horas. Además, el gobierno francés llevó a cabo una serie de medidas progresivas por liberalizar el mercado, principalmente el fin de medidas proteccionistas, la apertura del mercado y el consecuente aumento de las exportaciones.

¹ Anthony Seldon y Andrew Graham, *Government and Economies in the Postwar World*, 1991, 9–10. No obstante, la importancia de estos organismos como estabilizadores ha sido puesta en entre dicho.

² Frances Lynch “France”, Seldon y Graham, 55. Sin embargo, no es posible sobreestimar la fuerza de los sindicatos: la *Confédération Générale du Travail* (CGT) se mantenía cercana al Partido Comunista Francés (PCF) y por tanto políticamente disminuida y cuando en 1950 se derogó el control de salarios, los patrones no tuvieron mayor problema para doblegarlos. Por otra parte, para los años setenta, sólo el 20% de la fuerza laboral francesa estaba organizada.

³ Véase el Anexo 1, “Histórico de crecimiento económico (PIB) de 1950 a 2017” con datos de “Évolution du produit intérieur brut et de ses composantes jusqu’en 2018 Données annuelles de 1950 à 2018”, INSEE, 2019, <https://www.insee.fr/fr/statistiques/serie/010548503>.

⁴ Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, 276.

⁵ Aunque en el mediano plazo, con la muy barata energía del petróleo, el carbón devino mucho menos rentable lo que llevó a la reconversión y cerrazón de minas.

La política salarial no estuvo exenta de altibajos. El canon económico de la época suponía que los Estados deberían de incidir directamente en la economía manteniendo el pleno empleo (que sería sustituido posteriormente por el control de la inflación). Los niveles de desempleo, por lo tanto, se mantuvieron en niveles notablemente bajos. La política económica cumplió con las expectativas del aumento de la calidad de vida: 95 de cada 100 huelgas tuvieron como objetivo el mejoramiento de los salarios. En términos estadísticos, los trabajadores con menor salario multiplicaron su poder adquisitivo entre 2.8 y 3.9 veces según la zona¹.

Las consecuencias sociales no se hicieron esperar: se registra un alza del poder de compra y mejoramiento de las condiciones materiales de existencia². Bastó con dos décadas para que la transformación se hiciera patente: crecimiento del tercer sector de la población activa, aumento del gasto público en salud y la regulación médica, creciente escolarización, aumento y dispersión de la población urbana, como las más notorias consecuencias³. A finales de los años setenta, la gran mayoría de los Estados europeos, Francia a la cabeza, podían considerarse plenamente como “Estados de Bienestar”, dirigiendo más del 60% del gasto público al bienestar social.

El impacto social puede resumirse en una serie de indicadores que sirvieron a Fourastié para justificar el calificativo de “gloriosos”. Entre 1946 y 1975, Francia disminuyó la mortalidad infantil de 84 a 13 recién nacidos por cada mil, aumentó la esperanza de vida de 62 a 69 años en hombres y de 67 a 77 en mujeres. Pasó de 1,000 a más de 15,000 vehículos automotores, reflejando el avance de la economía industrial sobre la estructura antes dominante de la agricultura y pesca. Sin embargo, la gran transformación fue la conversión de la mitad de la actividad económica a los servicios⁴. Al final de la época había nacido la sociedad postindustrial. El balance final de los Treinta Gloriosos suscribe la apreciación histórica del periodo como una anomalía antes que como una continuidad. La legitimidad que ganó en Francia el intervencionismo estatal y el Estado Benefactor fue tan incontestable como la atribución de la decadencia francesa a la ola de liberalizaciones que marcaron el fin de los treinta gloriosos⁵.

¹ Fourastié, *Les Trente Glorieuses*, 139 y ss.

² La explicación didáctica de Fourastié en su célebre libro consiste en comparar dos ciudades de Francia, Madère y Cessac, diametralmente diferentes en su nivel de desarrollo, para constatar que se trata de una sola separada por 30 años de bonanza económica.

³ Dominique Lejeune, “Qu’est-ce que les Trente Glorieuses ?”, *Université ouverte de Besançon*, 2016, 5.

⁴ Fourastié, *Les Trente Glorieuses*, 37.

⁵ Véase “La posteridad de los Treinta Gloriosos: destinos cruzados trasatlánticos” en Piketty, *El Capital en el siglo XXI*, 114 y ss.

El Estado Benefactor y el pacto social

El rápido crecimiento económico, la modernización y los esfuerzos de reconstrucción, establecieron las condiciones para la configuración de un orden social duradero que conjurara los fantasmas del fascismo y la política de clases comunista y domesticara la fuerza de trabajo en favor de las necesidades de expansión económica de la república en su fase de terapia intensiva. Por lo tanto, el segundo pilar sobre el que se construyeron los consensos del pacto social que regiría la vida de la sociedad francesa de postguerra fue la apuesta por la construcción de un amplio Estado Benefactor (*État-Providance*).

Si aceptamos que el capitalismo, como afirmaba Braudel¹, es la fase superlativa de la organización de los mercados en autonomía de la sociedad, lo cual conduciría en un grado superior de desarrollo a la conquista de la sociedad por la lógica del mercado, entonces la misión del Estado Benefactor es limitar esa expansión. Con esto, se perseguía evitar que el trabajo, y por ende la vida social, se “comodifiquen” (*comodification*), es decir, se alienen de su naturaleza humana y se vuelvan equivalentes a mercancías².

Más allá del ideal humanístico, fraseado por Marx y Engels, de “tratar al hombre como un fin y no un medio”, el Estado Benefactor surgió como una alternativa funcional al desarrollo del capitalismo. Éste, en su quinta esencia de mercado, hacía patente la contradicción entre la commodificación de la sociedad y el carácter destructivo de la fuerza de trabajo reducida a mercancía y, por ende, fragilizada³. El Estado Benefactor entonces tenía la función de permitir las condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo, tan necesaria en el contexto de reconstrucción y de crecimiento económico de los treinta gloriosos.

Desde el punto de vista social, el Estado Benefactor es la culminación de un grado superlativo de organización de la sociedad, por medio del cálculo racional de la administración y previsión del riesgo bajo la forma de un contrato solidario⁴, lo que

¹ La interpretación que extraigo de Braudel atiende a la distinción entre “vida material”, “economía de mercado” y “capitalismo”, y la posibilidad de que las fronteras entre uno y otro se desplacen abarcando con el tiempo más dimensiones de la vida social. Fernand Braudel, *La dinámica del capitalismo* (México: Fondo de Cultura Económica, 1986).

² Gøsta Esping-Andersen, *The Three Worlds of Welfare Capitalism* (Princeton: Princeton University Press, 1990), 47 y ss.

³ See lee en Karl Polanyi la contraposición clara entre la conversión del trabajo y por extensión, del ser humano en un bien de mercado, y la integralidad del mismo como un ser inserto en instituciones culturales y sociales. Karl Polanyi, *The Great Transformation. The Political and Economic Origins of Our Time* (Boston: Beacon Press, 2001).

Una lectura consecuencialista (¿errada?) de este argumento es que el mercado es en la modernidad el productor de la anomia social.

⁴ “Introduction” en François Ewald, *L'Etat providence* (París: Grasset, 1986).

posteriormente Rosanvallon llamará la “solidaridad mecánica”¹. Riesgo que, por otra parte, es entendido como un producto inherentemente social, regular y controlable, responsabilidad de la sociedad entendida por sus miembros como una comunidad imaginada², una agrupación que se autocomprende.

En la Francia de la temprana posguerra, la alianza entre la burguesía liberal y los intereses de las clases populares en un contexto económico propicio constituyeron los fundamentos del pacto social, mientras que la expansión del Estado Benefactor encarnó su manifestación más concreta. La vulneración de esos principios y de los arreglos institucionales a los que dieron forma será, como trataré de demostrar en capítulos subsecuentes, la más certera constatación de la crisis de autocomprensión de la sociedad que se evidencia como una ruptura del pacto social. El devenir populista del FN será, por otra parte, la historia del discurso que aparece “en la ruptura”, aprovechando ese espacio que poco a poco se abre en la brecha de una sociedad que deja de entenderse.

A pesar de los efectos igualitarios y redistributivos que indudablemente tuvo la visión social del capitalismo de Estado, es mi intención poner el énfasis en la contradicción que desarrolló al interior de la sociedad francesa y que, acentuada por las presiones de la globalización, será fundamental para entender la demanda del discurso populista de la ultraderecha³. La contradicción radica en la acción de un Estado Benefactor que (repito, pese a todos sus efectos benéficos) reprodujo la estratificación y la exclusión social. Esto obedece a dos factores. En primer lugar, ha sido observado que en el desarrollo histórico de los Estados Benefactores, estos se vuelven complejos atendiendo a la diversidad de demandas de grupos estratégicos o con considerable poder de presión. No obstante, la misma contradicción entre capital y trabajo que le dio luz orienta su desarrollo. El Estado Benefactor podía ser un arma de doble filo, como temieron liberales y conservadores, ante las demandas socialistas y comunistas. El carácter redistributivo, cualquiera que fuera su

¹ La noción de “solidaridad mecánica” en Rosanvallon está en el centro de su explicación del funcionamiento del Estado providencial: “el Estado providencial, como agente central de la redistribución y por lo tanto de la organización de la solidaridad funciona como un gran interfaz, sustituye el cara a cara de los individuos y de los grupos. Al mismo tiempo, él se presenta a aquellos más que como un hecho, un sistema autónomo e independiente que sólo es aprehendido en su funcionamiento financiero como la interacción del conjunto de los impuestos y de las prestaciones que afecta a cada individuo”. Rosanvallon, *La crise de l'Etat-providence*, 41.

² Por usar el célebre término de Benedict Anderson, *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism* (London and New York: Verso, 2006).

³ Lo relativo a cómo la contradicción pasa de ser un fenómeno latente a uno manifiesto, empleando la útil terminología de Robert Merton, lo desarrollaré el capítulo siguiente. Para la distinción entre manifiesto y latente véase: Robert K. Merton, *Teoría y estructura sociales*, 4a ed. (México: Fondo de Cultura Económica, 2002), cap. III Funciones manifiestas y latentes para la codificación funcional del análisis sociológico.

grado, debía tener cortapisas y seguros para no ser usado como ariete para minar el capitalismo. Usado como arma política, podía generar las condiciones de solidaridad para conjuntar grandes colectivos sociales y encabezar una lucha unificada. De ello se deduce que la estratificación social, organizada desde el Estado, no sólo cumplía con necesidades funcionales, sino con un imperativo de mantenimiento del orden social capitalista.

La construcción del Estado Benefactor en Francia comenzó en 1939 con la instauración del “Código de la Familia”, donde se estandariza la protección familiar del hogar (*allocations familiales*) que representaron en los primeros años de postguerra el mayor porcentaje del gasto social (46%)¹. La preocupación del Estado francés revelaba las inquietudes de la época por mantener un ritmo de crecimiento demográfico a la par del crecimiento económico, en una postura conservadora sobre la seguridad social que no incomodaría en gran medida a la ultraderecha francesa². Como prueba, las “Cajas de Asignaciones Familiares” (*Caisses de Allocation familiales*, CAF) de 1946, nacieron con una orientación política completamente familiar y tradicional (por ejemplo, concebían que la mujer se realizaba en tanto madre). En la temprana postguerra, las políticas de género se vieron eclipsadas por la recuperación de la familia como primer bastión de reconstrucción del tejido social, aunque la salida de la mujer del hogar que había supuesto la experiencia de la guerra fue un lento aunque irreversible cambio³.

En cuanto a los mecanismos de integración del trabajo y su protección, la incapacidad para establecer un régimen corporativo devino en arreglos particulares a nivel de empresas con sus trabajadores, sin establecerse mecanismos de negociación con carácter universalista⁴. Un buen ejemplo fueron las “cajas de seguridad social” (*assurances sociales*), cuyo primer proyecto de ley data de 1879, aunque fueron establecidas en 1910 y ampliadas en 1928 y 1930. En ellas se preveía cubrir riesgos de discapacidad y protección para edad avanzada a trabajadores de la industria, agricultura y comercio hasta un cierto umbral de

¹ Franz-Xaver Kaufmann, *Variations of the Welfare State. Great Britain, Sweden, France and Germany Between Capitalism and Socialism*, ed. Lutz Leisering (Bonn: Springer, 2013), 155.

² Jean-Marie Le Pen, quien a pesar de ser liberal en lo económico era muy conservador en lo social, consideraba que parte de los problemas de la Francia moderna residían en los cambios sociodemográficos que habían desintegrado la familia nuclear tradicional haciendo salir a la mujer a trabajar e importar mano de obra inmigrante. Incluso para sectores de la ultraderecha la fundación social conservadora del Estado Benefactor era aceptada. Véase: Michel Eltchaninoff, *Inside the Mind of Marine Le Pen* (London: Hurst & Co., 2018), 29 y ss.

³ Sara Fishman sitúa las casi imperceptibles transformaciones, como la adquisición del derecho al sufragio concedido por el comité francés de Liberación en 1944, como un rechazo tácito al conservadurismo de Vichy. Sarah Fishman, *From Vichy to the Sexual Revolution. Gender and Family in Postwar France* (New York: Oxford University Press, 2017), 6–13.

⁴ Kaufmann, *Variations of the Welfare State. Great Britain, Sweden, France and Germany Between Capitalism and Socialism*, 152.

ingreso, al cual se permitió agregarse de forma voluntario a otros gremios como empleados de establecimientos menores. Sin embargo, se crearon regímenes separados para empleados públicos o trabajadores de cuello blanco. Para 1944, cuando se gestó la reforma de posguerra, había 727 fondos diferentes para atender diversos sectores¹.

A pesar de que las reformas planeadas en 1944 pretendían seguir el espíritu de la seguridad social del plan Beveridge, se mantuvo un sistema estratificado y dividido en exclusas que mantuvo la estructura de clases antes existente. La naturaleza del Estado Benefactor francés, según la tesis que sostengo, va a ser relevante para explicar las tensiones a las que posteriormente va a estar sujeta la sociedad francesa. Siguiendo a Gøsta Esping-Andersen, es posible ubicarlo entre los regímenes corporativistas y estatistas² fundados con las intenciones paralelas de proveer seguridad social y controlar la movilización de masas mediante regímenes diferenciados para grupos sociales de tal forma que se evite la creación de solidaridades interclase³.

Las consecuencias de la estratificación social se expresan de dos maneras concurrentes y complementarias para pensar la relación entre el desarrollo del Estado Benefactor y el futuro de la ultraderecha. Tanto desde la perspectiva institucionalista, que supone que el diseño de la arena determina las características y la intensidad del conflicto⁴, el carácter competitivo y redistributivo de las diferentes exclusas del Estado Benefactor francés preservaban un grado de conflictividad entre clases. Por otra parte, la perspectiva de la sociología de la movilización popular, al menos desde Laclau y Mouffe, entiende los movimientos sociales como dinámicas de articulación de demandas frente al sistema, que busca incorporarlas de forma fragmentaria y bajo su propia lógica política⁵. Así, bajo la premisa de “divide y vencerás”, la posibilidad de la alianza de clases era anulada por un sistema diferenciado de recepción y negociación de demandas que impedían la articulación en frentes comunes.

¹ Kaufmann, 158.

² Tomando en cuenta el diseño institucional sale a la luz la curiosa analogía, que vale la pena ser mencionada al margen de que no es la intención de este texto, entre Francia y Austria. Ambos, por un lado, países destacados por su diseño corporativista y poseedores de los partidos de ultraderecha con más raigambre en Europa, el FN para los galos, el *Partido de la Libertad (Freiheitliche Partei Österreichs, FPÖ) en Austria*.

³ Esping-Andersen, *The Three Worlds of Welfare Capitalism*, 27.

⁴ Theodore Lowi, “Políticas Públicas, Estudios de Caso y Teoría Política”, en *La Hechura de las Políticas*, ed. Luis F. Aguilar (México: Miguel Ángel Porrúa, 1992), 89–118; Lowi, “Four Systems of Policy, Politics, and Choice”.

⁵ Tiene todo el sentido introducir esta discusión pues, como reseñé en el capítulo anterior, Laclau utilizará el marco teórico que desarrolla junto a Mouffe para su sociología de los movimientos sociales, para desarrollar una perspectiva innovadora sobre el populismo que es, no se olvide, uno de los ejes teóricos conductores de este texto. Véase mi discusión en el capítulo anterior.

La paradoja de la época es que, a contracorriente de las inadvertidas tendencias fraccionarias del Estado Benefactor, encarnaba una particular forma de autocomprensión social, el “pacto social”, caracterizado por la idea de la repartición igualitaria de los frutos del desarrollo de los treinta gloriosos. Esta contradicción, que he venido delineando, se encontraba subsumida gracias a un “velo de la ignorancia”, según acuñó el término John Rawls, que sirviera para corregir los avatares y las contingencias del mundo (dícese el capitalismo) en torno a la posición de origen de los individuos¹. Es menester aclarar que la filosofía del Estado Benefactor no era la de la justicia como equidad en Rawls; muy al contrario, él modelo francés tenía mucho más que ver con la domesticación de la fuerza de trabajo y el control social. Sin embargo, considero útil retener la idea del “velo de la ignorancia” como el principio sociológico que garantiza la legitimidad política de la solidaridad regulada por el Estado. Esto se dificulta en una sociedad donde los agentes tienen información sobre su condición de ganadores o perdedores de la redistribución². Además, esta legitimidad era materialmente posible en la medida en que los frutos del desarrollo se distribuían de forma relativamente equitativa a lo alto y ancho de la sociedad francesa.

El Estado Benefactor francés, en conclusión, promovía las distinciones internas y la generación de exclusas que mantuvieran la estratificación social. En un contexto de fuerte crecimiento económico y desarrollo relativamente igualitario, el virtual conflicto distributivo no alcanzaba a gestarse. Sin embargo, las contradicciones que él mismo generó, en oposición

¹ En palabras del propio Rawls: “Ahora, las razones del velo de la ignorancia van más allá de la mera simplicidad [...] La arbitrariedad del mundo debe ser corregido ajustando las circunstancias de la situación contractual inicial”. John Rawls, *A Theory of Justice* (Cambridge Massachusetts: Harvard University Press, 1971), 141.

² La idea del “velo de la ignorancia” como metáfora sociológica es mi propia interpretación sociológica heterodoxa de Rawls. Guardando las distancias, me veo obligado a advertir que traiciona el espíritu de la obra puesto que el filósofo consideraba la expresión una condición ideal “no histórica” en tanto no dependiente del *background* histórico que presuponía desigualdades enraizadas. En mi lectura de la historia francesa, parto de la premisa de que un remedo (como es siempre la relación entre el fenómeno con el concepto) del velo de la ignorancia fue posible por mediación del acontecimiento de “reinauguración de la historia” que constituyó la Segunda Guerra Mundial y el proceso de reconstrucción que le siguió. Un segundo argumento que soporta la translación que pretendo realizar es el carácter eminentemente social de la observación que realiza Rawls sobre el “velo de la ignorancia”, como la forma en que se espera eliminar una condición de inequidad. Esto implica una valoración sociológica de la situación de negociación del contrato social. A propósito, Rawls afirma: “Caracterizamos la posición original valiéndonos de diversas estipulaciones [...] de tal modo que el acuerdo que se alcanzaría pueda calcularse deductivamente razonando cómo están situadas y han sido descritas las partes, sobre las alternativas que tienen, sobre lo que las partes consideran como razones y sobre la información de que disponen”, en suma, el carácter normativo de la teoría está sustentado en un diagnóstico social. Véase: John Rawls, *La justicia como equidad* (Barcelona: Paidós, 2002), 40.

a los ideales de igualdad y redistribución, salieron a la luz posteriormente a causa del estancamiento económico y las consecuencias perversas de la globalización.

Adicionalmente, desde el punto de vista político, el Estado Benefactor funcionó debido a que al excluir en 1947 al Partido Comunista Francés y con él a buena parte de la organización obrera de la escena política, los demás partidos buscaron el éxito electoral al mejorar las condiciones de vida de la población¹. Salvo la clase obrera organizada (que era poco numerosa) la gran mayoría de los sectores sociales vio sus intereses representados en cierta medida, lo que hizo transcurrir el periodo con relativa tranquilidad. Este condicionante allanaría el camino a la derecha parlamentaria, de manufactura gaullista, a una hegemonía casi ininterrumpida durante la época.

Del “oprobio de Vichy” a la hegemonía de la derecha parlamentaria

Son varios los factores fundamentales de la temprana postguerra que nos permiten explicar el por qué la ultraderecha permaneció ignota durante estos años y que, posteriormente erosionados, abrirían lentamente el paso al fortalecimiento de esta opción política. Por un lado, el consenso entre la centroizquierda y la centroderecha, dejando de lado la “amenaza comunista”, sobre la necesidad de reconstruir un régimen que pudiera insertarse en el ámbito internacional como un actor relevante en el bando “capitalista”. Por el otro lado, el consenso político adquirió un cariz nacionalista que unió a las principales facciones en torno al objetivo principal de reconstruir el país basándose en la narrativa de un nuevo comienzo nacional, que incluía como operador idiosincrático rector la condena de los excesos de Vichy, y la consiguiente neutralización de otras identidades (primordialmente de clase y de género)².

Ambos argumentos merecen ser desarrollados en tanto manifestaciones políticas del pacto social. Desde el punto de vista de la oferta ideológica, el *oprobio de Vichy* cerró los espacios discursivos a la ultraderecha. El clima de pesimismo que permeaba todos los aspectos de la vida cotidiana, producto del estado de devastación del país, aunado a un consenso general de condena de los excesos de la Alemania nacionalsocialista y el régimen colaboracionista de Vichy, inhibieron cualquier tipo de radicalismo nacionalista en los primeros años.

¹ Frances Lynch “France”, Seldon y Graham, *Government and Economies in the Postwar World*, 66.

² Michael Kelly, “War and culture: the lessons of post-war France”, *Synergies Royaume-Uni et Irlande* 1 (2008): 91–100, <http://eprints.soton.ac.uk/80106/>.

El “oprobio de Vichy”¹ refiere menos a una situación política y más al espíritu de una época (un *Zeitgeist*) compartido por la intelectualidad francesa, las élites políticas y la opinión pública. La consciencia de una nación quebrada y el recuerdo del régimen que había colaborado con la Alemania de Hitler hacían parecer a cualquier expresión explícitamente racista o supremacista una opción poco deseable. El capítulo más álgido del sentimiento de renovación fue conocido como “la depuración” (*l'épuration*), el conjunto de juicios destinados a retirar de la administración estatal a aquellos que se habían comprometido con la ocupación con penas desde la inhabilitación temporal hasta la condena a muerte. Muchos de estos procesos ocurrieron en cortes marciales en gran medida improvisadas sucediéndose en los primeros meses un alto número de ejecuciones sumarias, suavizándose con el pasar de los años. El balance final fue incierto: mientras que Raymond Aron estimaba entre 40 y 50 mil, Charles de Gaulle situaba la cifra en 10 mil².

Si bien este ánimo de culpa y repudio se extinguió a la sombra de la rápida recuperación y la pérdida traumática de las colonias en África y el sureste asiático, el nuevo nacionalismo francés cimentaría, conducido por la derecha parlamentaria a la sombra del general Charles de Gaulle, la institución de la V República en 1958. Desde este punto de vista, durante las primeras dos décadas de postguerra cualquier expresión de la ultraderecha se topaba con el rechazo de la opinión pública en todos los niveles y con la figura hegemónica del líder carismático.

Aunado al “oprobio de Vichy”, la Francia de postguerra dejaba poco espacio político a la ultraderecha, confinada al reclamo de unos pocos descontentos del progreso y nostálgicos petanistas, excolaboradores y monarquistas. En términos político-electorales, el proceso se aprecia en la configuración de una política de alternancia y coaliciones al centro del espectro político durante la IV República que dio paso a la más estable V República, comandada por la hegemonía de derecha parlamentaria (gaullista y liberal) hasta 1981. Este periodo, como argumentaré en apartados siguientes, se caracterizó por la exclusión de la política a los extremos, de la izquierda con el aislamiento de un poderoso Partido Comunista (PCF) y el ostracismo del extremismo de derecha, disperso en una serie de grupúsculos inoperantes de los que tardíamente surgirá el FN.

¹ Por usar la expresión de Pascal Delwit. Véase: “Les étapes du Front national (1972-2011)” en Pascal Delwit, *Le Front national. Mutations de l'extrême droite française* (Bruxelles: Editions de l'Université de Bruxelles, 2012).

² Jean-Jacques Becker, *Histoire politique de la France depuis 1945* (Paris: Armand Colin, 2000), 15–16.

Las condiciones que propiciaron la configuración política de la IV República responden a la situación del derrumbe de la III. El éxito de la izquierda en 1936 de la mano del Frente Popular de León Blum, quien encabezó la última alianza entre los socialistas, los comunistas y el Partido Radical después del congreso de Tours; promovió una serie de reformas en favor de las clases populares que fueron mal recibidas por parte de los patrones. La reacción, en el régimen títere de Vichy, dirigido desde esa ciudad por el Mariscal Philippe Pétain, viene al cuento por una doble cualificación: la colaboración total con la Alemania de Hitler durante la Segunda Guerra Mundial y la reversión de las políticas económicas y sociales del Frente Popular, dando rienda suelta a los patrones para la explotación laboral.

Al final de la guerra, la participación destacada de las izquierdas comunistas y socialistas en la liberación fue percibida como una victoria ideológica que debía de consolidarse en las urnas y el ejercicio del poder. Mismo que fue refrendado en el referéndum y la elección a la Asamblea Constituyente del 21 de octubre de 1945, en la cual se rechazó seguir bajo las reglas de la III República (96.4%), la caída de la derecha cristiana y la consolidación del Partido Comunista que obtuvo 26.1% de los sufragios. No obstante, el potencial del PCF alcanzó su tope al año siguiente con el referéndum constitucional del 5 de mayo de 1946 donde el 53% de los sufragistas rechazaron el proyecto socialista-comunista¹. Una segunda asamblea volvió a presentar el proyecto sin muchas modificaciones, el cual fue finalmente aprobado².

A pesar de que la constitución de la IV República promulgada en 1947 era la culminación de la omnipotencia de las izquierdas socialistas y comunistas, los gobiernos franceses derivaron progresivamente a la derecha. Primero, con la exclusión de los comunistas de cualquier gobierno³ ante la desavenencia de la política salarial entre comunistas y socialistas con relación a la política de congelación de salarios en 1947 que culminó en violentas huelgas y manifestaciones. Después, con la aceptación del plan Marshall en el mismo año y la declaración de fidelidad del PCF hacia la URSS el 30 de septiembre de 1948. Es esta la coyuntura crítica que orillará a los socialistas a manos de la derecha parlamentaria y a los comunistas al aislamiento político.

De este primigenio desplazamiento hacia la derecha surgió la Tercera Fuerza, una coalición de partidos que conjuntaba a los socialistas y al centrista *Mouvement républicain*

¹ Pierre Martin, *Comprendre les évolutions électorales. La théorie des réalignements revisitée* (Paris: Presses de Sciences Po, 2000), 138–39.

² La opinión del General de Gaulle fue "¡No, francamente no! Becker, *Histoire politique de la France depuis 1945*, 25.

³ No regresarían hasta 1981 de la mano de François Mitterrand.

populaire (MRP) y otros grupos menores, como una alternativa política ante el comunismo en la izquierda radical y el gaullismo por la derecha. La alineación al centro pretendía escapar de la política de los extremos del fin de la III República y del Régimen de Vichy. Para 1951, la alianza debilitada por confrontaciones en torno a la laicidad había marginado a los socialistas. Para 1952, con la erección de Antoine Pinay (un exconsejero de Vichy) a la presidencia del consejo de ministros con el apoyo de centristas, moderados y del gaullista *Rassemblement du peuple français* (RPF), profundiza el viraje a la derecha¹.

Los arreglos institucionales de la IV República fueron poco eficientes a la hora de promover la estabilidad política. Principalmente el sistema de listas proporcionales no promovía la creación de mayorías estables, como atestigua la constante rotación de los Jefes de Gobierno. Los últimos años de la IV República no se distinguieron por su estabilidad política, marcados por la inestabilidad generada por la guerra de Argelia y la emergencia del movimiento de Pierre Poujade. Aun en un interludio de izquierdistas como Pierre Mendès France y Guy Mollet², mantuvieron una postura de nacionalismo intransigente frente a la liberación argelina.

La historia le allanó el camino a de Gaulle al estallar el 13 de mayo de 1958 una insurrección de colonos franceses en Argel, instaurando un comité de seguridad pública y demandando el regreso al poder del general. Este asumió el primero de junio, el 28 de septiembre se aprobó la constitución que daría forma a la V República y el 21 de diciembre de Gaulle tomó posesión como su primer presidente. Hecha a la medida por el general, la constitución reflejaba sus aspiraciones de grandeza y liderazgo, pero también el diagnóstico del asambleísmo como la fuente de inestabilidad de la IV República. A pregunta expresa a André Malraux sobre el tipo de gobierno que buscaban con la V República, este respondió: “nuestro propio sistema americano”. Michel Debré, por su parte, afirmaba que el vicio del asambleísmo debía ser destruido para la salvación de Francia³.

El asentamiento de la hegemonía discursiva de la derecha gaullista cobró forma con la instauración de la V República y fue el acta de defunción del movimiento de Pierre Poujade, el único de ultraderecha de efímero éxito de la época. Moldeada a la medida de la

¹ Becker, *Histoire politique de la France depuis 1945*, 52 y 53. Además, la aparición del movimiento de Pierre Poujade en la década de 1950 será el punto más álgido de este viraje, como desarrollaré más adelante.

² El gobierno más largo de la IV República, duró 16 meses.

³ El gaullismo no escatimó recursos para el fortalecimiento del ejecutivo, trasladando la legitimidad popular del parlamento al ejecutivo. De acuerdo con R. K. Gooch, esto era patente en la prerrogativa de disolución: “La institución de la disolución [del parlamento] puede ser considerada como sumamente democrática, llevando la palabra final al pueblo”. Véase: R. K. Gooch, “Reflections on the Constitution of the Fifth French Republic”, *The Journal of Politics* 22, núm. 2 (1960): 193–202.

visión de Charles de Gaulle, la visión imperante de la identidad francesa de los cincuenta y sesenta era entendida como una unidad nacional integral fundada en una demarcación territorial precisa (*l'hexagone*)¹, la consciencia del *grandeur* del destino de la nación que sería asequible mediante una fuerte maquinaria estatal principalmente encarnada en el ejecutivo del cual él sería renovador y partícipe².

Sin lugar a duda, el gaullismo tuvo un efecto apaciguador en la política interior francesa, dejando consecuentemente a la ultraderecha insignificante en la reivindicación del nacionalismo francés. Si hacemos caso a un reporte de la época, el estilo gaullista de hacer política conjuntaba un alto componente de personalismo, decisiones discrecionales al margen del parlamento, y sobre todo, una política exterior intempestiva que resaltaba la “autonomía” y el orgullo francés en un mundo bipolar³. El contexto en el ámbito internacional no podía ser menos propicio. Salvada la crisis de Argelia, después de la muerte de Stalin y con el fin de la guerra de Corea (ambos eventos en 1953) se inauguró una era de estabilidad política en Europa⁴.

Además, los arreglos institucionales de la V República propiciaron mayor estabilidad gracias a innovaciones de diseño: el régimen semipresidencial da suficientes prerrogativas al presidente para la conducción de los asuntos públicos, entre los que destacan la posibilidad de llamar a un referéndum (que de Gaulle utilizará prolíficamente), disolver el parlamento (aunque sólo una vez cada 12 meses), asumir poderes de emergencia, nombrar al Primer Ministro y nominar ministros no electos al parlamento⁵. Además, las listas mayoritarias favorecían a los partidos más grandes y las alianzas para establecer mayorías de gobierno.

El gobierno encabezado por Charles de Gaulle se extendió de 1958 a 1969, en el cual la hegemonía de la derecha parlamentaria se sustentó sobre la movilización nacionalista y carismática del general. La mitología gaullista, firmemente enraizada en el espíritu del oprobio de Vichy, descansaba en la doble inflexión salvadora del general, en 1940 cuando se había opuesto a Pétain y comandado la Liberación, seguido de la reaparición en 1958

¹ Mientras Tony Judt aduce la facilidad con que De Gaulle se desembaraza de Argelia al realismo del estadista (*véase infra*), se puede deducir también de la visión clásica del general de Francia: *l'hexagone* como lo auténticamente francés. Sea cual sea la causa, el desdén por las colonias sería la piedra de toque entre la derecha gaullista y la ultraderecha.

² Sartre, crítico acérrimo del gaullismo tildaría al general de paternalista, dictatorial y fascista incipiente. “Sartre and de Gaulle: Two conceptions of France” en Michael Scriven, *Jean-Paul Sartre. Politics and Culture in Postwar France* (New York: MacMillan Press, 1999), 18–39.

³ Michel Gordey, “The French People and de Gaulle,” *Foreign Affairs* 42, no. 4 (1964): 546–58.

⁴ Tony Judt, *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945* (Taurus, 2006), 359.

⁵ Nicholas Atkin, *The Fifth French Republic* (New York: Palgrave Macmillan, 2005), 39, <https://doi.org/10.5860/choice.42-6726>.

librando a Francia de los bloqueos endémicos de la IV República y de la crisis de Argelia¹. Dicha articulación hegemónica era impugnada en la superficie pero fue tácitamente aceptada en el fondo. La instauración de la V República fue vista con mucho recelo por las élites partidistas, donde un desafiante François Mitterrand acusó un “golpe de Estado permanente” por su orientación presidencialista, que contrastaba con la percepción popular de que las desgracias de la nación durante la III y IV repúblicas se debían a la inoperancia de parlamentos facciosos, que sólo podría superarse de la mano de un líder fuerte².

La prueba más clara de la hegemonía gaullista llegaría cuatro años después, con la resolución de la crisis de Argelia que había escalado hasta la insubordinación militar de parte importante de los combatientes franceses en el norte de África, mismos que habían escalado la crisis hasta el hexágono y propiciado el regreso del general. Cuando finalmente de Gaulle tomó la decisión de que la única salida viable al problema era la total independencia de Argelia, contrariando los designios de las fracciones de la milicia que lo habían impulsado, la aceptación de una medida tan drástica fue aceptada abrumadoramente. La legitimidad de la medida aglutinó a todas las fuerzas y corrientes políticas contra las ultraderecha extremista. Como aprecia atinadamente Atkin: "incluso los comunistas fueron suavizados, temiendo que Salan, no de Gaulle, fuera el nuevo Boulanger"³. La anterior apreciación no sólo revela la incontestable legitimidad del general que se transmitía al orden político encarnado en la V República (su creación), sino que a pesar de la crítica acérrima del comunismo este se distinguía de la ultraderecha extremista de Salan y compañía en que asumía la democracia liberal como la vía para conseguir sus objetivos políticos⁴.

La consolidación de la hegemonía vendría a los meses, con el referéndum de octubre de 1962, en que de Gaulle impulsó la elección del presidente por sufragio electoral (originalmente era por colegio electoral) con notable éxito popular (62% aprobatorio), pasando por encima de la autoridad constitucional del parlamento para hacer reformas constitucionales. El uso de los referéndums, como ejercicio de poder discrecional denota la preeminencia del ejecutivo en el uso del poder político, entre otros rasgos, y constituye el

¹ Atkin, 37.

² La votación aprobatoria del proyecto en el referéndum de 1958 fue del 82.6%, que se puede apreciar como medida de apoyo al mismo de Gaulle.

³ Atkin, *The Fifth French Republic*, 49.

⁴ La crítica comunista la exploraré con mayor detalle en el apartado siguiente donde buscaré demostrar el papel que tuvo como estabilizador del pacto social a pesar de constituir una crítica “radical”. Por el contrario, la ultraderecha de los partidarios de la Argelia Francesa constituyó una afrenta muy diferente, “extremista”. Filiación que fue reconocida por un gran teórico de la política *tout-court* y del fascismo. Véase: “De Mao Zedong a Raoul Salan” en Carl Schmitt, *Teoría del Partisano. Acotación al concepto de lo político*. (Madrid: Trotta, 2013), 73–77.

ambiente institucional propicio para la práctica de una política de la personalización y el carisma, condiciones suficientes pero no necesarias para la aparición de un liderazgo populista, como se forjaría de a poco en las décadas subsecuentes. Estos rasgos se trasladaron también al sistema de partidos, siguiendo la premisa de que un orden institucional legítimo crea instituciones complementarias afines¹.

Finalmente, después de la reacción del movimiento de 1968, cuya lectura dominante enfatizo el descontento ante la forma personalista y proto-autoritaria de gobernar de Charles de Gaulle, la configuración de la V República como un orden político fundado en la legitimidad del general fue puesta en cuestión. Aunque arrasó en las elecciones legislativas de ese mismo año, la respuesta negativa al referéndum por la reforma del Senado y las regiones le hicieron ver su suerte al presidente. No obstante, en ningún modo esto inauguró un cambio sustancial, sino más bien de forma. Los años subsecuentes, la presidencia tornó a Georges Pompidou, antiguo primer ministro del general que había tenido cada vez un rol protagónico (de 1969 a 1974) y tras su fallecimiento en el cargo a Valéry Giscard d'Estaing (1974 a 1981), también antiguo ministro de finanzas gaullista en disidencia que apenas se distinguía por un proyecto más tendiente a la liberalización y menos reticente a Europa.

La salida del general de la escena política puede ser caracterizada como la transición a una hegemonía suave, que renunció a la figura de Charles de Gaulle como el líder absoluto de Francia, pero conservó la primacía conservadora de la derecha parlamentaria, el nacionalismo irrenunciable, la política de compromisos con las clases populares, la reticencia a la liberalización de los mercados y la desconfianza de la construcción de instituciones supranacionales en Europa. En términos amplios, ambos presidentes siguieron la política de compromisos con las clases populares con sus propios acentos: mientras Pompidou aumentó las prestaciones sociales y las capacidades de los gobiernos locales, Giscard hizo lo propio con el valor de las pensiones, una reforma educativa, disminuyó la edad de retiro y las políticas de bienestar para los discapacitados, aunque más importantes fueron sus reformas a las libertades cívicas, sobre todo las relativas a los derechos de las mujeres². Ya sea por la poca salud de Pompidou o por la poca pericia de Giscard, quien además tendría la mala fortuna de tener que lidiar con las crisis económica en la segunda mitad de su mandato, las reformas de fondo que eran demandas desde la

¹ Como afirman Shugart y Samuels, la estructura del régimen (en este caso semi-presidencial) influye en la configuración del sistema de partidos y de los partidos. David J. Samuels y Matthew S. Shugart, *Presidents, Parties, and Prime Ministers* (New York: Cambridge University Press, 2010).

² Véase: "La confiance: Pompidou and Giscard, 1969-1981" en Atkin, *The Fifth French Republic*.

década anterior tuvieron que esperar a 1981, con el regreso de la izquierda al poder de la mano de Mitterrand.

A manera de cierre, son cuatro las características más relevantes del periodo que sirven al argumento de este texto. Primero, la aceptación casi universal de un espíritu de época de rechazo explícito a las ideologías y prácticas de la Segunda Guerra Mundial, el oprobio de Vichy. Segundo, la consolidación de la hegemonía política bajo el signo del gaullismo, formalmente de derecha pero que operaba como un significante flotante que pretendía la representación unívoca de la sociedad francesa como un todo. A pesar de las mutaciones en la representación política, de 1946 a 1981 la sombra omnipresente del general de Gaulle fue siempre significativa por su presencia y su ausencia como polo de referencia del proyecto político nacionalista de posguerra. Tercero, la consolidación institucional de los arreglos políticos en la Constitución de la V República. Por último, la diferenciación clara de las dos familias políticas, izquierda y derecha, como clivaje fundamental a partir del cual se ordena el conflicto¹. A pesar de las diferencias que los dividían en su interior, en los momentos de mayor tensión se reagrupaban, como se puede observar en el análisis de las segundas rondas electorales. El partido Comunista, además, cumplía otra función política relevante que exploraré a continuación.

El gran disenso: la alternativa radical comunista

En el ámbito interno de la distribución de las fuerzas políticas, el consenso se reflejó en que, desde los años más tempranos de la postguerra, todos los partidos políticos compartían la meta de conseguir un crecimiento económico sostenido para aliviar las necesidades de la población. La situación encontró su arreglo definitivo cuando, tras la crisis del pan de 1946-7 tuvieron lugar manifestaciones y disturbios que orillaron al gobierno en turno a aceptar la ayuda del plan Marshall y la consecuente marginalización del Partido Comunista. Bajo la hegemonía de la derecha gaullista esta distribución tomó un sesgo partidista con la fundación de la V República en 1958.

¹ Este punto es particularmente importante. Una presuposición de este texto es que la crisis del “pacto social” no es la aparición de conflictos. Estos existen en todas las comunidades como un fenómeno inherentemente humano. La diferencia estriba en las comunidades que tienen principios para el ordenamiento (o encauzamiento) legítimo de los conflictos y las que no. La crisis del pacto social que exploraré en capítulos subsiguientes es la crisis de lo político como instancia ordenadora de los conflictos (agravados por factores estructurales), que puede percibirse en una de sus manifestaciones como la crisis del clivaje izquierda-derecha para ordenar legítimamente las diferencias en el marco establecido de la democracia.

Paradójicamente, los disidentes más importantes de la sociedad francesa cumplieron un papel fundamental en la creación de la estructura de consensos y equilibrios que cimentaron la estabilidad de los treinta gloriosos. Al constituir una fuerza de oposición organizada y organizadora de sus bases sociales, principalmente obreros y campesinos que sumaban una pequeña élite de intelectuales de izquierda, el PCF concentró la expresión de la oposición radical de forma institucional. Al aceptar la democracia como la vía para obtener sus fines políticos y el parlamentarismo como medio de influir en acciones de gobierno orientado por su agenda, adoptaron una postura crítica radical aunque leal a la democracia¹. Esto es particularmente notable, pues muy rápidamente renunciaron a toda expectativa al corto plazo de obtener poder por la fuerza o la revolución y, aun a pesar de su desprecio por la democracia burguesa, tuvieron incentivos de competir democráticamente al tiempo que se anunciaban costos políticos muy altos por no hacerlo (como tardíamente comprenderían los militantes de ultraderecha).

Dos factores harían del PCF un inadvertido pilar de la V República. El primero, su importancia como partido de protesta. Si durante el periodo referido, la derecha parlamentaria detentaba la hegemonía del nacionalismo francés, el PCF reivindicaría de forma distintiva dos rasgos del discurso ideológico que posteriormente fueron retomados por el FN en una lógica anti institucional: el obrerismo y el euroescepticismo con particular ventaja por encima de cualquier otra fuerza política de vocación radical. La reconocida participación de organizaciones comunistas en el proceso de liberación hacía que, aunque el PCF se mantuvo virtualmente excluido de toda toma de decisiones a nivel gobierno desde finales de la década de los cuarenta, conservara el monopolio de la contestación política. Al final de la Segunda Guerra Mundial, el partido comunista controlaba un conjunto de milicias y organizaciones obreras que, en su conjunto, en 1945, contabilizaban 500 mil militantes².

Sin embargo, su poder de convocatoria electoral venía de largo atrás. Tuvo su primer auge de 1924, obteniendo entonces 9.5% de votos y 15.2% en 1936, principalmente de obreros en las zonas urbanas del norte y la región parisina, y de los sectores rurales del norte y oeste del macizo central y del centro de la región mediterránea. Un segundo periodo de auge puede delimitarse entre 1945 y 1958, donde el PCF mantuvo resultados por encima del

¹ El uso de la noción de crítica no es casual. En este punto me refiero a la crítica social, como emplea la noción Luc Boltanski para referir a los discursos que buscan establecer límites o minar los cimientos de las concepciones hegemónicas. Véase: Luc Boltanski y Ève Chiapello, *El nuevo espíritu del capitalismo* (Madrid: Akal, 2002).

² Becker, *Histoire politique de la France depuis 1945*, 7.

25%, fortaleciéndose en el centro-norte del hexágono y en el sur mediterráneo¹. No obstante estar fuera de gobierno, para 1951 seguía siendo el principal vehículo de expresión política, con fuerte influencia sobre la CGT, principal central de trabajadores².

A partir de 1958, con el advenimiento de la V república y hasta 1970 el PCF mantuvo su coto de votos por encima del 20%, aunque sufriendo transformaciones en su distribución: la pérdida lenta pero progresiva de influencia en los bastiones obreros fue compensado con el reforzamiento de los bastiones rurales³. Esta tendencia, que se acentuará a partir de 1981, de progresiva pérdida del voto obrero jugará a favor del FN en su estrategia de asimilación de las demandas laborales a la inmigración. La sociedad francesa se benefició en la temprana postguerra de la relevancia política del PCF, tanto como su decadencia fue esencial para explicar el posterior auge del FN y, en menor medida, la llamada “crisis del sistema político francés” de la actualidad.

En términos más generales, la presencia política del PCF, y los socialistas en menor medida, mantuvieron viva la esperanza de la utopía como la forma discursiva que propugnaba por la transformación de la realidad existente⁴. Traducida a la distinción de Michael Oakeshott entre la política de la fe y la política del escepticismo⁵, mientras que la derecha parlamentaria se convirtió en la fuerza política que buscaba administrar el conflicto y mantener el orden y la gobernabilidad (política del escepticismo), el proyecto comunista en sus años de vigor manifestaba confianza en que la política serviría para constituir un fin superior, la sociedad de los iguales, a imagen y semejanza del entonces valorado proyecto de la Unión Soviética. Como observaré en próximos capítulos, la incapacidad del PCF de deslindarse completamente de este imaginario fue una causa importante de su declive cuando este dejara de tener referente. Mientras tal promesa fue suficiente, la contestación política concurre por causas democráticas partisanos y abonó a la estabilidad, lo que no ocurrió en 1968 y sirvió para constatar los límites articulatorios del proyecto comunista como una temprana advertencia.

¹ Julian Mischi y Michel Streith, “L’implantation du PCF: Bastions ruraux, bastions urbains”, *Études rurales*, núm. 171/172 (2004): 29–30.

² Becker, *Histoire politique de la France depuis 1945*, 49.

³ Mischi y Streith, “L’implantation du PCF: Bastions ruraux, bastions urbains”, 30–32.

⁴ Siguiendo la clarificación de la voz “utopía” por Karl Mannheim, *Ideology and Utopia* (San Diego-Nueva York- Londres: Mariner Books, 1955).

⁵ Como ya desarrollé en el capítulo primero, la distinción de Oakeshott es útil para entender la fatiga de la política y la democracia. Esta ocurre cuando la percepción común identifica que la política del escepticismo reina sobre la política de la fe. Como argumenta Margaret Canovan, el populismo puede ser comprendido como el intento por recuperar el carácter redentor perdido de la política democrática. Véase: Michael Joseph Oakeshott, *The politics of faith and the politics of scepticism*, Selected writings of Michael Oakeshott (New Haven, Conn: Yale University, 1996); Canovan, “Trust the People! Populism and the Two Faces of Democracy”.

Desde el punto de vista económico, mayo del 68 ha sido leído como la constatación de las desigualdades, antes poco evidentes, de los treinta gloriosos; además de las altas expectativas de prosperidad que no acababan por concretarse. Desde el punto de vista cultural, algunos comentaristas han sopesado la posibilidad de que el 68 adelantara el advenimiento del ethos liberal individualista que sobrevendría en décadas siguientes¹. Sin embargo, es desde el punto de vista político donde adquiere toda la relevancia. En este tenor, el gran trauma político del mayo francés, al margen de la virulencia con que fueron reprimidas las manifestaciones estudiantiles y de obreros, fue la incapacidad del PCF y los sindicatos contestatarios para responder ante la coyuntura crítica.

La desarticulación entre las manifestaciones y el aparato burocrático del partido reveló el momento en que estas desbordaron los canales tradicionales de interlocución, partidos y sindicatos, para poner al régimen contra las cuerdas por un breve espacio de tiempo. Las demandas de obreros y estudiantes, al no haber sido articuladas en un mismo discurso emancipatorio, recorrieron caminos divergentes. El movimiento estudiantil tuvo su revancha en 1981 con el regreso de la izquierda al poder. El movimiento obrero a pesar de la instantánea victoria de los acuerdos de Grenelle que aumentó el salario mínimo, las prestaciones sociales y disminuyó las horas de trabajo, se vio progresivamente alienado de toda capacidad de influencia política. Ambos, veremos posteriormente, tendrán especial importancia para nuestra narrativa.

El segundo factor consistió en la superación de las reticencias naturales ante la SFIO, después Partido Socialista, que propició el establecimiento de acuerdos de cooperación estratégica y aumentó las posibilidades de los comunistas de competir democráticamente y, en consecuencia, incentivos para aceptar en cierta medida las premisas y condiciones de la democracia liberal representativa. Los más notables fueron los acuerdos electorales que le devolvieron relevancia como organismo dedicado a colocar miembros en funciones gubernamentales. Esto es relevante porque, aunque el PCF salió fuertemente legitimado de la liberación, había encontrado su tope con el rechazo a su proyecto constitucional del 5 de mayo de 1946 y el consiguiente alineamiento de la centro izquierda con la centro derecha, que se mantendría hasta el fin de la IV República. La magnitud de tal aislamiento se puede

¹ Alain Touraine lo explicaba como una “lucha entre una sociedad en rápido desarrollo, rápidamente asimilando una nueva cultura nacida del cambio económico, frente a un aparato del Estado lento a adaptarse y muy presto a retraerse en su espíritu autoritario” *loc. cit* Atkin, *The Fifth French Republic*, 94. Por su parte, Cornelius Castoriadis se pregunta si los acuerdos de Grenelle no fueron el impulso decisivo de la izquierda hacia el individualismo, o si este ya preexistía en las demandas por participar de la bonanza de los treinta gloriosos. Véase: “Les mouvements des années soixante” en Cornelius Castoriadis, *La montée de l’insignifiance* (Paris: Seuil, 1996).

expresar de forma elocuente: mientras que en las elecciones legislativas de 1945 y 1958 había obtenido el 23.6% y el 22.3% de los votos respectivamente, sólo obtuvo el 10.8% y 3.3% de los asientos¹.

Para 1962, los acuerdos de apoyo en las segundas vueltas electorales se habían consolidado beneficiando a ambos partidos de izquierda en el ámbito electoral, pero en especial al PCF legitimándolo como un partido responsable. Esto tendría como consecuencia la configuración una oferta ideológica bipolar con dos claras “familias”, divididas a su vez entre moderados y radicales. Por un lado las derechas parlamentarias, distinguidas entre sí como gaullistas² y no-gaullistas o liberales que detentaron la hegemonía política durante el periodo. Por el otro, las alianzas coyunturales entre el PCF y los socialistas sirvieron para constituir una oposición seria. Dichas distinciones en el campo político configuraron de forma estable los clivajes políticos y los puntos de encuentro. En cuanto a los puntos de encuentro, ya mencionados anteriormente, se pueden resumir en la aceptación tácita de los consensos alrededor de la reconstrucción y el desarrollo económico, además de la participación en la política democrática a pesar de no cejar en calificarla como “democracia burguesa”.

El clivaje estructurante del conflicto político aún puede ser encuadrado en los esquemas descriptivos de las sociedades de clases³. Mientras que votaban por la derecha los empresarios, las clases medias urbanas, los comerciantes y artesanos, y los funcionarios, la izquierda condensaba en gran medida el voto de las clases populares. Entre ellas, el voto obrero era fundamental por su importancia social y económica como motor del desarrollo, por su cohesión y capacidad de organización en centrales sindicales como la CGT y la CFDT. La movilización obrera durante los treinta gloriosos fue primordialmente el sustento del PCF y de la izquierda. Incluso para 1968, la movilización electoral obrera fue considerable. EN 1973, los obreros estaban sobrerrepresentados 14% en el electorado del PCF, que para 1973 alcanzaría su clímax con un sesgo de +22%⁴.

¹ Pierre Martin, “L’élection présidentielle et Les élections législatives françaises de 2002”, *French Politics, Culture & Society* 21, núm. 1 (2003): 142.

² La larga sucesión de partidos gaullistas, durante el periodo estudiado, es la siguiente : Rassemblement du peuple français (RPF, 1947-1955), Union pour la nouvelle République (UNR, 1958 - 1967) y la Union démocratique du travail (UDT, 1959 – 1967), la fusión de los anteriores en la Union des Démocrates pour la Ve République (UDVe, 1967 - 1968), que cambió de nombre por la Union des démocrates pour la République (UDR, 1968 - 1976).

³ Podríamos definir, grosso modo, sociedades de clases como aquellas en las que la estratificación social respondía a la posición de sus integrantes en la estructura social. Desde otra visión menos estructuralista, Thomas Piketty les llamará las “Sociedades propietarias”. Véase: “La crise de sociétés propriétaires” en Piketty, *Capital et Idéologie*.

⁴ Martin, *Comprendre les évolutions électorales. La théorie des réalignements revisitée*, 178.

Por último, dos hipótesis interesantes emergen del estudio de la distribución espacial de los bastiones del comunismo francés que apuntalarán más adelante reflexiones sobre el comportamiento político y electoral después del declive del PCF, mismas que serán de interés para la comprensión del desenvolvimiento de la política radical. La que concierne a los bastiones rurales, que no va a ser estudiada a profundidad, supone que estos constituyen el antecedente explicativo de las manifestaciones de los chalecos amarillos (*gilets jaunes*) que convulsionaron Francia en la segunda mitad del 2018, exhibiendo el relativo atraso y la progresiva pérdida de poder adquisitivo en el campo¹. La segunda, fundamentada en la posterior explicación de la constitución de los bastiones obreros del FN, aduce que al perder fuerza el PCF dejó públicos disponibles cuyas demandas fueron retomadas por la ultraderecha.

En efecto, el PCF reivindicaba una gran variedad de demandas que con su declive serían del dominio del FN. El Euroescepticismo, un tema que fue después el ariete de combate del FN, era reivindicado con vigor por el PCF. La idea incipiente de una Europa unida contrastaba con las ambiciones pro soviéticas y la fidelidad al proyecto de integración en torno a Moscú. Esto resultó cada vez más evidente a propósito de la propuesta de constituir una Comunidad Europea de Defensa (CED) en 1950 por percibirla como una afrenta a la URSS (los gaullistas la rechazaban por igual, pero en defensa de la soberanía nacional)² y el tradicional recelo de Alemania, que fue rearmada de acuerdo con el plan.

En resumen, la alternativa política radical cumplió con dos funciones importantes en el seno del sistema político. Desde el punto de vista de la organización discursiva del sistema político, el comunismo constituyó la expresión política más radical que, sin embargo, participaba activamente del juego democrático y lo legitimaba socialmente ante sus representados. El PCF constituía la voz que mantenía la esperanza en la cara redentora, dicese emancipadora en la jerga partisana, de la democracia. En segundo lugar, constituía la vía de organización primaria de las clases obreras, trabajadores urbanos y campesinos que apoyados en cuerpos intermedios, sindicatos y organizaciones gremiales podían defender efectivamente sus intereses frente a los patrones y los intereses de desarrollo del Estado.

Estudiar al PCF como un involuntario pilar de la estabilidad de la V República sienta el precedente para entender cómo la posterior decadencia del comunismo organizado

¹ La progresiva pérdida de poder adquisitivo que acusaban los chalecos amarillos y el impacto que tendrían las medidas anunciadas por Emanuel Macron sobre el alza del impuesto sobre los hidrocarburos, tenían una clara distribución espacial, siendo las áreas rurales las más afectadas por la necesidad de utilizar vehículos propios. La persistencia de los bastiones rurales, que documentan Míschy y Streith, hasta finales de los noventa abona a esta explicación.

² Becker, *Histoire politique de la France depuis 1945*, 55.

políticamente fue un importante punto de inflexión para el auge del FN. Mientras el comunismo francés gozó de buena salud el sistema político francés se sostuvo sobre ordenados equilibrios. En este momento histórico, la ultraderecha apenas se vislumbraba en el horizonte.

Los resentidos de la bonanza

La época de rápidos cambios económicos y sociales trajo consigo una serie de tensiones que se expresaron políticamente. El carácter dual del periodo es representativo de las transformaciones que gestó: por un lado, crecimiento, expansión del bienestar, estabilidad política y rechazo de los extremismos; por el otro, la incubación de una política migratoria agresiva, de la creciente liberalización de los mercados en detrimento de la economía local, la profundización de la fisura identitaria y la perenne desigualdad sólo ligeramente matizada. No cabe duda de que la economía fungió como vector de progreso durante los treinta gloriosos. No obstante, otras transformaciones generaron tensiones y contradicciones que a lo largo del periodo estuvieron en la agenda de la ultraderecha, aunque amortiguadas en gran medida por la ausencia de demandas significativas en el grueso de la población y por la existencia de otros vehículos de expresión como el PCF.

En el balance general de la época, aquellas tensiones que se mantuvieron en el núcleo del discurso de ultraderecha no hicieron más que crear grupos aislados de resentidos por la bonanza sin la posibilidad de lograr alianzas estratégicas ni articulaciones discursivas en un frente común. No obstante, los beneficios de los treinta gloriosos fueron lo suficientemente generosos como para impedir que una expresión de la ultraderecha organizada tuviera relevancia política en aquellos años.

Un observador de la época difícilmente advertiría que, en la Francia de la temprana postguerra, entre una economía boyante y un sistema político en camino a su maduración, pudieran gestarse las semillas del futuro descontento social que sostuvo a la ultraderecha. Sin embargo, la hipótesis que sostiene esta investigación es que dichas causas se deben rastrear precisamente desde el momento de pujanza económica y reconstrucción del poder político francés, si no a la manera de contradicciones del capitalismo y el liberalismo nacionalista, cuando menos como consecuencias no deseadas.

Algunas de ellas, como el proceso de descolonización y la temprana llegada al mercado mundial, fueron lo suficientemente ostensibles como para expresarse en el único movimiento de ultraderecha de importancia en la época, el poujadismo al que dedicaré las primeras páginas de este apartado. Otras, el recurso a la inmigración y las transformaciones sociodemográficas propias de los procesos de movilización social, alcanzaron su apogeo como recursos discursivos del FN en años posteriores. Sin embargo, como expondré en la segunda parte del apartado, el partido apenas estaba por nacer, inmerso en la pugna entre dos grupos: la vieja guardia de los nacionales, veteranos del régimen de Vichy y de la Guerra

de Argelia frente a los nacionalistas revolucionarios, jóvenes virulentos más propensos a la acción directa.

El arribo de la globalización y el movimiento de Pierre Poujade

El primer antecedente verdaderamente relevante de la ultraderecha de postguerra, que puede ser analizado de forma productiva bajo nuestras premisas sobre el populismo, es el movimiento contestatario de Pierre Poujade. Fue detonado por el arribo de la globalización comercial, los cambios en los sistemas de distribución que permitieron el acceso al hexágono de las grandes cadenas comerciales y la desigual presión fiscal. Estos factores, argumentaban sus portavoces, hacían más difícil competir a los pequeños comerciante y artesanos, principalmente en las zonas rurales. Se trataba de las consecuencias más tempranas de la primera ola de globalización que afectó a Francia, caracterizada por una internacionalización organizada de la economía fundada sobre el nuevo sistema aduanero global de la OCDE y el GATT¹ y del aumento y la diversificación del consumo que tuvieron como consecuencia la liberalización del mercado interior francés.

El *poujadismo*², primera expresión significativa de la temprana postguerra surgió como una agrupación de comerciantes y artesanos descontentos, alrededor de la controversial figura de Pierre Poujade, un pequeño comerciante de papelería de Saint-Céré, una pequeña localidad en el macizo central francés. Vale la pena ahondar en esta expresión, pues constituye el primer momento de articulación populista de ultraderecha de la Francia de postguerra. En su producción discursiva, sus demandas y la forma de articular el movimiento se encuentran rasgos que lo distinguen de la oferta discursiva de ultraderecha de la época. Igualmente ilustrativo para el argumento será analizar su relativamente limitado alcance, como prueba fehaciente del contexto estructural poco idóneo de la época.

La organización constituida alrededor del movimiento Poujade, la Unión de Defensa de Comerciantes y Artesanos (*Union de Défense des Commerçants et Artisans*, UDCA) enarboló una serie de demandas de corte económico derivadas directamente de las condiciones inherentes al periodo de rápido desarrollo: la desigualdad de ingresos entre artesanos acrecentada por la distribución territorial, la transformación de la estructura de comercio afectada principalmente por la centralización en grandes cadenas y

¹ Rosanvallon y Fitoussi, *La nueva era de las desigualdades*, 119.

² Este análisis sigue de cerca el excelente libro homónimo. Véase: Stanley Hoffmann, *Le Mouvement Poujade* (Paris: Librairie Armand Colin, 1956).

supermercados, y la subordinación de los pequeños comerciantes a las empresas distribuidoras¹.

Además, como consecuencia del desarrollo sostenido de los treinta gloriosos que tenía en el Estado su principal soporte, el otro conjunto de demandas iba enfocado al “dirigismo” de la economía y al carácter regulador del Estado. En consecuencia, las condiciones estructurantes de las demandas poujadistas tenían también un foco fiscal: las cargas impositivas, argumentaban los poujadistas, estaban malévolamente diseñadas para impedir a los comerciantes hacer caer el peso de la carga fiscal en los consumidores. También protestaban contra las reformas estatales para levantar los impuestos de forma más efectiva, la centralización del control antifraude que se reflejaba en el tono anti-Paris del movimiento, el aumento de las penas para la resistencia de la implementación de las medidas antes mencionadas y la situación de desventaja en la cual el desarrollo tecnológico colocaba en términos fiscales a los pequeños comerciantes y artesanos contra las grandes empresas y los asalariados².

Bajo estas presiones, resulta natural que fueran principalmente pequeños comerciantes y artesanos quienes respondieran al movimiento. Este tuvo su inicio, al menos de manera simbólica, entre el 22 y el 23 de julio de 1953, cuando Pierre Poujade encabezó la resistencia ante un control fiscal en su ciudad natal. Bajo el slogan “hay que saber unirse o prepararse a desaparecer”³, el poujadismo se concentró en intentar agrupar una serie de identidades alrededor del movimiento estableciendo relaciones de solidaridad en las zonas rurales que se veían amenazadas por la dinámica de rápida urbanización. Posteriormente, intentó atraer a los clientes, a los medianos empresarios e incluso los obreros, sin demasiado éxito.

Para 1956, el poujadismo tuvo su momento cumbre. En su vertiente electoral fundada en el mismo año, “Unión y fraternidad francesa” (*Union et fraternité française*, UFF), el poujadismo recibe una gran cantidad de votos del gaullista RPF alcanzando el 11.6% del electorado y colocando 52 parlamentarios en la Asamblea Nacional⁴. En este esfuerzo de construcción de una identidad popular, el poujadismo contenía todos los rasgos de la alocución populista. Poujade conjuntaba la apelación al pueblo como el renovador de la promesa de la revolución con su liderazgo magnético y sus excepcionales dotes de persuasión. Expresaba su desconfianza de las élites económicas, representadas por las

¹ Hoffmann, 11-17.

² Hoffmann, 17-21.

³ Hoffmann, 35.

⁴ Becker, *Histoire politique de la France depuis 1945*, 65.

grandes firmas internacionales y de las élites políticas que supuestamente trabajaban para ellas. Por último, coronaba su discurso con la denuncia de la globalización cosmopolita que se observaba en el libre mercado y la afluencia de inmigrantes. La añoranza por una patria imperial venida a menos¹, donde reinaban los valores rectores de la revolución francesa: la libertad, la igualdad y la fraternidad².

Sin embargo, el éxito esporádico del poujadismo debe contrastarse con los cortos alcances de su producción discursiva y su incapacidad de articular grupos descontentos en torno a demandas democráticas. Por una parte, la construcción de la identidad popular a través del antagonismo entre hombres libres contra fuerzas económicas³ tenía poca posibilidad de cristalizar en una articulación en buena medida por el radicalismo conservador de algunos portavoces que excluían a medianos empresarios, profesiones liberales y obreros por no gozar de independencia económica. En el discurso poujadista, la superioridad del hombre libre estribaba en su capacidad de proveerse de un ingreso por su propia cuenta, dejando al margen de toda dignidad al trabajo asalariado⁴.

Una definición tan fuertemente circunscrita del pueblo contrastaba con la tendencia natural de los discursos populistas de articular de forma equivalencial otras identidades. Al menos programáticamente, el discurso de Poujade buscaba atraer otros sectores sociales al enraizar el poujadismo en la historia francesa. Con esta intención identificaba su movimiento con la revolución de 1789 y la resistencia durante la guerra, argumentando así darle voz al “pueblo libre”. Empero, sus esfuerzos eran problemáticos y poco fructíferos. Por un lado, el carácter no asalariado y localista de los pequeños artesanos y comerciantes los colocaba en una posición de superioridad moral, verdaderos portadores de la libertad. Por el otro lado, la búsqueda igualdad encaminó al poujadismo en una lógica equivalencial de cara a los obreros al construir puentes alrededor del tema del mejoramiento del “poder de compra”.

De tal forma, en la narrativa de Poujade los pequeños comerciantes, artesanos y el movimiento obrero articulado se enfrentaban a un enemigo en común: las finanzas y los grandes capitales, los *trusts* y las reformas del gobierno al servicio de estos. De tal suerte, el discurso poujadista podía encarnar en objetos concretos contra quienes dirigir sus baterías

¹ Nacionalismo en contra de los “malbaratadores” de las colonias (“à l’encontre des «bradeurs» des colonies”). Becker, 63.

² Véase: “La mythologie du poujadisme”. Hoffmann, *Le Mouvement Poujade*, 210–52.

³ Hoffmann, 210 y ss.

⁴ La reflexión, por demás interesante de Hoffman, revela como el papel emancipador que Marx destinara al proletariado en su filosofía Poujade lo asigna a estos hombres libres. Hoffmann, 210.

como los grandes supermercados, en la lógica de los pequeños comerciantes, o los partidos marxistas y comunistas que fungían como grandes *trusts* soviéticos¹.

De igual forma, aunque mucho menos persuasiva, la apelación a la fraternidad buscó articular clases bajo la bandera de la armonización de intereses (que recordaba más que nada a Vichy y al fascismo) mediante un programa de comunicación privilegiado de las clases con el poder, que a su vez estaría centralizado y tendría la posibilidad de protegerlas². En consecuencia, el poujadismo se encontraba en una tensión irresoluble entre la articulación de un verdadero populismo y la experiencia organizativa de la asociación de grupos de presión de pequeños comerciantes y artesanos para la defensa de sus intereses particulares.

En muchos sentidos, el movimiento Poujade funcionaba como precedente de las extremas derechas populistas de las últimas décadas mucho más que sus antecesores radicales. En este tenor, es de resaltar la difícil relación que sostenía con la democracia. El poujadismo, en su búsqueda de trascendencia política, se diferenciaba de muchos otros grupúsculos extremistas de derecha al acoger la promesa democrática. En sus términos, el movimiento era “la democracia en acción”³, propugnando por renovar la nación a través de la democracia plebiscitaria y la expresión popular emanada de la voz de “aquel pequeño papeler”, uno más entre todos los franceses.

Igualmente democráticas eran sus demandas, al menos en el sentido de Laclau. Ponían en relieve las tensiones inherentes al desarrollo de los celebrados treinta gloriosos y las transformaciones al nivel Estatal que se venían sucediendo desde 1945. Los resentidos de la bonanza no eran otros que los olvidados del desarrollo económico, del dirigismo Estatal y la incipiente globalización. Como arma de guerra, hacían uso de una visión radicalmente igualitaria de la democracia que rectificaría la decadencia de la Nación. Despojaría del poder a los grandes (*gross*) para devolverlo al pueblo.

No obstante, al igual que la extrema derecha contemporánea, el poujadismo socializaba las demandas en términos conservadores y, en potencia, antiliberales. La desconfianza de las instituciones corrompidas e ineficientes abonaba a un simple antiparlamentarismo. Aunado a sus influencias solidaristas y corporativistas, compartían con los fascismos su sospecha de los judíos, haciendo especial presa en el presidente Pierre Mendès France. La fobia nacionalista de la inmigración en asociación al capitalismo cosmopolita era un guiño temprano de la asociación que tres décadas después se convertiría en la bandera del FN.

¹ Hoffmann, 231.

² Hoffmann, 233 y ss.

³ Hoffmann, 249.

Derrotado por las bondades del Estado benefactor francés que se dirigía a sus años de gloria, la capacidad articuladora tuvo poco éxito más allá de sus electorados primigenios. La todavía fuerte concurrencia del PCF ofrecía una alternativa discursiva sólida a su radicalismo en el campo electoral, principalmente entre obreros y sectores rurales más deseosos de ser alcanzados por el progreso que de mantenerse en las rústicas delicias de la vida campirana¹. Además, si el poujadismo tenía en su origen la situación de desarrollo tecnológico imperante y progreso técnico en comunión con el descontento fiscal, buscaba socializar sus demandas aprovechando los matices políticos del desencanto por la crisis de Argelia y la pugna entre capitalismo y comunismo. Al ser proporcionada una vía alternativa con la fundación de la V República gaullista, tales demandas dejaron de ser pertinentes por varias décadas.

Por último, el legado del movimiento de Pierre Poujade trascendió más allá de los turbulentos años de movilización. Primero, a través del surgimiento de las revueltas antifiscales comandadas por Gérard Nicoud alrededor de la CIDUNATI², quienes a principios de la década de los setentas reaccionaron a la profesionalización de la burocracia fiscal que les impedía a comerciantes y artesanos mantener los regímenes de laxitud en cuanto al pago de sus obligaciones fiscales³. Después, será el joven poujadista, Jean-Marie Le Pen al mando del FN quien se reapropió paulatinamente de los viejos hábitos contestatarios y de algunas de las demandas.

Le Front National: el fin de la dispersión y la travesía del desierto

Contrariamente al poujadismo, las familias históricas de la ultraderecha francesa tienen raigambre y abolengo. Mientras Pierre Poujade representaba el renacimiento en medio de la prosperidad de la *jacquerie* y las revueltas antifiscales⁴, espontáneas y difusamente ideologizadas, las ultraderechas francesas en sus diversas manifestaciones provenían de

¹ El fondo de la producción discursiva, como argumenta Hoffmann, estaba construido alrededor de la premisa “saber decir no al progreso”. Hoffmann, 251 y ss.

² Confederación intersindical de defensa y de unión nacional de los trabajadores independientes (*Confédération intersyndicale de défense et d'union nationale des travailleurs indépendants*).

³ Es menester hacer notar que ambos movimientos son diferentes en cuanto a la población movilizada: mientras que el poujadismo se nutrió principalmente de artesanos de rango “superior”, con ingresos y capital social, el movimiento de Nicoud encontró eco en los rangos “inferiores”, comerciantes y artesanos precarizados y proletarizados. Un análisis más detallado del movimiento debería responder si este cambio de movilización es consecuencia del sistema impositivo y la competencia con las cadenas de distribución. Alexis Spire, “L'inégalité devant l'impôt. Différences sociales et ordre fiscal dans la France des Trente Glorieuses”, *Revue d'histoire moderne et contemporaine* (1954-) 2, núm. Apr.-Jun. (2009): 181–84.

⁴ En nuestros días, los “chalecos amarillos” (*gilets jaunes*) son la evidencia viva.

diversas tradiciones y dogmas. Es posible rastrearlas, sin duda, al menos hasta finales de la Revolución Francesa, donde la transformación de lo político hacia formas cada vez más democráticas, donde la democracia podía ser entendida como un “lugar vacío”¹ en el cual las derechas francesas, de diversa raigambre, pudieron optar por ocupar un espacio, bajo particulares lógicas de articulación discursiva que variaron en el tiempo pasando del nacionalismo revolucionario de inspiración fascista al populismo enmascarado de republicanismo.

A pesar de la notoriedad del poujadismo, su éxito fue limitado y su aparición efímera. La fundación de la V República inyectaba renovada legitimidad al sistema político francés, al tiempo que la resolución del conflicto en Argelia abría nuevos frentes. Sin embargo, faltarían varios años para que la ultraderecha francesa pudiera tener alguna relevancia en la política nacional. ¿La razón? La total dispersión que imperaba entre un conjunto de “familias” diversas con diferentes raigambres e ideologías. Organizaciones de diverso tipo y naturaleza heterogénea batallaban para abrirse paso en la escena política francesa: fascistas y sus derivados como los nacionalistas revolucionarios, monarquistas, petainistas, partidarios de la Argelia francesas y solidaristas, entre otros.

El hilo que conduce esta reconstrucción histórica pasa necesariamente por dos hipótesis estrictamente políticas que estructuran esta investigación. A la primera hipótesis, más o menos comprendida bajo los estudios alrededor del término “desdemonización”², le denomino la “hipótesis democrática”. Esta plantea que en la medida en que los cuadros del FN adquirieron notoriedad política y tuvieron acceso a cargos de elección popular tuvieron más incentivos para adoptar discursos³ cada vez más democráticos observables en dos dimensiones: el grado de organización del partido y sus militantes de cara a presentarse como una opción viable de gobierno y la moderación de su propuesta programática para hacerla compatible con los presupuestos de la democracia representativa liberal. Este proceso, gradual, se profundizó a lo largo de las décadas según diversas coyunturas que describiré posteriormente.

¹ Según la expresión acuñada por Claude Lefort. Véase: *La incertidumbre democrática. Ensayos sobre lo político* (Barcelona: Anthropos, 2004).

² Nuestra hipótesis no difiere de quienes han hecho uso del término. Por ejemplo, Wieworka hace énfasis en los siguientes factores: la modernización del partido para proveerlo de respetabilidad, el abandono del anti-semitismo explícito y la abierta atención a las mujeres. Wieworka, *Le Front national, entre extrémisme, populisme et démocratie*, 46–48.

³ No sobra recordar al lector que entendemos por discurso la acepción amplia del mismo que va más allá de las palabras y remite a toda forma de expresión humana poseedora de significado. Puede verse esta posición en Michel Foucault, *La arqueología del saber* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2002).

A la segunda hipótesis la denominé la “hipótesis populista”. Esta refiere al proceso en que el FN pudo desdemonizarse y salió progresivamente de la marginalidad mediante la inclusión de demandas a una cadena discursiva, conjuntando electorados diversos, o lo que he denominado el “devenir populista del FN”. Las demandas articuladas por el FN son consecuencia de las transformaciones estructurales que sufrió la sociedad francesa, que no pudieron ser reconducidas por los canales políticos institucionales, lo cual se expresa como una crisis de legitimidad de las democracias y de la representación política. Ante este déficit, el populismo surge como una respuesta natural en tanto afirmación de la política *tout-court*.

Asimismo, estas hipótesis cuenta con una presunción adicional. Ambas descansan en la apreciación de Madison sobre cómo ciertos arreglos institucionales generan instituciones complementarias, particularmente cómo los regímenes políticos con sus particulares relaciones entre ejecutivo y legislativo alteran la organización de los sistemas de partidos y los partidos mismos. Las condiciones institucionales de regímenes presidenciales o semipresidenciales con presidentes dominantes son entornos más propicios para la escalada populista. Siguiendo a Shugart y Samuels, bajo estos arreglos institucionales la política tiende a nacionalizarse y personalizarse¹. Adicionalmente, es posible inferir que los electores perciben que el poder en juego es mayor en una elección presidencial. Mientras que un presidente es el Jefe de Estado, el primer ministro en su acceso al poder no es más que el representante de una jurisdicción del parlamento. Esto, como buscaré demostrar a lo largo del texto, constituye una condición necesaria para la articulación populista, caldo de cultivo para el ejercicio del poder por parte del líder carismático².

La primer hipótesis, que es la que más interesa en este lapso de la historia, puede ser entendida como un problema de organización de la acción colectiva. Marcadas por la contradicción entre la necesidad de unirse y las diferencias que las separaban, las familias

¹ Samuels y Shugart, *Presidents, Parties, and Prime Ministers*, 13–18.

² Una hipótesis contrafáctica, que daría robustez a esta investigación, tendría que ser extraída de una democracia parlamentaria, como Gran Bretaña, en donde el espectro del populismo es más difuso. La evidencia al respecto es confusa pero tiende a darnos la razón: mientras que en los momentos álgidos de la crisis de refugiados el *United Kingdom Independence Party* obtuvo 13% de los votos en las parlamentarias de 2015, pasada la crisis y las elecciones del Brexit volvió a sus insignificantes niveles de costumbre. Su descendencia, el *Brexit Party* obtuvo 30.5% de los votos en las europeas de 2019, de nuevo en medio de la crisis de la separación de la UE. Mucha más evidencia y detalle serán necesarios para dilucidar la cuestión perspectiva comparada, sin embargo, esta breve comparación pareciera indicar que en regímenes parlamentarios las articulaciones populistas son mucho más dependientes de las crisis y las coyunturas.

Una corroboración más simple será ensayada a lo largo de este texto. El régimen semi-presidencial francés crea las condiciones para el experimento cuasi-perfecto en el cual, *ceteris paribus*, es posible comparar las cuotas de votación del FN en elecciones presidenciales frente a las elecciones parlamentarias y, para mayor contraste, las elecciones al Parlamento Europeo. Las altas cuotas de votos para las primeras y las bajas para las segundas suman evidencia probatoria.

de la ultraderecha fueron encontrando poco a poco motivos para agruparse, primero, y dedicarse a la política democrática, después. Por ende, toda perspectiva que busque desentrañar los primeros indicios de su deriva populista tendrá que prestar especial atención a dos factores: el proceso mediante el cual las diversas familias de la ultraderecha encontraron los incentivos para agruparse en un frente unido y el proceso mediante el cual han adaptado su discurso al contexto social francés en aras de competir electoralmente, la desdemonización.

De acuerdo con René Rémond, la derecha francesa se había organizado tradicionalmente en tres grandes familias: monarquistas o legitimistas, orleanistas y bonapartistas¹ a quienes, gracias a la desorganización política de la Segunda Guerra Mundial, se sumarían posteriormente los diversos grupúsculos de la ultraderecha: apólogos de Vichy, los poujadistas y los partidarios de la Argelia Francesa, aunque estos últimos con una definición ideológica mucho más laxa. El ya de por sí diverso y fraccionado horizonte de la ultraderecha francesa se tornó más complejo por la hegemonía de la derecha parlamentaria, la fuerte presencia del PCF y la relativa prosperidad de los treinta gloriosos. En consecuencia, la búsqueda de la articulación fue siempre el objetivo primero.

Tras la caída del régimen de Vichy, debutaron con la organización el 14 de marzo de 1948 del “Banquete de los mil” (*Banquet des Mille*) en Dijon, para protestar contra la depuración, celebrar el 100 aniversario de la II República y anunciar el regreso a la arena pública de los excluidos por las purgas políticas. Motivados por un sentimiento de injusta y resentimiento fundamentalmente frente a los comunistas, no promovían directamente una reivindicación de Vichy, sino el anuncio de un proyecto político nuevo. En el fondo, la maniobra política encubría subrepticamente la demanda de liberación del Mariscal Pétain. Por el contrario, no cumplió ninguno de los objetivos y fue rápidamente olvidado sin siquiera merecer una fuerte condena².

La transición a un frente más unificado no estuvo exenta de tensiones. En Francia, la temprana postguerra fue marcada por el lento, a veces tortuoso, proceso de descolonización sufrido con especial virulencia en Francia. Las colonias habían sido de vital importancia para las potencias europeas durante las guerras mundiales, suministrando recursos y tropas en los momentos de mayor necesidad. Así, antes de aceptar la posibilidad

¹ René Rémond, *Les droites en France* (Paris: Aubier-Montaigne, 1992).

² Michèle Cointet afirma que más que un error, la indiferencia ante el banquete revela la “rápida desculpabilización” (sic) de un medio político inmerso por el anticomunismo. Véase el capítulo de Cointet, “Le Banquet des Mille” en Gilles Richard y Jacqueline Sainclivier, eds., *La recomposition des droites en France à la Libération, 1944-1948* (Rennes: Presses universitaires de Rennes, 2004), 325–32.

de la descolonización, el orgullo francés por sus colonias llevó a soñar con una imposible asimilación cultural. No obstante, la situación en Argelia había devenido insostenible y el 1º de noviembre de 1954 estalló la revolución liderada por el Frente de Liberación Nacional (FLN).

Ante tal situación, los altos mandos militares se encontraban deseosos por mantener las colonias en una operación militar sostenida con el generoso apoyo militar de los Estados Unidos. Para su disgusto, la crisis no se resolvió de conformidad con las derechas nacionalistas francesas: en su punto más álgido, el 28 de mayo de 1958, el retirado Charles de Gaulle regresó a la política, haciéndose con la presidencia 3 días después. El 28 de septiembre del mismo año tuvo lugar el referéndum por el cual se fundó la V República, que le concedió a de Gaulle omnipotencia nacional. Al año siguiente, siendo realista ante la situación nacional, el general concedió la autodeterminación argelina.

La situación escaló violentamente: choques entre colonos autodenominados “ultrapatriotas” y gendarmes fueron seguidos en 1961 por la creación de la “Organización del Ejército Secreto” (*Organisation de l’Armée Secrète*, OAS), que en el mismo año puso en marcha un conato de golpe militar. Finalmente, el 19 de marzo de 1962 se firmaron los Acuerdos de Evían, mediante los cuales se estableció el alto al fuego y el comienzo de Argelia como país independiente¹. Si se sigue la reinterpretación a posteriori del propio Le Pen en su discurso del 15 de enero de 2011, el FN reivindica una raigambre que lo sitúa como descendiente de los agravios a los defensores de la Argelia francesa: el “Frente Nacional de los combatientes” (*Le Front National des combattants*, 1957-8), el “Frente Nacional combatiente” (*Le Front National combattant*, 1958-60) y el “Frente Nacional por la Argelia Francesa” (*Le Front National pour l’Algerie Français*, 1961)².

No fue hasta 1965 que tuvieron representación política capaz de competir electoralmente de la mano de Jean-Louis Tixier-Vignancourt, abogado defensor del general Raoul Salan, de Céline, partidario de la Argelia Francesa y Secretario General Adjunto de Información durante el régimen de Vichy, cuya campaña dirigió un todavía joven Jean-Marie Le Pen³. El resultado marcó el tono decepcionante para la ultraderecha en los siguientes años: recibe el 5% de los votos. El objetivo realista de tal empresa nunca fue lograr

¹ Judt, *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945*, 415–26.

² Si alguien tuviera alguna duda de los orígenes ideológicos del FN, esta debería disiparse al notar la herencia apenas disimulada de los partidarios de la Argelia francesa. Todas ellas de efímera vida, la segunda y tercera disueltas en el contexto del turbio ambiente político de la guerra de Argelia. Dominique Albertini y David Doucet, *Histoire du Front National* (Paris: Texto, 2014), 16.

³ Albertini y Doucet, 19.

la presidencia, pero sí unificar a las familias dispersas en un frente común¹, tarea que tendría que esperar todavía dos décadas.

El punto en común era la contestación contra la guerra de Argelia, el resentimiento contra los procesos judiciales en el cuadro de la depuración, el anticomunismo y el repudio a la derecha parlamentaria simbolizada primordialmente por el general Charles de Gaulle. A pesar de las cuestiones que los unía, la década de los sesentas fue oscura para la ultraderecha, que “es grupuscular, no existe”² a la sombra de la hegemonía gaullista-nacionalista y de la contestación comunista y estudiantil.

Sus demandas se limitaban a pequeños grupos radicalizados, melancólicos de la Argelia francesa y resentidos colaboracionistas. Entre ellos, una pequeña agrupación destaca: los nacionalistas revolucionarios, caracterizados por su rechazo frontal de la democracia liberal, en su mayoría nostálgicos del régimen de Vichy y siempre dispuestos a la acción directa mediante manifestaciones violentas y actos que rayan en el terrorismo que les granjea sin problemas el adjetivo de extremistas en el sentido estricto de la palabra. Fundan primero “Occidente” (*Occident*) y ante su disolución tras violentas protestas, el 15 de diciembre de 1969 crean Orden Nuevo (*Ordre Nouveau*, ON) con la intención de reagrupar las familias de la derecha bajo un frente común. Su raigambre de orientación neofascista no deja de ser evidente, pues tiene como gran referente el *Movimiento Sociale Italiano* (MSI)³.

Lo que hace peculiar a ON de otras agrupaciones de ultraderecha es la adopción de una doble estrategia: combinar el activismo en la calle con la participación institucional en el campo electoral, lo que significa un parteaguas con la ultraderecha radical que se contentaba con el muchas veces violento activismo callejero. Sin embargo, su alcance es limitado, el 70% de sus militantes son jóvenes y reivindicaban un programa político en total asincronía con la época: el anti-igualitarismo y anti-individualismo, la defensa de Occidente como una unidad étnica cultural, el nacimiento de una nueva élite y una tercera perspectiva entre la lucha de clases y el capitalismo cosmopolita en la que se pugnaban por la cooperación entre capital y fuerzas de trabajo (a la manera solidarista). No obstante, lo que en verdad los unía era su decidido anticomunismo⁴.

¹ Valérie Igounet, *Le Front national de 1972 à nos jours : le parti, les hommes, les idées* (Paris: Le Seuil, 2014), 14.

² Albertini y Doucet, *Histoire du Front National*, 17.

³ La pervivencia del MSI en los orígenes del FN puede verse aun hoy en día en la flama tricolor del logo. Véase: Valérie Igounet, *Les Français d'abord. Slogans et viralité du discours. Front National (1972-2017)* (Paris: Inculte, 2017), 12.

⁴ Albertini y Doucet, *Histoire du Front National*, 28.

La experiencia no resultó satisfactoria. La incapacidad de abandonar el sectarismo les impidió atraer a un electorado más heterogéneo, contando únicamente el 3.1% de los votos, con la ocasión de una elección parcial en París en 1970. Como he argumentado anteriormente, ante la hegemonía de la expresión nacionalista por parte de la derecha gaullista, y la expresión radical por parte del partido comunista y el movimiento del 68, la apelación neofascista tenía pocas posibilidades de instalarse en el imaginario francés a pesar de las ingeniosas consignas ideadas para el momento: “¡Después el 13 de mayo gaullista [1958] y el 13 de mayo marxista [1968], para un 13 de mayo nacionalista!”¹. Las elecciones municipales de 1971 no fueron menos decepcionantes, donde cosecharon sólo 19 mil votos.

Con estos antecedentes nació el FN, eminentemente una creación exprofeso de ON para su expresión electoral. Fundado el 5 de octubre en París. Fue el producto del aprendizaje de los dirigentes de ON sobre las experiencias electorales pasadas, que buscaron desdiabolizarse, creando un vehículo electoral que les permitiese presentarse con vestiduras renovadas frente al electorado al tiempo que buscaba reunir a la extensa familia de la ultraderecha. Al momento de su creación es posible distinguir entre dos corrientes al interior del FN: los nacionales y los nacionalistas revolucionarios², con diferentes agendas políticas y perspectivas a futuro.

Como un vástago de ON, el FN tuvo en su origen esta composición mixta, donde la mayoría de la militancia fue aportada por los nacionalistas revolucionarios, mientras algunos puestos claves de la dirección del partido pertenecieron a Le Pen y los nacionales³. Estando ambas en constante tensión, los primeros años del FN estarían marcadas por sus arreglos al interior y la transición hacia discursos menos radicales, eventualmente, dependió de la derrota de la opción revolucionaria frente a sus contrincantes.

La decisión de entrar seriamente a la política democrática, que en principio era llanamente de orden estratégico-electoral, tuvo consecuencias profundas. Es posible situar en 1973 la primera desdemonización en cuanto a la aceptación de medios democráticos como estrategia predilecta para la conquista del poder. El FN adoptó un discurso de reivindicación nacionalista apelando, como su slogan y propaganda del momento lo presume, “Defender a los franceses” (*Défendre les français*), haciendo uso de la maqueta de colores nacional azul-blanco-rojo⁴. Esta suavización del discurso se acompañó de la

¹ Albertini y Doucet, 30.

² Siguiendo la distinción de Jean-Yves Camus, *Le Front National. Histoire et analyses* (Paris: Editions Olivier Laurens, 1996), 20.

³ Albertini y Doucet, *Histoire du Front National*, 37.

⁴ Valérie Igounet, quien recientemente ha publicado una historia de la producción discursiva del FN, hace notar el poco control que tenía el partido sobre sus impresores en la medida en que dependía de

temporal renuncia de ON de sus aspiraciones revolucionarias. Por otra parte, la agenda que planteó para la coyuntura siguió ligada al anticomunismo y la derogación de los acuerdos de Evián, acompañadas de otras demandas relativas a cuestiones del momento, como el fortalecimiento del parlamentarismo (que tenía en el fondo la intención de mermar a la derecha parlamentaria), el fin de la influencia marxista en la educación, una política natalista y la defensa de la agricultura¹.

Aunque hubiera optado por la vía democrática, el FN como expresión extremista de la ultraderecha era claramente de vocación conservadora y neofascista. Desde el punto de vista económico, el FN tenía un programa que abrazaba abiertamente el libre-mercado y la economía de mercado², y en el que la migración no era el tema vertebral en que se convertiría a partir de los años ochenta como estrategia para acercarse a otros públicos y en respuesta a la coyuntura económica. Sin embargo, los resultados fueron desfavorables: obtuvo el 1.33% de los votos en las elecciones legislativas de 1973.

En este estado embrionario de su desarrollo, de acuerdo con Jean-Yves Camus, el partido era comparable a expresiones similares de ultraderecha. A pesar de su deseo de respetabilidad, el FN daba voz a distintas facciones extremistas agrupadas por el sentimiento de solidaridad del campo de los “vencidos”³. Ergo, una multiplicidad de voces se escuchaba en su interior, desde el intervencionismo económico de ON y François Duprat⁴ al dogma liberal que presumiera Le Pen, o del antiarabismo de Stirbois enfrentado al antisemitismo de los nacionalistas revolucionarios que admiraban a los autócratas árabes⁵.

Incluso al interior del movimiento había consenso sobre la debilidad de la oferta discursiva presentada, cuando en una editorial en su “Diario por un Orden Nuevo” (*Journal pour un Ordre Nouveau*), se expresaron sobre sus limitaciones: “En la más favorable hipótesis: sin peligro comunista, débil competencia de la derecha, buen candidato y sólida campaña parece hoy en día difícil superar el límite de 5%”⁶. El diagnóstico, por breve que

ellos, lo cual hace sospechar que el diseño de los productos propagandísticos comúnmente fuera pasados por la sensibilidad efectista de los diseñadores. Igounet, *Les Français d'abord. Slogans et viralité du discours. Front National (1972-2017)*, 40–41.

¹ Albertini y Doucet, *Histoire du Front National*, 38.

² Precursor de Ronald Reagan, se atreverá a presumir Le Pen. Camus, *Le Front National. Histoire et analyses*, 36.

³ Camus, 30.

⁴ Uno de los principales agitadores al interior del partido. Duprat fue influente teórico y animador del negacionismo afiliado durante la Segunda Guerra Mundial a la Waffen SS. Albertini y Doucet, *Histoire du Front National*, 56.

⁵ Así, a pesar de una presumible desnazificación para la elección presidencial de 1981 (más de 30 años después de la eclosión del nazismo histórico) el partido seguía siendo una miscelánea de doctrinas. Véase: Albertini y Doucet, 81 y ss.

⁶ Albertini y Doucet, 42.

sea, es revelador en la medida que valida las hipótesis antes planteadas. La ultraderecha se veía eclipsada por la hegemonía de la derecha parlamentaria, al tiempo que era insignificante frente a la izquierda radical como vía de expresión polémica y contestataria. Después de los primeros fracasos, los nacionalistas revolucionarios de ON, decepcionados, se decantaron por volver al activismo violento en las calles, donde fueron disueltos oficialmente en 1974 a causa de sangrientos enfrentamientos.

Tras la realización de un congreso el 21 de junio de 1973, la consigna cambió en dirección a la que fue su estrategia perenne desde entonces, la denuncia de la inmigración: “¡Alto a la inmigración salvaje!”¹ se volvió el nuevo lema de campaña. El ataque a la inmigración rescató para la época de postguerra una estrategia hasta entonces inédita, establecer una ligazón entre esta y el desempleo: “Alto al desempleo, el trabajo para los franceses”². Sin embargo, el recurso a la inmigración siguió estando lejos de ser prioritario ni constituir una apelación populista. Por el contrario, sólo fue descalificada por su carácter de “salvaje” e irregular, argumentando el riesgo de que la pérdida de control sobre la llegada de trabajadores podría significar la irrupción de nuevas enfermedades, la corrupción de la “unidad nacional” y la entrada de individuos virtualmente peligrosos. Las propuestas del FN eran, por un lado, establecer controles fronterizos donde se revisaran los antecedentes de los ingresantes; por el otro, impulsar el aumento de salarios que atrajeran a los trabajadores franceses a ocupar los puestos destinados a los inmigrantes³.

Los anteriores posicionamientos del FN en torno a la migración son interesantes en tanto muestran dos cuestiones. Primero, la aceptación tácita de que la oferta discursiva no buscaba articular una agregación de demandas, puesto que el problema de fondo no era la falta de trabajo en sí, sino la inexistencia de incentivos (entiéndase, sueldos atractivos) para que los trabajadores franceses tomaran los puestos de trabajo tradicionalmente ocupados por inmigrantes. Segundo, del lado de la demanda, en la medida en que el desempleo aún no era una necesidad acuciante, la poca respuesta de la población imposibilitó hablar de una articulación populista, por más que la oferta discursiva fuera en ese camino.

La muerte prematura de Georges Pompidou, en 1974, otorgó la oportunidad para probar la nueva estrategia en la que adicionalmente se agregó la campaña antiaborto y el reclamo (¡vaya cambio de timón!) hacia un presidencialismo endurecido. No obstante, el uso político de la inmigración siguió siendo inefectivo: Jean Marie le Pen obtiene 0.75% de los votos a nivel nacional, incluso por debajo del otro candidato de ultraderecha, Jean Roger

¹ Albertini y Doucet, 44.

² Igounet, *Les Français d'abord. Slogans et viralité du discours. Front National (1972-2017)*, 74.

³ Igounet, 74-78.

que cosechó 3.17%. Para las legislativas de 1975, después de divorciarse de ON, Le Pen intentó ampliar el alcance de su movimiento al reunir a las extremas-derechas no afiliadas. Con tal motivo solicitó a Duprat adherir a otros movimientos neofascistas y nacionalistas revolucionarios¹. A partir de ese momento, el radicalismo aportado por ON fue reemplazado por los nuevos integrantes que, sin embargo, no pusieron en entredicho la autoridad de Le Pen y los nacionales al interior del partido.

No obstante, la influencia de Duprat fue considerable, al ocuparse personalmente de la comisión de propaganda. Para el congreso de 1977, fue él quien presentó las propuestas más innovadoras: la apelación a la preferencia nacional y la inmigración. A pesar de que era un reconocido extremista, Duprat sentó las primeras bases de la transición al discurso populista en el FN. De cara a las elecciones legislativas de 1978, propuso convertir a la inmigración en un tema central, pero sin hacer referencias racistas al problema, con la finalidad de seducir a un público popular inquieto por el desempleo:

Debemos de apoyarnos exclusivamente de argumentos de orden racional, social y político, bajo la pena de desencadenar un proceso inmediato de bloqueo [...] debemos saber que deseamos: gustar a un militante caprichoso o a un vago simpatizante, o bien ganar para nuestras tesis a miles de electores y adherentes².

La expresión de la estrategia es central e indicativa de la futura transformación de la ultraderecha extremista en populista. La estrategia ya había sido propuesta a Le Pen, pero no la había considerado con anterioridad. Para él, cobró relevancia a partir de 1978 con el shock petrolero y la política de reagrupación familiar³ que bridaba la posibilidad a los inmigrantes de llevar a Francia a su familia. Empero, el líder frentista no tendría oportunidad de vislumbrar lo efectiva que podía ser sino hasta la década siguiente, en 1982 en una pequeña localidad llamada Dreux⁴.

No obstante, ante el umbral de salida de la “travesía del desierto” que representaron las elecciones legislativas de 1978, el balance siguió siendo precario. El FN presumía de tener 7 mil adherentes (aunque otras estimaciones lo sitúan en 2 mil apenas, argumentado la

¹ La principal alianzas la efectúa con la Federación de Acción Nacional y Europea (*Fédération d'Action Nationale et Europeen*, FENA), organización de orientación nacionalista revolucionaria, dirigida por Marc Fredricksen quien sería candidato local del FN en 1978. Albertini y Doucet, *Histoire du Front National*, 58–59.

² Igounet, *Les Français d'abord. Slogans et viralité du discours. Front National (1972-2017)*, 78.

³ Igounet, 79.

⁴ Episodio central en la evolución del FN que será desarrollado en el próximo capítulo.

práctica recurrente de sus dirigentes de inflar su presencia¹) y presentó 160 candidatos, por medio de los que obtuvo 94 mil votos. Le Pen, en solitario, se hizo con 3.91% del electorado en su distrito en París². En resumen, como expresión política se mantuvo en el sótano del sistema político francés.

En el tránsito a la década de los ochenta, una serie de movimientos internos encaminaron al FN cada vez más lejos de la política radical. Primero, a partir de 1978, los neofascistas son obligados a salir del FN por la adhesión de Jean-Pierre Stirbois a la cabeza de los solidaristas, quien era abiertamente pro-israelí en contraposición con los primeros, admiradores de los autócratas árabes. Además, jugó a favor la progresiva consolidación de la organización del FN a la usanza de los partidos comunistas: fuertemente organizados y jerarquizados, lo cual ayudó a tener un control más efectivo de las diversas facciones militantes a su interior.

Al tomar distancia de las facciones más radicales, prepararon el camino a una segunda desdemonización a partir de los años ochenta que, acompañados de diferentes condiciones estructurales en el terreno político y económico, acercaron cada vez más a la ultraderecha al calificativo populista. Para 1981, el umbral de salida de la “travesía del desierto”, el FN apenas ha logrado avanzar en la unión de la ultraderecha, menos aún estaba de presentarse como una opción política decente. Lejos de su fase populista, en la que ampliará su cobertura discursiva más allá del feudo tradicional de la ultraderecha influenciando a la derecha parlamentaria y apropiándose de terrenos tradicionales de la izquierda, el FN empezaría a experimentar sus primeras victorias en la década de los ochentas de la mano de un contexto de crisis, objetiva y percibida, que sacudiría a Francia.

¹ Camus, *Le Front National. Histoire et analyses*, 35.

² Albertini y Doucet, *Histoire du Front National*, 66–69.

3. El umbral de época

Et puis la gauche est venue. Elle a gouverné, longtemps. Elle a géré, rigoureusement. Elle a échoué, socialement et moralement. Comme ailleurs, elle a laissé progresser la corruption, jusque dans ses rangs. Pire qu'ailleurs, elle a laissé progresser le chômage, à l'encontre de siens, inévitablement.

Olivier Duhamel

Un Front gentil, ça n'intéresse personne

Jean-Marie Le Pen

El legado del desarrollo

Los treinta gloriosos pasaron y la resaca de la fiesta se mostró agria. Francia despertó de la bonanza a un periodo de decepciones y transformaciones dentro y fuera de sus fronteras. El umbral de la época es difuso y depende mucho de la importancia que se les otorgue a los cambios. Hubo que decir adiós al voluntarismo político que enaltecía la soberanía popular, en el seno de una ola de fuerte liberalización económica que sacudió todo el orbe a finales de los años setenta, aunque desde la temprana postguerra ya había sido blanco del enojo popular de las clases medias.

También fue necesario aceptar la nueva realidad del Estado Benefactor francés, que a partir de 1973 empezó a hacer agua ocasionado en parte por transformaciones demográficas, altas tasas de desempleo y una tasa de crecimiento económico que desde 1974 cayó a niveles desacostumbrados. Decididamente, en el contraste entre los treinta gloriosos con los siguientes veinte lastimosos (*vingt piteuses*), se encuentra el germen de muchas demandas de la ultraderecha francesa aun embrionaria pero que perfilaba incipientemente su estado actual.

No obstante, más allá de las condiciones estructurales, ciertos acontecimientos son igualmente importantes para historiar la deriva populista del FN. Paradójicamente, el revolucionario mayo de 68 no representó el climax de la izquierda y, cuando este llegó, de la mano de François Mitterrand en otro mayo, el de 1981, ya había perdido totalmente su carácter revolucionario, dejando espacio libre en el espectro de las expresiones políticas radicales.

Por supuesto, un último, indicio del umbral lo encontramos en la historia misma del FN. Como fecha simbólica, 1983 representa la primera victoria electoral en las elecciones municipales de Dreux, una pequeña ciudad marcadamente obrera y de tradición socialista. El “relámpago” (*le coup de tonnerre*) de Dreux, como se le denominó al acontecimiento, brindó al FN de Jean-Marie Le Pen la consecuente notoriedad pública que en el contexto de la hegemonía de la izquierda socialista constituyó un parteaguas de cara a sus futuras contiendas electorales. Después de 11 años de travesía de desierto, finalmente, el partido jugaba en las ligas mayores.

El objetivo de este capítulo será, entonces, trenzar estos hilos. Lo económico como causa de malestar se encontrará en asincronía con lo político. En la época revuelta de cambios y nuevas realidades, el FN encontrará libre la vía para implantarse en el espectro político francés, siempre en constante evolución, dejando atrás sus marcas radicales y hacia una lógica populista. En el primer apartado describiré y analizaré las causas estructurales

que sirven de ventana de oportunidad al partido, las crisis, además del proceso de politización de la migración que propicia que su discurso xenófobo tenga aceptación.

En el segundo apartado, “La perturbación de lo político”, explicaré por qué esto entraña una crisis sociopolítica que trastoca en lo más profundo la autocomprensión que tiene de sí misma la sociedad. En buena medida, esta crisis se ahondó debido al abandono de la izquierda de su programa político tradicional, por pragmatismo y por declive. Al no existir una alternativa política contestataria, el FN terminaría encontrando un nicho en el horizonte político francés.

Las crisis

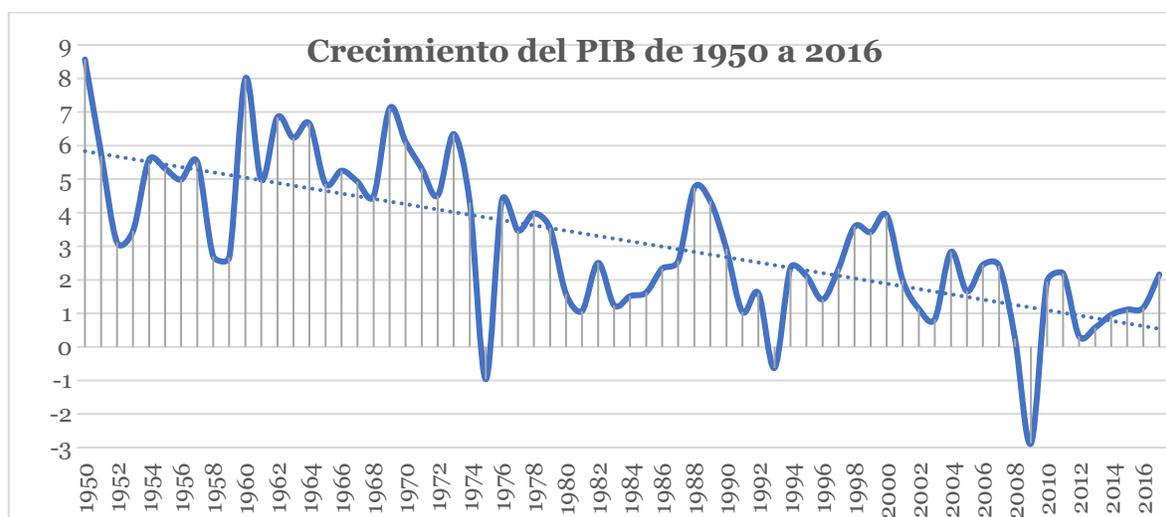
Entiendo la crisis, como la definiera Reinhart Koselleck, en su sentido moderno: el momento histórico de cambio en el tiempo que delimita una época de otra¹. Es, en consecuencia, el tiempo en que más claramente se manifiesta la indeterminación de la historia y, en consecuencia, el escenario decisivo de la agudización del conflicto o la contradicción. La agencia se magnifica y los actores reconducen la situación social en una dirección que no podía preverse con anterioridad. Centro mi atención en la crisis al considerarla en este sentido: el nudo problemático del cual se condensan las condiciones de posibilidad del futuro éxito de la ultraderecha. La crisis económica que precipita el fin de los treinta gloriosos y crisis fiscal que anuncia la larga convalecencia del Estado Benefactor. La crisis política le seguirá después, aunque antes habremos de abundar en las primeras.

Las crisis económicas que abren la época son recordadas como momentos traumáticos, de cambio repentino, que no obstante no hacen sino abrir la caja de pandora de una serie de condiciones subyacentes que se venían gestando de tiempo atrás. El periodo de entre 1973 y 1974 es recordado por el aumento traumático de los precios del petróleo debido al embargo de los países árabes pertenecientes a la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) en reacción al apoyo de EE.UU. y países europeos a Israel durante la guerra de Yom Kipur. Un segundo embargo tiene lugar en 1979 y de ese año a 1981 la reapreciación del dólar vuelve a poner sobre la cuerda floja la economía francesa. Las consecuencias, de momento, fueron notables. El barril de crudo pasó de 116 francos en 1973

¹ “Desde 1780 se ha convertido en la expresión de un nuevo sentido del tiempo que indica e intensifica el final de una época”. Reinhart Koselleck y Michaela W. Richter, “Crisis”, *Journal of the History of Ideas* 67, núm. 2 (2006): 358.

a 2000 en 1984, apresurando la decadencia de un modelo de crecimiento fundado en el consumo de energía barata y abundante¹.

La sociedad francesa despertó del ensueño de los treinta gloriosos con la constatación de que los nuevos tiempos de crecimiento económico no podían asegurar más el pleno empleo. En buena medida, las causas no eran necesariamente de alguna mala administración, sino de la serie de transformaciones que se venían gestando: el aumento en la productividad que hacía del trabajo poco cualificado cada vez más vulnerable, el cambio en la estructura sociodemográfica que se reflejó en el aumento de demandantes de empleo y la forma en que estos se podían distribuir con generaciones de jóvenes y mujeres buscando integrarse a la fuerza laboral².



Elaboración propia con datos obtenidos de "Évolution Du Produit Intérieur Brut et de Ses Composantes Jusqu'en 2018 Données Annuelles de 1950 à 2018," INSEE, 2019, <https://www.insee.fr/fr/statistiques/serie/010548503>.

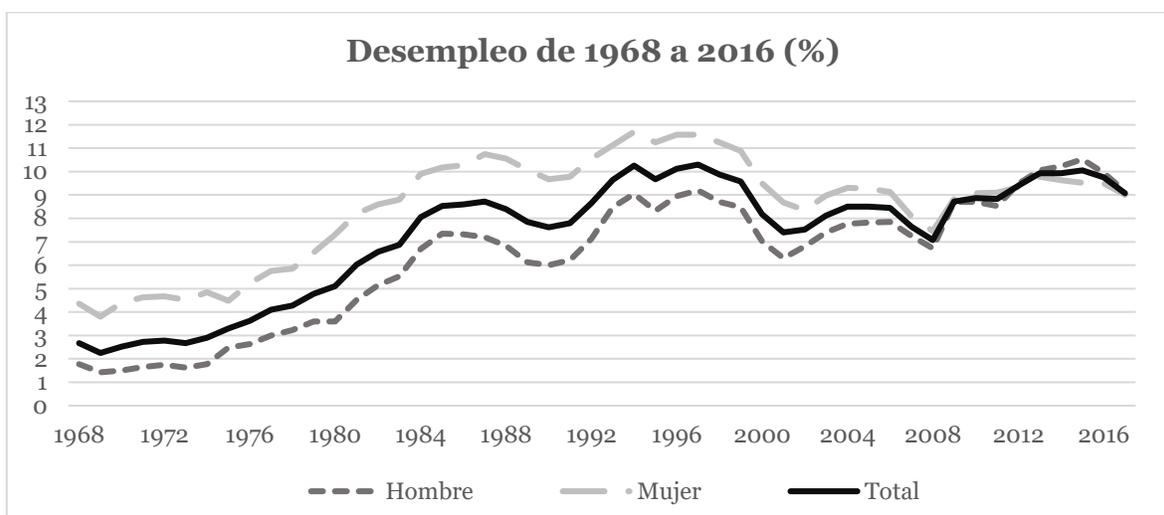
En el fondo, relativizando la importancia de los episodios catastróficos, los 20 años posteriores a 1975 no son particularmente terribles para la economía francesa. De 1973 a 1994 el consumo en hogares progresó más rápidamente que la producción (78%) con el consecuente crecimiento de las comodidades cotidianas. El nivel de vida se emparejó con la inflación para 1993. Las desigualdades objetivas se redujeron, la brecha entre los hogares más y menos favorecidos pasó de ser de 3.1 veces a 2.2 de 1976 a 1989. Por lo tanto, al margen de crisis localizadas, como 1975, es necesario hablar de la ralentización del crecimiento y de transformaciones de la estructura económica: los servicios en 1973 concernían al 55% de la

¹ Hubert Bonin, *Histoire économique de la France depuis 1880* (Paris: Elsevier Masson, 1988), 245–46.

² Jacques Marseille, "Les 'Vingt Glorieuses' la croissance de l'économie française des années 1970 à nos jours", *Vingtème Siècle. Revue d'histoire Les crises*, núm. 52 (1996): 99–101.

actividad económica, para 1994 se habían elevado al 75%; las industrias tradicionales como el carbón, el gas natural, la siderurgia, la madera y los trabajos públicos dieron paso a la farmacéutica, la construcción eléctrica, a los productos del caucho y la transformación de materiales plásticos¹.

Producto de estas transformaciones, sectores importantes de la sociedad francesa se vieron expuestas a niveles superiores de inseguridades económica y a una nueva estructura de desigualdades que se constituyeron pronto en motores de descontento y, aunque no a corto plazo, en fuentes de electores para el FN. Los efectos son de naturaleza diversa, entre los que se comprenden los altos índices de desocupación a partir de mediados de la década de los setenta, creados no sólo por el cambio de la políticas macroeconómicas sino que, en la lógica misma del desarrollo capitalista, por la innovación creativa y la tercerización de la economía. También se acrecentó la percepción de inseguridad debido al alza de las tasas de interés, que ocasionaba que quienes contaban con un cierto capital pudieran hacerlo crecer con mayor facilidad que quienes no hacerse de un patrimonio².



Elaboración propia con datos de "50 Ans de Mai 68 À l'occasion Des 50 Ans de Mai 68, l'Insee Propose Un Accès Simplifié à Des Statistiques Économiques et Démographiques.," INSEE, 2018.

Más allá de la relatoría de los hechos, sobra consenso entre los estudiosos de la historia económica global que el declive comenzó a mediados de los setentas³, consecuencia directa de la interconexión de las economías que hizo susceptible a todas las economías nacionales de sufrir las consecuencias adversas de las crisis sufridas por sus pares, y de la reconfiguración de la gobernanza económica internacional que tomó el camino de la

¹ Marseille, 94–98.

² Rosanvallon y Fitoussi, *La nueva era de las desigualdades*, 34.

³ Streeck, *Buying Time. The Delayed Crisis of Democratic Capitalism*, xii.

liberalización de los mercados. Las semillas del escepticismo “globalifóbico” que caracterizaría años más adelante a la ultraderecha no está mal justificado: mientras las instituciones de la gobernanza global responden a intereses elitistas (banqueros, empresarios, etcétera), la liberalización toca a quienes se encuentran al margen de la protección social orillándolos a la marginación y a la pobreza, fuentes de descontento¹.

A partir de esta antinomia, la tensión entre economía y política se empezó a dibujar con una intensidad que escaló progresivamente. El Estado resultaba cada vez más responsable de corregir los desperfectos de la economía en un contexto en que cada vez menos lo puede hacer. La política partisana tradicional, alienada, sólo acumula presión. Mientras el pueblo no encuentra maneras de expresión en los espacios tradicionales de expresión política, el clivaje se dibuja y como axioma casi infalible de las democracias modernas: todo espacio vacío tiende a llenarse. Es así como la crisis económica se desplaza al ámbito de lo político, primero como la crisis fiscal y política del Estado Benefactor, después como la crisis del pacto social que este encarna.

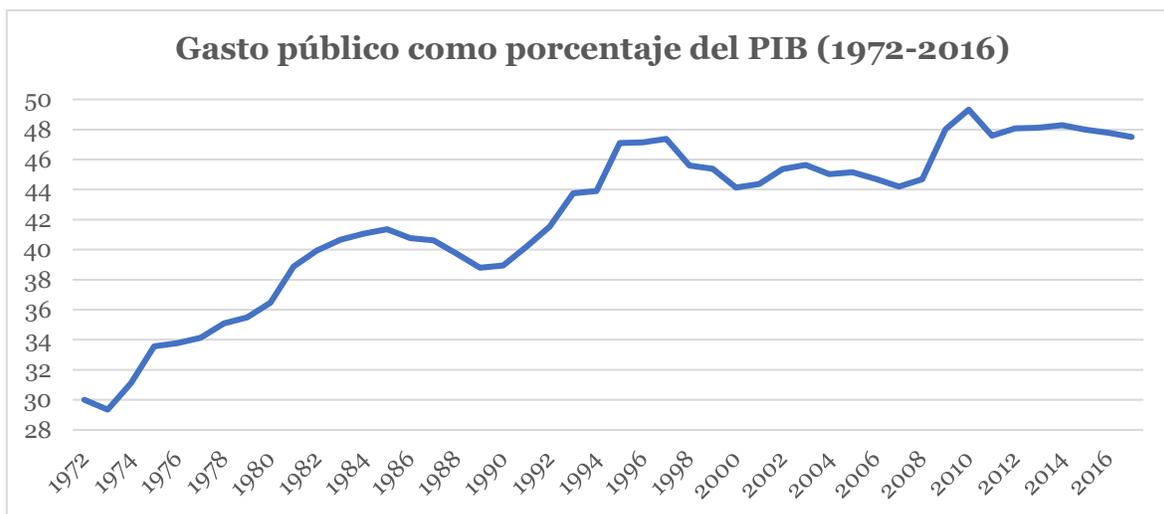
En cuanto al Estado Benefactor, los treinta gloriosos fueron un tiempo de bonanza de cuyo paraguas providencial pocos quedaron exentos. A pesar de sus adjudicados efectos disruptores, modernizadores e individualizantes, los años de su apogeo fueron a todas luces incontestables. Como propone Pierre Rosanvallon, su legitimidad se basaba en una suerte de contrato o pacto social en el cual se justificaba la redistribución solidaria y la protección social a escala nacional. Instituido después de la Segunda Guerra Mundial y como reacción a esta, tenía como doble función la producción de seguridad y la reducción de las incertidumbres. En el fondo, enarbolaba una bandera intachable, la igualdad como fin social representada por las instituciones del Estado Benefactor².

Todo por servir se acaba. La brecha ocasionada por la dislocación entre el constante aumento de los gastos sociales y la escasez de recursos económicos fueron los cimientos económicos de la crisis. La raíz de los problemas era estructural. Los gastos sociales se dispararon en buena medida propiciados por el aumento de la población desocupada que era asistida por el seguro de desempleo (de 1973 a 1997 se crearon un millón de plazas de trabajo para 4.2 millones de demandantes), consecuencia perversa del abandono de políticas de pleno empleo por las políticas del control de la inflación. A manera de muestra, en 1996 el costo de las ayudas de desempleo contabilizaba 118 mil millones de francos, un

¹ Stiglitz, *Globalization and its Discontents Revisited*, 114 y ss.

² Rosanvallon, *La crise de l'Etat-providence*.

equivalente a 1.1% del PIB de la época¹. En términos generales, el gasto público aumentó vertiginosamente a partir de 1975 aumentando cerca de 35% en 10 años.



Elaboración propia con datos de "Expense (% of GDP) - France," World Bank Data, 2020, <https://data.worldbank.org/indicador/GC.XPN.TOTL.GD.ZS?locations=FR>.

La respuesta limitada ante la crisis debilitó el consenso keynesiano sobre la idoneidad del Estado Benefactor. Esta faceta de la crisis pudo apreciarse con retardo, pero de forma evidente. Mientras que la Francia gaullista resistió la crisis a través del endeudamiento, aumentando en casi 6 veces la deuda pública de 1974 a 1981, los primeros dos años de la izquierda en el poder optaron por el relanzamiento de keynesiano del sector público: barreras aduaneras, aislamiento del franco, déficit presupuestal y reforzado intervencionismo. Para 1985, la deuda pública ascendía a 15 veces el monto de 1974. Ante las consecuencias catastróficas del relance, en 1983 se opera un viraje hacia la economía de mercado, lo que no exime una segunda crisis financiera en 1987². Como consecuencia directa, izquierda y derecha política asumen los hechos como la ruptura intelectual del modelo de desarrollo, optando por apegarse a la nueva ortodoxia neoliberal apenas después de dos años del primer gobierno de izquierda de postguerra.

La crisis encarnó en el Estado en su nueva función de absorber las externalidades negativas de la economía internacional en contraste con la ralentización del crecimiento económico. El cambio drástico de la proporción de contribuyentes contra beneficiarios necesitaban ayudas sociales vació con creciente rapidez las arcas públicas y disminuyó la capacidad de garantizar la provisión de bienes públicos. La respuesta francesa a tal problema

¹ Boltanski y Chiapello, *El nuevo espíritu del capitalismo*, 360.

² Bonin, *Histoire économique de la France depuis 1880*, 252 y ss.

fue acentuar los mecanismos de redistribución. Si para 1973 la tasa de deducciones fiscales con relación al PIB ascendía al 36%, para 1984 se encontraban en 44%¹.

Siguiendo el modelo impuesto desde 1914, la carga fiscal se distribuía en dos rangos, el inferior proporcional al ingreso percibido desde el primer franco mientras que el superior era progresivo y sólo aplicable a los hogares más favorecidos. Dado que el baremo que establecía la aplicabilidad de la segunda franja era fijo, en el contexto de desarrollo económico (aumento de los salarios e inflación), el número de contribuyentes pasó de 2.5 millones de hogares en 1951 a 3.8 en 1955, 5.4 en 1960, 10.5 en 1970 y 15 en 1979. Entre las categorías más afectadas se encontraron principalmente los trabajadores asalariados, y en menor medida los obreros y campesinos. El alcance del impuesto pasó del 20% al inicio de los treinta gloriosos al 65% al final².

En el plano de los impuestos locales, la tendencia era aún más notoria, a pesar de que respondían a dinámicas y reglamentaciones variables dependiendo de la demarcación local. Empero, la recaudación aumentó 3.5 veces de 1960 a 1970 principalmente debido al proceso de urbanización y al reposicionamiento de la comuna como entidad administrativa. Las contribuciones sobre la renta que financiaban a la comuna tenían igualmente un carácter regresivo pues se fijaban sobre el tamaño de la residencia y otros factores asociados al confort y la construcción, haciendo que las familias más grandes tuvieran que soportar también una mayor carga impositiva³.

En consecuencia, un sistema fiscal pensado para fines redistributivos, con un carácter progresivo, había perdido tales virtudes. Además, el acceso a beneficios proveídos por el Estado Benefactor estaba condicionado a la cumplimentación de las obligaciones fiscales, lo cual encarna una contradicción en los términos entre una política de protección social que pretende ser progresiva y un sistema que se volvió con el tiempo cada vez más regresivo. En buena medida, el aumento del espectro impositivo y su conexión con el Estado Benefactor habían puesto la política fiscal en el seno de la esfera pública⁴. Como lo había anticipado el poujadismo tempranamente, la asincronía entre las diversas manifestaciones del cambio social y la estructura del pacto social, en este caso, los arreglos fiscales, acumulaban insatisfacciones que con el tiempo serían reencauzadas por el FN y la ultraderecha.

¹ Rosanvallon, *La crise de l'Etat-providence*, 7.

² Spire, "L'inégalité devant l'impôt. Différences sociales et ordre fiscal dans la France des Trente Glorieuses", 166-67.

³ Spire, 168-70.

⁴ Spire, 172-73.

Es necesario abordar un segundo factor de interés para comprender la crisis del Estado Benefactor. Si antes se ha hablado de la crisis fiscal, ahora es necesario enfocar la crisis política. Esta responde a los conflictos que se gestaron en su interior y las condiciones que favorecieran que fuera percibido como cada vez menos deseable. Las causas, en este caso, son de orden institucional. Las reformas de 1978 en torno la ampliación de la seguridad social y la posibilidad de inscribirse voluntariamente continuaron con el esquema fragmentador previamente instituido sobre un régimen general que servía de mínimo estándar para el 80% de la población, incluyendo mejoras como las previsiones para el riesgo laboral antes ineficientemente contempladas.

La oposición a la nacionalización de los sistemas de seguridad social devino en acuerdos particulares entre empleadores y empleados, con especiales condiciones. Es importante notar que los partidos de izquierda se opusieron a la nacionalización con la intención de asegurar los acuerdos en provecho de sus sindicatos aliados¹. De esta forma, la poca voluntad de consolidar un sistema universalista acentuaba la estratificación social y fortalecía las condiciones para que prosperara el conflicto distributivo. El estado sólo fungía como árbitro. No había impuestos destinados a la seguridad social y la organización de las contribuciones funcionaba como un mecanismo regresivo siendo la participación de las clases adineradas poco sustantiva².

Al conflicto distributivo entre los diversos sectores tratados diferencialmente por el Estado Benefactor se sumó la crisis de financiamiento del seguro de desempleo a causa de los altos índices desde los setentas, haciendo que la administración conjunta de los fondos resultara poco eficiente (los gastos de salud, por ejemplo, requerían de la desviación de recursos de otros conceptos). En tales condiciones, la participación del Estado fue percibida como menos eficiente y deseable. Sin embargo, los beneficios sociales no fueron recortados para no obstruir la liberalización económica con conflictos laborales. En la suma de ambas condiciones, la seguridad social adquiriría un nuevo cariz que la haría campo de batalla político en años posteriores, magníficamente aprovechado por la extrema derecha.

Mientras las crisis económicas señalan los primeros indicios de la debilidad del modelo de desarrollo, la crisis fiscal del Estado Benefactor signará el descontento político. Ambas sirven de contexto en que se gestó la perturbación de lo político, empero, será necesario un pequeño rodeo por las transformaciones concomitantes de la inmigración en Francia para una mejor comprensión del proceso.

¹ Kaufmann, *Variations of the Welfare State. Great Britain, Sweden, France and Germany Between Capitalism and Socialism*, 159–60.

² Franz-Xaver Kaufmann, *Variations of the Welfare State* (Bonn: Springer, 2013), 161.

La politización de la migración

La migración constituirá un segundo factor que jugará un rol determinante en la evolución de la ultraderecha en el contexto de crisis a partir de los años setenta¹ y que se convertirá en el puntal discursivo del FN en la década siguiente. La hipótesis que liga a la xenofobia contra los trabajadores inmigrantes al contexto de precariedad europea adquiere sentido si se estudia en perspectiva histórica, mostrando una vez más lo singular que fueron los treinta gloriosos por lo poco politizado que resultó el fenómeno en aquella época.

Un tema privilegiado entre los factores latentes que serían después de vital importancia para entender el posterior auge de la ultraderecha francesa fue el temprano recurso a la inmigración para reconstruir al país. Aunque necesaria para el desarrollo, la mano de obra extranjera sentaría las bases discursivas para el resurgimiento del FN cuando las transformaciones económicas empezaron a tener consecuencias sociales. Sólo entre 1946-51 llegaron 1.5 millones de trabajadores extranjeros². En el periodo que va desde 1945 hasta mediados de los setentas, la afluencia migratoria tenía dos funciones: en un primer momento, inmediatamente después de la guerra fue facilitada con el motivo de reconstruir el país. Después de la segunda gran guerra, según estimaciones del gobierno francés eran necesarios aproximadamente cerca de 1.5 millones de trabajadores, razón por la que en 1945 se fundó *l'Office National de Immigration* destinada a coordinar las contrataciones de trabajadores extranjeros³. Posteriormente, el reclutamiento era destinado a suplir al mercado laboral francés de mano de obra barata para coadyuvar en la expansión económica.

A lo largo de los 20 años transcurridos después de la guerra, una serie de fluctuaciones fueron observables: entre 1947 y 1949, se registró alrededor de 27 mil europeos del este y 31 mil alemanes huyendo de las catastróficas condiciones de vida en sus países, seguido de un continuado aumento del influjo de trabajadores que pasó de 50 mil en 1950 a 400 mil 1965, con estancamientos en 1955 debido al cierre de fronteras en un contexto de estancamiento económico, reiniciado con fuerza de 1956 a 1958 debido a la demanda de varones que significó la guerra de Argelia y el creciente aumento de educación que alargaba

¹ Siguiendo la intuición de lo que un documento de divulgación ha llamado una “constatación histórica”, a saber: “las crisis económicas se hacen acompañar sistemáticamente de un movimiento de odio exacerbado contra trabajadores inmigrantes”. “Histoire de l’Immigration en France. La contribution des immigrés au développement économique et aux guerres françaises de 1850 à aujourd’hui”, 13.

² Frances Lynch “France”, Seldon y Graham, *Government and Economies in the Postwar World*, 60.

³ “Histoire de l’Immigration en France. La contribution des immigrés au développement économique et aux guerres françaises de 1850 à aujourd’hui”, 9.

el tiempo de entrada al mercado laboral, nueva ralentización de 1958 a 1959 debido a una ligera recesión e igualmente entre 1961 y 1962 debido al regreso de militares de Argelia y franco-argelinos en éxodo (850 mil de entre los que 250 mil eran económicamente activos) además de la adultez de la primera generación numerosa de postguerra. De 1965 en adelante, la demanda de fuerza de trabajo entró en una pendiente negativa, siguiendo siempre el patrón del decreciente desarrollo económico¹.

De lo anterior, cuatro características del proceso de inmigración son indispensables para destacar la configuración del discurso de protesta del FN de la década de los ochentas en adelante: el cambio en la composición étnica de la misma, la configuración de una distribución espacial claramente definida, el uso político de la inmigración como competencia con la clase trabajadora y las incertidumbres del modelo de integración francés, particularmente las políticas de reagrupación familiar

En primer lugar, la variación de la composición étnica y nacional de los inmigrantes a lo largo del periodo señalado. En un principio, esta fue primordialmente europea. Italianos en gran mayoría, pero junto con españoles y portugueses dan cuenta del 82% de los trabajadores extranjeros, aunque poco a poco fueron disminuyendo en su cuota con respecto a trabajadores del norte y centro de África. En segundo lugar, será primordial reconocer las principales zonas de acogida de la época. Por un lado, los inmigrantes extranjeros se concentrarán en el área de París, la Lorena del Norte y la región de Rhone-Alpes². Adicionalmente, los retornados de la Argelia francesa (votantes naturales del FN) se establecerán muy importantemente en la zona de la costa del Mediterráneo, especialmente el área de Marsella. Estos últimos, acostumbrados a ser la élite social en las colonias descubrieron con dolor las dificultades de la integración en mercados laborales en que competían con pocas cualificaciones³. Contemplar ambos patrones de distribución geográfica será indispensable para entender los bastiones electorales de la ultraderecha en la actualidad.

En tercer lugar, los inmigrantes representaron un grupo particularmente provechoso para patrones y autoridades políticas. Los primeros se beneficiaban de una mano de obra barata fácil de obtener en momentos de expansión y de reenviar a sus lugares de origen cuando las circunstancias no eran favorables. Las segundas aprovecharon el excedente de mano de obra para limitar las reivindicaciones obreras, como afirmó en 1963 el primer

¹ James R McDonald, "Labor Immigration in France , 1946-1965", *Annals of the Association of American Geographers* 59, núm. 1 (1969): 117-19.

² McDonald, 119-29.

³ Atkin, *The Fifth French Republic*, 163 y ss.

ministro Georges Pompidou: “la inmigración es un medio de crear una cierta distensión en el mercado laboral y de resistir a la presión social”¹. Poco podrían sospechar, Pompidou y compañía, que tan astuta política laboral estaba ensamblando la bomba de tiempo que décadas después constituiría una de las principales armas ideológicas de la ultraderecha contra el *establishment* político.

Cuarta característica, las perturbaciones sociales ocasionadas por la recepción masiva de personas que no pasó desapercibida. Es innegable el impulso de los trabajadores migrantes y su contribución al milagro económico francés, desempeñándose principalmente en la construcción, la industria pesada (en la que se destacaba la metalurgia), la agricultura y la minería. Empero, en el mediano plazo la política de importación de mano de obra tuvo sus complicaciones: falta de vivienda, bajos salarios y dificultades para la circulación de remesas². El periodo de fuerte reclutamiento terminó finalmente en 1975 con un nuevo cierre de fronteras a la mano de obra extranjera debido a la cada vez más exigua demanda que las condiciones económicas imponía.

Una última afrenta que la ultraderecha reclamaba era la política de reagrupación familiar de Giscard d’Estaing y Jacques Chirac de 1976, con la que se promovió la autorización de entrada de los familiares de los trabajadores inmigrantes residentes en suelo francés. Las políticas de reagrupación familiar son particularmente importantes para la narrativa pues constituyeron la manifestación más visible del modelo de inmigración francés. Este, fiel a la historia, estaba fundado en la presuposición nacionalista de la igualdad garantizada por el status de ciudadanía. Sin embargo, como lo atestiguó un comentarista privilegiado, esta igualdad de *jure* poco correspondía a una igualdad *de facto* creando ghettos periurbanos³ que la ultraderecha no tardaría en satanizar.

Los orígenes del fracaso del modelo de integración francés estriban en buena medida en la inconsistencia con que este fue implementado, impulsando a ratos el acceso a derechos por parte de los migrantes (no olvidemos, motor indispensable del desarrollo francés) y cediendo después a la presión pública y la demonización. Como argumentaré más adelante, mientras que tradicionalmente la derecha podría ser asociada con una acción de gobierno

¹ “Histoire de l’Immigration en France. La contribution des immigrés au développement économique et aux guerres françaises de 1850 à aujourd’hui”, 10.

² Frances Lynch “France”, Seldon y Graham, *Government and Economies in the Postwar World*, 60; Mcdonald, “Labor Immigration in France, 1946-1965”, 118.

³ Azouz Begag, además de académico crítico al modelo de integración “ciego al color”, fue ministro para la Igualdad de Oportunidades de 2005 a 2007. Véase: Azouz Begag, *Ethnicity and equality. France in the balance* (Lincoln and London: University of Nebraska Press, 2007).

más restrictiva hacia la migración, la izquierda fue, contraintuitivamente, igual de inconsistente a la hora de proveer de derechos a la población migrante¹.

Además de las características antes anunciadas, la inmigración es particularmente relevante para explicar el posterior auge del FN pues en su denuncia se apoyó la crítica al orden simbólico sobre el que se sostenía el pacto social. Como desarrollaré más adelante, la idea de igualdad que subyace al liberalismo democrático ha encontrado históricamente en el otro radical su punto de quiebre², del cual la figura del migrante es la actualización más reciente³. El desarrollo de los Estados Benefactores, al constituirse en una matriz nacionalista, nunca contemplaron extender la igualdad fuera de sus fronteras como un fin legítimo. Así, en contextos de crisis y transformación en que el pacto social se ve deslegitimado y la inmigración aparece menos útil al desarrollo, el FN abrevará de las características antes descritas para politizarlas.

¹ Atkin, *The Fifth French Republic*, 166.

² Como afirma el historiador Domenico Losurdo, el auge del liberalismo y del racismo, entonces expresado en el esclavismo, constituyó un “nacimiento de gemelos”. Es decir, fueron fenómenos consustanciales. Véase: Domenico Losurdo, *Liberalism. A Counter-History* (London: Verso, 2014), 37.

³ En el argumento de Thomas Nail, la figura del migrante desmonta el mito igualitario de los Estados liberales. Véase: Nail, *The Figure of the Migrant*.

La perturbación de lo político

La crisis del pacto social

El cambio social siempre comporta grados de estrés en los individuos. Las contradicciones sociales son a un tiempo producto y sus productoras. En consecuencia, la historia no avanza a pasos tersos en una sola dirección, sino a saltos para adelante y atrás, incluso a consecuencia de momentos de relativo bienestar y paz social. Los treinta gloriosos no fueron la excepción, generando en su interior las condiciones de desigualdad y conflicto que posteriormente serían aprovechadas por la ultraderecha.

Empero, antes de presentar el análisis empírico de cómo se gestaron las transformaciones, es menester retrotraer la cuestión al dominio teórico. ¿Cómo entender las repercusiones sociales de las coyunturas críticas y qué relación podemos establecer con la ultraderecha radical o populista? El argumento que estructura esta investigación es que la coyuntura de cambio, entendida como la ruptura del pacto social constituyó el entorno propicio para el desarrollo de articulaciones populistas. El populismo, como lo expresé con anterioridad, no es una simple manifestación irracional del pueblo frente a la democracia, es la búsqueda de recuperar una comunidad que es percibida como extraviada o corrupta en los momentos de crisis mediante la afirmación radical de la voluntad soberana. La enunciación o captura de la articulación populista por un líder carismático, perverso como pueda ser, es un rasgo adicional no despreciable de tan paradójico fenómeno.

Vayamos desmenuzando la tesis en sus distintas implicaciones. Por principio, el lector podrá objetar una terminología caduca: hablar de contrato o pacto social remite a sus resonancias dieciochescas. El sentido que se le dota al término implica deslizar conceptualmente la concepción de Jean-Jacques Rousseau del plano filosófico al sociológico y político, sin abandonar las dicotomías subyacentes que brindan capacidad explicativa: lo constituyente ante lo deficitario, lo seguro frente lo incierto, lo legítimo en su reconfiguración desde una situación carente de credibilidad. La obra del filósofo ginebrino enuncia la pregunta por el orden. Devaluado el estado de naturaleza que caracterizaba al buen salvaje, era menester orientar la vida social en un pacto que brindara certezas sobre la convivencia social y fuera totalmente legítimo porque era signado en unanimidad.

De ese momento climático de la democracia roussoniana se derivan dos transustanciaciones: el ser humano cualitativamente diferente en tanto devenía verdadero ser-en-comunidad, y la libertad, que pasaba de ser la simple ausencia de restricciones físicas del estado natural a la libertad política. El momento posterior a la institución del contrato

era infinitamente superior al anterior. En contraste, el proceso que buscamos definir¹ es de signo contrario: lo constituyente se percibe como un constituido deficitario, lo seguro ya no abraza los nuevos miedos y los arreglos sociales pierden su barniz de legitimidad.

Desde el punto de vista político la crisis tiene dos consecuencias fatídicas que comprenden “la ruptura intelectual” del Estado Benefactor: el fin del igualitarismo producido mecánicamente por el Estado como un objetivo deseable y el desprestigio de las políticas económicas keynesianas². Las contradicciones sociales, tanto objetivas como subjetivas, se trasladan al ámbito del antagonismo político y reclaman un nuevo pacto unificador que dé cuenta de las nuevas condiciones. Éstas, que en el caso francés tienen sus principales ejes de avance en la crisis económicas que impactan el Estado Benefactor y el progresivo déficit de legitimidad del sistema político francés³, generan una estructura de oportunidades⁴ propicia para la proliferación de políticas contenciosas de resistencia enmarcadas en la percepción de amenazas, los inmigrantes que históricamente acogió la economía francesa.

Si a partir de entonces el Estado Benefactor fue puesto bajo la lupa de la ultraderecha, que sostuvo históricamente una relación conflictiva con la seguridad social, en buena medida por la ambigüedad de posiciones a su interior. Por principio, fue un pilar fundamental del régimen de Vichy, sustentado en la idea de construir una sociedad al margen de todo antagonismo y fundado en la solidaridad entre clases, impulsando los primeros sistemas de seguridad social, que en 1946 se convertirá en las “asignaciones familiares” (*allocations familiales*). Empero, durante los treinta gloriosos, el fortalecimiento de las redes de seguridad social y del nivel de vida a través del Estado Benefactor fue la estrategia fundamental de los partidos de izquierda en su estrategia anticapitalista por la vía democrática. Como el anticomunismo consistía en uno de los pocos núcleos comunes de la ultraderecha francesa, la crítica al Estado Benefactor se convirtió en una constante.

Siguiendo la tesis de Rosanvallon, un Estado Benefactor sólo es funcionalmente legítimo en tanto se mantiene sobre un “velo de ignorancia”, al estilo de John Rawls, en el cual la estructura de informaciones socialmente distribuidas encubra a ganadores y

¹ Siguiendo muy de cerca el pensamiento de Pierre Rosanvallon, quien introduce el concepto en la acepción en la que lo estamos empleando. Véase: Rosanvallon, *La crise de l'Etat-providence*.

² Rosanvallon, 31 y ss.

³ A los que posteriormente, mediados de los noventa y siglo XXI, se sumará una agresiva ola de mundialización en la forma de globalización económica neoliberal, universalismo multicultural e integración a instituciones económicas y políticas de orden liberal.

⁴ La noción de “estructura de oportunidades” es útil para entender el conjunto de condiciones del entorno que favorecen la movilización social. Tomo la expresión de Charles Tilly y Sidney Tarrow, *Contentious Politics* (Oxford: Oxford University Press, 2015).

perdedores del sistema redistributivo y establezca la concepción social de la igualdad como un fin social legítimo¹. De tal suerte, cuando la crisis económica y fiscal del Estado Benefactor desplaza sus manifestaciones hacia el ámbito político, el cuestionamiento del velo de la ignorancia, la redistribución y la idea de la igualdad pasan a primer plano. En la escasez, el conflicto distributivo impele a las élites económicas a buscar alterar el pacto social hacia condiciones más favorables², menos concesiones sociales y más posibilidad de acumulación de capital. Bajo estas circunstancias la justicia social da paso a la justicia, en palabras de Boltanski y Chiapello³. Es el epítome de la meritocracia.

Mi argumento es que, aunque estas crisis han sido estudiadas frecuentemente como fenómenos separados, llegados a un umbral cualitativo de perturbación degenera en una crisis total. Contrariamente a una concepción clásica de la teoría política que concibe que el Estado es el aparato político de la nación o el pueblo, el Estado debe ser entendido como la fuente de configuración de lo social⁴. La merma de este trastorna los principios torales a través de los cuáles la sociedad se autocomprende. En este punto ya no se trata únicamente de crisis particulares, sino de una crisis general, la del pacto social.

Esta ya se venía anunciando a causa de los efectos adversos del Estado Benefactor. Se ha argumentado que la atomización social en individuos particulares enfrentados o a merced de las burocracias del Estado y el desmoronamiento de los cuerpos intermedios a su crisis de legitimidad⁵, de los cuales el declive del sindicalismo francés es ilustrativo. En estas condiciones, se gesta la crisis política del Estado Benefactor, que el surgimiento de la ultraderecha encuentra como caldo de cultivo propicio para reivindicar una versión diferente del pacto social.

El aumento de la migración, a la que se recurrió de forma incesante para alimentar las necesidades del crecimiento económico durante los treinta gloriosos, en confluencia con la crisis del desempleo aumentó la percepción de que la redistribución era ilegítima. Desgarrado el velo de la ignorancia, los migrantes aparecían como ganadores de un sistema

¹ Rosanvallon, *La crise de l'Etat-providence*, 31; Rosanvallon, *The new social question: rethinking the welfare state*, 4 y ss.

² Wolfgang Streeck, "How will capitalism end?", *New Left Review* 87, núm. May June (2014): 35–64.

³ Boltanski y Chiapello, *El nuevo espíritu del capitalismo*, 285.

⁴ Pierre Bourdieu identifica dentro de estas corrientes teóricas a la visión moderna liberal, que propone que el Estado es el producto de consensos para la provisión de bienes públicos, y a la tradición marxista, donde el Estado es el baluarte de la clase dominante. Aunque ciertas en grado, para Bourdieu ambas son reduccionistas. Pierre Bourdieu, *Sobre el Estado* (Barcelona: Anagrama, 2014), 13 y ss.

⁵ Mientras que el individualismo liberal tiene como consecuencias deseables la reivindicación de las garantías individuales, en su otro rostro conlleva al abandono de los avances comunitarios y la desafiliación. Véase: Rosanvallon y Fitoussi, *La nueva era de las desigualdades*, 36.

en el que o colaboraban muy poco, o al que no tenían derecho alguno. La búsqueda de la igualdad, la solidaridad social y la redistribución colectiva dieron paso a las demandas de seguridad, al tiempo que las inseguridades económicas se materializaron imaginariamente en los trabajadores inmigrantes.

Aunque el rechazo al velo de la ignorancia significó el cuestionamiento de la justicia social para la sociedad en general, los inmigrantes condensaron los imaginarios de lo antinacional y sirvieron como excusa para vociferar la reducción de rol del Estado y la liberalización. El migrante como otredad radical es una figura particularmente útil para este fin. Sirve como significante flotante en quien se pueden depositar las demandas del desempleo, de la identidad cultural y de la seguridad. El FN lo descubrirá con el tiempo y será parte fundamental de la deriva hacia una articulación populista pues le permitirá movilizar a sectores poblacionales con los que en sus orígenes no tenía arraigo.

Esta lógica del chivo expiatorio, tal cual fue pensada desde Joseph de Maestre hasta René Girard, presupone que en momentos de crisis la comunidad desplaza la violencia potencial de sus miembros hacia una figura imaginaria exterior evitando los enfrentamientos intestinos¹. Ante la crisis económica y el declive de la legitimidad de la democracia liberal, el migrante aparece, en primer lugar, como el chivo expiatorio, la válvula de escape de la violencia irreflexiva. Esta operación se desenvuelve bajo el manto de una construcción imaginaria, una violencia mítica para Girard, en la cual se justifica la cohesión de la comunidad bajo el pretexto del chivo expiatorio. En épocas de déficit de legitimidad, esta estrategia se vuelve una forma de refuncionalizar las tensiones sociales con la finalidad de suplir otras fuentes de integración².

Adicionalmente, las presiones desigualitarias que produce la globalización neoliberal y el Estado impotente conducen a conflictos distributivos en su interior que este último difícilmente puede regular. Los costos selectivos que distribuye la globalización encierran a los gobernantes en un callejón sin salida, cercados entre las crecientes demandas por propiciar mecanismos de redistribución y la incapacidad de responder a ellas. La consecuente respuesta ha sido girar hacia diversas manifestaciones del nacionalismo como forma de cohesión social³. La inclusión de los migrantes como chivos expiatorios, según la forma ritual del sacrificio, sirve para instrumentalizarlos en nombre de políticas securitarias.

¹ Véase René Girard, *La violencia y lo sagrado* (Barcelona: Anagrama, 1983), Capítulo 1; Eagleton, *Terror santo*.

² Roger Bartra, *Las redes imaginarias del poder político* (Valencia: Pre-textos, 2010); Roger Bartra, *Territorios del terror y la otredad* (México: Fondo de Cultura Económica, 2013).

³ Véase: Solt, "Diversionary nationalism: Economic inequality and the formation of national pride".

En este punto, cabe precisar, no sólo significa que los imaginarios comunitarios busquen restaurar la unidad de la comunidad, en una lectura despolitizada del fenómeno que se sigue de la descripción de Girard. Son, en última instancia, un medio de legitimar una visión alternativa de la totalidad social¹, particularmente necesaria en un contexto de debilidad del Estado para aliviar las incertidumbre de las élites de mantener sus márgenes de acumulación y de las clases populares de volver al sótano de la proletarización y marginación del que habían emergido durante los años de prosperidad. En otras palabras, el reflejo oculto de la demonización del migrante iluminará una redefinición radical del Estado, que despojado de sus vestiduras keynesianas deja de poder cumplir el imperativo funcional de la producción social de la sociedad² a través de la regulación socioeconómica y pasa a realizarlos a través de la producción imaginaria de una identidad.

Este proceso no es súbito, razón por la que ha pasado inadvertido al limitarse su estudio a personajes particulares, de entre los cuales Jean-Marie Le Pen fuera ejemplo claro. Aunque datar su origen es difícil, probablemente las políticas laborales promigrantes que buscaban debilitar la clase obrera desde la década de los sesenta, su apogeo se encontrará definitivamente en la figura de Sarkozy presidente y el auge del Estado securitario. En el fondo la crisis no se resuelve. La antinomia del Estado, que busca la seguridad civil pero abandona la seguridad social³, la hace más evidente. Esta transición será explicada con mucha más claridad en el capítulo siguiente. Únicamente vale la pena adelantar que centrar el análisis en el Estado es tanto más pertinente cuando notamos que incluso el FN (con todo

¹ La consecuente relación entre violencia y política ha sido por mucho tiempo un campo negado de la teoría política desarrollada durante la era del liberalismo, específicamente la implicación de la violencia como poder constituyente, que si habían sido estudiadas profundamente por sus críticos (Schmitt y Voeglin en las derechas, Benjamin y Simmel en las izquierdas) Es posible observar, en la economía de la violencia desplegada en el sacrificio, una funcionalidad que trasciende el odio a lo exterior a la sociedad. Se revela como la fuente de legitimidad de un orden por venir: el pueblo que adquiere cuerpo en los momentos de mayor tensión.

Visto a contrapelo, una verdadera política postliberal, en el sentido en que busca la expansión del reducido horizonte liberal, contemplaría al migrante como el actor político por excelencia, el nuevo excluido que pone de manifiesto las condiciones de precarización y descuidadización de los individuos en condición de apátridas como propone Thomas Nail. No se trata simplemente de excluir a los inmigrantes de la comunidad, estos efectivamente ya se encuentran en las orillas: son el límite, marcan al mismo tiempo lo que se encuentra al exterior y el interior. Véase: Nail, *The Figure of the Migrant*.

² Cacofonía aparte, considero esta expresión totalmente adecuada. Parto por principio de que la “sociedad no existe”, sino únicamente lo social y que este, a su vez, no es neutro. El Estado, a diferencia de lo que afirmaban desde Hobbes, Trotsky y Weber, no tiene como finalidad disponer, controlar o reclamar el uso de la violencia. Este sólo es un medio. El Estado tiene como fin último la producción social de la sociedad. Véase: Bourdieu, *Sobre el Estado*.

³ Robert Castel, *La inseguridad social ¿Qué es estar protegido?* (Buenos Aires: Manantial, 2004), 74.

y su trasfondo histórico xenófobo) es instrumentalizado para normalizar las políticas de exclusión usándolo al mismo tiempo “como excusa”.

En buena medida, la consagración sacrificial del migrante como praxis política no es necesariamente antiliberal, como los más apurados críticos del populismo señalan. Históricamente, el liberalismo triunfó sobre la base tópica del nacionalismo moderno, pues este permitía una relación adecuada entre las élites y las masas, estableciendo un pacto mutuamente beneficioso: mientras las primeras pudieron mantener su hegemonía, las segundas obtuvieron una forma innovadora y al mismo tiempo percibida más justa de relacionarse entre ellos y con los detentadores de poder político a través de la institución de la ciudadanía¹.

A la postre, la dislocación del pacto social francés plantea no sólo el reto práctico de recuperar el Estado Benefactor francés o dotar de legitimidad al sistema político para recuperar las demandas no integradas. Este reto, ya de por sí descomunal, se acrecentaría con el tiempo debido a la difícil reversibilidad de la tendencia mundial de alienación política y económica de las democracias occidentales. En su persistencia, proporcionó de forma continua al FN de bases electorales cada vez más numerosas de descontentos e indignados. La otra cara del desafío denota la incapacidad de las fuerzas políticas para repensar los problemas endógenos de la democracia y el capitalismo mundial en clave popular. En este particular, la viraje de la izquierda durante la década de los ochentas marcaría el rumbo de forma definitiva. Más allá de la precariedad económica, la desigualdad y la inseguridad social, es la renegociación de lo social lo que establece el umbral para que la articulación populista aparezca en el horizonte político con la propuesta de un pacto social diferente, acorde a las nuevas circunstancias. Aunque al FN le llevaría un par de décadas más para consolidar esta posición, para principios de los años ochenta empezaría a caminar dicha senda.

Auge y decadencia de la izquierda

Pensar que las consecuencias de la creciente presión fiscal y económica sobre el Estado Benefactor se mantienen en el dominio de lo económico, o que este conserva una autonomía que determina la vida social es pecar de ingenuo. Quizá el declive empezó siendo económico, pero la bola de nieve creció hasta abarcar a la sociedad en su conjunto. Aunado a la crisis del Pacto Social, una lenta transformación de orden estrictamente político comenzó a gestarse

¹ Para esta cuestión, véanse los excelentes apuntes de Derek Heater, *Ciudadanía. Una breve historia* (Madrid: Alianza Editorial, 2007).

a partir de la caída del gaullismo. Éste, como lo reseñé anteriormente, tuvo la bondad de legitimar la modernización nacional, tanto en el plano social como internacional, de forma ordenada, al tiempo que recluía a la ultraderecha a los bordes del espectro político.

En relativa sincronía con el fin de los treinta gloriosos, que para Francia tuvo lugar a mediados de la década de los setenta, el sistema político comenzó su propio realineamiento producto del agotamiento del gaullismo histórico (de Gaulle y Pompidou), primero lentamente con la elección de Giscard d'Estaing en 1974 y posteriormente, de súbito, con la elección de Mitterrand en 1981. Fue entonces la primera vez que un gobierno de izquierda llegó al poder desde la efímera alianza entre comunistas y socialistas después de la Segunda Guerra Mundial, también primera vez que un gobierno buscó implementar una reconfiguración amplia del Estado y la sociedad francesa desde el Frente Popular de León Blum en 1936.

El hito que significó el arribo de la izquierda al Eliseo destaca por razones todo menos banales. Su importancia revela una visión de la política construida durante la postguerra donde el Estado fungía como regulador y catalizador de las demandas sociales y los procesos económicos. Esto se reflejaba en las altas expectativas que emanaba de los procesos políticos electorales, como antes lo había hecho de los movimientos sociales de la década de los sesenta. El arribo de Mitterrand constituye la cúspide de esta era, en los años posteriores: las esperanzas descenderán en caída libre. La crisis de lo político y la política que a continuación describiré va a representar la contracción del ámbito de acción de la política y la dilución de lo político. Como consecuencia, las tensiones que sufre el pacto social no tendrán una instancia de compensación, cuando la democracia se acerca cada vez más a un ritual y un espectáculo vacío.

El hilo conductor de esta transformación nos lleva por los caminos de la erosión de la legitimidad democrática, la cual puede ser caracterizada en dos niveles. En el primero, el devenir postdemocrático del sistema político francés caracterizado por la imposición de restricciones técnicas y económicas a la voluntad popular a causa de los compromisos financieros y políticas tradicionalmente entendidas como neoliberales, sean liberalización de mercados, desregulación económica y globalización del comercio¹. Después, en el nivel de los sistemas de partidos, la transición a un sistema postpolítico en el cual ninguno

¹ Este ambiente ha sido teorizado por Colin Crouch, quien define a la post-democracia como el régimen en que “la política es realmente definida en privado por la interacción entre gobiernos electos y las élites que de forma abrumadora representan intereses comerciales”. Crouch, *Post-Democracy*, 4.

funciona como vehículo de expresión de demandas radicales de grupos excluidos y, por lo tanto, no representa una opción verdadera al consenso socioeconómico neoliberal¹.

Para entender el desarrollo de ambas condiciones, la reconstrucción histórica deberá poner atención a los desplazamientos que desmontan el equilibrio político sembrado desde la época de los treinta gloriosos y que termina simbólicamente en mayo de 1968, aunque las consecuencias se verán años después. Estos, como argumentaré, son el declive del PCF francés a mediano plazo y la coyuntura que marca el fin de las políticas keynesianas en 1983 bajo el mandato del socialista Mitterrand. Así, ambas izquierdas, comunistas y socialistas, son copartícipes.

Puesto que a partir de la Segunda Guerra Mundial la derecha había sido la gran protagonista del teatro político francés, la izquierda política había tenido un lugar relevante en cuanto a presencia electoral aunque no haya alcanzado a constituir un gobierno. A partir de 1965 la izquierda fue preparando su regreso mediante la agrupación de la Federación de izquierdas demócratas y socialistas (*Fédération de la gauche démocrate et socialiste*, FGDS) bajo el impulso de Mitterrand en la cual se contaban las más relevantes izquierdas no comunistas, al tiempo en que comenzaron una atípica cooperación con el PCF. Todo esto con la finalidad de preparar el asalto electoral a la derecha gaullista.

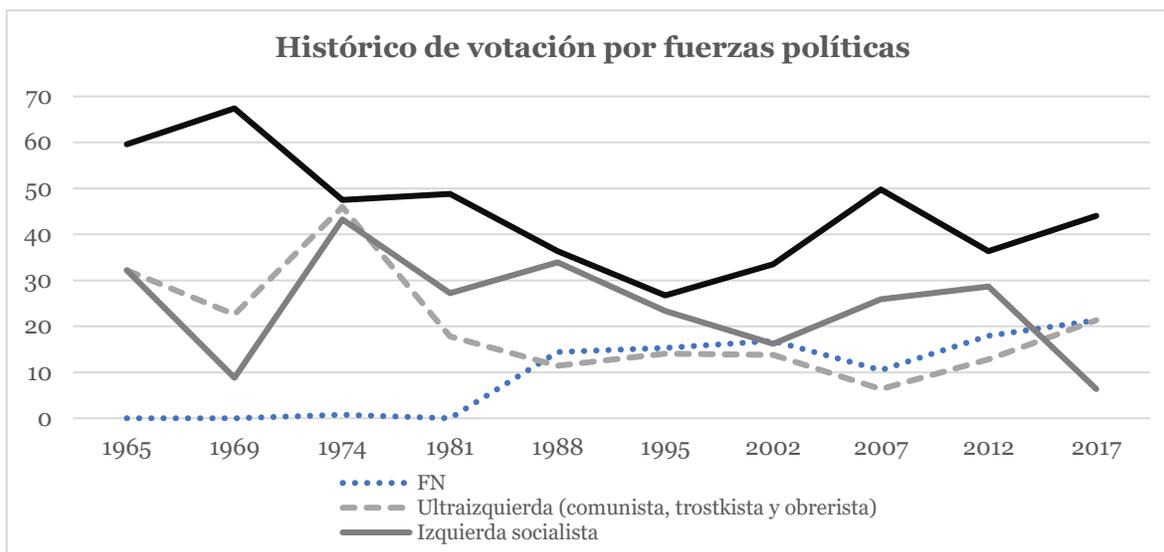
Incluso mayo de 1968, en su excepcionalidad, tuvo pocas consecuencias electorales y sirvió en el mediano plazo para cimentar la hegemonía de la derecha parlamentaria. Dos factores resultaron fundamentales para el pobre desempeño de la izquierda en las elecciones de 1968 (apenas 91 asientos en la Asamblea contra 396 de la derecha) llamadas por Charles de Gaulle para darle una salida institucional a la situación. Primero, ante la radicalidad de las movilizaciones y los enfrentamientos con las fuerzas de seguridad, cundió el miedo y el rechazo por grupos anarquistas, trotskistas y marxistas que la derecha hábilmente vinculó al PCF. Segundo, de los partidos de izquierda, aunado al temor por abanderar las causas estudiantiles y obreras al margen de la participación partidista desengañó a muchos manifestantes de la efectividad de la política partisana, especialmente en el PCF².

Charles de Gaulle abandonaría el poder, en buena medida a causa de la crisis del mayo del 68, más no sin refrendar la hegemonía de su formación política y la continuidad del legado gaullista por un década más. Le siguieron una serie de formaciones de derecha

¹ La crítica principal a la “tercer vía” de Anthony Giddens se encuentra en Mouffe, *En torno a lo político*; Chantal Mouffe condensará sus reflexiones en torno a la post-política en su último libro que discutiré en las conclusiones. Véase: Mouffe, *For a Left Populism*.

² Frank L. Wilson, “The French Left and the Elections of 1968”, *Cambridge University Press* 21, núm. 4 (1969): 546 y ss.

bajo diversas etiquetas: Georges Pompidou, de su misma formación, entre 1969 y 1974, y a su muerte Valéry Giscard D'Estaing desde la centroderecha, de ese año a 1981.



Elaboración propia con datos de Pierre Martin, *Comprendre Les Évolutions Électorales. La Théorie Des Réalignements Revisitée* (Paris: Presses de Sciences Po, 2000); Laurent de Boissieu, "France Politique", <https://www.france-politique.fr/>.

Sin embargo, el momento particularmente interesante para este texto es la ruptura de la hegemonía de la derecha parlamentaria en Francia, tanto en su vertiente gaullista como de sus cercanos de la centroderecha. Esta ruptura se hizo finalmente presente en 1981. A diferencia de las dos familias de derecha, las izquierdas francesas habían sido históricamente reticentes a trabajar juntas. La influencia de la Unión Soviética en el PCF lo alienaba de cooperar con el PS, mientras que lo mismo alimentaba la desconfianza del segundo en el primero. El consenso de izquierdas y la toma del poder tiene como primera causa la superación de esa desconfianza tradicional. Después de pasar en segundo lugar (26.1%) a la segunda ronda después del presidente saliente, Mitterrand encabeza la coalición de izquierdas que accede finalmente al poder (52.2%)¹.

A la ruptura histórica de la hegemonía de la derecha se suman dos procesos que con el tiempo se juzgarían importantes. 1981 sería el año en que finalmente regresaría la izquierda comunista a un gabinete de gobierno y al mismo tiempo marcaría el lento pero definitivo declive del PCF en el plano electoral. Tres razones son identificadas: el

¹ Como Pierre Martin reconoce, la sociedad francesa manifiesta también un conjunto de transformaciones, causas últimas de la alternancia más allá de la simple alianza entre izquierdas. Estas pueden enumerarse brevemente: urbanización, salarización, terciarización de la economía, entrada masiva de mujeres al campo laboral, el ambiente derivado por las revueltas estudiantiles de 1968, secularización y la difusión de una ideología anti-autoritaria. Martin, *Comprendre les évolutions électorales. La théorie des réalignements revisitée*, 217–18.

desgaste de la imagen igualitarista aunque autoritaria de la URSS, fundamentalmente tras la invasión a Afganistán en 1979 y la revuelta obrera en Polonia liderada por Lech Walesa, aunado a la incapacidad del PCF de tomar distancia crítica ni enarbolar un programa autónomo y que justificara una política radical en tiempos de bonanza económica que había satisfecho, para ese momento, las expectativas de las clases populares¹.

Según el argumento de Pierre Martin, dado que el PCF contribuyó grandemente a la erección de Mitterrand y debido a que la oferta discursiva comunista decayó en un ambiente de menor polarización electoral, el partido dejó de ser un vehículo electoral pertinente. Tras impulsar una serie de medidas de “relance keynesiano” entre las que se encontraban el alza del 10% del SMIC, 25% de la *allocations familiales* y el 20% del mínimo de jubilación. Mitterrand llamó a elecciones legislativas ese mismo año en las que obtuvo el 55% de la voluntad electoral, donde el PS obtiene 37% mientras que el PCF baja al 16%. Pareciera ser que la izquierda radical francesa murió de la embriaguez de su primer triunfo. Aunque en un principio el PCF negoció 4 puestos en el gabinete, estos renuncian en cuanto Mitterrand desiste en 1983 del relance, cerrando el breve ciclo de participación comunista en la política nacional.

Así, el PCF se despedía de las grandes ligas de la política francesa. El declive del comunismo tendría su tiro de gracia con la caída del muro de Berlín y su descrédito total, aunque si se revisan las estadísticas de votación sabemos que las causas asomaban desde la fallida intentona de Mitterrand de transformar radicalmente al país. En esa época se vislumbran los momentos de quiebre desde el punto de vista de las estadísticas electorales: 1979 es la última gran elección del PCF, que obtiene 20.6% contra 11.2% en las europeas de 1984 y 6.9 en las presidenciales de 1988. En cambio, el inicio de los ochentas sería el comienzo del lento remontar del FN.

Al tiempo que el PCF decaía en la dimensión electoral, el FN comenzaba a crecer en buena medida a costa de los electorados del primero. Sin embargo, creo necesario distinguir al interior del ascenso electoral del FN dos procesos concomitantes y emparentados, pero en última instancia diferentes: por un lado, la pérdida de legitimidad de la izquierda comunista “recortó” el espectro político francés propiciando la naturalización progresiva de las concepciones de la ultraderecha, lo que le acercó una serie de votantes de los partidos de derecha; por el otro lado, la fuga de votantes del PCF cruzando de extremo a extremo.

¹ Martin, cap. 7 "Le moment de rupture".

De entrada, es fácilmente explicable el movimiento de la centroderecha a la ultraderecha, como reacción natural de oposición al realineamiento de los clivajes cuando la izquierda asciende al poder, lo cual va a explicar el primer pico histórico de votación del FN que pasa del 0.8% en la elección de 1974 y no alcanzar la candidatura en 1981, a conjuntar el 14.3% de los votos en 1988. El electorado frentista para esta última elección es particularmente interesante, pues comparte rasgos con los electorados tradicionales de las derechas, primordialmente individuos hombres, con sueldos mensuales por encima del promedio, educación media, comerciantes y artesanos y miembros de las más altas esferas de la clase obrera (la llamada “aristocracia obrera”). Si se les solicita manifestarse sobre por quién votaron en las elecciones legislativas de 1986, un 35% declara que por la derecha mientras que un 28% por las listas del FN y solamente un 16% por la izquierda¹.

Sin embargo, como bien apuntan Nonna Mayer y Pascal Perrineau, es poco adecuado hablar de un electorado propio al FN. Para 1988 se trata todavía de un voto de rechazo que se vislumbra cuando se toma en cuenta que sólo el 28% de los electores de Jean-Marie declaraban su predilección por él como presidente, al tiempo que sólo el 34% se declaraban acólitos del FN². La coyuntura de 1988, como consecuencia de la transformación de los clivajes desde 1981 da cuenta de una conclusión ambigua que refuerza la idea del punto de quiebre: aunque la identificación entre izquierda y derecha sigue siendo fuerte, la aparición del FN y su salto a la fama como alternativa política inaugurará la erosión del bifamiliarismo político francés.

Por el otro lado, es el comunismo el que empezó a proporcionar votos al FN. Más que coincidencias ideológicas, que difícilmente se pueden pensar enraizadas en los medios obreros, se ha atribuido la transferencia de votantes de uno a otro extremo del espectro político a una praxis de protesta y de inconformidad social compartida entre la ultraderecha y la ultraizquierda³. La función característica del PCF, “tribunicia” en palabras de Georges Lavau, daba voz al descontento popular. Cuando el PCF, un partido de una organización excepcional y completamente enraizado en ciertos sectores de la sociedad francesa⁴ dejó de funcionar como organizador de las clases populares, el FN llenó ese vacío.

¹ Nonna Mayer y Pascal Perrineau, “Pourquoi votent-ils pour le Front national?”, *Pouvoirs: Revue française d'études constitutionnelles et politiques*, núm. 55 (1990): 166–69.

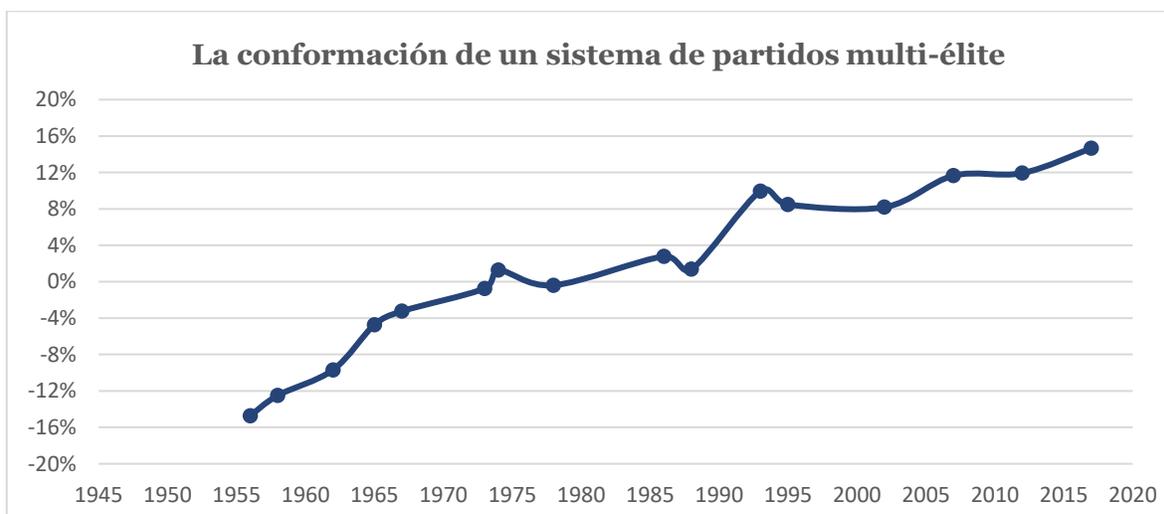
² Mayer y Perrineau, 171.

³ Esta hipótesis de Pascal Perrineau no es ampliamente aceptada y será discutida con más detalle en el próximo capítulo. Véase: Pascal Perrineau, *Cette France de gauche qui vote FN* (Paris: Seuil, 2017).

⁴ Para una descripción de la organización y los retos al interior del PCF, véase: Georges Lavau, “Vers une Renaissance du Parti communiste?”, *Esprit* Octubre 19, núm. 10 (1966): 481–504.

Las estadísticas electorales no dejan mentir. Para 1981, en el clímax del voto partisano obrero, 72% de los obreros y 62% de los cuadros medios votaron por Mitterrand. Para su reelección en 1988, el impulso se mantenía, obteniendo 63% del voto obrero en la primera ronda y el 70% en la segunda. No obstante, el divorcio no se anunciaba tan lejano: para las presidenciales de 1995 la izquierda conjuntó el 37% en la primera ronda y en la segunda Lionel Jospin alcanzó el 53%; para el 2002, Jospin alcanzó apenas 13% y la izquierda unida 44%. La política partisana, al menos del lado obrero, alcanzaría su fin. Le seguiría la era de la postpolítica, en que las etiquetas partidarias son cada vez menos relevantes. El FN, en cambio, progresaría sobre el voto obrero: 18% en 1988, 33% en 1995 y 33% en 2002¹.

Sin embargo, no todo fue el declive del comunismo francés. La izquierda en general tiene su buena dosis de responsabilidad en la situación. La tendencia de transformación de los clivajes políticos, los setentas constituyen el punto de inflexión en la reconfiguración entre izquierda y derecha. Durante la temprana postguerra, los partidos de izquierda habían recibido la mayor parte de sus votos de electorados poco educados y de bajos ingresos, principalmente obreros y trabajadores del campo. En cambio, a partir de mediados de los setentas comienzan a dar cabida a electores de educación media y universitaria, tal como ha sido contrastado en una serie de documentos presentados por Thomas Piketty².



Elaboración propia adaptando la gráfica 14.2 del libro de Piketty y fue obtenida del sitio de internet del mismo. Véanse: Piketty, *Capital et Idéologie*, 2019, 844; Thomas Piketty, “Capital et Idéologie,” Paris School of Economics, <http://piketty.pse.ens.fr/fr/ideologie>.

¹ Perrineau, *Cette France de gauche qui vote FN*, 55–57.

² Piketty, “Brahmin Left vs Merchant Right: Rising Inequality and the Changing Structure of Political Conflict, Evidence from France & the US, 1948-2017”. Piketty, *Capital et Idéologie* Capítulo: “La frontière et la propriété: la construction de l’égalité”.

Mientras que en 1955 los primeros 9 deciles con respecto a educación aportaba 15% más votos para la izquierda que el decil más alto, para mediados de los sesentas se encontraban en igualdad, y para 1995 la proporción se había invertido a cerca del 10% para el decil más alto. Dicha configuración, que Piketty ha denominado un “sistema partidista multiélites” (económicas a la derecha, intelectuales a la izquierda) dejó a las clases populares cada vez menos representadas en el espectro político. Se convierten en electorados disponibles que el FN sabrá capitalizar.

Siguiendo la tendencia mundial, en el espíritu intelectual de la época, la hegemonía del libre mercado se forjó con absoluta rapidez¹. De la década de los sesentas donde todavía resonaba la famosa consigna francesa “¡seamos realistas, demandemos lo imposible!” (*soyez realistes, demandez l'impossible!*) a la década de los ochentas, cuando la asociación de las democracias a la idea del libre mercado parecía natural e incontestable. La muestra más clara del espíritu de la época que comenzaba se hizo patente en la reescritura que elaboró la izquierda de su propio pasado, haciendo recordar la máxima de Marx². Si mayo de 1968 fue el momento revolucionario por excelencia que engendró la movilización luego fracasada, 1981 no fue más que la constatación de que la radicalidad de izquierda fue vencida en su victoria. El mito sobre el 68, construido *a posteriori* por la izquierda en el poder lo consagró al mismo tiempo que lo secularizaba. La narrativa de corte liberal imponía un consenso neutralizador sobre las manifestaciones, obviando la violencia y la dimensión unificadora que tuvo, de forma efímera, entre obreros y estudiantes³.

Adicionalmente, el abandono de las demandas populares y la reconfiguración de la oferta política hacía el llamado “liberalismo cultural” fue la estrategia que adoptó la izquierda, principalmente no comunista, para mantenerse en el panorama político con una oferta diferenciada que no interviniera con el nuevo consenso neoliberal asentado tras la experiencia del fracaso del relance keynesiano de 1981 a 1983.

En el fondo, el consenso que se venía anunciando prefiguraba la más famosa tesis de Francis Fukuyama. El matrimonio entre democracia y libre-mercado comenzaba a mostrarse incuestionable⁴. En Francia, siguiendo a prudente distancia la revolución de

¹ Escalante, *Historia mínima del neoliberalismo*, 115 y ss.

² “Hegel menciona en alguna parte que la historia se repite dos veces, primero como tragedia, luego como farsa”. Karl Marx, *Le 18 Brumaire de Louis Bonaparte* (Paris: Les Éditions sociales, 1969), 9.

³ Véase: Kristin Ross, “Establishing Consensus: May ’68 in France as Seen from the 1980s”, *Critical Inquiry* 28, núm. 3 (2002): 650–76.

⁴ Famosamente introducido unos meses antes de la caída de la URSS en un breve artículo, le seguiría dos años después (1991) un volumen explicativo. Cfr. Fukuyama, “¿El fin de la historia?”; Fukuyama, *The End of History and the Last Man*.

Margaret Thatcher y de Ronald Reagan, comenzaba a hacerse visible desde mediados de los ochentas. Como ocurriría en todo el occidente anglo-europeo, el comunismo como opción política radical fue progresivamente marginada. El derrumbe del Muro de Berlín, más que un tiro de gracia resultó la constatación de un proceso de un lustro de una década de preparación.

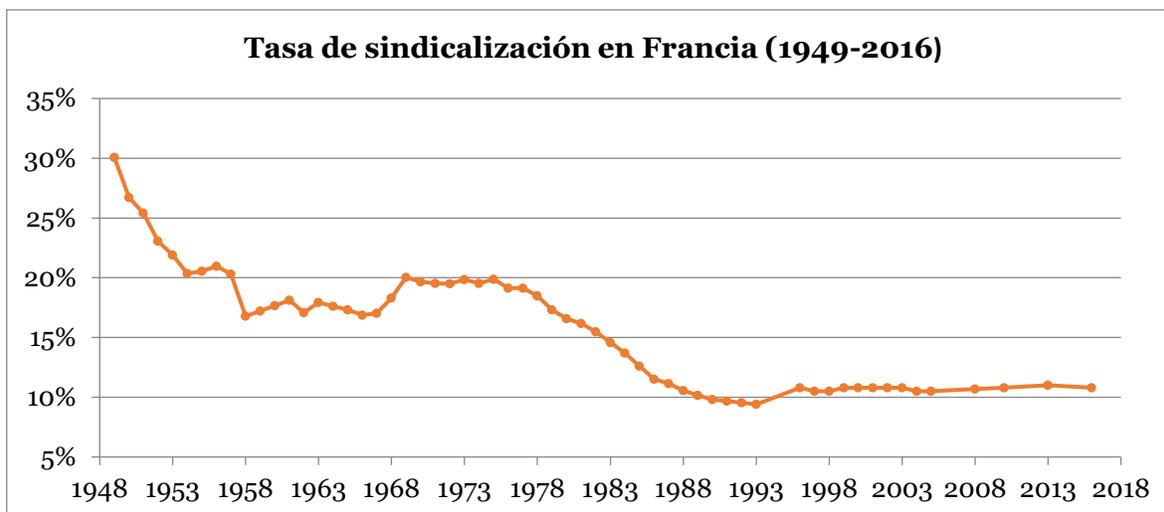
Fuera de la política partidista, la crisis se manifestó en el ámbito social con el debilitamiento del poder de negociación de la fuerza de trabajo y de los cuerpos intermedios. Ambos términos tienen que ver con la historia trágica de la clase obrera y sectores populares poco cualificados en el periodo de transformaciones que le siguió a los treinta gloriosos. Un poco de contexto histórico es pertinente para entender la magnitud de los cambios. Por cuerpos intermedios refiero al conjunto de agrupaciones que median entre el ámbito político y la sociedad. En Francia, la tradición estamental y gremial dio paso durante la temprana postguerra al fortalecimiento de los sindicatos, inaugurando una edad dorada de organización social.

La CGT, fundada en 1895 con fines apolíticos, es con mucho el actor principal de esta faceta de la historia de Francia. Controlada por los comunistas entre 1944-5, se convirtió durante la IV República en la “cadena de transmisión” del PCF, situación que evolucionó con el establecimiento de la V para darle mayor libertad al sindicato bajo la premisa de que con la organización laboral se agudizarían las contradicciones inherentes al capitalismo¹. Así fue como la principal fuerza sindical, por delante en la época de la CFDT y FO² aunque en coexistencia mayormente cooperativa, cumplió un rol fundamental en la estructura de equilibrios que organizaban el conflicto político y articulaban las demandas de los trabajadores durante los treinta gloriosos³.

¹ George Ross, “Party and Mass Organization: The Changing Relationship of PCF and CGT”, en *Communism in Italy and France*, ed. Donald L. M. Blackmer y Sidney Tarrow (New Jersey: Princeton University Press, 1975), 504–40.

² La CFDT (*Confédération française démocratique du travail*, Confederación Francesa Democrática del Trabajo) fundada en 1919 bajo el nombre de CFCT, se desconfesionaliza en 1964 cuando adquiere su nombre actual. La otra gran central, FO (*Force ouvrière*, Fuerza obrera), nace en 1947 de un grupo de descontentos de la dirección comunista de la CGT.

³ Aunque en ocasiones los sindicatos tuvieron una participación en la política, particularmente cuando el patrón en cuestión era el Estado obligaban al gobierno en turno a replantear cuestiones generales de política económica. Incluso más evidentemente, la desconfianza de la vieja extrema derecha de los sindicatos se explica por el papel que tuvieron estos como principal fuerza popular anti-fascista. Véase: Pierre Belleville, “Les syndicats sous la Ve République”, *Esprit*, núm. Mars (1962): 381–96.



Elaboración propia a partir de la estimación del conjunto de trabajadores de más de 15 años, realizada por el Ministerio del Trabajo con datos del INSEE. La información puede consultarse en Ministère du Travail, “La Syndicalisation,” 2018, <https://dares.travail-emploi.gouv.fr/dares-etudes-et-statistiques/statistiques-de-a-a-z/article/la-syndicalisation>.

A pesar de que el debilitamiento de los sindicatos es una tendencia que viene desde los años inmediatos a la Liberación, se agrava en la década de los ochenta. La tasa de sindicalización, de trabajadores mayores de 15 años, en Francia ha caído abruptamente desde el 30% en 1949, a apenas poco más de 10% para 2016, siendo esta la más baja tasa dentro de los países de la OCDE. Si bien, un primer descenso ocurrió en la primera década de la postguerra, pasando de cerca del 30% de los trabajadores a cerca del 15%, a finales de la década de los sesentas tomó un segundo aire (20%) para dividirse entre dos el porcentaje en un declive iniciado a la par del fin de los treinta gloriosos y que se prolongaría a la actualidad.

La historia de las dos principales centrales obreras siguió un curso similar. Mientras que en 1946 la CGT contaba con 5,857,786 adherentes, doce años después estos se reducían a 1,624,322 para repuntar hasta 2,377,551 en 1975 y encontrar un nuevo mínimo de 818,294 en 1989. Para los registros de la época, la CFDT tuvo su pico de adherentes en 1977 con 903,076 y su nivel más bajo 11 años después con 535,519¹. Sin embargo, la desindicalización tuvo efectos diferenciados sobre las dos centrales: mientras que de 1975 a 1989 la disminución fue de 290.3% para la CGT, en el periodo de 1977 a 1988 fue de 168,6% para la

¹ Especulaciones según el cálculo de contribuciones permiten a Antoine Bevort establecer cálculos aún más pesimistas para la época, en donde la CFDT contaría para 1988 a lo más 436,000 adherentes mientras que la CGT para 1989 la baja suma de 581,251. Véase el interesante estudio de Antoine Bévort, “Compter les syndiqués, méthodes et résultats. La CGT et la CFDT : 1945–1990”, *Travail et emploi* (Paris: Ministère de l’Emploi, de la Cohésion sociale et du Logement, 1995).

CFDT. Sin duda alguna, el más rápido declive de la CGT fue debido a la asociación que tenía con el PCF.

Las causas del declive son dos: la desafiliación social acompañada de la desregulación intencionada del trabajo, y la concurrencia industrial internacional. La primera, desde el punto de vista interno, se enmarca principalmente en la transición de las sociedades industriales a las postindustriales con la subsecuente sofisticación de la estructura social. Las sociedades industriales concebían como indisociables el modo de producción del modo de protección social a través de mecanismos de solidaridad (“solidaridad mecánica”) que propiciaban formas de organización social colectiva, mismas que transitarán al individualismo laboral con la tercerización de funciones y la transición a las economías de servicios en las sociedades postindustriales¹.

Este movimiento de la sociedad ya es por sí mismo considerable y se puede apreciar con un par de datos. En 1936, año en que Castel sitúa el nacimiento político de la clase obrera esta representa el 75% del salariado, para 1975 se encontraba rebasada en número por las profesiones intermedias². En el plano inmediato, esto tendrá consecuencias desastrosas para la izquierda, pues hizo poco factible realizar la promesa comunista de la lucha de clases conducida por una clase homogénea y mayoritaria. Paradójicamente, también fue ese el tiempo en que la izquierda arriba al Eliseo en 1981, aunque sólo con una coalición electoral que empezaba a mostrar signos de transformación que serían evidencia de la crisis del sistema de partidos a partir del cambio de siglo. En el largo plazo, este agotamiento de la promesa redentora de la política abrió la puerta a nuevos discursos ávidos de apropiarse de los ropajes discursivos del rey muerto³.

Aunque la tendencia apuntaba hacia el horizonte de la desafiliación, falta hacer mencionar dos factores que para el caso francés apuraron la caída. El primero, de carácter no directamente político, es el proceso de desindustrialización que afectó desde la década de los setentas más o menos de la misma manera a todas las sociedades industriales. Estas tuvieron su origen en la concurrencia internacional de países en fase de agresiva industrialización comparativamente más competitivos gracias a sus bajos salarios que en el panorama global que afectó profundamente a los trabajadores menos cualificados, tanto por la mudanza de las plantas productivas como por la importación de bienes de consumos a

¹ Cohen, *Tres lecciones sobre la sociedad postindustrial*, 12 y ss.

² Es el año de la llegada del Frente Popular al poder y el mayor hito de la izquierda francesa hasta el arribo de Mitterrand en 1981. Castel, *El ascenso de las incertidumbres. Protecciones, trabajo, estatuto del individuo*, 274.

³ La asociación entre el declive de la izquierda y la desafiliación con el auge del FN es nítidamente expresa por Robert Castel en *La inseguridad social ¿Qué es estar protegido?*, 66–67.

menor precio¹. Probablemente bajo el influjo de la competencia internacional, coadyuvado por el agotamiento de un modelo de desarrollo industrial que era factible durante los treinta gloriosos gracias a la abundancia de hidrocarburos y energía barata, la nueva dinámica de la economía internacional propició una redefinición de la economía francesa orientada hacia los servicios y la producción industrial de alto valor agregado.

En consecuencia, el lento pero implacable proceso de la desindustrialización en Francia comenzó a mediados de la década de los setenta y se extiende con sus variaciones hasta la actualidad, donde el punto de inflexión fue 1973, cuando se contabilizaban cerca de 5,959,000 trabajadores empleados en la industria, que se redujeron a aproximadamente 3,299,000 en 2014, es decir, un 55% de las fuentes de empleo de la época². Aunque las estadísticas reconocen que no necesariamente todos los empleos se hayan perdido pues nuevas fuentes se abrieron en el sector servicios, el desplazamiento de las fuentes de trabajo tienen consecuencias sociales que no siempre son bien capturadas en las números.

La transición a nuevas fuentes de trabajo no contempla el tiempo de desempleo, la desafiliación de los tradicionales grupos de referencia, la subvaloración del capital social y la frustración por perder el control de la ruta de vida. Dichos sentimientos serían potencialmente identificados en la propuesta discursiva que el FN comenzará a desarrollar a lo largo de los años ochenta³. La incapacidad de los sindicatos y de los partidos de izquierda de copar con la tendencia ha sido interpretado por las clases populares como muestra clara del olvido de las preocupaciones mundanas del pueblo.

Por el contrario, la progresiva desregulación del trabajo, segundo factor que propicia la desafiliación, si puede ser adjudicado a la izquierda política y es endógeno al desarrollo capitalista francés. Mientras que el periodo de huelgas que se inicia en 1968 en Francia es interpretado por el gobierno y la patronal como una falta de institucionalización de las relaciones obrero-patronales que en un contexto de crecimiento económico llevan a realizar concesiones bajo la premisa de que sindicatos fuertes y bien institucionalizados harían converger los intereses de patrones y obreros, en el contexto de crisis económica la política de conciliación contractual se volvió demasiado costosa y de escasa utilidad para disminuir el conflicto laboral⁴.

¹ Stiglitz, *Globalization and its Discontents Revisited*, 8 y ss.

² François Bost y Dalila Messaoudi, “La désindustrialisation : quelles réalités dans le cas français ?”, *Revue Géographique de l'Est* 57, núm. vol.57 / 1-2 (2017): 5.

³ Para una breve corroboración, entre las zonas que han perdido mayormente empleos a causa de la desindustrialización el FN ha tenido un éxito de moderado a amplio. Véase el mapa 1 en Bost y Messaoudi, 17.

⁴ Las concesiones giran en torno al reconocimiento de la sección sindical en la empresa (1968), la adjudicación de 4 semanas de vacaciones pagadas (1969), la creación del Salario Mínimo

A partir de 1974, el trabajo fue sometido a políticas de signo contrario con la finalidad de limitar el peso financiero de la protección social de los trabajadores y dotar de más libertad y flexibilidad a la empresa. La nueva política empresarial estaba centrada en la idea meritocrática de aprovechar las potencialidades y promover el desarrollo individual de los trabajadores, intercambiando seguridad social por autonomía¹. La flexibilidad permite trasladar a los trabajadores el riesgo del mercado de forma diferenciada, creando otras desigualdades (aparte de la falta de sindicalización de trabajadores poco cualificados) entre las que se cuentan: la progresión de los trabajadores subcontratados (de 5.1% en 1974 a 8.9% en 1991), la posibilidad de trato diferenciado a migrantes, mujeres y personas de edad madura; y el rechazo a la recontractación de exempleados calificados de rijosos².

En suma, la progresiva desafiliación disuelve los cuerpos intermedios, generando desigualdad entre trabajadores de primera y de segunda, aquellos trabajadores que conservan su adscripción a grupos sociales y aquellos desclasados. La “estandarización del trabajo” lo descolectiviza y quiebra las solidaridades de clase. Esto se aprecia muy notoriamente en el debilitamiento de la capacidad de negociación de la fuerza de trabajo. Para muestra un botón: entre 1971 y 1975 hubo de media 4 millones de jornada de huelga anuales, mientras que en 1992 se contabilizaban menos de medio millón³. Las leyes de Auroux (1982) promovidas ya en la era Mitterrand llegaron a complicar aún más la situación al establecer que las negociaciones tendrían que realizarse en a nivel de empresas, donde la implantación de los sindicatos era menos fuerte, que en la central nacional. Esto tuvo nuevamente una incidencia desigual afectando más a los obreros poco cualificados y migrantes, mientras que los obreros cualificados o “de oficio”, más fuertemente sindicalizados, pudieron mantener un grado de organización superior⁴.

En el contexto de desempleo crónico y de creciente inseguridad produjo un conflicto distributivo que orienta a la competición en vez de la colaboración. No es casual que el discurso xenofóbico del FN empiece a encontrar adeptos en las antiguas áreas industriales

Interprofesional de Crecimiento (SMIC, 1970). Los aumentos sostenidos de salarios modifican el ratio medio de salarios/beneficios de la empresa, que pasa de 66.4% a 71.8% de 1970 a 1981. Todas estas medidas tuvieron un costo aproximado del 4% del PIB de la época. Boltanski y Chiapello, *El nuevo espíritu del capitalismo*, 261 y ss.

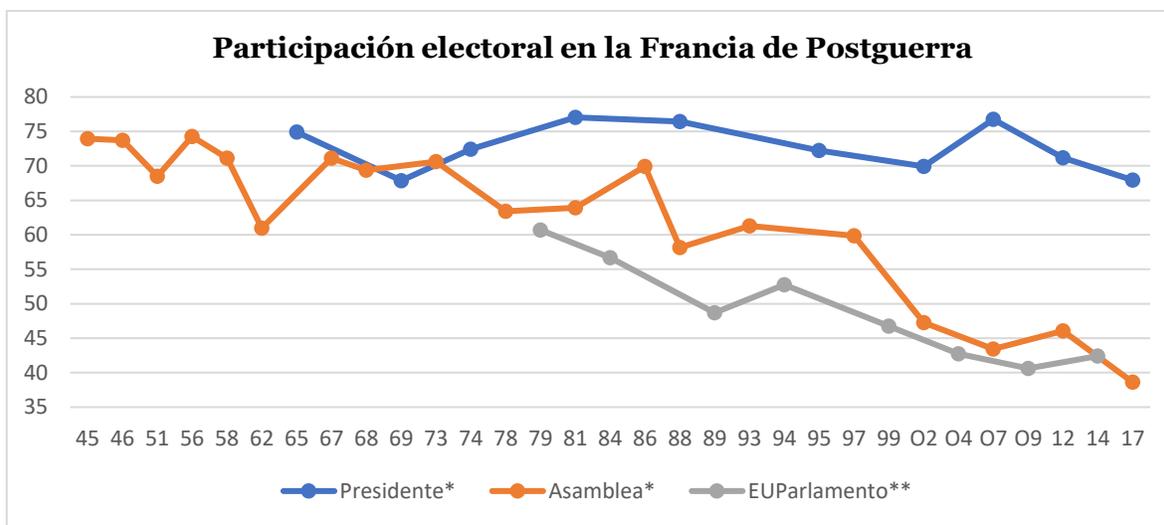
¹ Tal como lo describen Boltanski y Chiapello. Desde una perspectiva filosófica, tal transición ilustra dos formas diferentes de estructurar la sociedad, la metamorfosis de las sociedades disciplinarias a la sociedades de control. Boltanski y Chiapello, 278 y ss; Gilles Deleuze, “Post-scriptum sobre las sociedades de control”, *Polis. Revista Latinoamericana*, núm. 13 (2006): 7, <https://doi.org/10.32735/S0718-6568/2006-N13-431>.

² Boltanski y Chiapello, *El nuevo espíritu del capitalismo*, 304, 335-9.

³ Boltanski y Chiapello, 243.

⁴ Para Boltanski y Chiapello, el sindicalismo fragmentado de Francia distingue y acentúa el proceso en comparación con EE.UU., Gran Bretaña y Alemania. Boltanski y Chiapello, 261 y 288.

venidas a menos como Dreux, donde mediante un operación ritual sacrificial el conflicto es evacuado de la comunidad y reconducido al migrante. El calado de la problemática es hondo puesto que, en cierta medida, la tragedia de la desafiliación no sólo es económica ni social, el desafiado la percibe como una crisis existencial en la que no encuentra su lugar en la sociedad¹. El llamado del populismo a una restauración de lo colectivo a través de los imaginarios nacionalistas refleja la búsqueda de certidumbres en un mundo de fugaces cambios.



Elaboración propia con datos de Pierre Breteau, “L’abstention En Hausse Depuis 1958, La Présidentielle Toujours Mobilisatrice,” *Le Monde*, 2017, https://www.lemonde.fr/les-decodeurs/article/2017/03/30/l-abstention-en-hausse-depuis-1958-la-presidentielle-toujours-mobilisatrice_5103297_4355770.html.

*Calculado a partir del total de población en edad de votar

**Calculado a partir del total de población registrada para votar

Al margen de la filiación partidista por la izquierda, un último indicador político viene a redondear la cuestión. Subrayo “aparentemente” pues no es más que una consecuencia directa del viraje postpolítico y postdemocrático de Francia. En la larga panorámica histórica, tras la continuación del declive de la derecha y del auge y caída de la izquierda, el sistema político francés falto de la vitalidad transformadora se dirigió lentamente a una crisis de legitimidad tan necesaria al ejercicio de poder. Además del progresivo auge del FN, es síntoma claro de este proceso el decaimiento de la participación electoral en el periodo referido. Mientras que, para las elecciones legislativas, la tasa de abstencionismo en 1973 fue de 18.7% y de 16.8% en 1978, alcanzó su pico en 1988 con 34.3% seguido de un ligero descenso a 30.8% en 1993. En las municipales, donde el abstencionismo

¹ Robert Castel pinta al desafiado con elocuencia: “No es un marginal; está marginado de su trayectoria. No es un desclasado, es un desafiado. Conserva todos los atributos de su condición, pero no los realiza” en Castel, *El ascenso de las incertidumbres. Protecciones, trabajo, estatuto del individuo*, 233.

tradicionalmente estaba muy cerca del 20%, creció a 30.6% en 1995. La historia de las elecciones europeas desde su inicio en 1979 es aún más significativa pues nunca logran considerable convocatoria: su punto más alto, en la primera elección, reúne apenas al 60.7% de los franceses en 1979 que se había reducido a 48.7% diez años después¹.

Una primera explicación del fenómeno que merece ser estudiada propondría que el carácter diferencial estriba en el régimen institucional semipresidencial², en donde el elector podría percibir mucho más importancia de las elecciones presidenciales y menor para las parlamentarias y europeas. Si bien esta hipótesis parece adecuada, no puede ser considerada satisfactoria en razón del declive de la participación electoral que comenzó, al menos para las parlamentarias, después de 1986 y no en 1962, año de la transición de un régimen parlamentario a uno semipresidencial. Empero, el relativo alto absentismo de 1962 puede ser considerado como prueba de que, comparativamente, las elecciones de presidenciales tienen mayor relevancia sobre las parlamentarias.

En cambio, observar el aumento del absentismo en la década de los ochentas nos regresa a las dos tesis de la pérdida de legitimidad de la democracia, por la vía de la postpolítica y de la postdemocracia. Además de la correlación temporal entre el desplazamiento de la izquierda y el fracaso económico del “relance keynesiano” de 1981-83, dos observaciones de la dinámica electoral que estudiaré a continuación dan buena cuenta del fenómeno.

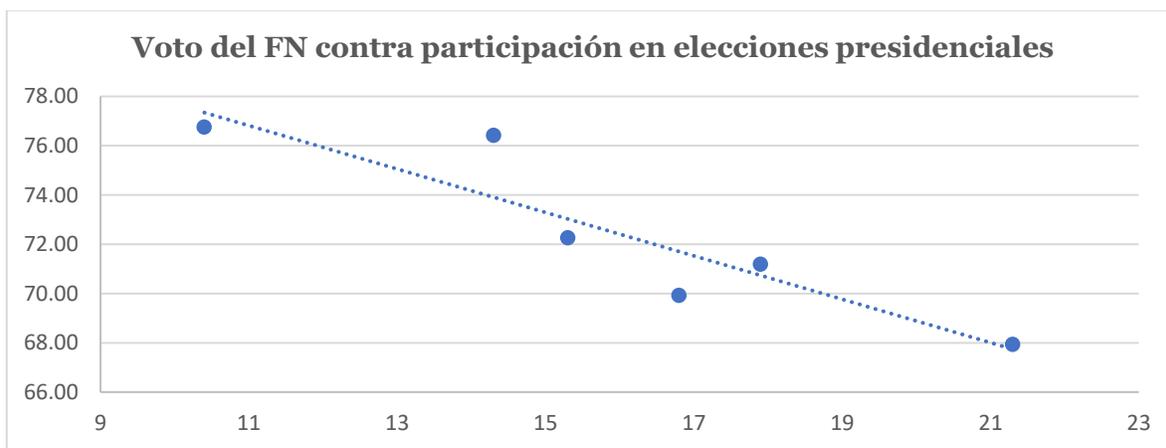
Por un lado, la observación hecha por Piketty sobre la distribución desigual de la abstención a lo largo de los grupos sociales, o lo que él denomina “el retraimiento electoral de las clases populares”³. Esto significa que mientras que durante los treinta gloriosos, la desigualdad entre el 50% más con más riqueza y el 50% con menos fue de entre 2 y 4%, esa diferencia comenzó a incrementarse, llegando hasta nuestros días al 12%. La interpretación que brinda Piketty, a todas luces correcta, sitúa la causa de esta tendencia en las políticas de alineamiento neoliberal de la izquierda de Mitterrand, como también habría sucedido con la *New Left* de Tony Blair.

¹ La elección presidencial, no obstante, permanece relativamente mobilizadora. Véase: Pierre Breteau, “L’abstention en hausse depuis 1958, la présidentielle toujours mobilisatrice”, *Le Monde*, 2017, https://www.lemonde.fr/les-decodeurs/article/2017/03/30/l-abstention-en-hausse-depuis-1958-la-presidentielle-toujours-mobilisatrice_5103297_4355770.html.

² Para Shugart y Samuels Francia es un caso claro de régimen premier-presidencial, es decir, dentro de los regímenes semi-presidenciales el primer ministro tiene primacía sobre el presidente. A pesar de esto, las elecciones presidenciales podrían ser consideradas más importantes y suscitar más incentivos para darse cita en las urnas. Samuels y Shugart, *Presidents, Parties, and Prime Ministers*, 40.

³ Piketty, *Capital et Idéologie*, 861–65.

Por el otro lado, es notorio el hecho de que la votación por el FN es sumamente sensible a la tasa de participación para elecciones presidenciales: mientras la participación aumenta el voto por FN decrece y viceversa. Además de constatar la dinámica esperada para el comportamiento electoral de los partidos con discursos de protesta o antisistema, esta tendencia refleja nítidamente el espíritu de la época. Esto nos permite aclarar la relación entre el ausentismo electoral y el FN para el caso francés, donde la relación entre ambos fenómenos parece indicar que obedecen a causas similares, es decir, el descontento con la democracia conduce a los votantes ya sea a alejarse del ejercicio electoral, ya sea a apoyar candidatos antisistema¹.



Elaboración propia con datos de obtenidos de: Martin, *Comprendre Les Évolutions Électorales. La Théorie Des Réalignements Revisitée*; Boissieu, “France Politique.” A pesar de las pocas observaciones (6), el análisis de un estimado de correlación alto (0.9 para pearson) muestra una fuerte asociación negativa entre participación electoral y voto por el FN. Aplicada una regresión, de un intercepto de 84% se puede inferir que por cada 1% de abstención el FN contaría con 0.94% adicional.

La anterior aseveración es reforzada por la evidencia de estudios que indican la confluencia de estas dos tendencias, abstencionismo y realineamiento con el FN, en un grupo privilegiado, los obreros². El ausentismo en general está íntimamente relacionado con la decadencia de la legitimidad democrática como ha sido descrita anteriormente, donde las elecciones presidenciales ofrecen mucho más percepción de responder a intereses

¹ Cas Mudde, “The Populist Zeitgeist”, *Government and Opposition*, 2004, 541–63, <https://doi.org/10.1111/j.1477-7053.2004.00135.x>.

² Recapitulemos sobre lo anteriormente dicho, mientras encontramos que son las clases populares (obreros primordialmente) quienes se abstienen en mayor proporción a causa de lo que Piketty ha denominado la formación de un sistema “multi-élite”, son estos mismos quienes se han realineado con consistencia al FN, siguiendo a Perrineau. Ambos procesos dan contenido a la correlación estadística donde se aprecia que el abstencionismo está fuertemente ligado voto por el FN. Véase: Perrineau, *Cette France de gauche qui vote FN*; Piketty, *Capital et Idéologie*; Piketty, “Brahmin Left vs Merchant Right: Rising Inequality and the Changing Structure of Political Conflict, Evidence from France & the US, 1948-2017”.

democráticos como la soberanía popular. El púlpito del presidente, todo parece indicar, es una plataforma preeminente para el discurso populista.

En este contexto de insolubilidad de los bonos de credibilidad de la democracia, el debilitamiento del movimiento obrero y sindical, y el papel confuso del Estado en la sociedad, la opción crecientemente populista del FN apareció en el horizonte político francés como el revulsivo necesario para reconstituir la promesa democrática bajo el sello del nacionalismo populista. Si volvemos a la formulación filosófica de Oakenshott y Canovan, ante la conversión escéptica de la política francesa evacuada del espíritu de renovación de la derecha gaullista y de la radicalidad comunista, comenzó a surgir con fuerza la política fideísta encarnada en Jean-Marie Le Pen.

El FN, entonces un pequeño partido en ciernes emergió al sistema político francés como la única fuerza política radical capaz de cambiar de tajo la política del país. El “partido de la gran alternancia”¹, como lo bautizaría Jean-Yves Camus para el periodo subsiguiente al relámpago de Dreux. A pesar de las remodelaciones en aras de volverse un competidor serio en la justa político-electoral francesa permanecería sujeto a una dialéctica interna entre los viejos vicios del pasado y las necesidades del presente.

Le Front National entre derrotas y victorias

En este contexto, la ultraderecha francesa recorrió una parte del camino de su versión extremista a la populista como respuesta a las distintas crisis particulares y la crisis del pacto social. En este punto cabe reparar en las formulaciones teóricas. Mientras el juicio liberal sobre el populismo es sordo a las condiciones que lo detonan, poniendo el énfasis en la irracionalidad de las masas, el carisma o la manipulación del líder, o el atentado a la representación, el análisis desde la violencia que pregonan los populismos ofrece un nudo explicativo sugerente para desenmarañar el problema que plantea.

En el discurso del descontento opera una particular economía de la violencia, una transacción entre la violencia sistémica, violencia inherente a un estado de cosas y relaciones asimilada como neutral, y la violencia subjetiva, visible y rastreable en sus manifestaciones sociales². La segunda es claramente discernible en el carácter belicoso y xenófobo de Le Pen, validada en tanto que responde a una violencia invisible, resentimiento de marginación

¹ Como documenta Camus, el partido retoma algunos rasgos de las prácticas de contestación política de la izquierda radical, sin dejar de imponer su toque distintivo. Por ejemplo, llama en 1981 a la “huelga de votos”, aunque sin mucho éxito. Camus, *Le Front National. Histoire et analyses*, 47.

² La distinción la he tomado de libro homónimo de Žižek. Véase Slavoj Žižek, *Violence* (New York: Picador, 2008).

política y memorias de derrotas pasadas. Así, el FN recrudece su discurso intensificando su virulencia en cuanto se vuelve actor público que merece con sus opositores.

En el discurso lepenista, la reacción contra el pacto social desvalido legitima la violencia (subjetiva) pues es justificado como respuesta a una violencia (sistémica) mayor y siempre presente. De la percepción de un orden social injusto dan fe Poujade y el FN, quienes conmutan la reivindicación. Así como el Estado revolucionario creció a expensas del terror purificador de la particular lectura de Rousseau que hiciera Robespierre¹, la ambición de la ultraderecha descansaba en la reformulación del pacto social republicano a expensas de la purificación de la comunidad. Al hacerlo buscan renegociar el pacto social, tal como Robespierre le enmendara el Contrato a Rousseau, delimitando las condiciones de pertenencia al metacolectivo pueblo y los arreglos políticos que lo rigen. En este sentido es un movimiento confuso: totalmente político en los medios cuando extiende el conflicto a las mismas reglas que deberían normarlo, paradójicamente antipolítico en los fines cuando predica una comunidad cerrada, homogénea y reconciliada.

No es casualidad que la violencia constituyente haya sido un aliciente indispensable para el abandono de la IV república, menos el argumento para que posteriormente Le Pen propusiera una VI. La violencia, en el fondo, es usada como catalizador de la transmutación de la soberanía, de las élites a la voluntad popular. Es la expresión más pura del poder constituyente y, a pesar de sus aires democráticos, un signo inequívoco en la producción discursiva tendiente al populismo del FN.

Sociológicamente, la deriva del FN de una ultraderecha radical a una populista también puede entenderse como el proceso mediante el cual pasó de ser la expresión de disidencias marginales, antidemocráticas y antiliberales, en un periodo en el cual el pacto social se encontraba en su apogeo; a su faceta como productor de un nuevo pacto que busca colocarse ante la crisis del anterior. Cabe recordar que uso el concepto de populismo en sentido estricto: no sólo la apelación al pueblo como fuente de legitimidad popular, sino como la articulación de identidades sociales a su alrededor en una visión de la democracia antagonista.

¹ Del mismo Robespierre: "If the mainspring of popular government in time of peace is virtue, its mainspring in time of revolution is virtue and terror combined: virtue without which terror is squalidly repressive, terror without which virtue lies disarmed. Terror is nothing other than swift, severe and inflexible justice: it is therefore an emanation of virtue; and it is not so much a principle in itself as a consequence of the general principle of democracy when applied to the most urgent needs of the nation". Loc.cit. Andrew Levine, "Robespierre: Critic of Rousseau", *Canadian Journal of Philosophy* 8, núm. 3 (1978): 544, <https://doi.org/10.1080/00455091.1978.10717072>.

Sin embargo, para que la articulación populista se concrete es necesario sacar al partido de los márgenes del espectro ideológico del neofascismo y de la irrelevancia política. Si bien la primera desdemonización tuvo lugar con la fundación del partido en 1972 y la posterior exclusión de los revolucionarios de ON, desde entonces se había mantenido prácticamente irrelevante y desconocido del ámbito político en los siguientes años. No fue así en el decenio de los ochenta, que significó para el FN el punto de inflexión en cuanto a la notoriedad pública a pesar de estar marcado por una constante ambivalencia en cuanto lograr una completa desdemonización que lo hiciera aceptable a la opinión pública. La corroboración de la hipótesis democrática tendría entonces que esperar.

El arranque de la década fue lento y poco prometedor. Debido a que Jean-Marie Le Pen no llegó a juntar las 500 firmas necesarias, no pudo postularse como candidato a la elección presidencial de 1981. En una conducta que se repetiría recurrentemente, apela a la “huelga de votos” y a sufragar por Juana de Arco¹. En las elecciones legislativas del mismo año recibe 0.18% de los sufragios. Su programa político se estructura en torno al regreso de trabajadores inmigrantes, la seguridad de los ciudadanos, el anticomunismo y el antisindicalismo (en el contexto de la aprobación de leyes favorables a los trabajadores), antiestatismo y nacionalismo².

No obstante, la llegada de Mitterrand saca de los márgenes por primera vez al FN. El auge comienza a manifestarse: para 1982, en las elecciones cantonales, en las que tradicionalmente el FN obtenía los peores resultados, varios candidatos superan el 5%. En Dreux, que será el parteaguas el año siguiente, registra 12.63%. Sin embargo, el momento álgido llega en 1983, en las elecciones municipales. Mientras que Le Pen consigue un histórico 11.3% en el veinteavo departamento de París, la hazaña se repite en Dreux, encabezada por Stirbois que cosecha 16.2% de los votos en la primera vuelta. Lo acontecido en aquella pequeña ciudad en los márgenes de París merece ser contado pues, además de ser el momento en que el FN abandona la aciaga “travesía del desierto”, marcó la pauta de las estrategias del partido y su relación con la derecha.

Las condiciones de la ciudad eran sintomáticas de la época: se trataba de una localidad obrera donde reinaba el desempleo, 10%, lo cual lo situaba por encima de la media

¹ El uso del simbolismo de Juana de Arco es ilustrativo de la renegociación de lo social que emprende el FN. Thomas Snégaroff nota con perspicacia que el FN se apropia de las dos Juanas: la de la derecha, ejemplo de nacionalismo para recuperar la dignidad de la Francia perdida, y la de la izquierda, la joven hija del pueblo. Thomas Snégaroff, “Comment Jeanne d’Arc a été privatisée par le Front national (1985-2015)”, *franceinfo*, 2015, https://www.francetvinfo.fr/replay-radio/histoires-d-info/comment-jeanne-d-arc-a-ete-privatisee-par-le-front-national-1985-2015_1776401.html.

² Camus, *Le Front National. Histoire et analyses*, 47–48.

nacional. Además, fungía de dormitorio de una fuerte población de inmigrantes que trabajaba en París, cerca del 25% de los habitantes. De ahí que fuera tierra fértil para la campaña que promovía “invertir la corriente de la migración” bajo el lema “Alto a la inmigración, el trabajo para los franceses”¹. Revelaba, en suma, que en el imaginario francés empezaba a hacerse patente la equivalencia entre inmigración y desempleo que Stirbois hubiera preparado con tanto cuidado. En el contexto de crisis, la estrategia populista xenófoba se enfrentó a la de la alcaldesa saliente, del partido socialista, quien realizó una campaña pedagógica orientada a informar de las pocas atribuciones que tenían las autoridades locales en términos de migración y la valorización de cohabitar con los migrantes.

El desarrollo de los sucesos fue dramático. En la primera vuelta, la socialista ganó por tan sólo ocho votos, pero la elección fue anulada por irregularidades. Se volvió a realizar seis meses más tarde. El FN y el RPR presentaron listas separadas, obteniendo el primero 16.72% de los votos emitidos frente al 42.6% del segundo; los socialistas obtuvieron 40.6%. Para la segunda vuelta, los gaullistas acceden a aliarse frente al FN y obtienen el 55.3% del electorado. En la negociación posterior, tuvieron que acceder a ceder 10 puestos de elección municipal y tres adjuntos del alcalde al FN.

A este episodio le siguieron una serie de otros igualmente provechosos, que constataron la efectividad de la fórmula de Stirbois: inmigración y desocupación en pequeñas ciudades en declive post-industrial. En *Aulnay-sous-Bois*, un suburbio comunista de *Seine-Saint-Denis*, hogar de fábricas Citroën con un 17% de inmigrantes con respecto a la población, el FN pasó de tener un solo adherente a obtener el 9.32% de los votos. Paralelamente, en Morbihan, en el marco de una legislativa, Le Pen obtiene 12.02%, pero en *La Trinité-sur-mer* (que además es su ciudad natal) sobrepasa la mitad².

Más allá de la simbólica victoria y los posteriores desaires de la derecha parlamentaria, lo ocurrido en Dreux sacó al FN del anonimato. Su notoriedad pública tuvo una serie de implicaciones de capital importancia para el partido y el sistema político en general. En la pugna por el poder entre izquierdas y derechas, la disrupción de la ultraderecha se volvió un juego de tres bandas: por la derecha, la posibilidad de llegar a sus electorados más radicales sin ensuciarse demasiado las manos; la izquierda gobernante, por el contrario, la oportunidad de debilitar a la derecha impulsando a un “hermano incómodo”;

¹ Múltiples fuentes narran el histórico “relámpago de Dreux”. Nos remitimos a: Camus, 49–50; Albertini y Doucet, *Histoire du Front National*, 92–94.

² Albertini y Doucet, *Histoire du Front National*, 98–99.

por último, el FN vio llegar el momento de sentarse a la mesa con los grandes y tomar responsabilidades.

La situación, sin embargo, es ambigua. Por un lado, a raíz de estos éxitos, Le Pen mismo fanfarroneó sobre la importancia del FN para ganar a las izquierdas y se ofreció como aliado de tiempo completo. De ahí en más, el Frente se convirtió en un aliado necesario (aunque no siempre deseable) para que la derecha pudiera conquistar plazas locales, en las que a veces enarbola sus causas de corte populista antinmigrantes, aunque siempre rechazando entablar una alianza a nivel nacional. La política de alianzas con la derecha se convirtió en una ventana de oportunidad para ambas fuerzas políticas. Sin embargo, a nivel nacional la derecha parlamentaria mantuvo el cerco a la ultraderecha, negándose a trabajar con el primer grupo parlamentario que entró al congreso en 1986.

De forma sincrónica, las transformaciones al exterior gestan otras al interior del FN. Los primeros éxitos electorales en Dreux y el cinturón rojo de París revelaron los titubeantes inicios por explotar estrategias de articulación populista que en el periodo de postguerra sólo habían sido enunciados por el movimiento Poujade. En este caso, Dreux vuelve a ser revelador, pero ahora del interior del FN. El hecho de que Stirbois haya sido el gran ganador y artífice de la elección marcó el inicio de una nueva forma de hacer política. Es el adiós a la travesía del desierto y la bienvenida del populismo nacionalista. Verdaderamente, la transición venía preparándose de tiempo atrás, con la incorporación de Stirbois y los solidaristas al FN en 1977, la muerte de François Duprat el año siguiente y la progresiva salida de los nacionalistas revolucionarios del partido. Culminó con la conquista de los solidaristas y Stirbois de la secretaría general en 1981, desde donde podrían en adelante tener influencia decisiva en la articulación discursiva del partido¹.

Este grado de relativa desdemonización vuelve la definición del partido difícil. El desmedido énfasis en la inmigración desde una perspectiva xenófoba, la repentina aparición en el panorama político y los altibajos electorales hacen pensar que se trataba de un partido de “problema único”. No obstante, un análisis contextualizado de la situación nos sugiere que, como muchos otros de sus congéneres a lo largo de Europa, el FN rehuía a una definición tan reduccionista donde la inmigración era en el fondo un catalizador de una serie de demandas².

¹ Albertini y Doucet, 75–84.

² Sobre la inadecuación teórica y empírica de la noción véase Cas Mudde, “The single-issue party thesis: Extreme right parties and the immigration issue”, *West European Politics* 22, núm. 3 (1999): 182–97, <https://doi.org/10.1080/01402389908425321>.

El famoso slogan del FN en el cual se asimilaba de forma equivalencial cada inmigrante a un desempleado francés es clara muestra de ello: “¡un millón de migrantes es igual a un millón de desempleados!”¹ se convierte en la insignia del FN desde la campaña de 1978 y a lo largo de los ochentas. A pesar de que la tasa de expansión de la población migrante había decrecido con respecto a los años gloriosos de la economía, el aumento del desempleo y el hecho de que las olas de inmigración desde la década de los setenta no fueran primordialmente europeas visibilizaba la situación. Con la asociación de la inmigración al desempleo, el FN se colocó como agente privilegiado que en la coyuntura puede ofrecer una nueva versión del pacto social. Es un discurso novedoso que se distingue de los demás por ser quien con mayor certidumbre enuncia una gran alternancia, como cura a la política de consensos en el sistema de partido mainstream. Adquiere éxito electoral, pero no es un pleno populismo, pues el paraguas de articulación no es lo suficientemente amplio para conjuntar a las clases populares de forma consistente. El proceso de proletarización del partido es aún incipiente y tiene un éxito moderado y confinado a regiones susceptibles como Dreux.

No es posible argumentar, como casi en todos los episodios de la historia del FN, que las demás fuerzas políticas no hayan tenido cierta responsabilidad al exacerbar para sus propios fines las condiciones que en otros momentos denunciaron: en este caso, como documenté en un apartado anterior, los gobiernos conservadores durante los treinta gloriosos usaron sistemáticamente a los migrantes para debilitar la organización obrera². En cierta medida, la competencia entre el trabajador francés de baja cualificación y el migrante es de manufactura política.

La inmigración sirvió al FN para desplazar la demanda de igualdad que ofrecía el Estado Benefactor por las demandas de seguridad. Las olas migratorias que entonces respondían más al reagrupamiento familiar de trabajadores que ya se encontraban en territorio nacional que a la importación de nueva mano de obra, era comúnmente caracterizada como una invasión. Desde el punto de vista ideológico, esto significaba un viraje sobre los medios y los fines que se le atribuían al Estado, que era atacado entonces en concordancia con el más puro canon libertario: la provisión de seguridad pública antes que la redistribución y asistencia social.

¹ Igounet, *Les Français d'abord. Slogans et viralité du discours. Front National (1972-2017)*, 80 y ss.

² En 1963 el primer ministro y futuro presidente, Georges Pompidou, se permitía expresar: “la inmigración es un medio de crear una cierta distensión en el mercado laboral y de resistir a la presión social” “Histoire de l’Immigration en France. La contribution des immigrés au développement économique et aux guerres françaises de 1850 à aujourd’hui”, 10.

En el plano programático, el FN se encontraba aun lejos de preocuparse por la cuestión social. En 1978, Pierre Gérard, un excolaboracionista y funcionario durante el régimen de Vichy, había publicado “Derecho y democracia económica”, prolongación del primer programa económico y social del FN donde defendía el liberalismo económico como no era tradición en Francia¹. La misma tendencia se sostendría durante los ochentas, doblemente justificada por el fracaso del ala voluntarista de la izquierda de Mitterrand para rehabilitar el keynesianismo. Orgullosa promotor del neoliberalismo, Jean-Marie atacaba al Estado desde una retórica que recordaba a Milton Friedman cuando lo calificaba de “Estado Moloch a la vez monstruoso, tiránico e impotente [...] Estado economista, Estado benefactor que no puede desembocar más que en el Estado totalitario”². Declarado admirador de Reagan, con quien llegaría a entrevistarse en persona, Le Pen se convirtió en el principal propagandista de sus propuestas para el ámbito francés: disminución de los impuestos, libertad de contratación y despido, privatización de grandes empresas del Estado como *La Poste* (correos) y *Électricité de France* (EDF)³.

Confrontando la política migratoria de los anteriores gobiernos, el FN pretendía derogar el derecho de suelo que suponía la adquisición de la nacionalidad francesa a todos aquellos nacidos en suelo francés y remplazarlo por el derecho de sangre, es decir, la nacionalidad heredada por los progenitores. Además, propugnaba el fin de las políticas de reagrupación familiar que desde principios de los setentas había permitido a los trabajadores inmigrantes regularizar la situación de sus familias en territorio francés. Por último, la expulsión de los inmigrantes clandestinos, delincuentes o vagabundos. En estas medidas era ya notoria la influencia de la nueva derecha y la ideología de la “preferencia nacional” sistematizada por Jean-Yves Gallou (bajo el influjo de Bruno Mégret) aunque sería explotada en su dimensión social e identitaria una década después⁴.

Las políticas de la identidad, que habían hecho las delicias de la izquierda desde finales de los setentas y los ochentas asomaban, en una suerte de nueva reacción, apenas asomaba el repertorio de la ultraderecha. El ascenso de Bruno Mégret y la Nueva Derecha al interior del organigrama del FN, donde ocupó la Delegación General en 1988, supuso una nueva innovación que enfrentaría el etno-populismo frente al nacional-populismo⁵ de la vieja guardia encabezada por Le Pen y Stirbois. La brecha que se abrió, poco a poco, lucía

¹ Camus, *Le Front National. Histoire et analyses*, 83.

² Grégoire Kauffmann, *Le nouveau FN* (Paris: Seuil, 2016), 12–13.

³ Albertini y Doucet, *Histoire du Front National*, 118.

⁴ Albertini y Doucet, 119.

⁵ La distinción entre ambas modalidades de populismo puede encontrarse en Mudde, “The single-issue party thesis: Extreme right parties and the immigration issue”.

radical. Mientras los últimos hacían énfasis en la equiparación de la inmigración con el desempleo, recurriendo al estilo carismático del *show man* o el tribuno que alienta a las masas, el primero, fiel a los preceptos de renovación de la ultraderecha tradicional buscaba dotarle de una profundidad intelectual mayor.

No es de extrañar, entonces, que de las principales tareas que se plantearon grupos de la ultraderecha fue las de formación de inteligencia. Con este objetivo surgieron las agrupaciones de la Nueva Derecha como la “Agrupación de Investigación y Estudios por la Civilización Europea” (*Groupement de recherche et d'études pour la civilisation européenne*, GRECE) en el verano de 1979 de la mano de Alain Benoist que sostenía un discurso anti igualitarista, anticristiano, abogaban por la tecnocracia desde una perspectiva ultra-liberal y decían enunciar la soberanía popular en contra de las élites. No obstante, tendría más peso su escisión política, El Club del Reloj (*Le club de l'Horloge*, LCH). Este sería el semillero del grupo de Bruno Mégret en el FN, quien fundó el Consejo Científico del FN en 1989, cuya finalidad era la producción intelectual para renovar las ideas que tradicionalmente habían sustentado a la ultraderecha, a las que juzgaba como pobres y anticuadas. El reporte de Pierre Miloz, el más famoso documento emanado del organismo sostenía que el costo estimado de la inmigración era similar al impuesto sobre el salario, dirigiendo el ataque simultáneamente contra la inmigración y el solidarismo del Estado Benefactor¹. Inspirados por Gramsci, la consigna militante de la ultraderecha consideraba prioritario desgarrar el velo de la ignorancia para demostrar que el Rey yacía desnudo².

Rasgado el telón por su lado más débil, el FN busca reformular por completo la posibilidad de lo francés. La ultraderecha populista del FN no se contrapone antitéticamente al nacionalismo liberal, sino que busca reformarlo en términos que satisfagan la crisis en toda su dimensión. He aquí la principal diferencia con las extremas derechas, radicales y revolucionarias, que pretendían la simple y llana subversión del orden político o las alegadas tendencias fascistas que implicarían la reglamentación totalitaria de la comunidad política en torno a una doctrina. El reto populista francés, aun en sus exabruptos, busca con la exclusión del migrante la renegociación del pacto nacionalista-liberal tal como fue posible en su fundación: la concordancia de un pueblo o nación con el Estado³.

¹ Albertini y Doucet, *Histoire du Front National*, 162.

² La respuesta de la nueva ultraderecha en Francia entiende que el reto es cultural. Como anota Michel Winock, sus integrantes son gramscianos y conciben que la lucha debe ser en el ámbito de las ideas. Michel Winock, ed., *Histoire de l'extrême droite en France* (Paris: Seuil, 2015), 248.

³ Una transición que será más evidente en años por venir, para Kauffmann se caracteriza por el sometimiento del legado republicano a partir de la definición determinista y fija de la comunidad nacional. Kauffmann, *Le nouveau FN*, 8.

La renegociación del pacto social no sería verdaderamente revolucionaria si no trascendiera las dimensiones políticas y económicas, hacia el registro antropológico-cultural. Si la apelación al pueblo mediante la articulación de demandas enarboladas en la lógica antagonica constituyó la crítica del pacto social, su certificado de desvalimiento e ilegitimidad, la proposición de un nuevo pacto social abarcó el contenido ideacional del populismo aunque desbordándolo hacia los imaginarios sociales que movilizaba. Estos últimos son particularmente importantes pues fundamentaron retóricamente todo lo que después va a considerarse como doctrinario o programático.

En este punto, el diferendo entre las perspectivas que se centran en las demandas, contra las que ponen el énfasis en la oferta ideológica es álgido aunque puede ser conciliado. Mientras los primeros buscan desentrañar las causas de la movilización social y electoral, que normalmente se remite a factores estructurales como clivajes o problemas, las segundas se enfocan en los rasgos ideológicos a través de los cuáles es mediatizado el descontento. Desde el punto de vista de las demandas, el migrante se vuelve la catálisis de las inseguridades económicas, mientras que desde la oferta política a esto se le suma la caracterización como la principal amenaza a la pureza del pueblo. Es decir, se trata de demandas materiales envueltas en formulaciones identitarias.

El ofuscamiento y la incomprensión de la teoría política hacia los radicalismos deriva en su incapacidad de analizar las disrupciones que presentan para su época. Paradójicamente, comienza a perfilarse como el más destacado actor político radical en una época de consensos y de desustanciación de la política que con el tiempo se convertirá en el refugio para la antigua clase obrera. El FN, criticable como pueda ser, sostiene progresivamente con más vigor las demandas polémicas que la deriva social y política francesa dejó al borde de la corriente. En suma, en tanto, predica el regreso a un pasado imaginario de la comunidad homogénea y unificada al buscar a los verdaderos franceses, el populismo es antipolítico en fines: comunidad reconciliada; aunque político en los medios: desafío y contestación radical.

Sin embargo, aun a pesar de los constantes esfuerzos por desdemonizar el partido, el marcado racismo y el antisemitismo visible en los pequeños “detalles” de Le Pen que propiciaron el cerco de la derecha parlamentaria actuaron en contra de la estrategia de volver al partido responsable para optar por cargos de elección popular. La cuestión, como reconocería el mismo Le Pen, era orgánica. Posterior a su desafortunada expresión del Holocausto como un “pequeño detalle de la historia”, fue presionado para que se corrigiera sobre sus palabras por parte de Pierre Ceyrac, quien había organizado la campaña de desdemonización en torno a la cuestión judía. Le Pen, sin duda alguna, se negó: “Usted no

conoce el *Front National*. Si digo eso, pierdo a los vieja guardia”¹. Tal como lo revelaba su líder, el partido seguía parcialmente atravesado por los viejos hábitos de las extremas derechas nacionalsocialistas, que dificultaban su presentación en el plano electoral.

El viejo caudillo no carecía de razón. Como atestiguan los estudios electorales de la época, el FN se encontraba dividido entre la vieja guardia, masivamente masculina, urbana, de tendencias etnocentristas y antidemocráticas; y los nuevos recién llegados atraídos por los atisbos la cuestión social, de proveniencia rural e ingresos bajos, muchos de ellos izquierdistas renegados². Esa misma contradicción seguiría presente dos décadas después, hasta la llegada decisiva de Marine le Pen a los altos cargos del partido, donde lo podría limpiar parcialmente de la imagen de extremismo, racismo y xenofobia, para acercarlo a electorados más amplios a los cuales pudiera movilizar bajo la apelación al pueblo.

Es probable suponer que aun a pesar de los avances electorales y la coyuntura favorable, el FN se hubiera mantenido al margen de no haber sido por la ayuda adicional venida desde el Eliseo. En junio de 1982, Jean-Marie escribió una carta a Mitterrand señalando la injusticia de que el sistema francés de medios haya ignorado su evento anual, a la que sorpresivamente el presidente concede la razón e instruye a su ministro de comunicación, Georges Fillioud, a resarcir el daño. En consecuencia es invitado a presentarse al noticiero de las 20 horas de TF1, entonces primera cadena nacional del Estado, donde apareció por vez primera ante el gran público como presidente del FN. El éxito no se hizo esperar y las invitaciones llovieron en adelante ganando en celebridad³. En el momento cumbre, 13 de febrero de 1984, es invitado por primera vez al popular “La hora de la verdad”. A pesar de los múltiples cuestionamientos sobre sus actividades pasadas y el carácter impresentable de algunos de sus colaboradores, Jean-Marie elude las preguntas difíciles y cierra su participación pidiendo “un minuto de silencio a la memoria de las decenas de millones de hombres que murieron víctimas de la dictadura comunista”. El éxito fue inaudito: mientras el partido recibía en promedio 15 adhesiones diarias, en pocos días obtuvo un millar⁴.

¹ Albertini y Doucet, *Histoire du Front National*, 145.

² Mayer y Perrineau, “Pourquoi votent-ils pour le Front national?”, 176 y ss.

³ Las filiación política ambigua de Mitterrand no sólo se limitará al continuo auxilio que le presta al FN, sino puede rastrearse a su juventud como militante católico conservador y su confusa participación en la resistencia, tal cual han documentado con precisión Emmanuel Faux, Thomas Legrand, y Gilles Perez, *La Main droite de Dieu. Enquête sur François Mitterrand et l'extrême droite* (Paris: Seuil, 1994).

⁴ Igounet, *Le Front national de 1972 à nos jours : le parti, les hommes, les idées*, 147 y ss.

En 1986, ante las complicaciones constantes que enfrentó en su primer septenato y el miedo a que la oposición pudiera ganar terreno, Mitterrand consideró que “una victoria del RPR y sus aliados era más peligroso para la república que la elección de varios diputados del FN”¹. Por consiguiente modificó el método de escrutinio, antes mayoritario a proporcional. Con esta medida los partidos pequeños podían tener representación en el legislativo aunque no ganaran ningún distrito electoral. Esto logró sacar definitivamente al partido de los márgenes políticos al obtener 35 asientos con cerca del 10% de los votos, mismos que el PCF que venía en descenso. Sin embargo, la medida cumplió con su cometido de menguar el número de curules de la alianza RPR-UDF que obtuvieron 288 en conjunto y ocuparon el Matignol de la mano de Jacques Chirac. El método de conteo no se mantendría en siguientes elecciones pero el daño estaba hecho, el FN se convirtió (aún de lejos) en la tercera fuerza política y Jean-Marie y sus colegas tuvieron en la Asamblea Nacional un escaño desde el cual promoverse. Aunque en este caso no se trató de una dinámica estructural de largo aliento, la izquierda jugó un papel determinante en el desarrollo de esta historia.

El paso del FN por el legislativo fue efímero. A pesar de buscarlo, la bancada frentista no pudo establecer alianzas significativas ante el disciplinado “cordón sanitario” que le fue impuesto desde la derecha parlamentaria, lo cual menguó su bancada y los condenó a la inoperancia política². Aunque la medida sirvió en el corto plazo sirve para limitar el ascenso electoral del FN, este pasó a ocupar con mayor visibilidad la función tribunicia que antiguamente Lavau le adjudicara al PCF, con la diferencia de que en el argumento del autor el comunismo de los treinta gloriosos servía a la estabilidad del sistema, mientras que en un contexto menos propicio el FN acumulaba presión y descontento a estallar en tiempos por venir.

En el balance, la época cerró dejando un regusto amargo para la ultraderecha francesa. Si bien ya no se trataba de la áspera “travesía del desierto” en la que el éxito electoral era nulo y el reconocimiento escaso, las décadas transcurridas de mediados de los setentas a mediados de los noventas no significaron la conquista definitiva del sistema político francés: algunas pequeñas victorias a la escala local, comenzando por Dreux en 1983, y la llegada a la Asamblea Nacional en 1986 aprovechando el cambio al escrutinio

¹ Citado en Atkin, *The Fifth French Republic*, 150.

² Contraintuitivamente, es la derecha de Chirac la que se toma más en serio el reto FN; mientras el recién electo primer ministro revoca en Julio (apenas 4 meses después de la elección) el escrutinio proporcional, su ministro de interior, Charles Pasqua, se enfoca en dismantelar la bancada del FN “robando” a dos de sus diputados. Albertini y Doucet, *Histoire du Front National*, 127–31.

proporcional. Estas, sin embargo, se limitaron a episódicos momentos en que fueron beneficiados por las rivalidades entre las grandes fuerzas políticas y coyunturas locales particulares que supieron aprovechar con destreza.

No obstante, en la perspectiva de largo aliento una serie de tendencias comenzaron a hacerse patentes después de 1975, año oficial en que se certifica la defunción de los treinta gloriosos. Así pues, los 20 mediocres fueron época de transformaciones en los dos sentidos que sentaron las bases para comprender el auge del FN actualmente. El aumento del desempleo y de las requisiciones fiscales obligatorias empezó a crear las condiciones para que el resentimiento social se desbordara del reducido nicho de los “resentidos de la bonanza”. Las consecuencias fueron tan definitivas que no se limitaron a la crisis económica del Estado Benefactor, sino que se extendió también a su crisis política, es decir, la legitimidad de sus fines. En este vaivén de transformaciones los tiempos gloriosos de la V República llegaron a su fin. Le siguieron años de estrecheces, de descontento y de consolidación del nuevo actor en la palestra política francesa.

La desdemonización no se completaría en el periodo de mediados de los setentas al primer lustro de los noventas, marcados por una incipiente formulación, muchas veces problemática de una oferta de refundación social francesa, marcada por las ambivalentes tensiones entre las dos corrientes. En una esquina, los viejos hábitos neofascistas y revolucionarios de la ultraderecha, encarnada en Jean-Marie Le Pen, en la otra, las nuevas vestimentas de la política de la identidad y la Nueva Derecha comandada por Bruno Mégret quien intentó dar un giro discursivo a la oferta del FN desde su ascenso en 1988. Es sobre este enfrentamiento que se desarrollaría la historia del partido en los años subsiguientes.

4. El populismo crónico

*Dites 'oui' a l'Europe aujourd'hui demain ils vous
diront merci.*

Afiche de promoción del Tratado de Maastricht.

*N'ayez pas peur, chers compatriotes ! Rentrez dans
l'espérance ! L'événement, c'est le 5 mai. En attendant,
n'ayez pas peur de rêver, vous les petits, les sans-
grade, les exclus. Ne vous laissez pas enfermer dans les
vieilles divisions de la gauche et la droite, vous qui
avez supporté depuis vingt ans toutes les erreurs et
malversations des politiciens. Vous les mineurs, les
métallos, les ouvrières et les ouvrières de toutes ces
industries ruinées par l'euro-mondialisme de
Maastricht*

Jean-Marie Le Pen (21 avril de 2002)

La era de la profundización

En 1989, Francis Fukuyama, un relativamente poco conocido politólogo escribió un artículo que levantaría pasiones. Escrito en las vísperas de la caída del muro de Berlín, *¿El fin de la historia?* plantea que el fracaso del comunismo revela la incontestable superioridad del capitalismo o el fenómeno que llamaría con hegeliano genio “El fin de la historia”. Esto no significaba que los acontecimientos dejarían de sucederse, sino que ocurrirían al margen de toda disputa ideológica sin cuestionar la idoneidad del matrimonio entre democracia liberal y libre mercado¹. A pesar de las coléricas críticas que recibió desde la izquierda, principalmente desde el reducido número que aun consideraba que quedaba algo que rescatar del experimento de la Unión Soviética, todo parecía indicar que Fukuyama había hablado con voz de profeta. La década que le siguió fue de intenso optimismo liberalizador, cuyas consecuencias quedarían por demostrarse.

Mientras que en las décadas que siguieron a los treinta gloriosos pueden rastrearse diversas bifurcaciones a las que es posible atribuirles consecuencias de gran impacto, después de la caída del muro de Berlín, ningún cambio trascendental había “hecho historia”. La dificultad para identificar grandes transformaciones que sirvan de evidencia a una reactivación de la Historia abona a la aparente incontestabilidad del orden liberal. Por el contrario, aceptando la preponderancia del orden liberal, pretendo demostrar la contracara de sus consecuencias que a la postre dieron luz a una nueva serie de tensiones a su interior capitalizadas por la ultraderecha en Francia². Todo orden, genera resistencias.

El devenir populista de la ultraderecha francesa se explica tanto por transformaciones al finalizar los treinta gloriosos, como por su profundización en las últimas décadas de la vida política de la V República. Las primeras sirvieron como puntos de inflexión, pequeños principios de una narrativa. La época que le siguió recorrió un camino ya trazado con la inercia que antes le caracterizara. La profundización de las transformaciones económicas locales producto de la globalización neoliberal ha resultado en un fenómeno cada vez más fluido en su dinámica, cada vez más permeable en el alcance de sus consecuencias.

Para arrojar luz sobre esta etapa del devenir del FN y la sociedad francesa, este capítulo sigue un hilo cronológico. Desde la entrada en vigor del tratado de Maastricht y la profundización de la Unión Europea a inicios de la década de los noventa, pasando por las

¹ Véase Fukuyama, “¿El fin de la historia?”; Fukuyama, *The End of History and the Last Man*.

² Excede los límites de esta investigación, pero la misma hipótesis, con sus modificaciones necesarias a los distintos contextos, podría arrojar claridad sobre la erección de Donald Trump a la presidencia de los EE.UU. y el meteórico auge del *United Kingdom Independence Party* en Gran Bretaña.

transformaciones en los últimos años de Jean-Marie Le Pen el mando del FN, los momentos de crisis y el nuevo liderazgo de Marine Le Pen. Como el lector podrá observar, parto de la premisa de que los cambios al interior del partido siempre son propiciados por transformaciones estructurales en el contexto político, económico y social francés. Así, a los procesos de desdemonización que acontecen por el influjo de la Nueva Derecha y de Marine Le Pen les preceden los cambios estructurales del auge (Maastricht) y las crisis de la integración, respectivamente.

Tal como argumentaré en el primer apartado, la incipiente liberalización que venía fragmentando el Estado de Bienestar francés empezó a correr a pasos cada vez más largos a partir de la firma del tratado de Maastricht, que diera origen a la Unión Europea en 1993. El conflicto político abandonó el antiguo clivaje izquierda versus derecha, debilitado por doce años de gobierno de Mitterrand, para orientarse con relación a las actitudes hacia Europa y la globalización. Este contexto socioeconómico sirve actualmente de ventana de oportunidad al FN.

En el segundo apartado estudiaré la manera en que los efectos perversos que esta inflexión tuvo sobre la sociedad francesa fueron potencialmente beneficiosos para los fines electorales de la ultraderecha. El FN pudo aprovechar las nuevas oportunidades, atrayendo a su coalición electoral obreros y otros sectores de las clases populares. No obstante, el lento pero creciente éxito electoral, la proletarización del partido y el asalto a posiciones en la función pública ocasionaron pugnas al interior. El conflicto opuso a la vieja guardia de Jean-Marie Le Pen contra generaciones más jóvenes que no se adscribían a los preceptos de la vieja ultraderecha, sino a los esfuerzos de renovación. Ante el estancamiento del partido, la normalización del discurso xenofóbico antiinmigrante llegó de la mano de Nicolás Sarkozy. Aunque no se trató de un avance directo del FN, la normalización tuvo el efecto de desdemonizar aún más su discurso, volviéndolo moneda corriente del debate público.

Finalmente, en el tercer apartado, describiré las transformaciones que acarrearón la crisis económica del 2008 que se convertiría en una crisis de la zona Euro el año posterior, ahondada por la crisis política de refugiados de Medio Oriente. Este contexto acentuó las condiciones favorables al FN, aprovechadas por Marine Le Pen, quien venía de relevar a su padre de la presidencia del partido en 2011. Con particular astucia política, la nueva lideresa instaló al partido como actor preponderante de la política francesa al abandonar los ropajes de las viejas derechas extremistas y decantarse por una lógica populista. Esta última desdemonización dibuja un FN diametralmente diferente al de 1972.

La apertura a Europa

Dos mil años de historia europea han transcurrido y la idea de Europa no termina por quedar clara. Y es que como algunos argumentan, su existencia podría no ser más que un ideal pensando en las mil y un fracturas que la dividen¹. Ante esta disparidad, Europa parecería condenada a no ser más que un habitante vago, aunque esperanzador del *topos uranus*. Resulta paradójico que cuando menos evidencia había de la posibilidad de una Europa unificada, pasada la Segunda Guerra Mundial, fue cuando se recuperó el ideal para evitar que tan grandes discordias pudieran ocurrir. De estos esfuerzos nació primero la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA) en 1951, la Comunidad Económica Europea (CEE) en 1957 y la Unión Europea (UE) en 1993 tras el tratado de Maastricht el año anterior. La promesa era simple: prosperidad para todos.

No obstante, la promesa quedó lejos de realizarse. La idea de Europa, al menos como es postulada por sus más fieles defensores, aboga por la integración en dirección a un escenario postnacional en el cual los Estados cedan parte de su soberanía política y económica a la unión. En palabras de Jürgen Habermas, la creación de la UE es punto nodal del largo proceso de “domesticación democrática legal y civilización del poder estatal”², dejando atrás los acontecimientos de las guerras mundiales. Sin embargo, como el mismo Habermas reconoce, la actualidad de la UE, más allá de la idea, hace agua. La unión, que nació como una comunidad económica, únicamente se ha desarrollado bajo esa premisa, la integración política y la construcción de redes de protección social quedaron muy por detrás.

En el proyecto de construcción de la casa europea, idealmente fundada sobre estos tres pilares, sólo el económico fue construido con entusiasmo dejando el político y social de lado. El proceso de integración económica europea es el último paso del proceso de globalización económica bajo el signo del fundamentalismo de mercado³. No es de extrañar que acreciente las tensiones entre trabajo, protección social y expresión democrática que describí anteriormente. Estas han sido especialmente perjudiciales para los mismos sectores vulnerados por las anteriores fases de globalización⁴, consideradas eufemísticamente “externalidades negativas” en el ámbito social.

¹ Tony Judt, *¿Una gran ilusión? Un ensayo sobre Europa* (Madrid: Taurus, 2013).

² Jürgen Habermas, *The Crisis of the European Union. A Response* (Cambridge: Polity, 2012), X.

³ Así lo sugiere

⁴ En la historiografía de la globalización capitalista de postguerra hay un consenso sobre al menos tres periodos diferentes: la temprana constitución del mundo globalizado a causa de los arreglos de Bretton Woods, una segunda fase de globalización neoliberal durante la década de los setentas y ochentas (que describí en el capítulo anterior) y una tercera fase de profundización ligada a la financiarización de la economía global y la creación de áreas de alta integración económica. Véase Crouch, *The Globalization Backlash*; Rosanvallon y Fitoussi, *La nueva era de las desigualdades*.

En el diseño inicial de la Europa unida, los problemas que plantea la globalización estaban en alguna medida previstos y solucionados. En mayo de 1950 Robert Schuman (quien fuera el padre francés de la UE) declaró que la Comunidad Económica del Carbón y el Acero haría la guerra entre Francia y Alemania no solo moralmente impensable sino materialmente impracticable. Para él, el proyecto de la unión contemplaba la creación de un vasto aparato social que solventaría las limitaciones del ámbito nacional. Fuertemente influido por la socialdemocracia y el eurocomunismo, el primer presidente de la Comisión Europea, Jacques Delors contemplaba que la constitución supranacional de una Europa social completaría el proyecto iniciado por la unión monetaria¹.

Esto se iba a revelar sumamente complicado en el proceso. Replicando los traspiés que encontró el Estado Benefactor en un nivel de complejidad inferior, el esfuerzo por construir un estado social supranacional falló cuando la Europa económica prosperaba. En primer lugar, la gran apuesta de la construcción de un mercado europeo, como lo delineó Jacques Delors no previó la contradicción con la Europa social en su implementación. Liberalizar el mercado al interior de la Comunidad Europea, significó obviar la creación paralela de un verdadero sistema de bienestar europeo y con ello un sistema capaz de amortiguar las externalidades que la liberalización conlleva. Enumeraré a continuación los factores más importantes de estos déficits.

En primer lugar, la asimetría entre la Europa social y la económica estuvo presente desde sus orígenes. Es decir, se obtuvieron las características negativas de la integración sin las características positivas puesto que las medidas de seguridad social antes existentes no eran viables después del acceso a la unión. Los Estados que quisieron mantener algún tipo de regulación se vieron enfrentados a la Corte Europea de Justicia, donde las transnacionales pudieron progresivamente abrir los mercados reticentes a la liberalización².

En segundo lugar, la cantidad de países que se han integrado progresivamente a la unión ha hecho de la “heterogeneidad socioeconómica”³ el principal obstáculo para la construcción de la Europa social. Bajo estas condicionantes, sobre todo tras el acceso de países de Europa oriental, cualquier intención de redistribución en torno al igualamiento de las condiciones socioeconómicas en todo el viejo continente se volvió impracticable. La integración posible habría sido posible entre países con similares niveles de desarrollo, la

¹ Stuart Holland, *Beyond Austerity. Democratic Alternatives for Europe* (Nottingham: Spokesman, 2016), 54.

² Streeck, *Buying Time. The Delayed Crisis of Democratic Capitalism*, 98 y ss Véase el capítulo 3, “The Politics of Consolidation State: Neoliberalism in Europe”.

³ Como le llama Giandomenico Majone, “La ‘Europa Social’, la armonización de políticas y el desafío de la heterogeneidad socioeconómica”, *Foro Internacional* 205, núm. 3 (2011): 408–11.

integración (cuasi)imposible estaba teniendo lugar en sociedades con necesidades disímiles y poca voluntad política realizar sacrificios económico en una era de estancamiento secular.

En tercer lugar, la adopción de una moneda única, el Euro, que comenzó a circular en el 2001 privó a los 19 países que la adoptaron de toda posibilidad de depreciación o ajuste monetario para compensar shocks debidos a la integración. Aunque esto tuvo como consecuencia palpable las fuertes políticas de austeridad impuestas a Grecia y otros países altamente endeudados a partir de 2009, afectó subrepticamente a los sectores productivos asalariados en todos los países pues la única forma de ganar competitividad de cara al mercado mundial era la reducción de sus beneficios, ya sea salarios u otras prestaciones sociales¹.

En cuarto lugar, dificultades administrativas debidas a la complejidad burocrática que implica balancear distintos intereses propició que las percepciones sobre el funcionamiento de la UE fuera que no atendía a quienes más lo necesitaba. Tal es el caso de la “Política Agrícola Común”, destinada a dotar de subsidios a los agricultores para promover la actividad. De forma contraproducente, en 1992, que el 20% de los agricultores o empresas más ricos recibían el 80% de los fondos, entre ellos conocidos aristócratas ingleses y miembros de la realeza².

En quinto lugar, aunque no menos importante, el traslape de representatividades entre los gobiernos Estatales y la UE otorgó a los actores políticos, tanto de gobierno como de oposición, la salida fácil de atribuir toda clase de problemas a la lejana burocracia de Bruselas. Sin importar color o afiliación partidista, han recurrido a esta artimaña líderes populistas de izquierda o derecha, jefes de Estados como Victor Orbán en Hungría o estructuras partidistas como el Partido Conservador inglés.

Todas las anteriores cuestiones de diseño u operación se trasladan al interior de los Estados como contradicciones políticas. A pesar de que normativamente las democracias conciben que el poder, por representación y regulación, reside en el pueblo, el funcionamiento de la UE escapa a cualquier posibilidad de injerencia popular. En pocas palabras, es enmarcado como una falta de democracia al interior de la UE y ante las pretensiones de constituir un entramado institucional extraeconómico, como el fallido intento de aprobar una Constitución Europea en 2005 mediante un referéndum prontamente descarrilado. Después de exitosas elecciones en España, los resultados

¹ Joseph E. Stiglitz, *The Euro. How a Common Currency Threatens the Future of Europe* (New York - London: Norton and Company, 2016), 156.

² Majone, “La ‘Europa Social’, la armonización de políticas y el desafío de la heterogeneidad socioeconómica”, 401–2.

negativos en Francia y los Países Bajos demostraron que después de doce años de Unión Europea no había un consenso claro sobre su deseabilidad (o al menos de más Unión Europea).

Descartado el método democrático para la aprobación de la constitución, se recurrió a la artimaña de convocar a una reunión intergubernamental con la finalidad de crear un tratado que sustituyera la constitución, el Tratado de Lisboa que entró en vigor en 2009. La deliberada omisión de la voluntad popular no hace sino abonar a las críticas antidemocráticas y actúa en menoscabo de la legitimidad de la unión, que es percibida como representante de intereses elitistas y origen de la impotencia del Estado.

La situación en que se encuentra la unión, agravada por los acontecimientos relacionados con el referéndum y el proceso de secesión del Reino Unido (Brexit por sus siglas en inglés) es de una inmovilidad dañina. Como afirma Stiglitz, un cambio en cualquier dirección alivianará las tensiones estructurales en su interior, ya sea más Europa mediante la integración política en sentido amplio (la Europa social y democrática), ya sea menos Europa a través de la disminución de los países miembros en aras de reducir la heterogeneidad socioeconómica¹.

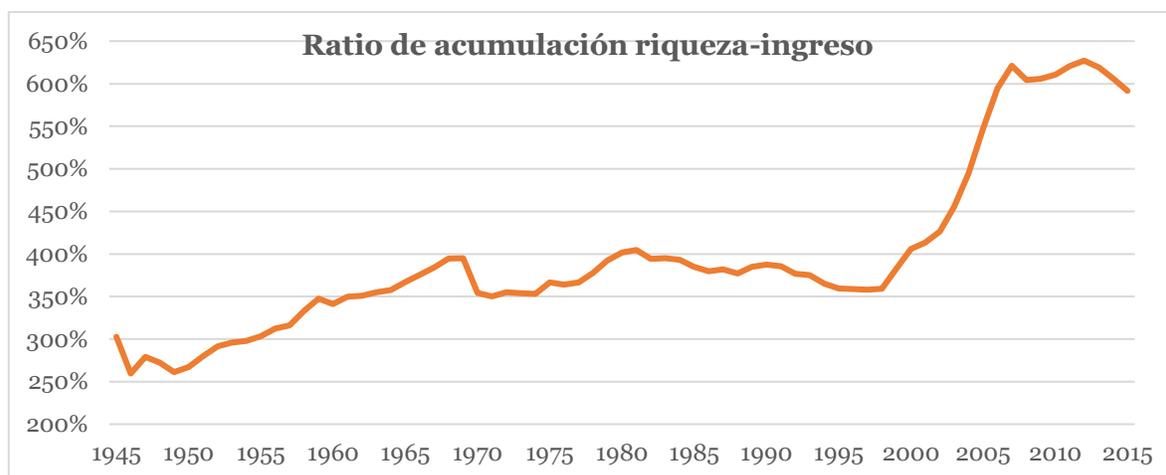
Siguiendo el argumento planteado desde el capítulo anterior, las crecientes tensiones de la liberalización convergen en la ruptura del pacto social de la temprana postguerra por medio de la fragilización de los soportes del Estado de Bienestar. De ahí emanan una serie de demandas que sobrepasan toda capacidad de autorresolución en el marco nacional-liberal, lo que no evita que a la postre sean articuladas discursivamente por el FN y otros partidos euroescépticos (algunos de izquierda) en clave populista. En resumen, la integración volvió más complejo y restrictiva la contención de las consecuencias adversas de la globalización, al no tener la UE un entramado político que pudiera homogeneizar políticas reguladoras como una política fiscal única o un presupuesto común, o políticas dirigidas a la protección social.

Como profundización de la globalización, la integración económica europea viene a acrecentar la tendencia antes anunciada de concentración de la riqueza en las manos de unos cuantos. Como Piketty se ha encargado de demostrar, el crecimiento acelerado de la productividad en comparación con los salarios ha permitido a unos cuantos beneficiarse mucho más de las nuevas condiciones de la economía mundial². Como es posible observar en la gráfica siguiente, mientras que la razón de acumulación riqueza contra ingreso se

¹ Stiglitz, *The Euro. How a Common Currency Threatens the Future of Europe*.

² Piketty, *El Capital en el siglo XXI*.

mantuvo relativamente estable a partir del fin de la Segunda Guerra Mundial hasta la década de los noventa (aumentando lentamente de 250 a 350%), a partir del cambio de milenio el proceso se aceleró aun a pesar (o gracias a) de la crisis de 2008.



Elaboración propia con datos obtenidos de World Inequality Database, <https://wid.world/es/>

Adicionalmente, la liberalización económica, impuso otra suerte de presiones a las clases populares. Esta fase consiste esencialmente en la reducción mínima de derechos aduanales y la concurrencia de otros países en el mercado internacional (principalmente China y Latinoamérica) sin la eficiente regulación de las instituciones de la gobernanza económica internacional. El aumento de los flujos comerciales no significó un incremento en la ocupación laboral pues en países desarrollados la creación de bienes para exportaciones necesita menos trabajo, mientras que la importación de productos que requieren mucho trabajo destruye las fuentes de empleo en el país receptor¹. En este rubro, la inclusión de países de salarios bajos en la quinta y sexta ronda de adhesiones sumó presión adicional².

El caso de la desindustrialización, que tuvo sus inicios a partir de los años ochenta, es sintomático de este momento histórico. Esta significó que los países desarrollados comenzaron a sufrir la disminución de campos industriales en su territorio que alguna vez albergaran una numerosa clase obrera. Debido a la globalización financiera, los flujos ya no consistían mayoritariamente de migrantes que acudían en masa de la periferia al centro como en la temprana postguerra, sino que es el capital el que se desplaza del centro a la periferia. Aunado a lo anterior, la tercerización de la economía provocó nuevas ondas de desempleo de antiguos trabajadores que no pudieron adaptarse a los nuevos requerimientos

¹ Stiglitz, *Globalization and its Discontents Revisited*, 8.

² En la quinta ronda, en 2004, accedieron la República Checa, Chipre, Hungría, Estonia, Letonia, Lituania, Malta, Polonia, Eslovaquia y Eslovenia. En la sexta, en 2007, Bulgaria y Rumania.

del mercado laboral¹. Factores domésticos, entre los que se destacan la creciente automatización de los procesos productivos y el aumento de la productividad suman presión al mercado laboral².

Se suman una serie de consecuencias que afectan directamente a los trabajadores no-cualificados, obreros, campesinos, pequeños empresarios y habitantes de urbes pequeñas. En este caso, las consecuencias adversas de la globalización no tienen que ver con la posibilidad de acumular riqueza de los estratos más adinerados, sino con las desigualdades que surcan lo largo y ancho del cuerpo social. Las consecuencias sociales pueden entenderse como dos fenómenos interconectados: por un lado, tomando a préstamo la frase de Rosanvallon, el acrecentamiento de la “nueva era de las desigualdades”, entre categorías y en su interior, a causa de los diferentes cursos de vida que adquieren las trayectorias profesionales; por el otro, la configuración de una “sociedad americanizada”, como lo expresara Christophe Guilluy, donde los reclamos por justicia social y equidad se ven eclipsados por una sociedad multicultural³.

A la búsqueda de competitividad que condujo al debilitamiento de los sindicatos en los primeros años de liberalización, le siguió el peligro siempre vigente de la deslocalización de las empresas. Además de la distribución desigual del ingreso y del desempleo, este proceso se hace patente en la exclusión espacial y la distribución geográfica de la desigualdad. Donde las empresas se van, la población menos móvil que el capital ve como la calidad de su vida se degrada. La búsqueda de un trabajo estable deviene en un proceso de transferencias de empleos de las periferias al centro bajo condiciones de desventaja que se expresa en salarios bajos, subempleo y muchas horas del día empleadas en traslado⁴. En cambio, como documenta abundantemente Guilluy, los centro de ciudad se convierten en la conglomeración de los beneficiados de la globalización.

Visto en perspectiva histórica, aunque este proceso es propio del capitalismo se ve acrecentado fuertemente a causa de la globalización neoliberal. Después de la igualación repentina de la desigualdad ocurrida durante las dos guerras mundiales, le siguió un periodo

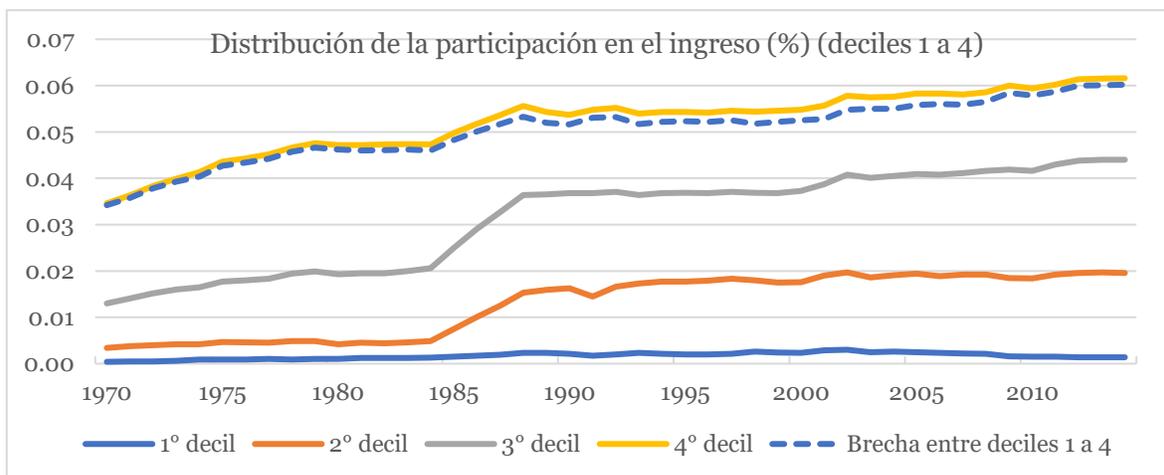
¹ Rosanvallon y Fitoussi, *La nueva era de las desigualdades*, 117–53.

² “Chômage: les non-qualifiés en première ligne”, Observatoire des Inégalités, 2017, <https://www.inegalites.fr/Chomage-les-non-qualifies-en-premiere-ligne>; En su libro de 1996, Rosanvallon plasma un panorama aun más dramático al dividir a la sociedad mediante la dicotomía cualificado/no cualificado. Según reporta mientras de 1970 a 1993 este pasaba de 2.5 a 6% para los trabajadores cualificados, en el mismo periodo subió de 3 a 20% para los no cualificados. Rosanvallon y Fitoussi, *La nueva era de las desigualdades*, 136–37.

³ Rosanvallon y Fitoussi, *La nueva era de las desigualdades*; Christophe Guilluy, *Twilight of the Elites: Prosperity, the Periphery, and the Future of France* (New Haven and London: Yale University Press, 2019).

⁴ Guilluy, *Twilight of the Elites: Prosperity, the Periphery, and the Future of France*, 64.

de lento crecimiento a lo largo de los treinta gloriosos hasta mediados de la década de los ochenta, cuando aumento de forma más rápida. La desigualdad intracase puede apreciarse certeramente en la distribución de la participación en el ingreso del 40% menos afluente de la población. Para botón de muestra, mientras que la participación del primer decil se ha mantenido casi sin cambios a lo largo de los últimos cincuenta años, los deciles 2, 3 y 4 la han multiplicado por 6, 3 y 2 respectivamente.



Elaboración propia con datos obtenidos de World Inequality Database, <https://wid.world/es/>

Para Francia, abrirse a Europa también significó aceptar una posición menguante en el ámbito económico. Por una parte, la concurrencia con los vecinos de Europa Oriental de salarios bajos dio un impulso al proceso de desindustrialización del país. Por la otra, en parte efecto de lo anterior, tuvo que aceptar la primacía de Alemania en el ramo industrial y enfrentar la competencia de industrias emergentes, particularmente España. De 2004 a 2016 Francia disminuyó en 50 % su producción de automóviles, pasando de 3,2 millones a 1,7, por detrás de Alemania y de España. Mientras que en 2016 la participación de la industria en el PIB fue de tan sólo 10%, en 1978 era de 26.3% (en el mismo periodo la participación en Alemania sólo decreció 6%).

Un último dato que puede ayudar a resolver este enigma es el grado de automatización de los procesos productivos: para 2014 mientras Francia contaba con 34,000 robots, Alemania tenía 162,000. Esto ilustra las consecuencias divergentes de las estrategias de integración en la desindustrialización. Mientras que Francia se plegó a los servicios, Alemania apostó a la modernización industrial, siendo que en buena medida la industria francesa sigue perteneciendo a ramos de producción de poco valor agregado¹.

¹ Un excelente análisis de la cuestión se encuentra en el artículo de Bost y Messaoudi, “La désindustrialisation : quelles réalités dans le cas français ?”, *passim*.

Esto tiene una consecuencia directa para nuestro argumento, pues a pesar del proceso de desindustrialización iniciado en la época de los setenta, en la actualidad la integración francesa en la división internacional del trabajo hace que los productos franceses entren en plena competencia con los de países de mano de obra barata y mantiene vigente la posibilidad muden sus plantas productivas a entornos más favorables donde la alta tributación francesa sigue siendo un factor importante.

Como plantearé a continuación, esta delicada situación ha tenido profundas consecuencias políticas. A raíz de su institucionalización, la Unión Europea paso a ser percibida por los sectores afectados por la globalización como la primera línea del mercado global liberalizado y, en suma, como un orden ilegítimo pues no distribuye la riqueza de forma equitativa y no puede ser regulado en el marco del Estado. Es esta cuestión la que se revelará como preponderante a la hora de estructurar el conflicto en Francia en las últimas 3 décadas.

El clivaje: soberanistas vs. cosmopolitas

Una característica de la política moderna, al menos a partir de 1789 fue la estructuración del conflicto político a través de la relación a la división entre izquierda y derecha, donde la primera se abocaba en los regímenes democráticos a cortejar los electorados con menos recursos económicos, las clases obreras y campesinas, mientras que los segundos respondían a los intereses de los sectores más afluentes. Esta división era tan estable pues era reconocida en todos los niveles, desde los ciudadanos de nivel de calle hasta lo políticos, pasando por pensadores e intelectuales.

Esta forma intuitiva de organizar el conflicto político era posible en la medida en que dos condiciones se mantuvieran: del lado de la demanda política, la organización de la sociedad en sectores o clases relativamente definidos y estructurados en torno a una estructura de demandas comunes, del lado de la oferta política, la existencia de un sistema de partidos y cuerpos intermedios donde se agruparan, integraran y representaran las demandas a lo largo del tiempo.

Como he argumentado en capítulos anteriores, durante la temprana postguerra los años de prosperidad de los treinta gloriosos establecieron las condiciones para la estabilidad. En la medida en que la prosperidad abarcó a la población no hubo necesidad de un ajuste. Con la llegada de sucesivas olas de liberalización, la estructura de las demandas del capitalismo industrial dejó paso al capitalismo postindustrial, con una distintiva estructura de demandas que no respondía a la tradicional lucha de clases. La pérdida de vigencia del

marxismo ortodoxo dio paso a nuevas formas de entender lo político, donde en la izquierda partidista aceptó la inevitabilidad de la globalización neoliberal con la promesa de que los beneficios se repartirían democráticamente.

En términos macrosociológicos se debió en buena medida al devenir de las sociedades modernas en cambio, caracterizadas por una creciente heterogeneidad social que restan validez a categorías sociopolítica como la clase social y el giro postmaterial de un número importante de demandas¹. Laclau y Mouffe identificaban este como el principal reto de la izquierda en la década de los ochenta, ¿cómo articular colectivamente las nuevas demandas de los expresivos “nuevos movimientos sociales” con las viejas demandas de la política de las clases populares, sometidas cada vez a más presión?

El fracaso de la izquierda de Mitterrand en este rubro puede ser entendido como la incapacidad de articular las nuevas demandas de los entonces nacientes “nuevos movimientos sociales” a las viejas demandas de las clases populares en un sentido progresista con la finalidad de constituir una democracia radical². Abdicar de esta labor significó la desaparición del PCF del espectro político y el viraje del PS hacia electorados con mayor educación y una agenda liberal en lo político y económico. En consecuencia, las demandas de las clases populares, alienadas de la representación política y precarizadas por la globalización se organizaron en torno al rechazo a ambas rasgos.

Las formas estructuradas de resolver el conflicto hasta entonces se vieron tergiversados por la dualización que impusieron las transformaciones económicas. Esto no quiere decir, como algunos estudios parecen sugerir, que los clivajes clásicos no existan ya o que no sea relevantes, sino que las estructuras políticas y partidistas que antes lo encauzaban se encuentren ahora desfasadas. El proceso de integración internacional hace patente la gran división en dos grupos de ciudadanos en Europa, según sus posibilidades de aprovechar o no las bondades de la globalización.

Según la articulación política de sus demandas y expectativas, es posible distinguir dos grupos. Se encuentran, por un lado, los “soberanistas”, llamados así por su recuperación de las ideas de la soberanía popular como antídoto de la globalización. Bajo este estandarte se articulan las llamadas “clases peligrosas”³, “provinciales” y periurbanas, que se ven apartadas de las nuevas posibilidades económicas que la apertura al mundo ofrece, pero

¹ Véase Ronald Inglehart, *The Silent Revolution. Changing Values and Political Styles Among Western Publics* (New Jersey: Princeton University Press, 1977).

² Este es el reto político que les mueve a escribir Laclau y Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*.

³ Para seguir con el término acuñado por Robert Castel que refiere a aquellos que se ven desalojados del paraguas de la solidaridad social y que recurren a la protesta y el descontento político radical.

resienten las consecuencias asociadas a la concurrencia internacional, la pérdida de fuentes de trabajo y la alienación de posibilidades de consumo principalmente.

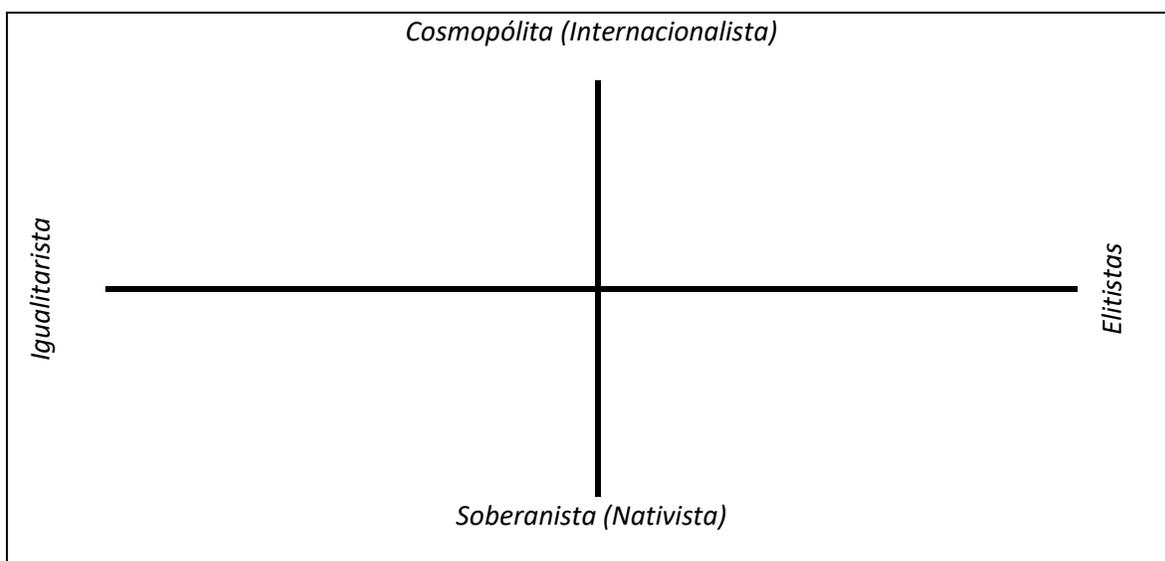
En el otro extremo se encuentran los globalistas, o aquellos que han sido beneficiados consistentemente por el proyecto europeo. Son las élites económicas que pueden apelar a los principios del mercado común europeo para evadir las regulaciones estatales, junto con grupos sociales que se benefician de la interconexión e intercomunicación, tales como profesionistas, trabajadores cualificados y empleados del sector servicios. Se benefician de la concentración de oportunidades laborales y educativas en las grandes urbes, las posibilidades de desplazarse por la unión y hasta el gusto cosmopolita que se manifiesta en posibilidades de distinción como la educación de élite¹.

Politizada la globalización y la integración económica, esta se vuelve el punto de conflicto entre ambos sectores de forma más estable que otras distinciones tradicionales como la afiliación partidista o la auto adscripción en el espectro político. En un trabajo reciente, Thomas Piketty brinda evidencia de la distribución desigual de apoyo a la UE mediado por dos ejes: el de la propiedad, que separa a los proponentes de arreglos sociales igualitarios de los defensores de la desigualdad; el de la orientaciones hacia el exterior, donde se enfrentan los denominados por Piketty “internacionalistas” contra los “nativistas”² (que yo he preferido llamar cosmopolitas y soberanistas). Entendidos como dos dimensiones perpendiculares, el espectro político francés antes organizado en torno a las grandes familias de la izquierda y la derecha ahora se vuelve una cuadrícula.

Recapitulando sobre el argumento de Piketty, mientras la izquierda socialista (PS) ha derivado hacia los electorados con mayor educación, la derecha (RPR y UDF) se mantuvo aglutinando los sectores más adinerados. En su conjunto, alternando el poder desde 1981 constituyeron un sistema de partidos multiélites, al tiempo que los sectores populares, relativamente menos educados y adinerados, se mantuvieron subrepresentados en el espectro político.

¹ Para Bourdieu, el sentido social del gusto y las distinciones que genera eran claros indicadores de la posición de los individuos en el espacio social. Véase: Pierre Bourdieu, *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto* (Madrid: Taurus, 2012).

² A pesar de que sigo de cerca el argumento de Piketty, las etiquetas con que denomina los dos extremos en torno a la globalización me parecen inadecuadas. Por un lado, el internacionalismo puede remitir a confusamente a una serie de tendencias y prácticas políticas de compromiso activo con causas extranjeras, lo cual no es el caso para el fenómeno estudiado. Por el otro, el nativismo es en sentido estricto sólo un rasgo de los componentes ideológicos (que puede o no estar presente) de los movimientos euroescépticos o globalifóbicos de hoy en día. Además, no captura la dimensión política de regreso al pueblo como sujeto político por excelencia que sí se obtiene con la etiqueta “soberanista”. Sin embargo, el análisis de Piketty no carece de ningún mérito. Véase: Thomas Piketty, *Capital et Idéologie* (Paris: Seuil, 2019), 913 y ss.



La izquierda socialista, al abandonar su vocación histórica igualitarista que había tenido en las últimas décadas se posicionó en el lado superior del hemisferio derecho del cuadrante, en espacio correspondiente a los elististas cosmopolitas. Los partidos de la derecha, donde Sarkozy lo va a demostrar muy bien, se situarían definitivamente en el espacio contiguo inferior, elististas soberanistas. Los partidos de la izquierda radical, el PCF sus vástagos y los renegados del PS (vale la pena destacar dos: primero el FDG, *Front de Gauche* y después FI, *La France Insoumise*) corresponden al hemisferio izquierdo de los igualitaristas, en la sección superior de los cosmopolitas. Para completar la cuadrícula, el FN se sitúa en el hemisferio izquierdo en la sección inferior relativa a los igualitaristas-soberanistas.

Como se puede observar, en las décadas de amplio dominio del bloque elistista y a partir de la constitución de la UE, las clases populares para quienes la integración económica era menos favorable no encontraron canales políticos que representaran sus demandas. El derrumbe de la izquierda comunista y su visión alternativa de internacionalismo dejaban al FN y otras manifestaciones soberanistas como única alternativa política viable.

Las consecuencias políticas de este proceso quedan de manifiesto en el diagnóstico de la Comisión Europea para explicar el rechazo a una constitución de Europa en el referéndum de 2005. A través de las encuestas de los Eurobarómetros realizados antes y después del referéndum, se hacía patente la falta de legitimidad de la UE como una instancia

en concordancia con la voluntad popular. Un alto número de franceses acudieron a las urnas (casi 70%, inusual para elecciones europeas) arrojando un rechazo del 55% de los votantes¹.

En dichos comicios, sólo un 4% de los militantes del PCF se abstuvieron de ir a votar, lo que refleja un altísimo nivel de movilización, contrariamente al FN y el MNR de Mégret que registraron tasas de 31% entre sus partidarios. Sin embargo, ya es notable la convergencia en las posturas y la movilización de la ultraderecha e izquierda: mientras que en el PCF el 94% de sus partidarios votaron por el “no”, los seguidores del FN y el MNR el 95%. Este patrón de movilización masivamente en contra compartió una gran área de traslape con los obreros (76%), categoría socio-profesional disputada de forma intensa por los frentistas al PCF², que ya acusaba un marcado declive en su capacidad de representación de un proyecto radical.

Un estudio a boca de urna reveló que, dentro de las motivaciones del “no”, la más destacada era el descontento a propósito de la situación política y económica con 52%. Entre quienes simpatizaban con el FN o el MNR de Mégret, los motivos principales era la cuestión social (54%), junto con el rechazo a la integración de Turquía (56%) y la percepción de que el tratado dañaba la identidad francesa (44%). La ultraderecha también conjuntaba a los menos favorables a la integración europea con 65%³. A diferencia de los partidos comúnmente preocupados por la cuestión social como el PCF y el PS, el FN y en ese entonces el MNR empiezan a articular la oposición en términos identitarios y de rechazo a la otredad no-europea, Turquía. Esta característica permite distinguir el igualitarismo irrestricto de la izquierda del igualitarismo restringido de la ultraderecha, que sólo es aplicable a los miembros del pueblo definido en sentido étnico o racial.

Los partidos de izquierda, históricamente acostumbrados a la movilización en torno a categorías como la clase y no la articulación populista, son más internacionalistas que nacionalistas, lo cual es patente en la percepción mayoritariamente favorable hacia la integración europea, pues sólo la rechazaban el 37% de los militantes del PCF y el 18% del PS, y cuya negativa a la constitución europea no era representativa de un rechazo *in toto* a la integración sino por su aspecto marcadamente neoliberal y por la situación económica adversa.

¹ “La Constitution européenne : sondage pré-référendum en France”, *Flash Eurobarometer*, núm. Mai (2005): 46; “La Constitution européenne : sondage post-référendum en France”, *Flash Eurobarometer*, núm. Juin (2005): 88.

² “La Constitution européenne : sondage post-référendum en France”, 14.

³ “Référendum 29 Mai 2005 : Le sondage sorti des urnes”, Ipsos, 2005, <https://www.ipsos.com/fr-fr/referendum-29-mai-2005-le-sondage-sorti-des-urnes#04>.

Los resultados del referéndum son totalmente congruentes con las consecuencias adversas de la integración europea. La poca popularidad entre los desempleados es un indicador claro del descontento ante la fallida promesa de la integración en un país en el que el desempleo no dejó de ser crónico (“en el futuro te agradecerán¹”). La brecha de desigualdades en el aprovechamiento de las oportunidades de la integración es visible en diversos clivajes donde los más educados y con mayores capitales como punto de partida se mostraban entusiastas a ir más allá en la vía de Europa, mientras que aquellos con bajas cualificaciones o menos capital educativo se mostraban reticentes. La misma oposición era notable entre el campo y la ciudad, que puede ser conceptualizado como un rasgo característicos dentro del clivaje soberanistas contra cosmopolitas.

Datos sociodemográficos sobre el voto en el Referéndum de 2005 (%)

		Sí	No	Variación *
Trabajadores cualificados	Desempleados	29	71	+11.9
	Profesiones liberales y cuadros superiores	65	35	+2.1
	Profesiones intermedias	47	53	+15.1
Trabajadores no cualificados	Agricultores	30	70	+7.8
	Empleados	33	67	+14.3
	Obreros	21	79	+18.4
Centro Periferia	Paris	55	43	+1.1
	Rural	43	57	+7.3
	Menos de 20 mil hab.	40	60	+11.7
	De 20 a 100 mil hab.	43	57	+6.7
Educación superior	Más de 100 mil hab.	45	55	+3.8
	3 o más años	64	36	---
Baja educación	2 años	54	46	---
	Educación intermedia	47	53	---
	Educación básica	35	65	---
	Sin certificación	28	72	---

Elaboración propia con datos obtenidos de la antes mencionada encuesta de salida. Véase: “Référendum 29 Mai 2005 : Le Sondage Sorti Des Urnes.”

* Variación con respecto a los valores del “no” para el referendun de 1992 sobre la firma del tratado de Maastricht.

Trece años después de Maastricht, el desgaste institucional por las altas expectativas (incumplibles) que había levantado la UE finalmente emergía en sus primeros síntomas. Desde el punto de vista del diseño institucional la unión era conflictiva, pero el cariz de la promesa era impoluto. Esa promesa sería poco a poco desplazada por otra, la del pueblo. De

¹ En referencia a un slogan de la campaña del “sí” al tratado de Maastricht en el que se implicaba votar positivamente era elegir el mejor futuro para la progenie (“Dites ‘oui’ a l’europe aujourd’hui demain ils vous diront merci”). Consultado en: “Il y a 25 ans, les Français approuvent par référendum le Traité de Maastricht [...]”, AFP Archives (cuenta de Twitter), 2017, <https://twitter.com/AFParchives/status/910398121342943232>.

la comunidad universal a la nacional sólo habían trece años de historia. Puesto que las tensiones en el diseño de la UE y sus consecuencias sociales generaron un clivaje particular a propósito de la globalización en sus múltiples facetas, el FN se consolidaba como fuerza política aprovechando esta estructura de oportunidades propicia para su discurso euroescéptico y antisistema.

Entre pasado y futuro

El euroescepticismo y la proletarización del partido

Las transformaciones que trajo consigo la profundización de la integración económica propiciaron un cambio sustancial en el discurso del FN. Este constituye un importante momento en la deriva populista que estudiaré en este apartado en tres momentos. En primer lugar, las consecuencias electorales que tuvo el viraje euroescéptico del FN, que le permitió capturar las demandas insatisfechas de la globalización, particularmente el voto obrero. En segundo lugar, tras la consolidación del proyecto europeo en clave liberal comenzó a ganar pertinencia dentro del partido el discurso etnodiferencialista de la Nueva Derecha de Bruno Mégret (con las consecuentes tensiones en la pugna por el liderazgo). En tercer y último lugar, examinaré la influencia de Nicolas Sarkozy, un *outsider* al FN que, sin embargo, normalizó el discurso antiinmigrante al llegar a la presidencia.

La muestra más clara de que el FN se ha adaptado a los contextos como parte de su estrategia de articulación populista es que antes de que se concretara de forma tangible el proyecto europeo el partido era ambiguamente eurofílico. Caracterizado por su feroz anticomunismo y su incipiente afiliación con las posiciones doctrinarias del liberalismo económico, el FN se había mantenido a priori dispuesto a mirar hacia Europa como una manera de mantener la autonomía frente a la siempre posible amenaza roja. La unión de Estados en temas de seguridad era considerada la única forma de resistir los embates del coloso soviético que acechaba del otro lado de Berlín, llegando a proponer la integración de las fuerzas armadas europeas a la lucha contra los soviéticos¹.

Este planteamiento se reflejaba claramente en la propuesta programática, principalmente porque en el partido concebían que la unión de Europa era natural para consolidar el proyecto económico ultra-liberal² que Jean-Marie tanto admiraba de Reagan. Había abogado por implementar una moneda común y un programa agrícola europeo³, al punto que para 1992, el FN aún era partidario de la integración, en cuyo programa proponía: “una adaptación de nuestra economía al hito europeo (específicamente del tratado de

¹ Le Pen llegó a afirmar, en 1974: “La independencia de nuestro país está ligada a la de Europa y la de Occidente”. Véase: David Fernández, “De Poujade a Le Pen: La evolución de la política europea de la derecha radical francesa”, *Comentario UNISCI*, núm. 114 (2017).

² En lo sucesivo utilizaré el término “ultra-liberal” para referir únicamente al aspecto económico que abrazó fervientemente Jean-Marine Le Pen y sus acólitos durante los setentas y ochentas.

³ “Le programme FN , 45 ans de petites et grandes évolutions”, *Le Parisien*, el 3 de febrero de 2017, <http://www.leparisien.fr/flash-actualite-politique/le-programme-fn-45-ans-de-petites-et-grandes-evolutions-03-02-2017-6652641.php>.

Maastricht) mediante una reducción de cargas fiscales y sociales, que castigan a las empresas francesas de cara a su competencia extranjera”¹.

Dichas posiciones se diferenciaban de otras manifestaciones históricas de la ultraderecha nacionalista y proteccionista como el poujadismo, que desde un inicio habían denotado resistencia a cualquier forma de integración. En su momento, Pujade temía de Europa la llegada de los grandes conglomerados contra los que las pequeñas boutiques de barrio no podrían competir, la fuerte afluencia migratoria de alemanes e italianos que competían con los franceses por los empleos, además de la influencia política postcolonial que había propiciado la guerra del Argelia².

Al verse concretarse un proyecto de integración antagónico del que propugnaba el partido y con el progresivo abandono de la postura ultra-liberal, el FN transitó hacia a una postura euroescéptica. La caída del muro de Berlín y el progresivo desmembramiento del bloque socialista hacían que la idea de una Europa unida fuera vista de forma cada vez menos necesaria. Sin estos alicientes de fondo, la recién constituida Unión Europea no era más que un aparato burocrático, ese era el sentido del diagnóstico del FN sobre la unión, a la que Jean-Marie Le Pen caracterizaría de “burocrática y mundializadora”³.

De 1992 en adelante, el Viejo Continente jugará un papel predominante en el discurso político del FN y un elemento de articulación populista. Capturando las insatisfacciones que progresivamente generaría la integración, el FN aprovechó para crecer a la sombra de ese gran otro que Europa significa en su conjunto, un ambivalente legado para la ultraderecha francesa oscilando entre ser la cuna del proyecto civilizatorio que defienden y la amenaza para las identidades locales y la vida comunitaria. Después de Maastricht, el proyecto del FN sería la conducción “hacia una Europa de Naciones”⁴, anotando una victoria ideológica la Nueva Derecha y su discurso populista.

Igualmente, Maastricht constituye el momento más visible del largo proceso de reorganización de los clivajes políticos que dan vida a la ultraderecha y la inclinará, cada vez más, en torno a la cuestión social y en dirección a su deriva populista. Al constituirse la UE

¹ Dominique Albertini, “Quand le Front National était pro-européen”, *Libération*, el 25 de junio de 2016, <http://www.leparisien.fr/flash-actualite-politique/le-programme-fn-45-ans-de-petites-et-grandes-evolutions-03-02-2017-6652641.php>.

² Como lo presenté en el segundo capítulo de esta investigación. Una visión histórica de las continuidades y diferencias al respecto en la ultraderecha puede consultarse en: Fernández, “De Pujade a Le Pen: La Evolución de La Política Europea de La Derecha Radical Francesa”; La más completa perspectiva sobre el Poujadismo se encuentra en: Stanley Hoffmann, *Le Mouvement Pujade* (Paris: Librairie Armand Colin, 1956).

³ Camus, *Le Front National. Histoire et analyses*, 64.

⁴ Albertini y Doucet, *Histoire du Front National*, 247.

en una figura concreta en el imaginario político francés, le dio cuerpo y nombre a una serie de significaciones antes asociadas con la abstracta globalización.

Tras el abandono de la doctrina económica liberal, el FN pudo plegarse al extremo euroescéptico que tiempo atrás les perteneciera a los comunistas. Esto tiene una doble implicación totalmente alineada con nuestra hipótesis. Desde el punto de vista económico y social, puede ocuparse con mayor congruencia de la “cuestión social” y de la dinámica de fragilización del pacto social por medio del debilitamiento de la preminencia del Estado a causa de las tensiones a las que lo sometía la globalización. Desde el punto de vista político, de los espacios discursivos del sistema de partidos, el FN encuentra su distintivo en la contestación al ambiente ideológico de “convergencia postcomunista”, y la incontestable legitimidad de la democracia liberal y el libre mercado.

El declive del PCF y el relevo del FN es para entonces una realidad, ilustrada por el episodio de Dreux de 1983, el primer paso en el ascenso del FN. Sin embargo, las elecciones presidenciales de 1995 fueron la confirmación definitiva. En estas elecciones, tras la despedida de Mitterrand de la vida política francesa, la contienda se dirimió entre su aspirante a sucesor, Lionel Jospin por el PS; el exprimer ministro por el RPR, Édouard Balladur y el líder del mismo partido, Jaques Chirac. Entre la concurrencia, también se contaba el vizconde Phillipe de Villiers, con su partido de *Mouvement pour la France* (MPF) creado apenas un año antes, con inclinaciones soberanistas y euroescépticas que cobraron fuerza a raíz de la firma del tratado de Maastricht.

Durante la campaña, última de Bruno Mégret como director, Le Pen hizo eco de los rasgos clásicos del discurso populista, proponiendo una VI República “nacional, soberana, populista y moral”, mientras tildaba a los tres punteros de ser parte del mismo “sistema liberal, mundialista y corrupto” que habían ocasionado que la V República se convirtiera en un régimen sin poder¹. Es en este marco de europeísmo y renovación política post-Mitterrand es que el FN obtuvo su mejor puntaje electoral hasta el momento, recabando el 15% de los votos por detrás del puntero Jospin (23.3%), Chirac (20.84%) y un derrotado Balladur (18.58%). De Villiers, por su cuenta, reunió 4.6% de los votos que hubieran podido colocar a Le Pen en la segunda vuelta. Espectador en esta instancia, Le Pen llama a votar por Juana de Arco, como tradicionalmente, y se niega a apoyar a Chirac, a quien ataca duramente.

La sorpresa no quedaba ahí. Meses más tarde, en las municipales del mismo año el FN tuvo un desempeño destacado al ganar en 3 municipalidades, Toulon, Marignane y

¹ Albertini y Doucet, 181.

Orange; y llegar a la segunda vuelta en 100 ciudades de más de 30 mil habitantes y en 18 de más de 100 mil¹.

Para algunos analistas, la elección de 1995 constituye un parteaguas en la dinámica electoral del FN, principalmente a causa de un sondeo postelectoral de *Sofres* que indicaba que 30% de los obreros se habían decantado por Jean-Marie, hecho inaudito que fue destacado por el semanario del partido bautizándolo como el “primer movimiento obrero de Francia”². Esto constituye un hito en el proceso de proletarización del partido, que le permitiría ampliar sus bases electorales y resultó fundamental para entender el proceso de demonización y populitización que atravesó el FN desde la perspectiva de las demandas. Al respecto, varias interpretaciones han hecho carrera en el debate académico.

De acuerdo con Pascal Perrineau, la transferencia de obreros al FN puede entenderse bajo la lógica de una cierta afinidad entre los extremos del espectro político, en donde a partir de la elección de 1995 los votantes de izquierda (tanto PCF como PS), mayoritariamente clases populares, se volcaron hacia el FN. A este grupo, Pascal Perrineau ha denominado “izquierdo-lepenismo” (transliteración de *gaucho-lepenisme*)³. De acuerdo con la hipótesis de Perrineau, se distinguen tres tipos diferentes de izquierdo-lepenistas: de origen, de instante y de destino.

De acuerdo con el autor, los izquierdo-lepenistas de origen son aquellos que llegan a nutrir el FN a causa de la erosión de la izquierda y el desarraigo de la izquierda. Muchos de ellos votaron PS en 1988 pero cambiaron de opción por el FN en 1995. Son izquierdistas de tradición que terminan en el FN por afinidad contestataria. Los izquierdo-lepenistas de instante, en cambio, son aquellos que aunque se alinean al FN en cuestiones como inmigración y seguridad, tienen por otra parte puntos de vista propios de la izquierda económica como su visión sobre la intervención del Estado en la economía, la protección social y la acumulación de la riqueza. Por último, los izquierdo-lepenistas de destino son aquel grupo que en la primera ronda electoral votó por el FN como protesta pero en la segunda se alinearon a Jospin bajo la bandera de la izquierda⁴.

¹ 18 de un total de 34 sin contar París. Albertini y Doucet, 186.

² Citado en Igounet, *Le Front national de 1972 à nos jours : le parti, les hommes, les idées*, 267.

³ Le vote de crise

Pascal Perrineau, “L’électorat du Front National: permanences et nouveautés”, *Fondation National des Sciences Politiques* (Barcelona, 1996); Pascal Perrineau, Pierre Martin, y Gérard Grunberg, “L’électorat F.N. Droitisation du vote ouvrier ou ‘gaucho-lepénisme’: diversité d’analyses pour un même fait...”, *Les Notes de la Fondation Jean-Jaurès*, 1997.

⁴ Perrineau, Martin, y Grunberg, “L’électorat F.N. Droitisation du vote ouvrier ou ‘gaucho-lepénisme’: diversité d’analyses pour un même fait...”, 20–21.

Es importante considerar con detenimiento la interpretación peculiar del fenómeno que brinda Perrineau debido a que denota una toma de posición teórica y un particular énfasis historiográfico. En el primer ámbito, se trata de una interpretación desde la oferta ideológica sobre los motivos de las transferencias del voto obrero, donde ciertas similitudes entre la praxis política de la izquierda contestataria y la ultraderecha supuestamente facilita los desplazamientos. En el segundo, la explicitación del mecanismo causal según el autor opera en dos momentos: a mediados de los años ochenta un alejamiento de las clases populares de la izquierda por la que tradicionalmente votaban para pasar a las filas de la protesta y el abstencionismo, en un segundo momento un realineamiento de dichos votantes hacia el FN en 1995.

Sin embargo, la interpretación de la transferencia como un fenómeno ideológico tal cual es presentada por Perrineau tiene dos inconvenientes. Por un lado, la tesis sobre la “teoría de la herradura” donde los extremos se tocan, que justificaría que sea la izquierda (particularmente el PCF) quien esté perdiendo adherentes en favor de la derecha, es en el fondo una interpretación consecuencialista donde se asume que la adopción de ciertos temas de izquierda, por parte del FN, garantiza el flujo de sus electores.

Por el otro lado, no hay evidencia empírica de que este grupo de izquierdo-lepenistas sea mayoría entre los nuevos electorados del FN. Una segunda interpretación sobre el fenómeno es más precisa al describirlo como una proletarización del FN por un alineamiento masivo de “obrero-lepenistas” en palabras de Nonna Mayer. Aunque la explicación de Mayer no es totalmente contradictoria a la de Perrineau, plantea que las transferencias de votos no necesariamente son de aquellos obreros que votaban por la izquierda, es decir, el mecanismo causal no funciona primordialmente por virtud de ciertas afinidades electivas entre radicalismos de izquierdas y derechas, puesto que hay poca evidencia de estadística de transferencias de esta naturaleza, al menos para la elección de 1995.

Además, Mayer se preocupa en mostrar evidencia de la poca confluencia de la izquierda hacia el FN para 1995. La autora pone énfasis en demostrar que al medir la afinidad en el espectro político, a mayor cercanía con la extrema derecha mayor probabilidad de encontrar votantes del FN. Sin embargo, también se encuentra un número creciente de votantes de centro divididos en dos grandes categorías: los que conscientemente identifican el centro como una postura política (13%) y los “ninis”, ni de izquierda ni de derecha, desencantados de la política partidista (25%). Para la época, Mayer se permite afirmar que el izquierdo-lepenismo “existe, más sólo de forma residual”¹.

¹ Nonna Mayer, *Ces Français qui votent FN* (Paris: Flammarion, 1999), 29–45.

Sin embargo, ambas interpretaciones se centran demasiado en el partido y la coyuntura, lo cual plantea una dificultad de orden teórico pues hace suponer al lector que el proceso de proletarización del partido es un resultado derivado de coyuntura que le precede inmediatamente. Entonces, reconocer que 1995 fue el punto de inflexión implica situar la génesis de este proceso en el viraje euroescéptico del FN donde la oposición a Maastricht fue capitalizada por el FN para poder articular el voto obrero. Si bien, hay un poco de verdad en ambos asertos, deben ser contextualizados para obtener una perspectiva más amplia, específicamente de las transformaciones estructurales de la economía y la política francesa.

Una interpretación con una perspectiva histórica estructural nos permite identificar esta tendencia como parte de un proceso de más largo aliento. En efecto, el realineamiento obrero es identificable desde mediados de la década de los ochenta. Esta tercera interpretación, la de Pierre Martin, es la que parece más adecuada para entender la situación del voto obrero a partir de la crisis de los setenta y el desencanto de la izquierda en los ochenta. Lo que distinguirá esta interpretación de los anteriores es tanto la naturaleza del fenómeno como el momento histórico en que se gesta. Contrariamente a Perrineau y Mayer, quienes no desconociendo el trasfondo histórico sitúan el punto de inflexión en la primera mitad de la década de los noventa hasta 1995, para Martin el fenómeno tiene que entenderse en el más amplio contexto de los realineamientos electorales entre las diversas fuerzas políticas.

En consecuencia es necesario remontarnos a 1981, el primer momento de ruptura en donde el triunfante PS logra capturar de manera coyuntural el voto que tradicionalmente correspondía al PCF, marcando su declive que sería claro en 1984, momento en que también comienza el ascenso del FN. Este año es importante por dos cuestiones antes explicadas pero que vale la pena recapitular: en la izquierda, es el fin de un periodo de apuesta y fracaso que hace renunciar a políticas económicas keynesianas y encamina el viraje de la oferta discursiva del PS hacia el liberalismo cultural. Por la derecha, el RPR y la UDF aprovechan para normalizar una situación coyuntural, la migración, y colocarla al centro del debate político en un discurso que apelaba al resentimiento obrero¹. En consecuencia, la génesis de las transferencias se puede ubicar entre las transformaciones de la economía francesa entre la década de los setenta y el fracaso económico de la izquierda a principios de los ochenta.

¹ Como Pierre Martin documenta, cuando se preguntó en 1979 cómo luchar con el desempleo el 44% de los encuestados respondieron que era necesario reenviar a los trabajadores migrantes a sus casas. *Comprendre les évolutions électorales. La théorie des réalignements revisitée*, 257.

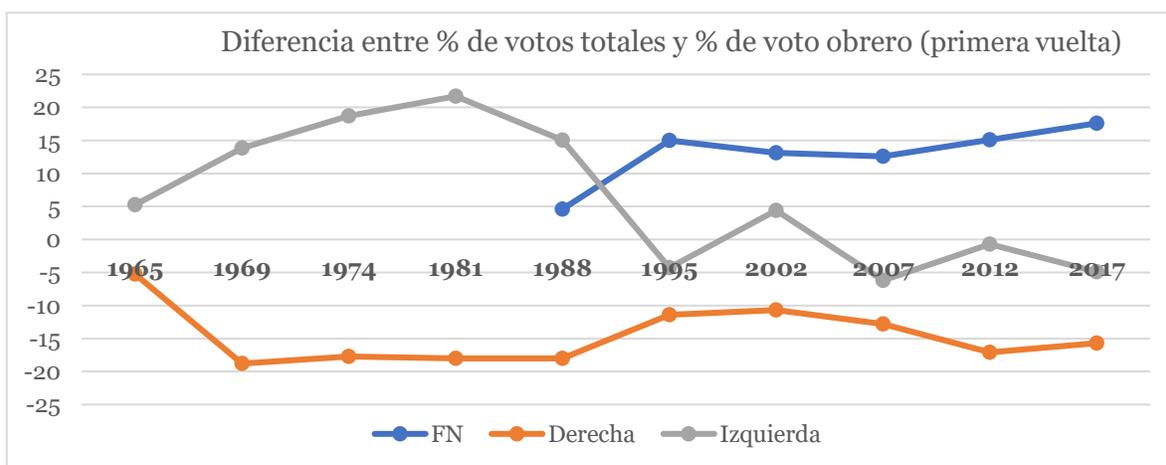
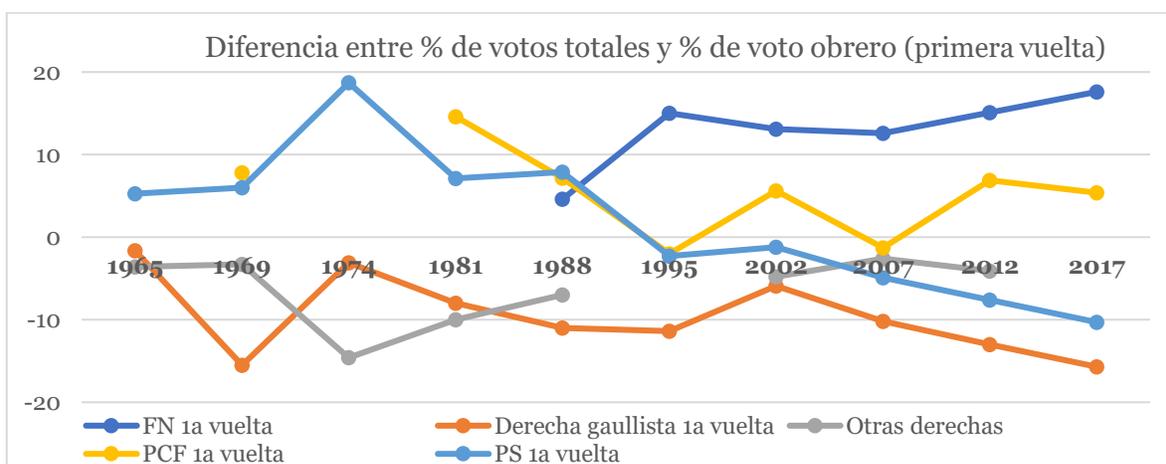
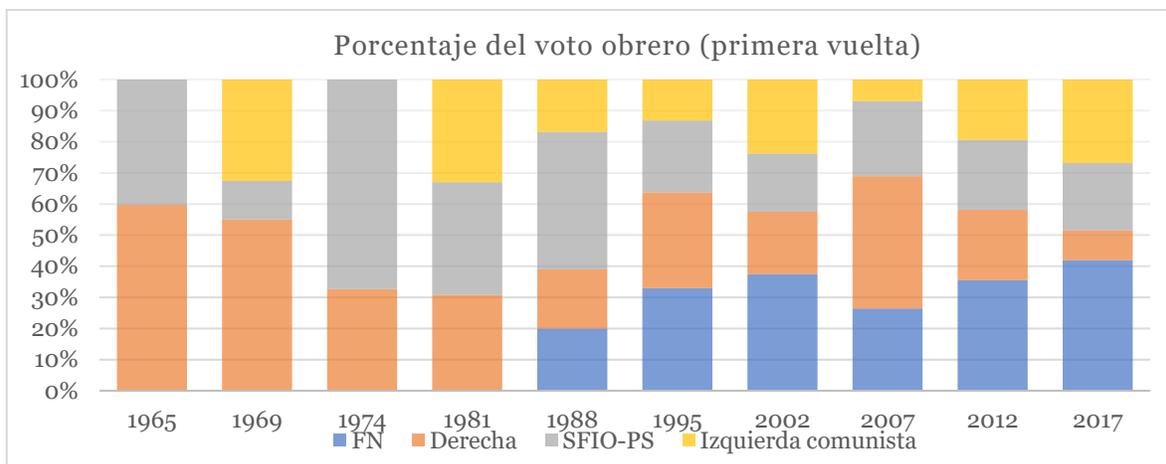
La consecuencia es un deslizamiento general hacia la derecha por parte de las clase obrera durante la década de los ochenta hasta mediados de los noventa¹. Según Florent Gougou el proceso tiene dos momentos, un primer desalineamiento del voto obrero de la izquierda a partir de 1984 que benefició residualmente al FN, después un realineamiento masivo de los obreros a la derecha a partir de 1995, donde el FN fue el más beneficiado. Un tercer realineamiento ocurriría entre 2007 y 2012, bajo el signo de Marine Le Pen².

Para clarificar esta posición resulta útil estudiar el comportamiento electoral de la clase obrera a lo largo de la V República Francesa, particularmente en elecciones presidenciales, como se puede observar en las figuras mostradas a continuación. En ellas pueden observarse 3 procesos dignos de interés que confluyen en la explicación del fenómeno: la desafiliación de la izquierda, la proletarización del FN y la derechización de los obreros. A propósito de los primero, ya he dado cuenta en el capítulo anterior de la evolución de las izquierdas donde el PS se orientó desde 1983 hacia electorados cada vez más educados, clases medias y profesiones liberales con una agenda liberal en lo político y en lo económico renunciando a la lucha anticapitalista. El PCF, perjudicado por las transformaciones en el mundo del trabajo y por las magras alianzas con el PS también perdió en gran medida su arraigo, basta comparar la elección de 1969 donde obtuvo más del 30% del voto obrero con la de 1995, donde apenas rebasó el 10%.

En el otro extremo del espectro ideológico, el FN ganó terreno rápidamente en el mismo rubro. El cambio puede parecer aún más vertiginoso porque en 1981 Jean-Marie Le Pen no consigue impulsar su candidatura a la presidencia de la república, aunque eso no soslaya el gran descontento entre las clases populares por el retroceso de la izquierda entre esta elección y la de 1988. El hecho es que para entonces, no sólo captura un porcentaje importante del voto obrero en la primera vuelta (20%). Es para entonces un partido proletarizado pues los obreros están sobrerrepresentados dentro de su electorado (+5%). Para 1995, la representación obrera en el FN se parece más a la de la izquierda global en 1969 y es casi idéntico al del PCF en 1981, es decir, en la conformación del electorado el FN pareciera ser un partido de izquierda.

¹ Martin, 242 y ss.

² Florent Gougou, "Les ouvriers et le vote Front National", en *Les faux-semblants du Front National*, ed. Sylvain Crépon, Alexandre Déze, y Nonna Mayer (Paris: Presses de Sciences Po, 2015), 227 y ss.



Elaboración propia con datos de Laurent de Boissieu, "France Politique," n.d., <https://www.france-politique.fr/>

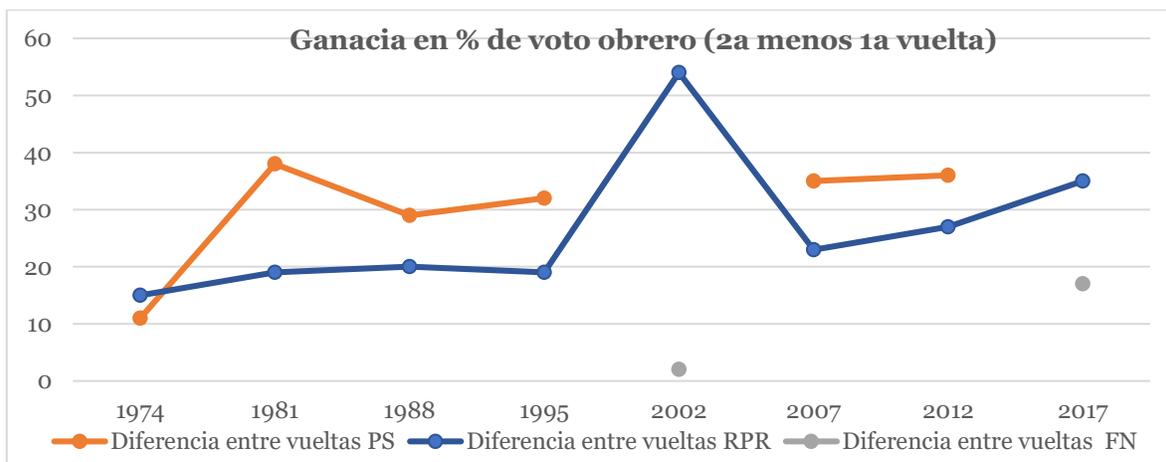
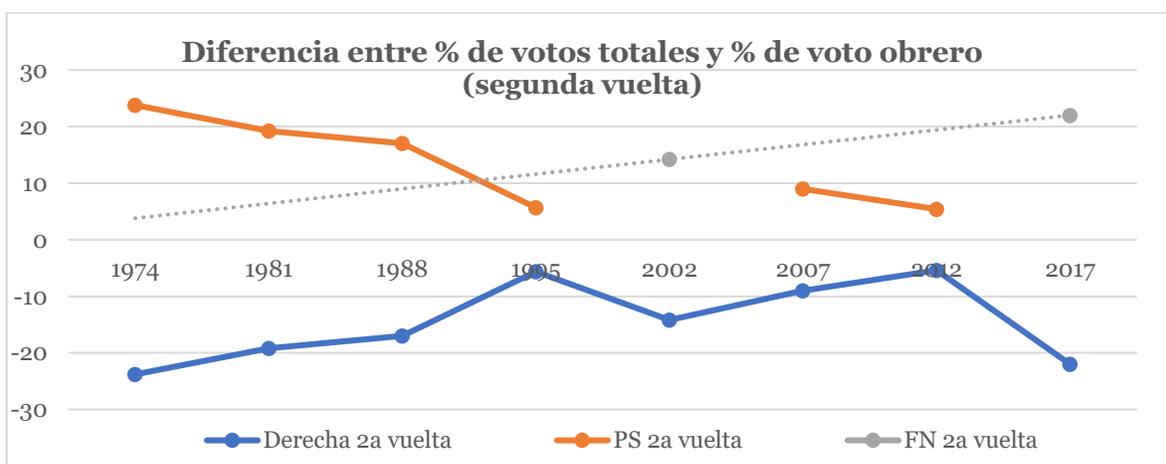
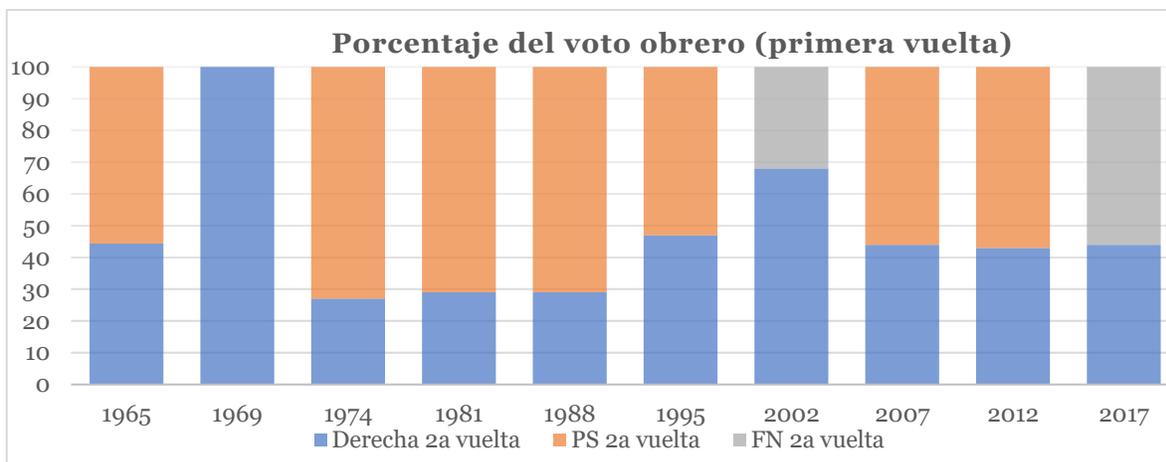
El que esta tendencia ya se observe desde 1988 hace pensar que la proletarianización ocurre antes del viraje euroescéptico del partido y de los cambios en su oferta discursiva. En cambio, como sugiere Martin, tiene que ver con el lento proceso de erosión del pacto social al que la izquierda en el poder no pudo responder satisfactoriamente. En este sentido, el voto de las clases populares, entre las que los obreros son un sector que se destaca, es un voto de

protesta antes que por filiación radical. Es necesario notar que este proceso no sólo atiende a los cambios en la izquierda y el FN. La derecha parlamentaria (RPR y UDF) cuentan su propia historia, donde el peso relativo de la clase obrera creció sustancialmente para 1995 y 2002 (-12 y -11% respectivamente), en comparación con las elecciones entre 1969 y 1988 donde los sectores obreros estuvieron subrepresentados con mayor notoriedad (entre -20% y -17%).

No es descabellado hipotetizar, siguiendo a Martin, que aunque el punto más visible de la transformación ocurrió en la década de los noventa, el proceso de alineación de los obreros a la derecha parlamentaria se venía gestando desde la década anterior, aunque el cambio es más difícil de apreciar debido a que es más tenue y menos perceptible a causa del volumen total de votos. En consecuencia, la proletarización del FN se trató más bien de un deslizamiento a la derecha que le terminó favoreciendo mayoritariamente, aunque no en solitario. Esto es tanto más evidente cuando se observa la dinámica de las segundas vueltas electorales, tal cual muestra la gráficas que siguen. Estas sirven para observar el crecimiento de los votos de la derecha parlamentaria de cerca de 20% de 1988 a 1995. En 2002 la ausencia del PS en la segunda vuelta provoca que, frente al FN, el crecimiento sea mayor, manteniéndose por encima del 30% en esta instancia desde entonces.

Igualmente, el análisis de las segundas vueltas sirve para descartar la falsa hipótesis de que el auge del FN durante la década de los ochenta y noventa condujo a una alienación general de la clase obrera hacia sus filas. Aun en el escenario más propicio, cuando Jean-Marie Le Pen accedió a la segunda vuelta en 2002, apenas se alzó con el 32% del voto obrero, lo que significó una ganancia mínima (2%) con respecto a la primera vuelta. En contraste, un 54% de obreros que no habían votado por Jacques Chirac en la primera vuelta sí lo hicieron en la segunda.

La situación es diametralmente diferente en la segunda ocasión que el FN llegó a la segunda vuelta de la mano de Marine Le Pen, donde aglutinó el 56% del voto obrero, ganando 17% con respecto a la primera vuelta y con un amplio margen de sobrerrepresentación (+22%). A diferencia del primer crecimiento del FN, este segundo momento después del 2007 es palpable una contracción en la derecha parlamentaria para la captación del voto obrero, que en términos relativos se expresa desde 2002 como una disminución de la representación dentro del total del electorado. Es decir, el realineamiento de una porción de los sectores obreros a las derechas fue un fenómeno transitorio al final de los ochenta y los noventa. Aunque las elecciones de 1995 han pasado a la historia, el auge llegaría en 1998, momento de las elecciones regionales, cuando el FN alcanza los 42 mil adherentes.



Elaboración propia con datos de Laurent de Boissieu, "France Politique," n.d., <https://www.france-politique.fr/>

Exploraré el camino que siguió el FN para llegar a este escenario en los siguientes apartados. Basta adelantar que en contraste con 2002, lo sucedido en la elección presidencial de 2017 tienen mucho que ver (además de los nuevos liderazgos al interior del

partido) con una nueva crisis económica que condujo otra vez a la izquierda al poder en otro infructuoso gobierno, en esta ocasión comandado por François Hollande.

La escisión

Era bien sabido que toda apuesta tiene su riesgo y el creciente éxito del FN no fue la excepción. Su auge electoral, en buena medida propiciado por los reacomodos discursivos introducidos por la Nueva Derecha y actores afines puso tensión en la estructura del partido, regida con mano dura por Jean-Marie y apoyado por las antiguas familias de la ultraderecha. El FN de la década de los noventa era un crisol de corrientes y trazas discursivas, lo que hacía difícil mantener la adhesión a su interior.

Por un lado, se encontraba el núcleo de los nacionales, de Jean-Marie, quienes exhibían los tradicionales hábitos de la ultraderecha francesa: entre los que se destacan su poco aprecio por la democracia liberal, declarado racismo frente a la inmigración norafricana, las viejas preocupaciones relativas al pasado nacionalista, salpicado de exabruptos antisemitas y negacionistas, el anticomunismo militante y el ultra-liberalismo económico.

Por el otro, la Nueva Derecha (*Nouvelle Droite*) de Bruno Mégret, era de origen mucho más intelectual y menos militante. Esta llegó al FN al final de la década de los ochenta y durante los noventa propiciando la renovación de su oferta discursiva y facilitando la modernización del partido. Contrariamente a las viejas familias de la ultraderecha, nació como un esfuerzo doctrinario de renovación nacionalista mediante vías democráticas, por lo mismo, se encontraba más preparada para impulsar articulaciones populistas que la generación anterior.

Sus cuadros, orientados en sus orígenes por el grupo GRECE¹, aunque más definitivamente por “El club del reloj” (*Le club de l’horloge*, LCH) habían ido escalando posiciones lentamente al interior del FN como consecuencia del fracaso en influir el RPR. Se distinguían del anticomunismo ultra-liberal del patriarca Le Pen, pero también del proteccionismo nacionalista. Por una parte, la Nueva Derecha de LCH es antiliberal y busca formular una tercer vía entre el comunismo y el capitalismo. Por otra parte reniega del nacionalismo inspirado en Maurice Barrès que consideraba la raza una construcción

¹ Jean-Yves Camus, “Le Front National et la Nouvelle Droite”, en *Les faux-semblants du Front National*, ed. Sylvain Crépon, Alexandre Dézé, y Nonna Mayer (Paris: Presses de Sciences Po, 2015), 97–120.

sociohistórica que dejaba abierta la posibilidad de la asimilación en el largo plazo, mientras que en el etnodiferencialismo la raza que reside en el pueblo es sustancialmente inmutable¹.

En cuanto a las similitudes, compartía con los cuadros tradicionalistas del FN el rechazo a la inmigración y al multiculturalismo. Sin embargo, en su actitud hacia el continente se reivindicaba una mirada diferente. En una doctrina definida como racalista y paneuropea propugnaban por una Europa de naciones que conviven, pero no se mezclan². Ante el proyecto de Bruselas, la Nueva Derecha promovía una Europa confederada bajo el estandarte de la unidad espiritual que la distinguía del resto del globo y donde el proyecto económico era menos que secundario. Siguiendo a Camus, esta postura los colocaba más cercanos al nacional-populismo³, pues reintroducía la especificidad imaginaria de lo francés en la arena política como una red significativa que facilitaba la identificación, contrariamente a la abstracta definición de la UE y su reputada influencia mundializadora.

Aunado al viraje euroescéptico y soberanista que se había operado por mediación de estos últimos, el FN también avanzó en el proceso de desdemonización del partido en vistas de volverlo un actor político de peso en el horizonte electoral francés. Con la intención de abandonar la identidad fijada sobre la extrema derecha, para mediados de los noventa, de la mano de Samuel Maréchal, resucitaron el viejo lema “Ni de derecha, ni de izquierda, francés”⁴. Aunque este constituía lema fascista reivindicado por los revolucionarios de ON⁵, permitía presentarse como una opción diferente de los actores principales en competencia: PS y RPR. En consecuencia, la ambigüedad de la afirmación se distinguía de la estrategia de confrontación radical de Jean-Marie y era una apuesta seria para conquistar nuevos electorados. Este lema, que sería ampliamente utilizado después por Marine, se distingue por apelar ampliamente a la sociedad en la medida en que perciben un desencantamiento de la política partidista como distorsión de la democracia.

Este impulso de desdemonización tenía dos razones de fondo dignas de ser tomadas en cuenta. Primero, la promulgación de la ley Pleuven de 1972 y sobre todo la ley Gayssot de 1990, que daba penalizaban a las expresiones racistas, antisemitas y discriminatorias (el negacionismo entre ellas), lo que hacía necesario buscar eufemismos para la contienda política. Además, la inclusión de cuadros y funcionarios de la Nueva Derecha al FN agregaron un repertorio de términos técnicos al discurso del partido⁶.

¹ Camus, 109.

² Fernández, “De Poujade a Le Pen: La evolución de la política europea de la derecha radical francesa”.

³ Camus, *Le Front National. Histoire et analyses*, 64.

⁴ Albertini y Doucet, *Histoire du Front National*, 197.

⁵ Kauffmann, *Le nouveau FN*, 66.

⁶ Camus, “Le Front National et la Nouvelle Droite”, 110.

El desencuentro en la estrategia no pasaba desapercibido por la reticencia de Jean-Marie hacia el final de la década por volver aceptable su comportamiento público. Conforme aumentaba el aislamiento político del partido Le Pen incrementaba sus dichos racistas: llamados a evitar una guerra civil debido a la cuestión racial, o las invectivas contra los jugadores extranjeros en la selección nacional de fútbol. En el paroxismo de la violencia, durante las elecciones legislativas de 1997 en las que Le Pen se esforzó por radicalizar la campaña, tuvo un intercambio violento con la alcaldesa socialista de Estrasburgo, presuntamente con la intención de hacer fracasar la estrategia de Mégret¹.

Este último, siempre convencido de la desdemonización renegaba de las bravatas del presidente y el ambiguo posicionamiento de su yerno. La estrategia de Mégret incluía contemplar alianzas estratégicas con la derecha (ipor vez primera como política del partido!) mediante el acuerdo de un “programa mínimo”: rechazo al alza de impuestos, buscaba dar prioridad a la seguridad, la defensa de las identidades nacionales y locales (sin referencias explícitas a la inmigración o la preferencia nacional)². La derecha parlamentaria, en ese contexto, se vio dividida entre el deseo de aprovechar la coyuntura de cara a las elecciones de 1997 y el tradicional “cordón sanitario” de aislamiento de la ultraderecha.

A decir verdad, de la vieja ultraderecha poco quedaba incólume, tras las constantes concesiones que se habían hecho recurrentemente a los recién llegados de cara a volver al partido más cercano a la población como los intentos por suavizar el discurso³ o el interés por volver al partido en el concentrador de las demandas relativas a la cuestión social bajo sus muy peculiares términos. Empero, desde 1972 el partido aún se caracterizaba la forma dictatorial y autoritaria con que Jean Marie conducía el partido⁴, que generaban la cotidiana frustración por sus pifias echando a perder los esbozos de estrategia política de Mégret y su equipo en la Delegación General⁵. En el seno del partido, con el aumento de posiciones políticas y notoriedad, estas tensiones hicieron eclosión en los albores del nuevo milenio y a la postre consumarían la transición hacia un FN marcadamente populista.

En el fondo, se trataba de una pugna entre dos lógicas políticas contrastantes que reunían cada una diversos rasgos populistas: por un lado, el carisma de Le Pen, el caudillo

¹ Albertini y Doucet, *Histoire du Front National*, 212–13.

² Albertini y Doucet, 218–19.

³ Fallidos casi siempre por declaraciones inoportunas de Jean Marie y otros cuadros de importancia.

⁴ El ejemplo más claro es la relación entre el presidente del partido los tres alcaldes que obtuvo el FN en 1995: en Toulon, un viejo FN, Jean Marie Le Chevalier rompe con Le Pen en 1999; en Marignane Daniel Simonpieri en 2001 abandona el partido siguiendo a Mégret; mientras Jacques Bompard de Orange se deslinda en 2005. Albertini y Doucet, *Histoire du Front National*, 188–90.

⁵ Órgano al interior del FN y paralelo a la Secretaría General, máximas instancias de planeación política y organizativa del FN.

histórico capaz de mostrarse cercano al pueblo francés; por el otro, la plasticidad ideológica de Mégret con que recogía múltiples demandas insatisfechas¹. Ambos atributos, carisma y vacuidad, conformaban dos facetas del discurso populista del FN en sinergia con el contexto social de desgaste del sistema político y estancamiento económico. Pese a probar ser una combinación fructífera, las desavenencias internas no permitieron llevar a buen término este intento de “desdemonización” del FN.

En este contexto, el conflicto por las posiciones en el partido se agudizó debido el auge adquirido en el panorama francés, pero se precipitó por causas internas, como era costumbre en la ultraderecha francesa. Dentro del partido, el esquema que un dedicado ingeniero institucional como Jean Marie Le Pen, en el que balanceaba el poder al interior del partido mediante el equilibrio entre dos órganos paralelos, la Delegación General y la Secretaría General, colapsó con la renuncia de Carl Lang de la corriente conservadora a la SG, dejando a Mégret solo en la DG. Finalmente, Le Pen se decide por nombrar a Bruno Gollnisch, regente de la federación de Rhône-Alpes, igualmente conservador, declarado negacionista y predilecto de los históricos acólitos de Stirbois². El auge de la popularidad de Mégret llega a su momento cumbre en las elecciones europeas de 1999 para las cuales Le Pen está inhabilitado. La negativa del presidente de otorgarle a su segundo el puesto de privilegio encabezando la lista al nombrar a cambio a su esposa, Jany Le Pen, no hizo sino acrecentar las tensiones.

La escisión, largamente anunciada, se formaliza el 12 de enero de 1999 en un congreso extraordinario del FN. Con su salida, Mégret aliena un tercio de los cuadros, 140 de 275 consejeros regionales y 62 de 102 secretarios generales. La pelea legal por el nombre *Front National* en plenas elecciones europeas se decanta finalmente por el lado de los Le Pen, pero el daño está hecho: estos obtienen 5.7% de los votos y 5 candidatos electos, Mégret 3.3% y ninguno. Sin embargo, el auge de la reacción soberanista no queda desmentida, pues la lista de Charles Pasqua y Phillipe de Villiers obtiene el 13%³.

Con el episodio de la escisión de Mégret muere el primer intento serio de consolidar la desdemonización del FN. En las elecciones posteriores, las presidenciales del 2002, el nuevo partido megretista, el *Mouvement National Républicain*, tuvo un rendimiento deplorable a pesar de ser ayudado por el equipo de Chirac a obtener las firmas para ser

¹ Años después, la falta de un líder carismático llevará a la corriente de Mégret a la insignificancia política.

² Albertini y Doucet, *Histoire du Front National*, 190–95.

³ Albertini y Doucet, 230–31.

candidato presidencial con la intención de fragmentar a la ultraderecha en una estrategia que recordaba la utilizada por Mitterrand casi 20 años antes.

Mientras tanto, el equipo de Le Pen pasaba apuros para reunir los apoyos. Las líneas con que miembros de la campaña se dirigían a una edil se repetían por doquier, rogando las firmas: “Señora, probablemente a causa de vuestra negativa, alguien que representa a 5 millones de franceses no podrá presentarse, lo que ocasiona un problema a la democracia”¹. Este fragmento de historia oral es particularmente interesante, pues revela una serie de atributos del imaginario frentista. Por principio, la poca respectabilidad del candidato Le Pen era puesta de lado en nombre de la representación que encarnaba; en otras palabras, se abogaba por la primacía de la voluntad popular sobre la moralidad republicana.

Además, ponía en relieve un rasgo puramente elitista que servía muy bien para el discurso de denuncia del FN. El requisito formal de contar con 500 firmas de “electos” revela el poder que poseen las élites para impulsarse y controlar el acceso a puestos de elección popular (como la ayuda de Chirac a Mégret hacía patente) y al mismo tiempo los controles que pueden representar para aquellos que no pertenecen a algún grupo político consolidado. Las constantes negativas de la derecha parlamentaria de otorgar firmas al FN fue un constante freno dentro de las medidas del “cordón sanitario” con las que el partido tuvo que lidiar desde su fundación.

Tras pasar penurias, Le Pen alcanzó la totalidad de los requisitos y pudo inscribirse en una elección con un récord de 16 candidatos. El conservador Gollnisch llevó la campaña que en la superficie se apegó a la ortodoxia del FN: inversión de los flujos migratorios, abrogación del derecho de suelo, preferencia nacional y restitución de la pena de muerte. En el marco de su apelación popular, Le Pen promovió otras medidas como la organización de referendos, la salida del Euro, la penalización del aborto y el regreso a las elecciones proporcionales² que en tiempos de Mitterrand le habían permitido llegar por vez primera a la Asamblea.

A pesar de las apariencias, la idea de la “desdemonización” sembrada por Mégret y sus acólitos de la Nueva Derecha no perdió vigencia por más que el grupo haya perdido la guerra por el control del partido. El mismo Jean-Marie tuvo el cuidado de mostrarse prudente durante la campaña, al tiempo que permitió la creación de una estructura al interior encargada de analizar el posicionamiento mediático del candidato. La “célula ideas-

¹ Albertini y Doucet, 245.

² Albertini y Doucet, 247.

imágenes” era dirigida por Jean-François Touzé y fue la incubadora de una nueva generación de cuadros partidarios de la desdemonización¹, entre quienes destacó Marine Le Pen.

El desenlace de la elección fue totalmente favorable a Jean-Marie y el FN. Movilizó a 4.8 millones de votantes y obtuvo el 16.9% de los votos, detrás de Jacques Chirac con 19.9% y por delante de Jospin con 16.18%. Las causas del éxito fueron internas como externas. Por un lado, el ambiente de cohabitación entre el mismo Jospin, primer ministro de 1997 al 2002, y Chirac, presidente en la misma época, era presentado como la prueba de que izquierdas y derechas eran indistinguibles. La fragilización de la izquierda de cara a la elección llevó a la multiplicación de los candidatos y la dispersión del voto. Cuatro candidatos de diversas familias de la izquierda: Arlette Laguiller de *Lutte ouvrière*, Noël Mamère de *Les Verts*, Olivier Besancenot de la *League Révolutionnaire Communiste* y Robert Hue del *Parti Communiste Français* juntaron entre ellos cerca del 20% de los sufragios. Por último, no se puede desdeñar el papel de la abstención masiva, que alcanzó el 30%.

La herencia de la Nueva Derecha, aun después de la salida de Mégret, siguió siendo patente, como en su discurso de celebración por haber pasado a la segunda ronda el 21 de abril, cuando se dirigió a los franceses “cualquiera que sea su raza, su religión o su condición social”², para después dirigirse “a ustedes los mineros, los metalúrgicos, los obreros y los obreros arruinados por el euro-mundialismo de Maastricht, los agricultores con retiros de miseria”³. Es claro que, en estas instancias, en el partido ya habían asimilado el etnodiferencialismo, el euroscepticismo y la búsqueda de ampliar las identidades articuladas en torno a la cuestión social, activando los clivajes soberanista y antielitista. La capacidad de situarse discursivamente por encima de la tradicional distinción entre izquierdas y derechas lo hacía aparecer como una solución innovadora en un ambiente de profundo hastío y decepción, como lo atestiguaba la alta abstención.

Así, Le Pen declaraba “yo soy socialmente de izquierda, económicamente de derecha y más que nada nacionalmente francés”⁴. Si bien la estrategia le sirvió para hacerse con el voto de trabajadores poco cualificados, obreros y notablemente desempleados, también acumuló votos de agricultores, empleados y profesionales descontentos, sectores en los que se colocó cerca de Chirac y por encima de Jospin. De forma ilustrativa de su viraje

¹ Sólo Touzé pasa de los 40 años. Albertini y Doucet, 249–50.

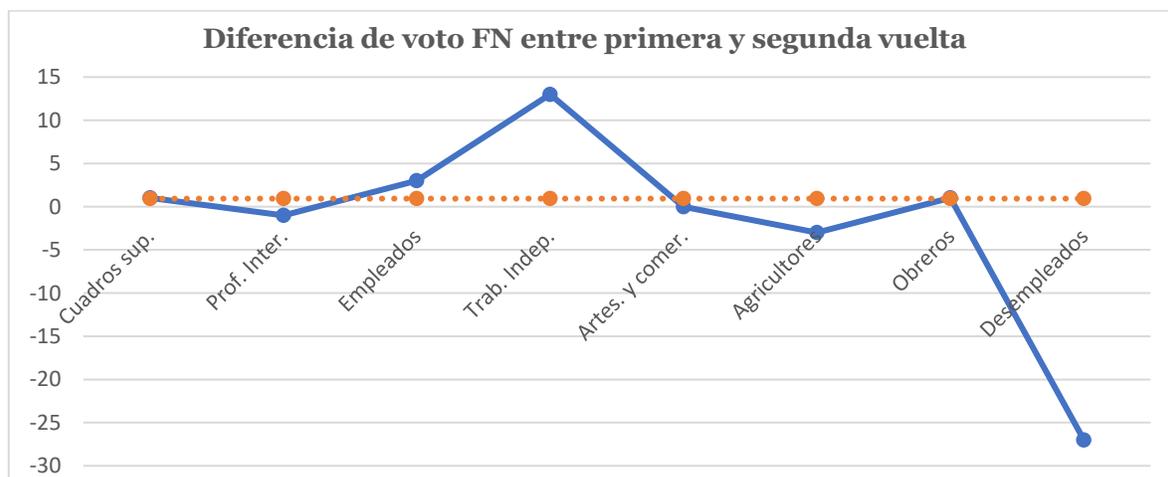
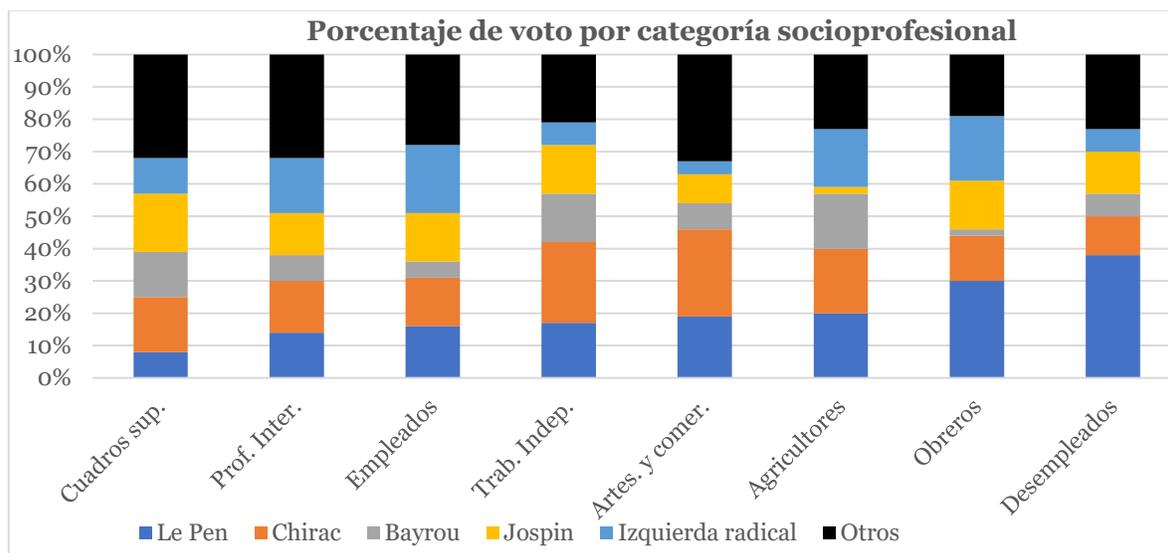
² Albertini y Doucet, 252.

³ Albertini y Doucet, 252–53.

⁴ Albertini y Doucet, *Histoire du Front National*.

cosmopolita, el PS fue el partido que conjuntó mayor número de votos de cuadros superiores (19%).

Sin embargo, entre las dos vueltas el flamante candidato presidencial fue perseguido acuciantemente por militantes de izquierda y la desorganización reinó en el seno del partido. Como consecuencia, alcanzó apenas el 17% de los votos (sumó sólo 700 mil votos con respecto a la primera vuelta) y perdió escandalosamente contra Chirac que capitalizó el voto anti Le Pen masivamente. Como el análisis de los resultados demuestra, la gran diferencia entre ambos candidatos en la segunda vuelta debe contemplar la pérdida masiva de votos que sufrió el FN en el sector de los desempleados.



Elaboración propia con información del "Panel electoral français 2002 - CEVIPOF/CIDSP/CECOP", consultado en France Politique, ver: <https://www.france-politique.fr/presidentielle-2002.htm>

Mientras que estos últimos habían sido la categoría de la que el FN había capturado el mayor porcentaje de la población en la primera ronda, siguiendo una tendencia de largo

plazo que parecía paralela al realineamiento del voto obrero, perdió estrepitosamente su apoyo en la segunda, pasando de 38% a 11%. No así en el medio obrero donde se mantuvo en el promedio de votos ganados de la primera a la segunda ronda, es decir +0.9%. Esto obliga a reparar en dos reflexiones sobre la naturaleza de este fenómeno electoral.

La primera, mientras que el voto obrero era el prototipo del voto de clase a pesar de su relativa heterogeneidad (en Francia siempre hubo un sector obrero que votó por el gaullismo), los desempleados difícilmente constituyen una clase por sí misma. Aunque el desempleo se reparte de forma desigual, donde siempre los trabajadores poco cualificados, residentes de periferias urbanas y jóvenes se encuentran sobrerrepresentados, la categoría conjunta un crisol de desplazados y desafiados hundidos en el limbo de la necesidad. En este sentido, el voto masivo por Jean-Marie en la primera ronda puede ser entendido como un voto de protesta en una elección de 16 candidatos donde la izquierda socialista aparecía irreconocible y el panorama de la izquierda comunista y radical estaba fragmentado.

La segunda reflexión tiene que ver con la imposibilidad de hablar de un realineamiento de los desempleados al FN en virtud de la poca consistencia de su comportamiento electoral y de la dificultad de considerarlos más allá de un agregado de individuos provenientes de distintas trayectorias sociales. En contraposición a los obreros, cuyo alineamiento al FN es posible trazarlo de forma consistente como correlato de una serie de transformaciones estructurales, el voto de los desempleados respondería más bien a la efectividad del discurso lepenista para erigirse como el principal agente de protesta¹.

El *impasse* electoral del FN hacia la recta final de la era de Jean-Marie le Pen se debió, paradójicamente, al éxito que tuvo en recoger las demandas insatisfechas de los perjudicados por la transformaciones socioeconómicas y políticas de las últimas tres décadas del siglo XX bajo la rúbrica de un discurso de protesta, nacionalista y antisistema. Empero, aunque una estrategia populista le abrió la puerta a otros ámbitos como el mundo obrero, el mismo éxito le alienó de otros recelosos de su estilo autoritario. Más curiosamente, aquellos que en algún momento votaron por él en la primera vuelta renegaban de volver para repetir. Parecía ser que aún para sus asiduos el FN era sólo el partido de protesta y no un contendiente serio que pudiera encabezar un gobierno.

El efecto Sarkozy

¹ Tanto más si se considera que el periodo entre 1997 y 2002 fue particularmente bueno en la reducción del desempleo en Francia, donde bajó 3.4%.

La tensión entre la desdemonización y las formas de articulación populista sugieren otra clase de inquietudes a los detractores del populismo. Al volverse el FN relevante, por el efecto de la competencia partidista, otras fuerzas políticas buscaron sistemáticamente apropiarse de elementos claves del discurso frentista, haciendo más visibles y pertinentes sus demandas políticas. ¿Es que la “captura” de la opinión pública y del espectro político francés por los discursos e imaginarios del FN son la nueva cotidianidad y qué significa si se responde afirmativamente?

La “populización” de la política francesa al estilo del FN no es algo nuevo, pero tampoco la tendencia dominante en el espectro político francés. Basta recordar dos momentos. Con el arribo de la izquierda socialista al Eliseo en 1981, el RPR comenzó a politizar la inmigración y a realizar alianzas estratégicas en a nivel local con el FN, como el episodio de Dreux atestigua. En cambio, tras su ascenso a la Asamblea Nacional después de la reforma electoral de 1985, la reacción de la derecha parlamentaria fue establecer un “cordón sanitario” de aislamiento del FN, mientras que desde la izquierda decidieron simplemente ignorarlos. Esas mismas actitudes, sin más sobresalto, se mantuvieron constantes en esa década y la siguiente, mientras el FN oscilaba de forma ambivalente entre la demonización y la desdemonización y, sobre todo, cuando la coyuntura económica y social no era tan apremiante.

No obstante, en la medida en que la situación fue cambiando y el discurso del FN adquirió cierta conformidad, otros actores lo adoptaron. El caso paradigmático es la campaña presidencial de Nicolás Sarkozy en 2007. Como consecuencia, el FN de Jean-Marie Le Pen tuvo un regreso de poco más de seis puntos porcentuales, es decir, por debajo de sus niveles de los ochentas, y se quedó lejos de pasar a la segunda vuelta electoral con un magro 10.44% por detrás de Sarkozy, 31.18%, y la candidata de izquierdas Ségolène Royal, 25.87%. Esto no significó que la demanda por un discurso de ultraderecha hubiera disminuido, sino que Sarkozy encontró la manera de usarlo para su causa.

En este escenario, el gran tino de la estrategia de Sarkozy fue presentar su proyecto emulando la estrategia que había venido refinando el FN en sus últimos años. La campaña de Sarkozy buscó activamente reunir a la derecha francesa y sin tapujos atraer al FN y a su electorado, sosteniendo un programa con marcadas similitudes en temas de políticas de seguridad, libertades e inmigración. De esta forma, Sarkozy rompió finalmente el cordón sanitario que había impuesto la derecha parlamentaria al FN y cruzó el Rubicón al apelar a los electorados más allá de la derecha y no al centro como tradicionalmente. La estrategia de Sarkozy, tal como él la concebía, era clara: la derecha debía asumirse como tal sin complejos, a contracorriente de la deriva gaullista tradicionalmente reticente a encuadrarse

en un lado del espectro político. Esta postura de falta de arraigo era descrita en sus palabras como una “estrategia suicida [que] explica en parte la persistencia del fenómeno Frente Nacional”¹. La estrategia le sería provechosa al entonces candidato, pero como demostraré posteriormente, una vez abierto el dique, el agua puede fluir para todas partes.

Aunque Sarkozy se asumía como un hombre de derechas, impulsó políticas que sólo tenían cabida en el discurso del FN, tales como las medidas represivas de control de la familia y de la inmigración, las reglas para la privación de la nacionalidad francesa o el desmantelamiento de campos habitacionales de la minoría étnica de los gitanos². Siguiendo esta estrategia, Sarkozy concentró en su persona el liderazgo carismático que sirve de catálisis a los miedos y frustraciones de la sociedad en un contexto de crisis. Badiou realiza una penetrante descripción de Sarkozy como el “amo” (*maître*) que impone orden ante las percibidas amenazas económicas y migratorias. Una figura mítica análoga al pequeño Bonaparte y cuya movilización popular recuerda a Pétain, quien prometía llevar la guerra al exterior, aunque ahora a medio oriente, para evitar la guerra al interior contra la “chusma” (*racaille*) de traficantes y terroristas venidos de tan lejos³. La narrativa era sugestiva pues capitalizaba la ansiedad social a causa de las altas tasas de inseguridad, con el fantasma del 11 de septiembre de telón de fondo.

Además de la asociación entre inmigración e inseguridad, hay dos recursos al imaginario que colocan a Sarkozy en la línea de los Le Pen y la ultraderecha desde el tratamiento de los temas hasta los recursos retóricos a los que echa mano. Por un lado, la crisis de valores, que atormenta a la ultraderecha, emanada de la “revolución cultural” de 1968 que impone el “pensamiento políticamente correcto” (*la bien pensance*), que era complementada por el estrés económico. Por el otro, el pueblo de buenos franceses, definido de forma racista y nacionalista, que olvidados por la camarilla política sufren los reveses del desempleo, la inseguridad o el islam político. Evidentemente, de ese pueblo no representado, él era el único portavoz apercebido: “Yo quiero entregar la palabra a la soberanía popular [...]

¹ Florence Haegel, “Nicolas Sarkozy a-t-il radicalisé la droite française ? Changements idéologiques et étiquetages politiques”, *French Politics, Culture & Society* 29, núm. 3, Special Issue: Political Radicalism in France: Changing Paradigms (2019): 65.

² Haegel, 62.

³ Alain Badiou, *De quoi Sarkozy est-il le nom* (Paris: Nouvelles Editions Lignes, 2007). A propósito de la analogía entre la movilización entre Pétain y Sarkozy, Badiou la explica de esta manera: “El petainismo comienza en realidad en Francia con la Restauración de 1815. Un gobierno post-revolucionario se reinstala en los cuarteles extranjeros con el apoyo vigoroso de los emigrados, de las clases desposeídas, de los traidores y oportunistas, y el consentimiento de un pueblo fatigado. Este declara que restaura el orden y la moral pública contra la anarquía sangrante de las revoluciones”. Véase: capítulo 6, “Le ‘petainisme’ comme transcendental de la France”.

al pueblo, finalmente la democracia es la soberanía popular”¹. Casi se podría decir que Sarkozy antecede o da a luz la última versión del FN, la de Marine la década siguiente.

No obstante, en una cara oculta Sarkozy representaba el ideario de transformación pro-capitalista y anglofílico en la derecha francesa, cuyas metas eran liberalizar los mercados, especialmente el laboral. Un programa de gobierno que hubiera reivindicado con gusto el FN veinte años antes y que ofrecía más de lo mismo para solventar las dificultades de siempre, aunque ahora con un condimento antiinmigrante². Frente a él se encontraba una postura más cercana al republicanismo y al legado gaullista del saliente Chirac y su primer ministro Dominique de Villepin, quienes pretendían cambios moderados en los que se fortaleciera el Estado de Bienestar y la protección laboral³.

El análisis de las elecciones de 2007 refleja claridosamente el éxito de esta estrategia, donde el panorama es muy distinto a lo ocurrido 5 años antes. Mientras el FN sigue siendo el primer partido obrero (24%) acusa una baja considerable frente a Royal y Sarkozy, pero también sorpresivamente frente a Bayrou. La desconfiguración de los clivajes tradicionales es evidente cuando se observa que mientras que Sarkozy recupera terreno en las categorías medias y altas (de forma similar a como Chirac hiciera en los noventa), Royal recupera para el PS en todos los ámbitos aunque con mayor énfasis en los extremos inferior (19% más del voto de desempleados que la elección precedente) y en el medio superior y superior (11% más en los empleados, 18% en las profesiones intermedias y 13% en los cuadros altos).

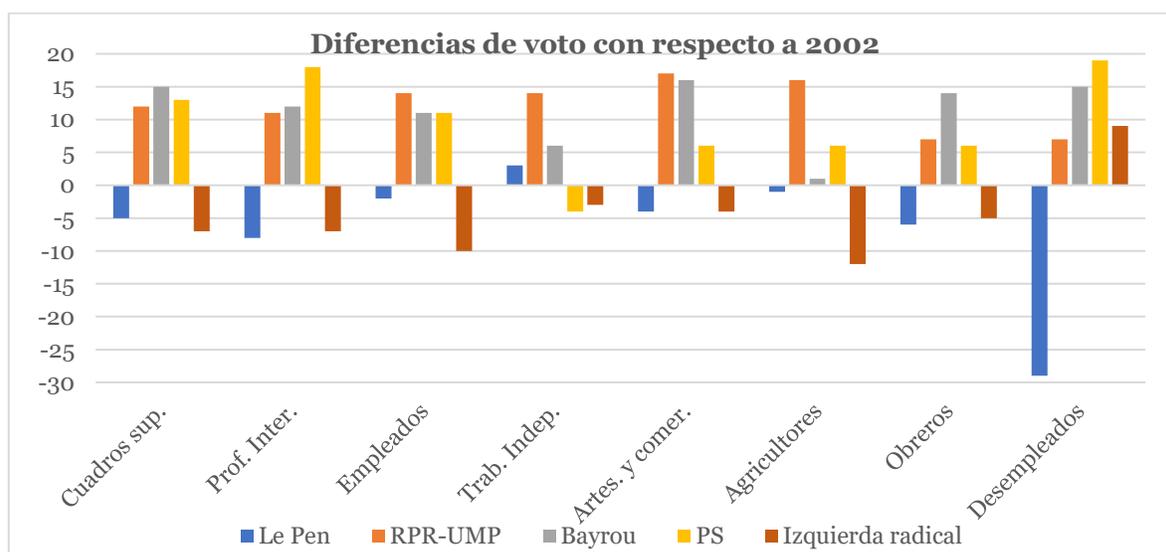
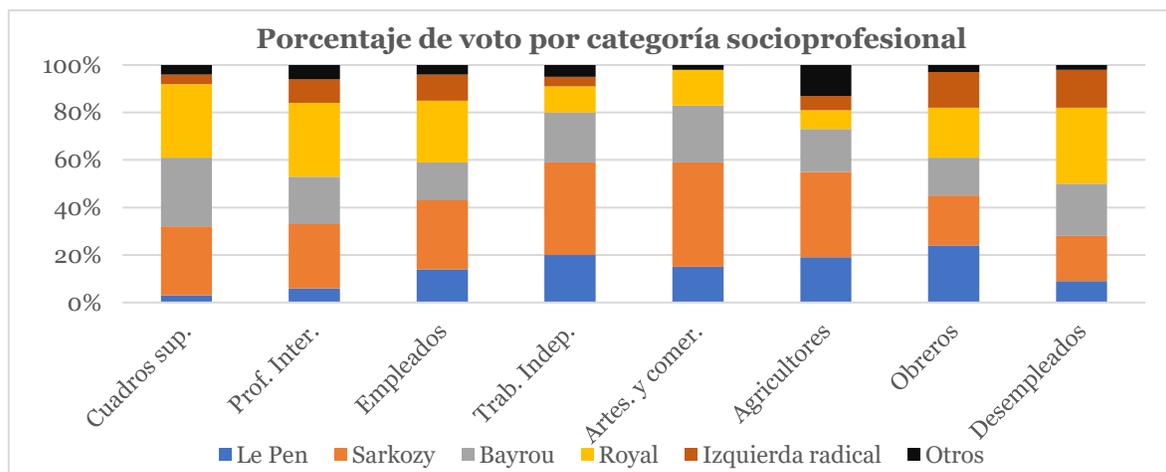
La tragedia de la izquierda es por partida doble. En este momento, el PS es ya un partido en buena medida devoto de los sectores más educados y adinerados por encima de electorados antes afiliados, pues agrupa sólo el 21% de los obreros frente al 31% de los cuadros altos y profesiones intermedias. Del lado de las izquierdas radicales, 5 candidatos obtienen 9% de los votos donde sólo Besnacenot obtiene el 4.1%. En conjunto sólo representan mediocrementemente a los obreros, 15%, y a los desempleados, 16%. Es más, decrece en todas las categorías con respecto a 2002 con excepción a estos últimos, donde crece 9% donde antes hubieran votado FN. Sintomático resulta que al mismo tiempo, Marie-Georges

¹ 20 Weekend, *Entretien avec Nicolas Sarkozy -7 octobre* (France: France 2, 2006).

² En mi opinión, Marine Le Pen y Donald Trump sólo son equiparables en lo relativo a su visión acotada de lo social que viene de sendas tradiciones históricas del nativismo y el nacionalismo etnodiferencialista. En cambio, es con Sarkozy con quien habríamos mejor de trazar esta analogía pues además de lo anterior comparten un ideario económico similar que buscan implementar haciendo eco de la lógica del chivo expiatorio.

³ Rezwan Haque, “The Sarkozy Factor: France’s Big Decision”, *Harvard International Review* 28, núm. 1 (2006): 11–12.

Buffet, con el 1.94% de la votación obtiene el más magro resultado electoral de un candidato comunista, poniendo el partido al borde de la extinción¹.



Elaboración propia con información del sondeo Ipsos 2007, consultado en France Politique, ver: <https://www.france-politique.fr/presidentielle-2007.htm>

En las elecciones presidenciales de 2007, ante el miedo a despertar de nuevo el rechazo inusitado de la opinión pública como en la segunda vuelta de la elección de 2002 y bajo la dirección de campaña de Marine, Jean-Marie accedió a un cambio de estrategia radical que anticipó el giro republicano que años más tarde implementará su hija. En un discurso en Valmy el 20 de septiembre de 2006 hizo un llamado al voto a los franceses de origen extranjero. Le siguió un afiche que reza “Nacionalidad, asimilación, ascensión social,

¹ René Chiroux, “L’irrésistible ascension de Nicolas Sarkozy”, *La Revue administrative* 60e, núm. 358 (2007): 439–40.

laicidad: izquierda y derecha lo han echado todo a perder”¹, repitiendo la estrategia de colocarse por encima del tradicional clivaje que estructura el espectro político francés.

El desempeño electoral de Jean-Marie dio cuenta de la “derechización” de la campaña de Sarkozy y la fuga de votos del FN. Con respecto al hito de 2002, los frentistas tuvieron una serie de disminuciones de su capital electoral en regiones claves y bastiones: los casos claves, en Alsacia registró casi 10% de pérdida en un territorio en que Sarkozy avanza y en la Costa Azul donde había sido primero desde 1995 llega en cuarto lugar. También registró regresos en Pirineos Centrales, Rhône-Alpes, la Picardía y la Alta Normandía. Ante el veterano candidato del FN, Sarkozy tenía la ventaja de aparecer como un candidato decente, en el sentido de que no tenía una historia de declaraciones polémicas y militancia extremista, al tiempo que podía sustentar su postura radical ante la inmigración con base en su experiencia previa de gobierno.

La desdemonización del discurso era observable en una serie de puntos: acentuaba la perspectiva populista cuando promovía organizar un referéndum sobre la abrogación del uso del velo en espacios públicos contrariamente a su tradicional determinación *a priori*; prometía una fuerte disminución de los impuestos pero sacaba de la lista el impuesto sobre el salario. Para controlar la migración y mostrar un republicanismo de cara humana, sumaban a la política de “preferencia nacional” un plan de desarrollo africano para frenar la inmigración. Por último, a la par de la característica propuesta de liberalizar el tiempo de trabajo adicionaba la promesa de fortalecer las políticas de protección social con lo que se dirigían a todos los consternados por la cuestión social.

A pesar de todos los esfuerzos, el FN apenas consiguió más del 10% y terminó cuarto, sin poderse colar a la segunda ronda que disputaron cerradamente Ségolène Royal y Sarkozy. El poco éxito electoral del FN en esta última elección no contradice el argumento sobre la movilización de la ultraderecha. En cambio, en esta coyuntura particular, el espacio discursivo de la ultraderecha populista fue ocupado en gran medida por el triunfante Sarkozy. Un triunfo para las ideas, pero no para los ideadores, o como lo plantearía el secretario general Jean-François Touzé: una “victoria ideológica del FN”². La política migratoria había sido principalmente influida por el FN desde los años ochenta. Sin

¹ Albertini y Doucet, *Histoire du Front National*, 280.

² Christiane Chombeau, “Jean-Marie Le Pen perd un million de voix par rapport à 2002”, *Le Monde*, el 23 de abril de 2007, https://www.lemonde.fr/societe/article/2007/04/23/jean-marie-le-pen-perd-un-million-de-voix-par-rapport-a-2002_900254_3224.html.

embargo, las medidas restrictivas no habían ocupado un lugar de privilegio hasta que fueron adoptadas por Sarkozy¹.

La victoria de Sarkozy sirve al observador para corroborar que la estrategia populista del chivo expiatorio rinde frutos en contextos de inseguridad económica. Para Sarkozy se trataba de la escoria, aquella a la que se refiriera en un acontecimiento memorable, en 2005 siendo ministro de interior al arribar a Argenteuil cuando es recibido hostilmente por los pobladores, haciendo que el ministro se refugie y en un momento de cólera exclame: “¿No han tenido suficiente de esta banda de escoria? Nos desharemos de ella”. Para el FN, la moraleja es simple: el partido debía completar su proceso de desdemonización para poder presentarse como una opción decente ante el electorado francés descontento.

Asimismo, Sarkozy institucionalizó la vieja fórmula de asociar la inmigración como un peligro para la identidad cultural al crear el Ministerio de Inmigración, de Integración, Identidad Cultural y Co-desarrollo (MIIINC)². Este enfoque tenía dos filos, por un lado el notable rechazo del otro como un agente extranjero a la preciada identidad, pero por el otro el tono paternalista de la integración de los inmigrantes norafricanos a la francesa. Como bien señala Achille Mbembe en la crítica a un célebre discurso de Sarkozy en Dakar, el falso universalismo y la cobertura de la bondad hacia “aquellas naciones tan hondamente sumergidas en la noche de la infancia”³ sirve de amnesia sobre las heridas de la larga historia colonial de una país desacomplejado.

Sarkozy es así causa y consecuencia. Su advenimiento no pudo ser posible sin la persistencia del FN de colocar la agenda. Su legado, podemos hipotetizar es llevarla al poder, refinarla y gestar el parto del FN por venir. A la distancia, una observadora recurrente de la ultraderecha francesa ve pocas diferencias entre éste y Sarkozy⁴, lo cual es una forma de decir que fue su precursor al abrir la puerta a la normalización del discurso antiinmigrante. La incertidumbre se había agudizado lo suficiente como para volver esta oferta discursiva aceptable y popular.

No así el proyecto económico y social del FN de Marine Le Pen que se sitúa en las antípodas del de Sarkozy, en la recuperación del Estado, de un republicanismo radical, el antielitismo y la limitación de las consecuencias perversas de la inmigración. El tiempo había

¹ João Carvalho, “The FN impact on French immigration politics and policy”, en *Impact of Extreme Right Parties on Immigration Policy* (New York: Routledge, 2014), 124 y ss.

² Carvalho, 124.

³ Pascale Barthélémy, “« Nul ne peut faire comme si rien n’était arrivé. ». Retour sur la réception du « discours de Dakar »”, *Écrire L’Histoire*, núm. 7 (2011): 36–37, <https://doi.org/10.4000/elh.371>.

⁴ Nonna Mayer y María D. Valderrama, “Nonna Mayer: ‘No veo la diferencia entre Marine Le Pen y Nicolas Sarkozy’”, *El Mundo*, el 20 de noviembre de 2016, <https://www.elmundo.es/internacional/2016/11/20/582f154e46163f7a668b4689.html>.

llegado y nadie siquiera vislumbraba la crisis económica del 2008 que en Europa se convertiría en una crisis política que el FN estaría más preparado para capturar gracias a la normalización de su discurso y su imaginario que había puesto en marcha Sarkozy.

La mundialización salvaje

Si la escisión megretista puso en pausa el proceso de desdemonización al interior del FN, esta condición no duró por mucho tiempo. La deriva populista del partido alcanzó su recta final en años recientes en el contexto de crisis económica de 2008 y la crisis migratoria que tuvo su auge en el 2015. Ninguno de los dos acontecimientos constituye una novedad, todo lo contrario, son la continuación de los procesos de liberalización económica y globalización¹ en su etapa más avanzada.

Donde sí hubo una clara ruptura es del lado del partido, simbolizada por la sucesión y posterior enfrentamiento entre Jean-Marie y Marine Le Pen. Padre e hija, en una clase de edípica tragedia, no sólo escenifican el drama familiar por el poder en el partido; simbolizan el encuentro entre la lógica de la demonización y la desdemonización. En el triunfo de la progenie se consolidará la orientación del partido hacia una lógica populista y la muerte (al menos hasta el momento) de los remanentes extremistas que aún continuaban atormentando las intenciones del partido de volverse “decente”. En la conjunción de ambos procesos, la trayectoria del FN desembocó en la elección presidencial de 2017, donde la campaña de Marine Le Pen articuló una coalición populista que cimbró la política francesa.

Para rastrear el cenit del proceso, dedico la primera parte de este apartado a entender el contexto en el que ocurre la última desdemonización del FN. En consecuencia, estudio la crisis económica de 2008 que se extendió por casi un lustro seguida de la crisis de refugiados que cobró relevancia mediática a partir de 2015². Al mismo tiempo resalto la capacidad de Marine y los voceros del FN de englobar ambos fenómenos y conectarlos con el discurso histórico del partido en el significativo flotante de la “mundialización salvaje” como némesis del pueblo será el catalizador del apogeo de la articulación populista.

En la segunda parte me detengo en la elección del 2017, que representó la culminación del refinamiento de la estrategia política del partido. Esta elección es por demás importante ya que confirma al FN como la principal fuerza política del país. Además, en el

¹ Cabe destacar que el término mundialización, popular en la academia y la opinión pública francesa, no es el equivalente exacto de globalización, como se ha definido en el ambiente intelectual anglosajón. Sin intenciones de discutir los matices de la distinción, reservaré mundialización (*mondialisation*) para el proceso al que alude en su discurso político Marine Le Pen y globalización como referencia y categoría de análisis académica.

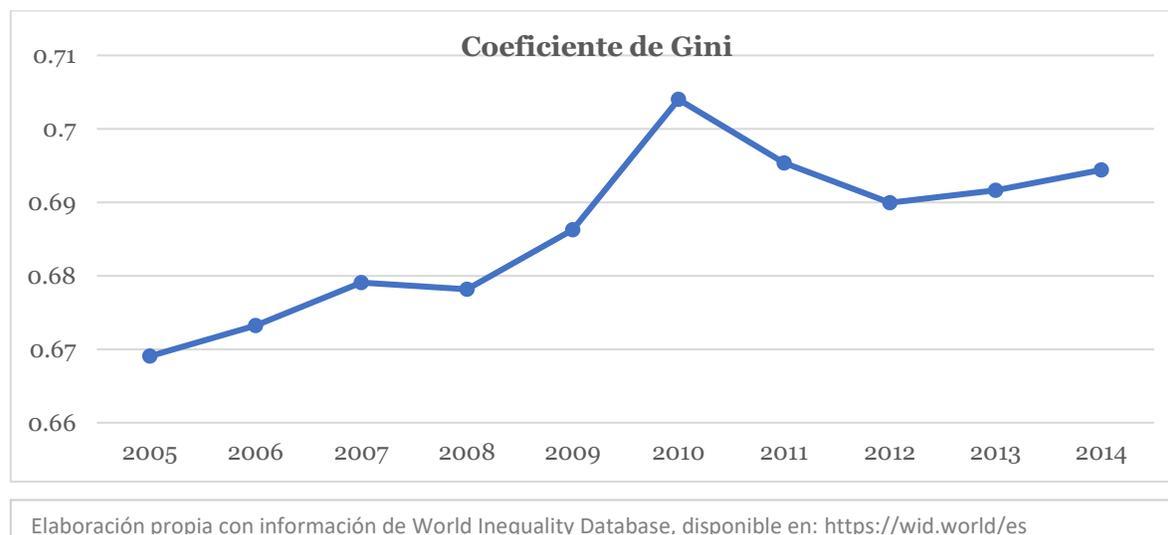
² No es mi intención plantear en esta investigación una teoría de las crisis, pero la terminología usada requiere una breve justificación. Me permito emplear la expresión “crisis de refugiados” siguiendo el espíritu del concepto que vengo utilizando desde el capítulo anterior cuando argumenté que la sociedad puede entrar en momentos de crisis no sólo en el sentido economicista como una “crisis objetiva” sino también en términos intersubjetivos como un conjunto de percepciones que afectan la forma en que la sociedad se autocomprende.

análisis de sus particularidades electorales es visible la conformación de una articulación populista.

El nuevo FN y las dos crisis

La crisis económica del 2008 tuvo como su detonante principal los niveles excesivos de financiarización de la economía mundial. Debido a mecanismos que volvían los altos niveles de deuda de instituciones pobremente reguladas activos de inversión y refinanciarización, se crearon los incentivos para el abuso en el otorgamiento de primas impagables que a la postre arrastrarían a los mercados de todo el mundo a una crisis de la dimensión de la de 1930¹.

En la Unión Europea, la crisis se convirtió en una crisis del Euro al año siguiente agravada por la incapacidad de los países de implementar políticas monetarias de ajustarse debido al Euro². En Grecia, el caso más claro, el desempleo creció rampante sólo superado por la deuda pública. Empero, las consecuencias inmediatas también se hacen sentir en países aparentemente afectados. El aumento de las tasas de interés, la pérdida de empleos y de poder de consumo trajo como siempre un aumento de las desigualdades.



Que esta crisis se haya vuelto automáticamente una crisis política de la UE no era sorprendente. Desde la introducción del Euro, en el 2002 de forma definitiva, se acentuó

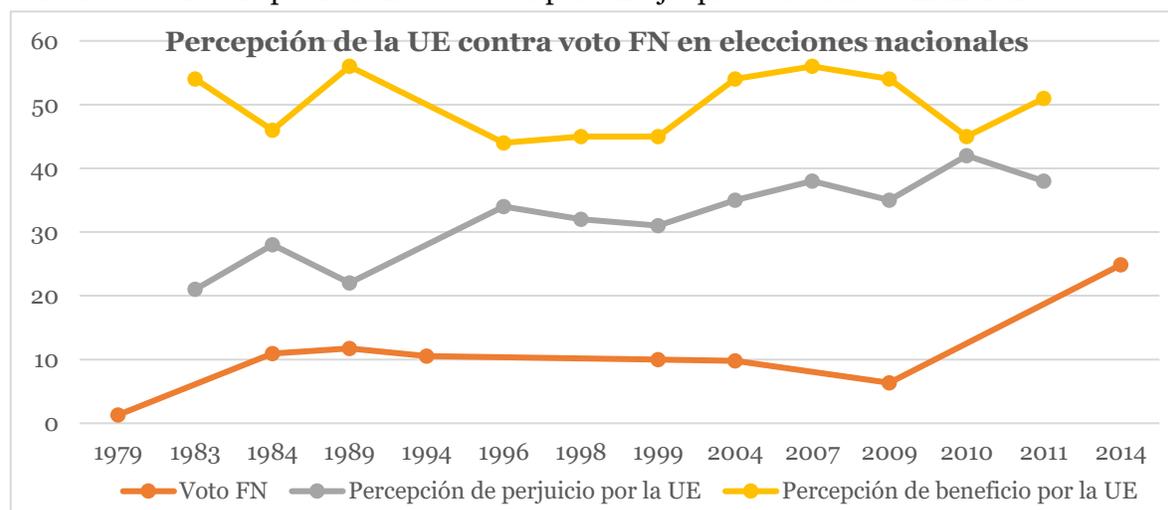
¹ Douglas W Arner, “The Global Credit Crisis of 2008 : Causes and Consequences”, *The International Lawyer* 43, núm. 1 (2019): 91–136, https://www.lemonde.fr/les-decodeurs/article/2017/05/07/le-second-tour-de-la-presidentielle-2017-en-8-chiffres_5123931_4355770.html.

² Este es el argumento principal de Stiglitz, quien asegura que de haber tenido posibilidad de implementar medidas monetarias la crisis no hubiera tenido las consecuencias adversas que tuvo en algunos países. Véase Stiglitz, *The Euro. How a Common Currency Threatens the Future of Europe*.

una tensión económica con dos grandes causas que alimentarían las tensiones políticas por el conflicto de soberanías: el mercado común europeo y la política monetaria unificada. La crítica de Wolfgang Streeck de considerar las instituciones económicas como objetivas y neutrales lleva a subrayar las tensiones y las desigualdades que crean a su interior¹. Así, las divisiones al interior de la UE entre el norte liderado por Alemania y el sur mediterráneo en disputa por la adaptación del sistema económico puede traducirse en clivajes al interior de los países entre ganadores de la unión y sus detractores.

La crisis económica del 2008 tuvo dos consecuencias que serían aprovechadas por el discurso del FN. En el dominio económico, la generalización de la idea de que como institución monetaria no atendía el interés general sino el poder de una élite capitalista. En el dominio político, la frustración de ver la política democrática subordinada a intereses supranacionales que no podían ser controlados ni puestos a discusión.

El sueño de los impulsores de la divisa europea seguía el espíritu de la integración que había llevado a la UE. En el fondo, no sólo se crearía una institución política y económica, sino que cristalizaría una identidad: el europeo². Las consecuencias del malfuncionamiento tuvieron exactamente el efecto contrario, la repulsa contra la identificación europea. En Francia, la percepción generalizada de que la UE era beneficiosa para el país se mantuvo relativamente estable, teniendo su peor momento debajo del 45% de aprobación en los años post-crisis. Sin embargo, lo notable es el creciente descontento del otro sector de la población a costa del porcentaje que se declaraba indiferente.



Elaboración propia con información del European Commission, "Eurobarometer," Eurobarometer, n.d., <http://ec.europa.eu/commfrontoffice/publicopinionmobile/index.cfm/General/index>.

¹ Véase: Streeck, "Why the Euro Divides Europe".

² En las postrimerías del pasado milenio, Jean-Claude Juncker y Helmut Kohl se expresaron así. Streeck, 11.

Como resultado, el aumento de la polarización en torno a la deseabilidad de la UE divide al hexágono en dos bloques que reflejan la brecha social que la globalización ha cavado en la sociedad. Los crecientes niveles de votación para el FN en las elecciones europeas de 2014 (24.8%) son la cara electoral del fenómeno. De entrada, representa un hito histórico para el partido que nunca se había elevado con tantos sufragios, ya que en las anteriores elecciones apenas había superado el 10% en los ochentas y noventas¹.

En tal contexto de crisis y división ve luz el nuevo FN de Marine Le Pen, bajo un signo plenamente populista. La sucesión, de mucho tiempo atrás anunciada, enfrentó a su delfín, Bruno Gollnisch con su hija Marine Le Pen. Puestos el uno frente a la otra, son perceptibles las dos caras de la ultraderecha. Por un lado, Gollnisch es una vieja reliquia de la derecha nacionalista con tendencias revolucionarias, católico tradicionalista y bendecido por los mayores del FN. A diferencia de Jean-Marie, que defendía la desdemonización como una estrategia para ganar notoriedad política², él consideraba la desdemonización como una concesión al *establishment*³.

Por el contrario, Marine encarna la última ola de militantes del FN, jóvenes que no vivieron los viejos dramas de la ultraderecha como la colaboración, Vichy y Argelia. El grupo que venía desde la “célula ideas-imágenes” de la campaña del 2002 y eran denominados los *night clubbers* por su gusto por la vida nocturna. Asimilados al ideario de la Nueva Derecha, se enfrentaban a la vieja guardia por el tono del discurso nacionalista, la posición encontrada hacia el antisemitismo y la búsqueda de una reconfiguración discursiva de la lucha contra la inmigración⁴.

La dimensión de los cambios discursivos que introduce Marine no pasa desapercibida. Las tensiones entre el ahora presidente honorario del partido, Jean-Marie, y la presidenta en funciones, Marine se repitieron a lo largo de los años. Son importantes pues remiten a dos visiones diferentes sobre la desdemonización. Marine ve en la

¹ Laurent Boissieu, “Eléctions Européennes”, France Politique, s/f, <https://www.france-politique.fr/resultats-elections-europeennes.htm>.

² Jean-Marie, a diferencia de Gollnisch, pensaba que la demonización del partido era atractiva porque era agresiva. No había en él la rigidez ideológica de su subalterno. Véase: Eltchaninoff, *Inside the Mind of Marine Le Pen*, 38.

³ Albertini y Doucet, *Histoire du Front National*, 259-260 y 274. El mismo Gollnisch tuvo su “detalle (negacionista) de la historia” en el 2004, lo que le vale el descrédito público y la condena abierta de Marine.

⁴ De hecho, en la década de los noventas, Marine se mostró favorable a abandonar la lucha contra la inmigración como punta de lanza de la política del FN. Albertini y Doucet, 261.

desdemonización la principal causa del éxito electoral tardío del partido, al hacerlo más proclive a reunir a una variedad de electores que no están tan a gusto con el lenguaje tradicional de la ultraderecha. Mientras, Jean-Marie percibe el éxito como consecuencia de la larga marcha desde su fundación en 1972¹, el premio a la perseverancia. El contraste marca con claridad la brecha entre la ultraderecha tradicional y la nueva derecha populista.

El rasgo más palpable del proceso de desdemonización de Marine tiene que ver con la construcción del pueblo. Aquí la tensión es cualitativamente gradual: mientras el registro extremista de la vieja ultraderecha veía en el pueblo una construcción de individuos definidos por la sangre y el suelo, es decir, biológica, Marine se permite una visión maurrasiana, por ejemplo cuando afirma: “Todos los niños de Francia tienen en los galos a sus ancestros, no a través de la genética, pero por su amor a la libertad”², reviviendo los temas nacionalistas y republicanos. El pueblo ya no se define por exclusión de la diferencia biológica, sino por aquellos que no se integraban abandonando su diferencia cultural.

Las complejas relaciones entre el populismo y el republicanismo han sido discutidas en los textos teóricos sobre el populismo, donde se concibe que su núcleo ideacional es una versión radicalizada y degenerada de la voluntad general de Rousseau³. Por el contrario, me inclino a pensar que ambos comparten en el “pueblo” un núcleo discursivo que puede instrumentarse con diversos matices. Al voltear hacia el republicanismo, Marine rompe con la tradición de la ultraderecha y redefine al pueblo a partir de una visión restrictiva de la igualdad⁴. Enunciar el pueblo en sentido igualitario le será sumamente útil pues le permitirá inscribir una serie de demandas que de otra forma no puede ser pronunciada.

Para Marine, tornar hacia el republicanismo francés era encontrar su “pueblo histórico”, ya sea volviéndose hacia la era de oro de la tercera república o haciéndose de la herencia gaullista. Como destaca agudamente Michel Eltchaninoff, mediante el giro republicano Marine Le Pen republicaniza la historia y los símbolos de la ultraderecha, como lo hace con Juana de Arco a quien presenta como la encarnación de la consciencia nacional⁵.

¹ Eltchaninoff, *Inside the Mind of Marine Le Pen*, 34.

² Para la visión de la vieja ultraderecha véase pp. 17 y ss. Para el viraje cultural de Marine pp. 41 y ss. de Eltchaninoff, *Inside the Mind of Marine Le Pen*.

³ La exhortación de la voluntad general está fuertemente considerada dentro de los estudios ideacionales del populismo. Véase Mudde y Kaltwasser, *Populism. A very short Introduction*, 5–6.

⁴ Ver capítulo 5, “The Republican Turn” Eltchaninoff, *Inside the Mind of Marine Le Pen*, 82–94.

⁵ De hecho, cualquier personaje o acontecimiento de la historia francesa, para Marine, lleva agua al molino del nacionalismo. Hará una reinterpretación similar para la colaboración y los inicios del FN, donde este nace de la resistencia francesa mientras equipara a los colaboradores con el ducado de Borgoña, aliado de los ingleses durante la guerra de los cien años. La desdemonización se vuelve retrospectiva. La metáfora sirve igual para Sarkozy, en este caso, colaborador de los bancos, Alemania y Estados Unidos. Eltchaninoff, 52 y ss.

De esta forma, logra un sincretismo complejo que puede ser interpretado como continuación de la tradición revolucionaria. Aún más, Marine se sirve de los viejos relatos de la ultraderecha, ahora como parábolas de la lucha populista contra las élites y los migrantes. En el tradicional discurso del primero de mayo en que históricamente el FN celebraba a la heroína, declaraba: “Entregada a los extranjeros por una partida de la alta nobleza, Francia será salvada por una hija del pueblo”¹. Hay algo de grandilocuencia escondido en el discurso de Marine, como lo exige el carisma del líder populista. Ella se presenta representando un gran psicodrama, como Juana de Arco, que libraré a los franceses de las nuevas invasiones económicas y culturales.

Esta forma de articulación, de la construcción del pueblo como una identidad, necesariamente viene seguida de la construcción antagónica de otra. La política de la identidad del FN tiene su unidad semántica organizadora en la “mundialización salvaje”², de capital interés para la reflexión pues permite organizar el proyecto político de Marine de forma persuasiva en referencia a los que considera los problemas de Francia: la asociación de la inmigración como un problema social y laboral, que convierte en emergencia de seguridad por su muy particular visión del islam, y es confluyente con el capitalismo por su carácter global. Ambos fenómenos son nominalizados como “totalitarismos” de nuevo cuño, para seguir con la tradición de Jean-Marie de decirse combatiente del “totalitarismo soviético”, Marine se declara antagonista del “totalitarismo religioso”, el islam, y del “totalitarismo financiero”³. De esta forma, inmigración, seguridad y economía son suturadas en una sola articulación discursiva que conjunta de forma coherente viejos conocidos del discurso frentista, los inmigrantes, y debutantes, los banqueros apátridas.

Pocas veces la realidad alcanza con tanta exactitud a la palabra. Es este el caso de los frentistas que de tiempo atrás pregonaban el advenimiento de la “mundialización salvaje”⁴. Si la exactitud del relato que sigue a la realidad es el orgullo del historiador, la precisión de la realidad por apearse al relato forja el carisma del profeta. Así constituyeron su *ethos* los Le Pen, profetizando en el desierto hasta que las mencionadas plagas alcanzaron las antes

¹ Marine Le Pen, “Discours - Vendredi 1er mai 2015”, Rassemblement National (site web), 2015, <https://rassemblementnational.fr/discours/discours-de-marine-le-pen-vendredi-1er-mai-2015/>.

² Para un ejemplo claro y conciso, véase: Marine Le Pen, “Discours du 23 avril 2017”, (2017), <https://www.youtube.com/watch?v=5gT25kPnbhs>. Consultado en línea el 27 de mayo de 2019. Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=5gT25kPnbhs>

³ Eltchaninoff, *Inside the Mind of Marine Le Pen*, 61. A pesar de la ruptura, es mucho lo que Marine hereda. La nominalización “prisión de gentes” que su padre utilizaba para referir a la URSS es reactualizado en su discurso a la UE. Véase ídem, 66.

⁴ El término “mundialización” también tiene su historia en el imaginario del FN, hay registros de que Jean-Marie lo usaba desde 1984, aunque con insistencia desde 1995. En cambio, la ultraderecha de inclinaciones neofascistas desde los sesentas. Véase: Eltchaninoff, 66.

plácidas tierras del hexágono. El discurso de Marine, se verá, es de una coherencia impecable, lo que lo hace de carácter casi mitológico por la visión simpática del mundo que presenta¹, trazando relaciones entre todos los males de la Francia y proveyendo comprensivas soluciones. Esto la distinguirá del viejo discurso del FN bajo la égida de su padre para quien el campo de batalla era una explicación mucho menos sofisticada sobre la relación entre inmigración e identidad cultural². Por principio, el “totalitarismo financiero”, para Marine, no solo es de carácter económico. Retumba en la identidad cultural de la sociedad, vaciándola de valores y volviendo a los ciudadanos entes consumidores. En este sentido, para la presidenta del FN, el mundialismo es la última victoria del liberalismo.

Prestar atención a lo “salvaje” de la mundialización como significativo flotante opuesto a lo “civilizado”, permite desenmarañar la política identitaria del FN. Lo salvaje sirve de dos maneras: como una modalización, que permite calificar la amenaza como un proyecto adverso y dañino diferente a un proyecto moderado y adecuado a la sociedad francesa. Más allá de la precisión conceptual, el uso de lo salvaje remite a una genealogía más oscura que remite a los imaginarios de la otredad extraña y peligrosa. Al contrastar lo salvaje con civilizado, como forma de dar definición a los contornos de lo propio, el discurso de la ultraderecha refuncionaliza las tensiones de la otra “crisis”, la de refugiados...

Finalmente, tenían en los refugiados personas concretas de quienes construir la figura imaginaria que sirviera para activar todos los imaginarios que con los años llevaban cultivando. La crisis migratoria de refugiados fue el segundo acontecimiento que marcó profundamente la opinión pública francesa en aras de la consolidación de la oferta discursiva del FN y le proveyó de contenido “real” a sus arengas.

La crisis de los refugiados, producto del deterioro de la guerra civil en Siria y zonas aledañas, comenzó en 2011 pero tuvo su apogeo en 2015. El desenvolvimiento de la crisis de refugiados en Francia es analíticamente importante pues da cuenta de la cooptación del imaginario político francés a manos de la ultraderecha. De aproximadamente 5 millones de refugiados de la crisis Siria, en el 2015 el gobierno francés sólo otorgó poco más de 10 mil

¹ Ernst Cassirer afirmaba que una característica definitoria del pensamiento mítico era la creencia de que el mundo se comportaba “simpáticamente”. Es decir, que todos los elementos que componen la estructura de la realidad estaban interconectados por relaciones de solidaridad que podían ser desentrañados y descritos (en tanto forma simbólica, la ciencia comparte esta característica con el mito). Véase: Cassirer, *El mito del Estado*.

² Por lo tanto, el FN se ha alejado de la caracterización de partido monotemático (single-issue party) para convertirse en un partido populista con una agenda amplia y un electorado estructurado. La noción de partido monotemático ha sido discutida por Cas Mudde de forma convincente. Aquí la recupero sólo como tipo ideal. Véase: Mudde, “The single-issue party thesis: Extreme right parties and the immigration issue”.

visas a natales de ese país, de las cuales mil ochocientos fueron visas de refugiados que eventualmente permitirían solicitar una demanda de asilo en Francia¹. En retrospectiva, aunque el flujo de los refugiados era una cuestión palpable aumentando su población en Francia en 1 millón de 2006 a 2016², fue artificiosamente utilizado por la ultraderecha para legitimarse.

El episodio puso en juego la totalidad de actores que el FN había perseguido con su discurso. Por un lado, las presiones por parte de Jean-Claude Juncker, presidente de la Comisión Europea de la UE, para que Francia aumentara el número de refugiados que tenía proyectado³ reforzaban la idea de la UE como un ente anti-soberano e ilegítimo poco preocupado por los intereses del pueblo francés. En ese tono, Marine Le Pen se permitía declarar: “Francia no es ya un Estado [...] se ha convertido en un vasallo de otras potencias”⁴, cuya capital se encontraba, según ella, en Washington y Berlin. En la característica dramatización del discurso frentista, la UE era reducida un nuevo tipo de totalitarismo burocrático, tecnocrático y antipopular⁵.

En un sentido similar, la convergencia entre el gobierno socialista y la centroderecha (UMP), y su acatamiento de las directivas de la UE era calificada por la lidereza como “un gobierno fantoche, un gobierno florero”⁶ (decorativo). La unión de los acrónimos de ambos partidos, que Marine utiliza con soltura, “UMPS” da idea de esa unión, como también el otro apelativo que usa frecuentemente, “la casta” que es el antagonista existencial del pueblo. En su marcado estilo populista, la clase política era presentada a la manera de una élite corrupta, ineficiente y sólo preocupada de dar gusto a las directivas de Bruselas.

En tercer lugar, recurrió a los inmigrantes, que se habían instaurado en el imaginario francés desde tiempos de Sarkozy. La inclusión de los inmigrantes en la articulación discursiva de Marine tiene un valor sustantivo más allá de lo evidente. En primera instancia,

¹ Perrin Mouterde, “La France a accueilli 10 000 Syriens depuis 2011 sur les 5 millions qui ont fui leur pays”, *Le Monde*, el 14 de marzo de 2016, https://www.lemonde.fr/proche-orient/article/2016/03/15/refugies-syriens-les-chiffres-de-l-accueil-en-france-syrie5ans_4883220_3218.html.

² INSEE, “En 2017, la moitié des personnes arrivées en France sont nées en Europe”, 2019, <https://www.insee.fr/fr/statistiques/3716876#consulter>.

³ “La France devrait accueillir plus de réfugiés”, *Le Figaro*, el 4 de septiembre de 2015, <http://www.lefigaro.fr/flash-actu/2015/09/04/97001-20150904FILWWW00252-la-france-devrait-accueillir-plus-de-refugies.php>.

⁴ Discurso pronunciado en la clausura de la Universidad de verano del FN el 6 de septiembre de 2015, en plena crisis y tensión con la UE Olivier Faye, “Pour Marine Le Pen, «l’immigration est un fardeau»”, *Le Monde*, el 6 de septiembre de 2015, https://www.lemonde.fr/politique/article/2015/09/07/pour-marine-le-pen-l-immigration-est-un-fardeau_4747421_823448.html.

⁵ Eltchaninoff, *Inside the Mind of Marine Le Pen*, 62.

⁶ Faye, “Pour Marine Le Pen, «l’immigration est un fardeau»”.

sirvió para articular las tres esferas temáticas bajo un solo significante: la economía capitalista desregulada, la amenaza cultural causada por la crisis del modelo de integración, y la amenaza al orden securitario. Pero como figura del discurso que ilustra¹ a la mundialización salvaje, el migrante es particularmente útil pues encarna en representaciones concretas mucho más fácilmente comprensibles que “los banqueros apátridas” o las imperialistas élites políticas de Bruselas, Berlín y Washington. Con particular ingenio, Marine construye alrededor del migrante la mitología que justifica el rito sacrificial que recuerda el misticismo de otro conservador, Joseph de Maistre². Al hacer del inmigrante el chivo expiatorio de todos los males de Francia, su inmolación ritual tiene el efecto de purificar a la comunidad y reconciliarla.

La figura del migrante que construyó el FN era totalmente regresiva³. El migrante condensaba en un solo significante la amenaza económica, la cultural y la securitaria. Desde la perspectiva económica, el migrante era presentado como un fardo a las comunidades. Así reactivaba los viejos temas sobre la competencia económica de los migrantes frente a actores nativos como obreros y campesinos. En el contexto de las presiones por aceptar refugiados durante la crisis, el FN reconoció que sólo podían oponerse a nivel local y anunció que sus alcaldes se negarían a recibir migrantes en sus ciudades. Adicionalmente, trazaba una conexión de sentido entre esta y la crisis precedente, en discursos dirigidos principalmente a aquellos afectados por las turbulencias financieras de 2008 y los años subsecuentes. Así, afirmaba que “es una inmigración económica a un país exangüe económicamente”⁴.

Cabe hacer la precisión, el migrante de Marine es particular y está marcado por el signo de su tiempo. En su deriva hacia las políticas de la identidad el FN tiene que abandonar las definiciones racialistas y se vuelca hacia las culturalistas. El incremento de los atentados terroristas de corte fundamentalista en el hexágono y la notoriedad que obtuvo el Estado Islámico en la opinión pública catalizaron la adición de valores a su figura: ya no era sólo un

¹ Para Perelman y Olbrechts-Tyteca los argumentos basados en la estructura de lo real, como la ilustración, son persuasivos pues parten de conocimiento socialmente distribuido para asegurar la aceptación de una tesis. En el caso de la ilustración, se trata de escoger un caso concreto que se adapte a una regla aceptada. La elección del migrante viene dotar de esa concreción a los malestares de la sociedad francesa. Ver Chaïm Perelman y Lucie Olbrechts-Tyteca, *Traité de l'argumentation : La nouvelle rhétorique* (Bruxelles: Université de Bruxelles, 2008), cap. Les arguments fondées sur la structure du réel.

² De Maistre vivió entre 1753 y 1821. Ha sido recurrentemente una inspiración para la derecha francesa. Véase Joseph de Maistre, *Tratado sobre los sacrificios* (México: Sexto Piso, 2009).

³ En contraposición, una visión progresiva de la figura del migrante puede encontrarse en Nail, *The Figure of the Migrant*.

⁴ Faye, “Pour Marine Le Pen, «l’immigration est un fardeau »”.

competidor económico de la mano de obra local llevado por las élites económicas¹ como sugiriera Stirbois en los ochentas, ni el portador de una cultura diferente e inasimilable a la manera de Mégret en los noventas. ¡Ahora se volvía un potencial terrorista! Desde el punto de vista cultural, el combate al “totalitarismo religioso” del islam era paralelo al del mundialismo, en una visión del choque de civilizaciones que recordaba a Samuel Huntington.

Si este último afectaba la especificidad cultural del país mediante el vaciamiento de la identidad, el primero lo hacía mediante la permisiva implantación de una cultura totalitaria que invadía el suelo franco. En el 2010, ya se había permitido comparar a la ocupación nazi con musulmanes “ocupando” las calles mientras oraban. Así como Jean-Marie combatía el totalitarismo soviético, Marine el totalitarismo islámico. Bajo los ropajes nuevos del FN, ella misma se considera una feminista nacionalista “anti-americana”, opuesta el feminismo permisivo, en defensa del feminismo bajo ataque por el islam y el multiculturalismo².

La instalación del islam en el imaginario político francés tiene su propia historia. El rencor antiguamente anclado de las clases populares contra el islam viene de la competencia en el periodo de industrialización y después de la mano de obra nativa contra la inmigrante. Sin embargo, los incentivos perversos del clima de desregulación de la producción fueron más allá. Históricamente los patrones utilizaron al islam para debilitar al sindicalismo, al permitir concesiones que eran sólo extensibles a los trabajadores musulmanes, como orar durante las horas de trabajo³.

La serie de atentados terroristas de la que ha sido víctima Francia fue la tormenta perfecta que el FN esperaba para escenificar una “crisis de seguridad” basada sobre la idea de una invasión. “¿Cuántos Mohamed Merah en los barcos, aviones, que diario llegan a Francia llenos de inmigrantes?”⁴ preguntaba Marine, retadora. Merah, quien protagonizó una sonada serie de actos terroristas en 2012, no habría obtenido la ciudadanía francesa si el país estuviera bajo tutela de Marine. En su crítica del modelo de integración francés, este había concedido incorporar a individuos que no deseaban integrarse. La civilización francesa, para Marine, no podía seguir recibiendo refugiados pues era incompatible con su

¹ El FN no carecía de razón. Como documenté en el capítulo segundo, incluso durante los treinta gloriosos, la política industrial francesa se sirvió de los migrantes para ejercer presión sobre el salariado francés.

² Eltchaninoff, *Inside the Mind of Marine Le Pen*, 45–46.

³ Wieviorka, *Le Front national, entre extrémisme, populisme et démocratie*, 73.

⁴ Le Pen, “Discours - Vendredi 1er mai 2015”.

“ideología totalitaria, medievalista, obscurantista e inhumana”,¹ como la caracterizó en un discurso pronunciado un mes después de los atentados terroristas al semanario Charlie Hebdo en 2015. Para ese entonces, buena parte de la opinión pública francesa ya compartía tal visión de la inmigración. La batalla política que le era negada al FN se compensaba con la victoria cultural².

Al integrar al migrante-islámico-fundamentalista, el único salvaje en el sentido tradicional del término, realiza por analogía una transferencia de valores a las otras figuras adversas: el FMI se vuelve igual de sangriento que el Estado Islámico. En una retórica que recuerda en mucho a la marxista, las fuertes tensiones a las que queda sometida la sociedad francesa a causa de la acumulación de capital en pocas manos le dan la razón a la ultraderecha al considerar al capital como un actor y no sólo como un sistema, fuera del control del Estado y de la regulación de cualquier ley. Así es como el significante de los “banqueros apátridas” se articula en la “mundialización salvaje”. Las demandas de una izquierda preocupada por las cuestiones económicas conjuntadas con las de la ultraderecha relativas a la identidad.

En el discurso del FN no cabe duda del carácter mundialista de ambos fenómenos, ni de su parentesco, como se aprecia en la alocución de Marine le Pen con motivo de su acceso a la segunda ronda de la elección presidencial de 2017. Habiendo aprovechado las dos crisis, la primera más real que la segunda, el nuevo FN buscaba otra cita con la historia. En el discurso al finalizar la primera ronda de esta elección, las palabras de Marine Le Pen son ilustrativas:

El gran desafío de esta elección es el de la mundialización salvaje que pone en peligro nuestra civilización. Los franceses tienen una decisión muy simple: sea que continuemos en el camino de la desregulación total, sin fronteras y sin protección con las consecuencias de la deslocalización, la competencia internacional desleal, la inmigración de masas, la libre circulación de terroristas. Su reino es el del dinero rey. Sea que elijamos la Francia de fronteras que protege nuestro empleo, nuestro poder de compra, nuestra seguridad y nuestra identidad nacional³.

¹ Marine Le Pen, “Discours à l’Université d’Oxford - 5 février”, Rassemblement National (site web), 2015, <https://rassemblementnational.fr/discours/discours-de-marine-le-pen-a-luniversite-doxford/>.

² Al tiempo que Marine pregonaba, en el contexto de los fatídicos atentados terroristas en la sede de Charlie Hebdo, dos libros causaban furor sosteniendo una versión literaria del discurso frentista: “Soumission” de Michel Houellebecq y “Suicide” de Éric Zemmour. Véase: Mark Lilla, *The Shipwreck Mind. On Political Reaction* (New York: New York Review of Books, 2016), cap. Paris, January 2015.

³ Le Pen, “Discours du 23 avril 2017”.

Ambos momentos, económico e identitario, acentúan una tendencia ya anunciada. El discurso frentista es coronado por la acentuación de los rasgos securitarios que ponen en relieve la repolitización de las identidades culturales como un fracaso del modelo republicano francés sometido a las nuevas exigencias de la administración de la diversidad en el contexto global. La deriva identitaria de la ultraderecha, como sugiere Cusset, se explica por la “represión de los fantasmas coloniales” que regresan y la reacción a un modelo de integración “ciego al color” que fracasa en reconocer las diversas identidades sociales¹. El ambiente hostil propiciado por el alza de los atentados terroristas en Francia y a lo largo de Europa ha permitido, en fechas recientes, dar al FN un complejo significado ominoso a la mundialización que trasciende lo económico.

En la conjunción del régimen de mercado global con la bancarrota, ahora no sólo política sino cultural, del Estado, el proceso de adaptación del FN ha encontrado las condiciones para articular un discurso populista que lo posiciona como una fuerza política preponderante tanto por su arrastre electoral al articular las demandas insatisfechas como por su capacidad de populistizar la política francesa.

La primer fuerza política

La coronación de la deriva populista del FN es tangible en las elección presidencial de 2017². Tras la provechosa coyuntura que vinculó la crisis económica con la crisis migratoria, la culminación del proceso de populistización y desdemonización que comprende al giro republicano, el FN se encontraba presto para el asalto al Eliseo. La mutación de las condiciones estructurares, que fueron presentadas a lo largo de este texto, cobran totalmente sentido para explicar el auge del FN que culminaría con la elección de 2017. Los procesos liberalización y apertura global de comenzarían a presentarse con fuerza desde finales de la década de los setentas se plasmaron en ciertas “condiciones de recepción favorable”³ al discurso del FN, que describiré a continuación.

En primer lugar, una distribución territorial del voto del FN en términos de centros y periferias. De forma consistente esta parece una regla casi matemática: entre más alejadas

¹ Cusset, *How the World Swung to the Right. Fifty Years of Counter Revolutions*, 61.

² El alcance de la investigación, desde su planeación, sólo contemplaba construir una narrativa hasta el 2017. Las elecciones parlamentarias de 2019, ocurridas apenas unos días antes de que escriba estas líneas, no vienen sino a agregar más peso a lo que aquí he planteado, razón por la cual le dedicaré un breve espacio en las conclusiones.

³ Tal como las denominan: Cecile Alduy y Stephane Wahnich, *Marine Le Pen prise aux mots. Décryptage du nouveau discours frontiste* (Paris: Seuil, 2015), cap. Les conditions d’une réception favorable.

se encontraban las localidades del centro de la ciudad más alto era el porcentaje de votos por el FN y viceversa¹. La “gentrificación” de las mismas y su orientación cada vez más a la diversa economía de servicios expulsaba sistemáticamente a quienes más difícilmente podían competir en el mercado laboral y copar con el mercado inmobiliario. Igualmente, el fenómeno periurbano de alta votación por el FN se explica por la presión que pone la ciudad a sus alrededores que, si bien no son directamente los más agravados, si se ven perturbados en su cotidianidad por el amenazante dinamismo de la urbe.

En segundo lugar, una lógica regional al interior del hexágono. Dos consideraciones son viables para explicar la distribución de votos del FN si se toman en cuenta las regiones²: por un lado, si bien el voto del FN ha escalado históricamente en regiones que no necesariamente han sufrido las consecuencias de la globalización y la inmigración como el oeste a causa principalmente del eco mediático que ha obtenido el discurso del FN³, han sido el noreste y el sureste los que se han convertido en verdaderos bastiones del partido. El noreste, antigua región industrial ha pasado por el traumático proceso de deslocalización de las empresas, automatización de los procesos productivos y tercerización de la economía con las respectivas desigualdades que conllevan. El sureste, por el contrario, ha sufrido la otra cara de la “mundialización salvaje” que denuncia Marine: al ser la salida más directa al norte de África ha recibido con relativa afluencia a inmigrantes de todas latitudes.

Adicionalmente a dichas condiciones, para explicar la elección de 2017 es necesario recurrir a los dos clivajes políticos que presenté al principio de este capítulo. Por un lado, la oposición entre cosmopólitas y soberanistas. Los desfavorecidos por las ondas de liberalización económica, en buena medida a causa de los procesos de derechización a la manera del FN, han desarrollado animadversión contra todas las manifestaciones de la globalización. El empleo ambivalente y omniabarcante del signifiante “mundialización salvaje” da cuenta de ello. Del otro lado de la brecha yace la otra Francia, mucho más urbana, educada y con posibilidades de beneficiarse de la globalización de personas y capitales.

Por el otro lado, completa la cuadrícula partidista la oposición entre elitistas e igualitaristas (los antielitistas). Los primeros, aquellos que consideran la desigualdad un motor deseable del capitalismo, la meritocracia el esquema de remuneración social más justo y la tecnocracia el credo de la administración de lo público. Los segundos,

¹ Alduy y Wahnich, 191.

² Marie Simon, “Cadre, employé, ouvrier: qui a voté Le Pen et qui a voté Macron ?”, Le Figaro, 2017, <http://www.lefigaro.fr/economie/le-scan-eco/dessous-chiffres/2017/04/24/29006-20170424ARTFIG00183-cadre-employe-ouvrier-qui-a-vote-le-pen-et-qui-a-vote-macron.php>.

³ Alduy y Wahnich, *Marine Le Pen prise aux mots. Décryptage du nouveau discours frontiste*, 194 y ss.

descalificados prontamente por populistas, promueven diversas recetas de igualdad y conciben la voluntad del pueblo por encima de la racionalidad administrativa. En el caso del FN, la igualdad se obtiene a costa de una agenda xenofóbica, exclusionista y antiliberal. En este sentido, antes que recuperar el republicanismo republicano o alguna tradición socialista, Marine renegocia la idea de la comunidad nacional como antídoto a la crisis del pacto social.

En la campaña se enfrentaron Marine Le Pen, Emmanuel Macron, François Fillon, Jean-Luc Mélenchon y Benoît Hamon, junto a otros 6 candidatos. Por la izquierda, el socialista Hamon obtuvo un resultado decepcionante (6.36%) en la primera vuelta, muestra clara del declive del PS. Mélenchon por la Francia Insumisa (*France Insoumise, FI*), reducto de la izquierda comunista y radical que apuesta por el populismo de izquierda¹, quedó cuarto con 19.59%, menos de dos puntos abajo del FN. Fillon, a pesar de su larga carrera entre la que cuenta haber sido primer ministro de Sarkozy, queda tercero con 20%. Macron y Le Pen acceden a la segunda ronda de la votación escenificando el encuentro entre la “sociedad abierta” y la “sociedad cerrada”².

El clímax político del FN, en el que Marine obtuvo el 21.3% de los votos en la primera vuelta y el 33.9% en la segunda. No fue suficiente para imponerse frente a Emmanuel Macron quien conjunta el 24% y 66.1%. Aunque Macron obtiene una cómoda victoria en que atrae todos los votantes anti Le Pen, hay ciertos matices que dan indicios del fortalecimiento del FN. La elección se caracterizó por el mayor nivel de abstencionismo (25.4%) en la segunda vuelta desde 1969 y un nuevo récord de votos blancos y nulos (11.47%) atestiguan la frustración de la sociedad frente a la política que no necesariamente se decantó por expresarse a través del FN, como sí lo hicieron 10.6 millones de franceses, otro récord sin parangón en la historia de la ultraderecha francesa³.

Por el otro lado, si nos atenemos a la cerrada elección entre los 4 principales candidatos (3% de diferencia entre el primero, Macron, y el tercero, Mélenchon) es posible ilustrar con claridad la reconfiguración de los clivajes y el lugar que ha llegado a ocupar el FN. Por principio, puede observarse aún la preeminencia de las dos grandes familias que llevan el rumbo del panorama político francés desde la postguerra: si se suman los votos de

¹ Muy en la línea de los análisis de Mouffe y Laclau que comentaré en las conclusiones. Véase: Mouffe, *For a Left Populism*.

² Pascal Perrineau, “Election présidentielle de 2017 : l’analyse de Pascal Perrineau - Sciences Po”, Youtube, 2017, <https://www.youtube.com/watch?v=wl5PWKQwTkg>.

³ Maxime Vaudano, “Le second tour de la présidentielle 2017 en 8 chiffres”, Le Monde, 2017, https://www.lemonde.fr/les-decodeurs/article/2017/05/07/le-second-tour-de-la-presidentielle-2017-en-8-chiffres_5123931_4355770.html.

Macron y Mélenchon obtenemos 43.4% mientras que entre Le Pen y Fillon se obtiene 41.1%. Esto podría causar la impresión de que el antiguo balance entre izquierdas y derechas se mantiene, lo cual es cierto a primera vista, pero encubre la reconfiguración de otros clivajes que hemos venido mencionando.

**ANÁLISIS SOCIOECONÓMICO DE LA PRIMERA RONDA DE LA ELECCIÓN
PRESIDENCIAL DE 2017 (%)**

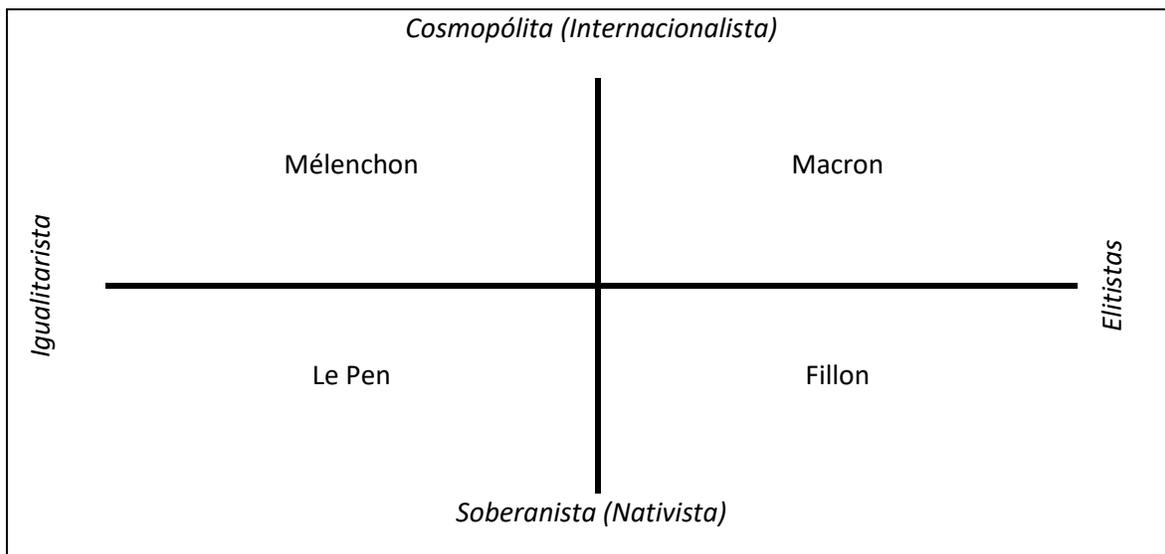
		Emmanuel Macron	Marine Le Pen	Jean-Luc Mélenchon	François Fillon
CATEGORÍAS SOCIO PROFESIONALES	Obreros	16	37	24	5
	Empleados	19	32	22	8
	Profesiones intermedias	26	19	22	13
	Cuadros superiores	33	14	19	20
	Retirados	26	14	12	36
NIVEL DE INGRESOS	Menos de 1250 Euros	14	32	25	12
	De 1250 a 2000 Euros	18	29	23	15
	De 2000 a 3000 Euros	25	20	18	17
	Más de 3000 Euros	32	15	16	25
TOTAL		23.7	21.9	19.2	19.7

Elaboración propia con datos obtenidos de Marie Simon, "Cadre, Employé, Ouvrier: Qui a Voté Le Pen et Qui a Voté Macron ?," Le Figaro, 2017, <http://www.lefigaro.fr/economie/le-scan-eco/dessous-chiffres/2017/04/24/29006-20170424ARTFIG00183-cadre-employe-ouvrier-qui-a-vote-le-pen-et-qui-a-vote-macron.php>.

En tanto, es menester hacer una serie de precisiones. En primer lugar, mientras que la configuración histórica de izquierdas y derechas habrían supuesto que estas se movieran de forma unitaria, hoy en día la división entre ambas es grande. Como se puede observar con mayor claridad, contrariamente al comportamiento de izquierdas y derechas estos bloques no se mueven unitariamente. En la medida en que aumenta el nivel de ingresos o la posición social de la categoría socioprofesional, Macron y Fillon obtienen más votos mientras que en la medida en que la perspectiva se deslice para abajo son Le Pen y Mélenchon quienes lo obtienen.

Lo anterior significa que no es tanto la vieja distinción izquierda-derecha la que resulta útil, sino que hay que remitirnos a los nuevos clivajes antes descritos para poder distinguir analíticamente. Siguiendo la tendencia, la brecha que divide sociopolíticamente el espectro político francés es definida mejor por la doble caracterización cosmopolitas

frente soberanistas por un lado, elitistas igualitaristas por el otro. La cuadrícula electoral que nace del cruce de ambos vectores es la siguiente¹:



El hecho de que el realineamiento de los clivajes socioeconómicos y socio profesionales no coincida con las formaciones políticas dota de sentido la producción simbólica de los partidos radicales que en su discurso explotan abiertamente los nuevos clivajes. Esto explica fundamentalmente la remontada de la última época no sólo del FN, sino de la izquierda radical encarnada en la FI que no tenía puntajes similares desde la época de los ochentas.

Mientras Mélenchon denunciaba la avaricia del capital, la superioridad del discurso de Marine Le Pen fue patente en todos los sectores que disputaron seriamente: tanto obreros, con 13 puntos de ventaja para el FN como empleados con 10 fueron, paradójicamente los sectores donde mejor se desempeñó la FI. Muy a pesar de todo proyecto de un populismo de izquierda, esto pareciera indicar que en contexto de estrés social se vuelve irremisible la necesidad de centrarlo en un chivo expiatorio (el migrante lo es por excelencia) como catalizador de las demandas populares que ambos bloques disputaban representar.

El realineamiento en la segunda ronda hace notar los límites de la oferta discursiva empleada por el FN. Alcanza los 33.9 puntos porcentuales, 12 por encima de su puntaje en la primera ronda, pero muy por debajo de Macron quien llega a 66.1%. Esto significa la segunda mayor diferencia entre los dos candidatos que disputan la segunda ronda sólo después de la apabullante derrota de su padre en el 2002. En aquella época mientras que Jean-Marie sólo suma 700 mil votos nuevos Marine logra hacerse de 3 millones. Si bien este

¹ Mi análisis coincide en mucho con lo planteado por Piketty, *Capital et Idéologie*, 913 y ss.

alcance puede ser atribuido a la combinación de las condiciones estructurales con la producción discursiva, este magro resultado sirve para matizar sus límites y alcances.

Por último, las viejas fuerzas políticas ven un futuro incierto. Si bien resulta más que evidente el fin de la izquierda socialista de la mano de Hamon, el otro derrumbe resulta casi igualmente escandaloso. El fin del gaullismo también se asoma después de que Fillon se viera relegado a la tercera posición, más cerca de competir con Mélenchon que con Le Pen. Pierde el predominio de sus electorados naturales a manos de Macron y pierde la reivindicación de la etiqueta política frente a Le Pen. Las derrotas del PS y del UMP invitan a pensar en la más radical transformación del sistema político francés desde la fundación de la V República, donde los representantes de las dos principales familias políticas poco tienen que opinar sobre la cuestión.

El resultado de la elección supera toda proporción. En resumen, da cuenta del desfundamiento del sistema político francés, donde ninguna de las dos familias políticas, izquierda o derecha, se coló a la segunda vuelta electoral. No es que ni Macron ni Le Pen representaran diferentes posiciones del espectro político, el primero ligeramente al centro como parte de una bien pensada estrategia de marketing, la segunda clavada mucho más allá de la derecha. El caso es que la división tal como se la había concebido desde la fundación de la V República dejó de tener sentido como representación de intereses de la sociedad encontrados en la arena política. En ese sentido y sin duda, encuentro pertinente hablar de “crisis del sistema de partidos” que corre el riesgo de volverse (con la erección de un gobierno pragmático más legitimado por el miedo a la ultraderecha que por sus propuestas programáticas) crisis del sistema político.

En el presente capítulo se ha revisado la última fase del proceso de transformación del FN en una interpretación que pretende explicar el fenómeno siempre a la luz de las transformaciones políticas, sociales y económicas de Francia. Como he argumentado, al enfatizar el contexto, busco evitar explicaciones fáciles del populismo como la “irracionalidad de las masas” o el “carisma manipulador del líder”. En cambio, el populismo de ultraderecha, al menos el del FN, aparece como una consecuencia no deseada de más de 4 décadas de políticas económicas tendientes a la liberalización económica, la integración global y debilitamiento del Estado Benefactor.

Al momento de trazar el proceso, dos coyunturas críticas parecen las más relevantes. La primera, la profundización de la integración económica que encarna la Unión Europea, vigente desde la entrada en vigor del Tratado de Maastricht en 1993, que acelera el proceso de realineamiento electoral y distorsión de los clivajes políticos. Los ganadores de la

globalización se reparten entre la izquierda socialista y las derechas parlamentarias. Los perdedores, precarizados y sin voz política, comienzan a voltear a ver aquel partido excéntrico que es el único que enuncia sus preocupaciones. La descripción de las transferencias de voto obrero trata de dar cuenta de este fenómeno.

La segunda coyuntura abarca la crisis económica iniciada en 2008 (pero que en Europa se prolonga un lustro) y la crisis de los refugiados de la Unión Europea a causa de los conflictos del Medio Oriente en 2016. Mientras la primera cataliza la necesidad de una última desdemonización del FN de la mano de Marine Le Pen, la segunda crisis vuelve su discurso pertinente. En esta estrategia articuladora, el FN pone el énfasis en la cuestión social relacionando la globalización, en sus dos facetas de élites económicas y migrantes, con desempleo y fragilidad del pacto social.

Habiéndose colocado del lado transgresor de los nuevos clivajes políticos, el FN del 2017 era muy diferente del de 1972, no sólo por su oferta discursiva totalmente modernizada y puesta a tono con los desafíos y las posibilidades de la época, sino porque esta se traducía en una movilización electoral populista que recogía las desavenencias de una multiplicidad de actores sociales. A diferencia del fascismo y de las extremas derechas revolucionarias que le siguieron, el FN y los partidos populistas de su género imponen a las democracias representativas un reto actual. ¿Quién representa a los no representados, los pesimistas, los descontentos en una era en la que estos son cada vez más?

Conclusiones

El problema de fondo

A lo largo de este texto he presentado una muy particular historia de Francia poniendo el énfasis en el devenir populista de la ultraderecha, particularmente *Le Front National*. Abordé la historia francesa desde la temprana postguerra hasta la elección presidencial de 2017 buscando reconstruir las condiciones estructurales que generaron una estructura de demandas *sui generis* articuladas en una lógica política que tendió al populismo. A pesar de que aparentemente versa sobre una agrupación sólo importante en las últimas dos décadas, al desentrañar las condiciones de posibilidad de la expresión populista indago en una serie de coyunturas que sobrepasan la historia de una organización política y buscan dar cuenta de una serie de dominios. Por lo tanto, la reconstrucción política de la narrativa, aunque centrada en la historia del FN, tiene sus correlatos en la historia económica y política de Francia como condiciones de posibilidad del éxito y devenir populista del partido.

En cuanto a la primera narrativa, me parece indispensable dividirla en dos con fines analíticos: la prehistoria de la ultraderecha populista, menos documentada, que concierne a una serie de grupúsculos atrapados a medio camino entre el legado del extremismo y el deseo de incorporarse a la política democrática. Comienza en los años del oprobio de Vichy, que sumergió a la ultraderecha en un proceso de silenciosa hibernación sólo rota por el fulgurante pero efímero movimiento de Pierre Poujade de 1953-56. Le sigue la creación de la *Organisation de l'armée secrète* para promover activa y violentamente la causa de la “Argelia francesa” en 1961 y disuelta el año siguiente. Posteriormente, la candidatura presidencial de Jean-Louis Tixier-Vignancour en 1965 siendo asesorado por un joven Jean-Marie Le Pen. Finalmente, llega a término con la creación de *Ordre Nouveau* en 1969 con la intención de entrar al ámbito político aunque con inclinaciones aun extremistas.

La historia del partido comienza con su fundación en 1972 auspiciada por ON pero en las manos de Jean-Marie Le Pen desde el día cero. En el lento proceso de desdemonización doy cuenta de las luchas intestinas por el control de la organización y la llamada “travesía del desierto” de escasa notoriedad y menos éxito electoral. Hasta este punto, poco le distinguía de sus predecesores salvo la ambigua decisión de tratar de competir electoralmente. El viraje discursivo influenciado por Jean-Pierre Stirbois desde 1977 bajo la lógica de la culpabilización del inmigrante de todos los males del país es el punto de inflexión hacia una estrategia que llegó para quedarse tras los primeros dividendos electorales que obtuvo en la pequeña localidad de Dreux, en 1983, derrotando en sus territorios a una izquierda que empezaba a dar las primeras muestras de debilidad. Continuo con el lento

pero irrestricto ascenso: la llegada a la Asamblea Nacional en 1986 por gracia de François Mitterrand, quien los muestra ante el gran público como nunca antes. La incorporación durante la década de los ochentas de importantes cuadros de la Nueva Derecha de parte del Club del Reloj, quienes encabezados por Bruno Mégret lograron consolidar en los noventas al partido en el espectro político francés aprovechando los cada vez más evidentes descontentos producto de la apertura a Europa.

Estudio a continuación la ruptura entre Le Pen y Mégret en 1999 que casi señala la defunción del partido, al renegar de la desdemonización y el arsenal ideológico que había puesto sobre la mesa la influencia de la Nueva Derecha. El agrídulce renacimiento, en 2002, cuando Le Pen pasa a la segunda ronda de la elección presidencial pero pierde escandalosamente contra Jacques Chirac, demuestra los límites de la agrupación que ante el errático liderazgo del patriarca no acaba por desdemonizarse. Posteriormente, la decepcionante campaña presidencial de 2007 termina por asentar este hecho pero sirve para forzar la sucesión hacia su hija Marine Le Pen en 2011 y la adopción de una estrategia abiertamente populista que consolidará al partido como primer fuerza política en las elecciones presidenciales de 2012, las europeas de 2014 y las presidenciales de 2017.

Paralelamente, las narrativas económicas y sociopolíticas me sirven de contexto explicativo de la historia del partido. Por principio, el poco arraigo del discurso de la ultraderecha en la temprana postguerra puede explicarse tanto por el clima de opinión adverso al extremismo como al éxito del proceso de reconstrucción para distribuir la riqueza. No obstante, las semillas comenzaron a germinar lentamente con las turbulencias políticas: el fin de la IV República y el duro trauma de la guerra de Argelia son los primeros momentos de renacimiento neofascista que se incubaron con el apogeo del general Charles de Gaulle y el movimiento estudiantil de 1968. No obstante, vuelven a la escena política a raíz de la crisis petrolera de 1973 (seguida de la de 1979) que marcó el fin de los treinta gloriosos.

La fractura del pacto social señala el punto de inflexión para *Le Front National*. La llegada al poder de la izquierda con François Mitterrand pronto mató la esperanza de una política radical: los realineamientos políticos que conllevó marginan al Partido Comunista que comienza un lento más inexorable declive. Por demás el descrédito final de la izquierda con la caída del muro de Berlín ya se venía anticipando con la crisis del relance Keynesiano promovido por François Mitterrand en 1983 que no hizo sino acrecentar la desesperanza económica.

En las décadas siguientes, el gran consenso llegó para instalarse sobre las ruinas de las alternativas políticas dejadas en el camino sin mirar atrás. En Francia como en Europa el ariete es el proceso de integración política y económica que comenzó en Maastricht en

1992 y recibió un golpe mortal en 2005 apenas sanado por el Tratado de Lisboa de 2007. La integración económica sin integración política no dejó de mostrar sus problemáticas que acabaron estallando en la crisis de 2008 y la lenta recuperación de la zona Euro. En el mismo año, aunque en el escenario local, la adopción de la política de identificación de la inmigración con la amenaza a la identidad cultural por parte de Sarkozy y, posteriormente, los años de auge del FN de la mano de Marine Le Pen, reflejaron las contradicciones de una sociedad a la deriva.

La confluencia de estas narrativas, de haber persuadido al lector de su pertinencia, me permite explicar el surgimiento de una serie de demandas propias de las sociedades postindustriales que cristalizan en un clivaje político exterior a la clase, ligado a las posibilidades de beneficiarse o no de las transformaciones económicas: soberanistas *versus* cosmopolitas, mismo que el FN ha sabido explotar.

Un balance crítico de lo logrado me remite a estrategia explicativa, la principal debilidad, a mi juicio, de este texto. De entre las cuatro opciones posibles de las que se sirven comúnmente los historiadores para construir argumentos¹, he decidido hacer uso de las estrategias mecanicista y contextualista. La primera, en tanto integra los hechos en relaciones sucesivas guiados por una noción teórica, la segunda en cuanto busco clarificar el significado de los sucesos mediante marcos de referencia.

Estas reflexiones son útiles al análisis en la medida en que ponen en evidencia dos patas cojas del argumento: en primer lugar, el argumento contextualista podría estar mejor sustentado si la investigación abarcara de forma intensiva el uso de estadísticas electorales en niveles subnacionales. Esta argucia técnica, cuya plena utilización hubiera representado una inversión mucho mayor de tiempo, me hubiera permitido documentar de forma mucho más cercana cómo las transformaciones sociales se reflejaron en la convocatoria electoral del FN.

En segundo lugar, la especificación del mecanismo puede ser totalmente objetada. En el fondo, reconozco en lo escrito una filosofía del cambio que es *per se* una filosofía de la historia en buena medida alienada del análisis empírico y, en consecuencia, relativamente incontrovertible por los resultados de la investigación. Esta filosofía, tal como explique al inicio del texto, entraña una particular visión de la política enraizada en la crisis y la transformación (*Kairós*). Para una tradición teórica particular, el momento de crisis es

¹ Hayden White, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX* (México: Fondo de Cultura Económica, 1992), 24.

también la coyuntura de surgimiento de un sujeto privilegiado por estar inmerso en las contradicciones y ser el motor de la emancipación.

En el fondo, el momento de crisis es un momento en que toda universalidad deja de conducir el sentido de la existencia social de forma eficiente y se revela como hegemonía, una particularidad que aspira oficiosamente a presentarse como universal, siempre falso según Laclau¹. La lectura filosófica de la emancipación, más allá de cualquier contexto sociohistórico en que se le sitúe, es la recuperación de esa universalidad perdida que es por otra parte inalcanzable. En términos sociológicos, la recuperación de la autocomprensión de la sociedad a través de un sistema de valores en que la misma pueda encontrarse.

Este es, en resumidas cuentas, el proyecto de la emancipación: construir el sujeto político portador de valores universalizables que permita la autocomprensión de la sociedad. Sin embargo, ese sujeto no preexiste, lo cual percibía de forma preclara Marx cuando veía la necesidad de que la clase en sí transitase a la clase para sí. La construcción, entonces, consiste en ubicar el sujeto emancipador en el cual las contradicciones se expresan vivamente en el momento de crisis. Si para el siglo XIX que a Marx le tocó atestiguar era el proletario, en la sociedad del siglo XXI la esperanza recae en los nuevos excluidos que, desaparecida la sociedad de clases, deben encontrar una vía de subjetivación política alternativa hacia la emancipación.

Esta narrativa moderna, acepta la imposibilidad de la clase social y de cualquier otra sobredeterminación estructural de la vida social. Sin embargo, se distingue de la política desarrollada por el FN, que a lo largo de los años volvió cada vez más difusos los antagonismos sociales enfrentando “establecidos” contra marginados o nativos contra migrantes bajo una lógica de universalidad restringida, la cual no es en el fondo más que la defensa de un status restringido. Además, dicha lógica política también fue funcional a elites políticas, económicas y sociales de Francia en la medida en que el FN sirvió de válvula de escape de las demandas sociales.

Por último, la narrativa del FN es también la contrahistoria del contexto en el que se desarrolló. Por varias décadas, las élites, encontraron en Jean-Marie Le Pen la figura a partir de la cual distinguir una política decente de una política de lo indeseable. Al unirlo como adversario legitimaron su proyecto político al tiempo que le utilizaban para combatir entre sí. Los unos para menguar a grupos radicales de izquierda en la época de Charles de

¹ Laclau y Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, cap. Más allá de la positividad social: antagonismo y hegemonía.

Gaulle y sus sucesores, los otros para dividir a la derecha dándole incluso el micrófono de la Asamblea Nacional en la época de Francois Mitterrand.

En un segundo momento, la Nueva Derecha y Marine Le Pen aportaron el chivo expiatorio del migrante como falso sucedáneo a la regulación de la economía global y la reformulación del pacto social. La ambigüedad de Marine estriba en este punto: a pesar de reconocer las contradicciones adversas de la coyuntura económica y política sobre la sociedad francesa desliza el antagonismo hacia uno falso, el migrante, en un movimiento de estrategia política que sutura la sociedad como un todo cerrado e impide llevar hasta las últimas consecuencias la crítica del orden establecido. Por más que sus apólogos lo pregonen, no se trata de emancipación si no tiende a lo universal.

¿En dónde recae esta tarea? La imposibilidad de la izquierda “tradicional” para comprender y adaptarse a las nuevas condicionantes del campo político impelen a plantear dos actualizaciones de la hipótesis de la emancipación que son pertinentes para el caso francés: por un lado, la muy periclitada tesis de los últimos años sobre la construcción del pueblo en la perspectiva del populismo de izquierda; por el otro, la vieja hipótesis de los noventas sobre la pertinencia de los movimientos sociales para la transformación social que en los últimos años ha recobrado pertinencia.

Epílogo

Dos hipótesis sobre la emancipación

¿Qué mejor forma de concluir que con un atisbo de esperanza? La reflexión de Laclau y Mouffe, que he seguido de cerca, me sirve de pretexto para plantear dos salidas a la crisis. La más evidente es la reciente propuesta por un “populismo de izquierda” por la que Mouffe ha hecho campaña de forma intensa en los últimos años. Empero, regresar tres décadas atrás provocan interesantes reflexiones e invitan a recuperar la esperanza en la articulación de demandas a través de los movimientos sociales. A continuación, exploraré de forma breve ambas hipótesis a la luz del caso francés.

Abogar por un populismo de izquierda, por más que suene escandaloso, no es nada nuevo. Por el contrario, es la situación actual la que lo hace relevante. La idea fue formulada por Laclau en un par de textos seminales, *La Razón Populista* y el artículo “Populismo ¿qué nos dice el nombre?”, en donde se define al populismo como la construcción de la identidad sociopolítica del pueblo mediante la articulación de una serie de demandas insatisfechas que son vinculadas en una cadena de equivalencia. La articulación de las demandas, la consiguiente creación de una frontera antagónica entre el pueblo y las élites, y la alta movilización en torno a estos elementos son aún precondiciones del populismo. El pueblo como identidad sociopolítica surge de su enunciación, que comúnmente recae en un líder carismático que sirve de voz a la articulación¹.

El proyecto político del populismo de izquierda, continuación del proyecto teórico de Laclau de redefinir el concepto prestando atención a su problemática relación con la democracia y con las insatisfacciones populares, ámbitos que las perspectivas más liberales no habían atendido con especial detenimiento². Si bien dicha senda ya estaba indicada desde la publicación en 2005 de *La razón populista*, la más clara invitación es el libro de 2018 de Chantal Mouffe, *For a Left Populism*³, que hace las veces de manifiesto para una nueva izquierda y pequeño tratado de teoría política⁴.

¹ Laclau, *La razón populista* El tópico es materia de todo el libro, más la relación entre la articulación de demandas y la construcción del pueblo se encuentra desde las páginas 97 y ss. Una versión reducida del argumento se puede consultar en; Laclau, “Populismo. ¿Qué nos dice el nombre?”

² Véase mi discusión al respecto en el Capítulo 1. *Supra*.

³ Mouffe, *For a Left Populism*.

⁴ A pesar de sus escasas 93 páginas en su versión en lengua inglesa el texto se mueve entre ambas dimensiones con una agilidad que nos recuerda a Marx y Engels o Lenin. No es el Manifiesto del Partido Comunista, pero podría haber comenzado así: “un fantasma recorre Europa, el fantasma del populismo”. Como si comienzan una serie de libros al respecto, entre ellos: Ionescu y Gellner, *Popul. Its Mean. Natl. Charact.*

El libro, publicado en la cresta de la ola de populismos de ultraderecha, llega en un momento crítico. A lo largo y ancho de Europa, la ultraderecha ha tenido un desempeño creciente, más allá de las diversas formas en que se manifiesta, casi todas han sido calificadas como populistas. La suerte de la izquierda no ha sido tan acentuada, sólo Podemos en España y Syriza en Grecia han tenido cierto éxito siguiendo la senda populista¹. Esta “crisis” que presenta Mouffe debe ser entendida en el sentido marxista del término: como estado catastrófico del mundo, pero también como la coyuntura para forzar un cambio. De aquí se desdobra la originalidad de su esfuerzo teórico: examinar las causas de la crisis la lleva a buscar en el pasado reciente de las mutaciones políticas y económicas de postguerra, mientras que su particular entendimiento del populismo le proporciona una esperanza para el futuro.

¿Cómo se llegó hasta aquí? El diagnóstico del pasado de Mouffe inspira en gran medida la investigación realizada para la confección de este texto, al menos para el caso francés caracterizadas como tres narrativas históricas confluyentes: la transformación económica arrastrada por la globalización económica neoliberal, las mutaciones políticas caracterizadas por el advenimiento de la era post-democrática y post-política, y la épica de un partido de extrema derecha que supo aprovechar el viento favorable de los nuevos clivajes sociopolíticos.

Sin embargo, lo que principalmente preocupa a Mouffe es una cuarta narrativa, el descrédito continuado de las izquierdas. La incapacidad de los partidos políticos de izquierda de ofrecer una alternativa creíble al neoliberalismo es indicativa de lo que denomina post-política, es decir, la visión de la política como un proceso de consensos que niega su dimensión conflictiva. En este punto retoma su crítica previa a la tercera vía de Anthony Giddens y Tony Blair, quienes convirtieron el nuevo laborismo en el prototipo de las izquierdas que aceptaban que no había perspectivas más allá del horizonte neoliberal (como haciendo eco al fin de la historia de Fukuyama) y cuyo canon se propagó después a lo largo y ancho del continente².

La dimensión partisana, enfáticamente defendida en *FLP*, abrevia de los análisis anteriores, la gramática teórica sobre el populismo y el diagnóstico histórico-político, más no es su conclusión necesaria. Mientras que la gramática anti-esencialista permite explicar sociológicamente el populismo sin recurrir a las antiguas formulaciones de la “alianza de

¹ Círculos políticos donde se advierte un fuerte influjo del pensamiento de Laclau y Mouffe. Por otra parte, fuera de Europa, Andrés Manuel López Obrador, recién electo presidente de México se autoadscribe a la izquierda y es denodadamente populista.

² Esta crítica fue expuesta de forma comprensiva en Mouffe, *En torno a lo político*.

clases” ni a las prenociones que lo reducen a un fenómeno patológico e irracional indigno de ser estudiado con seriedad, los análisis políticos lo sitúan en el debate de la democracia liberal como un “espectro”, a veces atemorizante a veces rejuvenecedor¹. De lo anterior nada indica que el populismo de izquierda tenga una preminencia intrínseca al de derecha, ni siquiera cómo sería posible distinguirlos.

Para Mouffe, ambos, de izquierda o derecha, condensan las demandas insatisfechas por el orden político. No obstante, mientras el de derecha ha buscado construir el pueblo en un nosotros exclusivo, nacionalista, racista o nativista; el de izquierda es universalista y busca inscribir demandas de quienes tradicionalmente son considerados externos a la comunidad política como inmigrantes y la comunidad LGBTTTT². Así, mientras los segundos abogan por la cuestión social y la igualdad, los primeros no lo hacen o sólo de forma limitada.

La tarea del populismo de izquierda se vuelve entonces “reafirmar la relevancia de la cuestión social y articular la variedad de demandas de la cuestión social”³. Puesto que la construcción del pueblo está abierta a que se sumen nuevas demandas, el populismo de izquierda, al contrario de su antípoda, no niega el pluralismo liberal. Mouffe es fiel creyente de que dadas las condiciones pasadas que han llevado al momento populista actual, la construcción del pueblo en un sentido progresivo es la mejor manera de radicalizar la democracia al interior del marco liberal⁴.

Sin embargo, la realidad puede ser terca a la teoría y la realidad francesa lo ha sido sin duda, aun a pesar de que sea innegable que Mouffe conoce la política francesa al dedillo y tiene cierta relación con el más prominente izquierdista radical francés, Jean-Luc Mélenchon⁵. Francia cumple cabalmente con las descripciones del “momento populista”. Como he argumentado a lo largo del texto, *Le Front National*, nacido en 1972 como el vehículo electoral de la derecha nacionalista revolucionaria ha de poco a poca aprendido el juego de la democracia y se ha convertido en un partido populista en toda regla bajo el

¹ La expresión es de Benjamin Arditi. Véase: Arditi, “Populism as a Spectre of Democracy: A Response to Canovan”.

² Mouffe, *For a Left Populism*, 24.

³ Mouffe, 60–61.

⁴ Mouffe, 80.

⁵ No sólo la política, sino la vida intelectual francesa ha sido muy cercana a Mouffe y Laclau. Ambos abrevan fuertemente del post-estructuralismo francés (Michel Foucault, Jacques Derrida, Jacques Lacan, etc.) y la teoría política del país (Louis Althusser, Claude Lefort y Jacques Rancière principalmente). Además, han debatido fuertemente con autores que, aunque no siempre franceses, también han sido inspirados por el mismo *zeitgeist* intelectual (Judith Butler, Slavoj Žižek, Antonio Negri y Alain Badiou). Por otra parte, es explícito el reconocimiento que hace Mouffe en este texto a Mélenchon quien (entre otros) “ha contribuido al desarrollo de mis argumentos”.

liderazgo de Marine Le Pen¹. Su auge electoral da buena cuenta: de captar 0,8% de los sufragios en la elección presidencial de 1974 ha pasado a consolidarse como la alternativa más sólida al *establishment* atrayendo al 21,3% de los electores en las presidenciales de 2017.

El pasado ha sido documentado ampliamente. La elección en 1981 de François Mitterrand marcó decisivamente un antes y un después para la izquierda francesa. Tras dos años de fallido “relance keynesiano”, el socialismo se plegó a los tiempos de liberalización económica mientras el comunismo abandonó la alianza en el poder y empezó su lenta decadencia. Mientras la izquierda ha dejado de ser la expresión de los intereses de las clases populares², la ultraderecha del FN ha ocupado su lugar con un discurso político donde reparte responsabilidades entre las élites y los inmigrantes y aboga por un programa de recuperación de trabajos, protección social y fortalecimiento del Estado³.

Es, sin embargo, el futuro el que parece menos promisorio. En Francia, el paladín del populismo de izquierda es Jean-Luc Mélenchon, un antiguo comunista y *Front de Gauche* que ahora comanda *La France Insoumise*, un partido político de izquierda radical comprometido con la estrategia del populismo de izquierda. No obstante, Mélenchon se ha encontrado siempre muy por debajo del rendimiento electoral de Le Pen, y muy a pesar de compartir el ideario con Mouffe, confiesa expresamente las dificultades de recuperar el voto popular si se presenta “de izquierda”⁴.

¿Por qué el populismo de izquierda, casi escolar, debería de ser más atractivo que la espontánea búsqueda del chivo expiatorio en el discurso de la ultraderecha? La experiencia reciente de Europa hace pensar lo contrario. La figura del migrante, el otro en su expresión

¹ Después del Freiheitlichen Partei Österreichs (FPÖ, Partido de la Libertad de Austria), *Le Front National* constituye el partido de ultraderecha con más raigambre del continente. Para este particular, remito a dos excelentes análisis de la metamorfosis del partido bajo el liderazgo de Marine Le Pen. Véase: Eltchaninoff, *Inside the Mind of Marine Le Pen*; Alduy y Wahnich, *Marine Le Pen prise aux mots. Décryptage du nouveau discours frontiste*.

² Thomas Piketty, quien demuestra como en Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos se han configurado sistemas de partidos multi-elites, en donde los electorados de la izquierda se han desplazado de las clases populares a los sectores con más escolaridad, mientras que la derecha conserva los sectores más adinerados. Véase: Piketty, “Brahmin Left vs Merchant Right: Rising Inequality and the Changing Structure of Political Conflict, Evidence from France & the US, 1948-2017”.

³ Perrineau, *Cette France de gauche qui vote FN*.

⁴ Como afirmó en una reciente entrevista: “La palabra izquierda, ya de por sí, suscita confusión. De modo que hay que dejarla en barbecho. Hablo de la palabra, no de la idea. Soy un hombre de izquierdas. He pasado mi vida en la izquierda. No voy a cambiar ahora. Pero la palabra ya no la entiende nadie [...] Lo evito, porque sé que crea más confusión que claridad. Aquí estamos entre gente de buena compañía y bien informada pero no es en absoluto lo mismo cuando usted va a llamar a las puertas de un ambiente popular y le dicen: ‘Usted, ¿qué es? ¡Ah, la izquierda! No, aquí ya no votamos a la izquierda’, Véase la nota de la entrevista: Marc Bassets, “Jean-Luc Mélenchon: ‘Los tratados de la UE niegan a Francia sus necesidades’”, *El País*, mayo de 2019..

paradigmática, funge mejor como “exterior constitutivo”¹ del pueblo que la oligarquía neoliberal, más abstracta y fantasmal². En este ámbito la competencia es difícil: desde un punto de vista estético, lo moralmente malo ha sido tradicionalmente relacionado con la fealdad³; la comunidad, nos dice una teoría antropológica en boga, está fundada en el sacrificio que la exime de culpas y la deposita en alguien más allá⁴. El discurso de exclusión de la ultraderecha parece ser más pegajoso que el universalismo didáctico de la izquierda.

Adicionalmente, en el registro teórico, Mouffe tiene razón al afirmar que la construcción del pueblo no necesariamente deriva ni es propiciado para crear una visión unitaria y cerrada del pueblo⁵. Sin embargo, es nuevamente la falta de referentes empíricos concluyentes lo que deja flotando en el aire la lógica del texto. Tristemente, la historia reciente de la construcción del pueblo ha sido casi infaliblemente exclusionista. Su construcción universal queda para el dominio de la utopía.

La incredulidad hacia el populismo de izquierda no significa la incredulidad hacia la izquierda. Parte de la pericia, quizá fatídica, de Mouffe y sus acólitos es la redefinición del *zeitgeist* como un “momento populista”, que hace pensar que no es posible un proyecto político de izquierda por afuera de la articulación populista. La aparición intempestiva de los *gilets jaunes* (chalecos amarillos) en el horizonte político francés nos hacen cuestionarnos si mejor que el populismo, Mouffe haría bien en retomar aquella otra hipótesis que dejó a finales de los ochentas: la radicalización de la democracia por la vía de los movimientos sociales.

En 1985, Mouffe y Laclau, escribieron *Hegemonía y estrategia socialista* bajo la premisa de que la vía para construir una democracia radical era mediante la creación de cadenas de equivalencias entre diversas demandas articuladas en una demanda principal. Mouffe y Laclau, además de brillantes teóricos, eran analistas del momento: eran los años de las entonces innovadoras políticas del TINA (*There is no alternative*), cuando la

¹ La noción de “exterior constitutivo”, muy cara al post-estructuralismo del que Mouffe y Laclau abrevan fuertemente, supone que toda identidad se encuentra circunscrita por su no-identidad, es decir, lo que no es. Véase: Henry Staten, *Wittgenstein and Derrida* (Lincoln and London: University of Nebraska Press, 1984), 17 Es en este tenor que argumento que en el contexto dado, el “otro” como migrante es ontológicamente superior como exterior constitutivo que la oligarquía.

² Esta estrategia de legitimación es brillantemente estudiada por Bartra, *Las redes imaginarias del poder político*.

³ Estos tropos funcionan privilegiadamente como mecanismos de legitimación. Véase: Eco, *Inventing the Enemy and Other Essays*.

⁴ Véase: Girard, *La violencia y lo sagrado*.

⁵ En un sentido similar, Badiou reflexiona sobre la posibilidad de ambos usos del pueblo. Véase: Badiou, “Twenty-four Notes on the Uses of the Word ‘People’”; La tentación del populismo como negación de la pluralidad y en esa medida contradictorio con la democracia liberal ha sido presentada en Arato, “Political Theology and Populism”, 2015.

economía neoclásica, las incuestionables liberalizaciones comerciales en detrimento del Estado estaban en su esplendor. Era el momento neoliberal cuyo reto fundamental era la rearticulación del liberalismo y la democracia en términos de garantizar la libertad, mayormente concebida como económica, por encima de la lógica igualitaria de la democracia¹.

En sincronía, el declive de la izquierda que hoy se aprecia empezaba a asomarse en la forma de nuevos frentes antagónicos, los “nuevos movimientos sociales”, emergidos desde finales de la década de los sesentas que presentaban un panorama de luchas no referidos a la lucha de clases que le era conocida a la izquierda. Se trataban, en cambio, de nuevas luchas “urbanas, ecológicas, antiautoritarias, antiinstitucionales, feministas, antirracistas, de minorías étnicas, regionales o sexuales”².

El momento neoliberal de 1985 planteaba un rompecabezas diferente al momento populista de sus escritos contemporáneos. Mientras que ante el momento populista Mouffe veía como alternativa la construcción de cadenas equivalenciales alrededor de la figura de un líder carismático, hace más de tres décadas dupla Mouffe-Laclau contemplaba la articulación de las demandas bajo la sombra de una demanda que se constituyera como significativa flotante que conjuntara a todas las demás³. Esta podría ser, preferentemente, la transformación del sistema de relaciones de producción pero no necesariamente. De esta manera, la lógica individualista de los nuevos movimientos sociales sería trascendida. En buena medida, la evidencia histórica que presenta Piketty sobre el devenir de las izquierdas en Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos donde sus electorados han pasado de las clases populares a las élites con mayor educación habla de la incapacidad de encauzar estas demandas progresivas hacia articulaciones con las demandas populares⁴.

En los años posteriores, ambos abandonarían la tesis de los movimientos sociales, Mouffe por la reflexión teórico-política sobre las condiciones de una democracia radical y Laclau por la recuperación de la noción de populismo. Sin embargo, dado el último giro de los acontecimientos, vale la pena cerrar este texto con una vuelta al pasado reciente para iluminar los últimos acontecimientos. Las protestas de los *gilets jaunes*, que tuvieron como origen el llamado al bloqueo nacional contra el alza de precios del carburante efectuada el

¹ Laclau y Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, 216.

² Laclau y Mouffe, 180.

³ Laclau y Mouffe, 229 y ss.

⁴ Piketty, “Brahmin Left vs Merchant Right: Rising Inequality and the Changing Structure of Political Conflict, Evidence from France & the US, 1948-2017”.

18 de octubre de 2018 en Facebook y programada para el 17 de noviembre¹, representaron el más interesante episodio de contestación política desde mayo de 1968 y podrían abonar a la tesis del resurgimiento de la articulación de demandas a partir de los movimientos sociales como alternativa del populismo de ultraderecha.

El análisis de los factores de la movilización de los *gilets jaunes* revela condiciones similares a las de la movilización por el FN. En términos de preferencias electorales, en una encuesta realizada en el climax de la movilización se estimaba que el 68% de los votantes en 2017 de Marine le Pen apoyaban las manifestaciones, seguidos por el 45% de Jean-Luc Mélenchon². Por si no fuera poco, el número de bloqueos considerado de forma territorial se encuentra positivamente correlacionado con el voto en 2017 por Marine le Pen, al igual que Jean-Luc Mélenchon y el abstencionismo, mientras que está negativamente relacionado con los demás candidatos importantes electoralmente³.

Otros indicadores la desigualdad social como factor socioeconómico (medido ya sea como desempleo o de percepciones salariales) se encuentra muy fuertemente correlacionada con la movilización de los *gilets jaunes*⁴. En la encuesta IFOP elaborada entre el 13 y 14 de noviembre sobre el apoyo en las diversas categorías socioprofesionales destacaba la anuencia del 62% de los obreros y el 56% de los empleados que constituyen el núcleo de las clases populares. Además, se cuentan el 54% de los trabajadores independientes, naturalmente afectados pues tienen que asumir los costos de los incrementos en los combustibles por su cuenta. En el otro extremo, sólo el 29% de los cuadros superiores aprobaban la movilización⁵.

Adicionalmente, la distancia entre el lugar de residencia y de trabajo es un buen predictor sobre la movilización, al igual que la oposición a medidas políticas de Macron como la fijación del límite de velocidad a 80 kilómetros por hora en rutas secundarias⁶. Ambas son fundamentales pues traducen en movilización política la decisión de aumentar el impuesto al carburante, que resultó regresiva pues afectan a las poblaciones que habitan fuera de las zonas densamente urbanizadas y, por ende, más dependientes de automóvil

¹ De ahí se siguieron 27 episodios hasta el 18 de mayo de 2019, en la antesala de las elecciones europeas de este año. Véase: “Gilets jaunes, les dates clés”, Libération, s/f, <https://www.liberation.fr/apps/2018/12/gilets-jaunes-les-dates-cles/>.

² Matthieu Goar, “Les « gilets jaunes », le symptôme d’une France fracturée”, Le Monde, 2018, https://www.lemonde.fr/societe/article/2018/11/28/les-gilets-jaunes-le-symptome-d-une-france-fracturee_5389616_3224.html.

³ P C Boyer et al., “Les déterminants de la mobilisation des “gilets jaunes””, *CREST (working paper)*, 2019, 6.

⁴ Boyer et al., 8.

⁵ Goar, “Les « gilets jaunes », le symptôme d’une France fracturée”.

⁶ Boyer et al., “Les déterminants de la mobilisation des “gilets jaunes””, 8–9.

como medio de transporte. Para botón de muestra: 77% comunas de menos de 20 mil habitantes fueron ocupadas cuando sólo 15% de entre 20 mil y 50 mil habitantes y 8% de más de 50 mil¹.

En el fondo, todos estos factores convergen. Los votantes de Marine Le Pen y Jean-Luc Mélenchon son en buena medida los franceses “de los fines de mes difíciles”, las clases populares que en una importante proporción han defecionado de la izquierda socialista, muchos para escuchar el cántico de la extrema derecha. Habitan, por demás, en números importantes a distancia de las aglomeraciones urbanas: los obreros conforman el 29% de la población activa de los espacios no urbanos mientras los empleados el 28%, en tanto que los agricultores sólo el 5%². Son el porcentaje de la sociedad francesa excluida de la tercerización de la economía y de las ventajas de la globalización.

Al final, son también aquellos en algún grado excluidos de la capacidad de toma de decisiones por el poder político. Un análisis sugería que además de los fenómenos antes descritos, habría que sumar al descontento la concentración del poder político en las urbes³. Esta visión tiene la gran ventaja de agregar a la dimensión territorial que caracteriza tanto la efervescencia de lo *gilets jaunes* como la implantación del FN. La crisis de la democracia comunitaria, caracterizada por su poca posibilidad de tomar decisiones efectivas en representación de la soberanía popular, sería sólo otra dimensión de la crisis de la democracia en general.

Ante este panorama tan actual y todavía evolviente ninguna conclusión puede ser presentada determinadamente. Ni la evolución de *Le Front National* puede continuar su ascenso de forma indefinida, ni la alternativa desde la izquierda radical tiene asegurado su regreso. En cuanto al FN, las elecciones europeas de 2019 representaron en algunos casos un estancamiento e incluso un ligero revés en cuanto a su presencia electoral de 2014 a 2017. Los retos de Marine le Pen siguen estando marcados por la historia: al exterior, el proceso de desdemonización no acaba de convencer a la sociedad francesa que no olvida 4 décadas de extremismo de derecha, al interior son sus mismos correligionarios que se niegan a abandonar los viejos hábitos.

¹ Goar, “Les « gilets jaunes », le symptôme d’une France fracturée”.

² Ivan Bruneau, Julian Mischi, y Nicolas Renahy, “Les Gilets Jaunes en campagne – une ruralité politique”, *AOC Media*, 2018, 1–4, https://s3.amazonaws.com/academia.edu.documents/58027443/Les_Gilets_Jaunes_en_campagne_-_une_ruralite_politique__AOC_media_-_Analyse_Opinion_Critique.pdf?AWSAccessKeyId=AKIAIWOWYYGZ2Y53UL3A&Expires=1557004668&Signature=bPfPjwWQEvMtAUAOrO2HfMeeF%2B8%3D&re.

³ Bruneau, Mischi, y Renahy, 4.

En cuanto a la izquierda, aún más oscuro parece el panorama para el populismo de izquierdas, a pesar del énfasis por presentarse como una propuesta diferente a la izquierda tradicional y atender las demandas de las clases populares en conexión con las reivindicaciones de otros grupos excluidos, como los migrantes. La última esperanza, el resurgir de los movimientos sociales, tampoco parece especialmente esperanzador después de que buena parte de los liderazgos de los *gilets jaunes* hayan sido aprovechado por listas de la ultraderecha para las elecciones europeas de 2019.

Tal parece ser que estos tres actores marcarán de forma intermitente el signo de los tiempos, sin acabar de consolidar su hegemonía ni derrocar por completo el viejo orden. Todo indica que la situación afecta al Occidente moderno que conocemos, Europa y Norteamérica, del que Francia es un botón de muestra. Una condición particular que Gramsci describió con la poesía del pensamiento cuando afirmó: “El viejo mundo se muere. El nuevo tarda en aparecer. Y en ese claroscuro surgen los monstruos”.

Fuentes

- Albertini, Dominique. “Quand le Front National était pro-européen”. *Libération*, el 25 de junio de 2016. <http://www.leparisien.fr/flash-actualite-politique/le-programme-fn-45-ans-de-petites-et-grandes-evolutions-03-02-2017-6652641.php>.
- Albertini, Dominique, y David Doucet. *Histoire du Front National*. Paris: Texto, 2014.
- Aldridge, Alan. *The market*. Cambridge: Polity, 2005.
- Alduy, Cecile, y Stephane Wahnich. *Marine Le Pen prise aux mots. Décryptage du nouveau discours frontiste*. Paris: Seuil, 2015.
- Anderson, Benedict. *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. London and New York: Verso, 2006.
- Appadurai, Arjun. *Géographie de la colère: La violence à l'âge de la globalisation*. Paris: Payot, 2009.
- . “Une fatigue de la démocratie”. En *L'âge de la régression*, editado por Heinrich Geiselberger, 17–37. Paris: Gallimard, 2017.
- Arato, Andrew. “Political Theology and Populism”. *Social Research* 80, núm. 1 (2013): 143–72.
- . “Political Theology and Populism”. En *The Promise and Perils of Populism. Global Perspectives*, editado por Carlos de la Torre, 31–58. Kentucky: University of Kentucky, 2015.
- Arditi, Benjamín. “El populismo como periferia interna de la política democrática”. En *El populismo como espejo de la democracia*, 97–132. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2009.
- . *La política en los bordes del liberalismo : diferencia, populismo, revolución, emancipación*. Barcelona: Gedisa, 2010.
- . “Populism as a Spectre of Democracy: A Response to Canovan”. *Political Studies* 52, núm. 1 (2004): 135–43. <https://doi.org/10.1111/j.1467-9248.2004.00468.x>.
- Arner, Douglas W. “The Global Credit Crisis of 2008 : Causes and Consequences”. *The International Lawyer* 43, núm. 1 (2019): 91–136. https://www.lemonde.fr/les-decodeurs/article/2017/05/07/le-second-tour-de-la-presidentielle-2017-en-8-chiffres_5123931_4355770.html.
- Atkin, Nicholas. *The Fifth French Republic*. New York: Palgrave Macmillan, 2005. <https://doi.org/10.5860/choice.42-6726>.
- Badiou, Alain. *De quoi Sarkozy est-il le nom*. Paris: Nouvelles Editions Lignes, 2007.
- . “Twenty-four Notes on the Uses of the Word ‘People’”. En *What Is a People?*, 21–31. New York: Columbia University Press, 2016.
- Barthélémy, Pascale. “« Nul ne peut faire comme si rien n'était arrivé. ». Retour sur la réception du « discours de Dakar »”. *Écrire L'Histoire*, núm. 7 (2011): 33–42. <https://doi.org/10.4000/elh.371>.
- Bartra, Roger. *Las redes imaginarias del poder político*. Valencia: Pre-textos, 2010.

- . *Territorios del terror y la otredad*. México: Fondo de Cultura Económica, 2013.
- Bassets, Marc. “Jean-Luc Mélenchon: ‘Los tratados de la UE niegan a Francia sus necesidades’”. *El País*, mayo de 2019.
- Bauman, Zygmunt. *Globalization. The human consequences*. Cambridge: Polity, 1998.
- . *Memorias de clase. La prehistoria y la sobrevivencia de las clases*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2011.
- . “Synmptômes en quête d’un objet et d’un nom”. En *L’âge de la régression*, 39–59. Paris: Gallimard, 2017.
- Beck, Ulrich. *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Madrid: Paidós, 2006.
- Becker, Jean-Jacques. *Histoire politique de la France depuis 1945*. Paris: Armand Colin, 2000.
- Begag, Azouz. *Ethnicity and equality. France in the balance*. Lincoln and London: University of Nebraska Press, 2007.
- Belleville, Pierre. “Les syndicats sous la Ve République”. *Esprit*, núm. Mars (1962): 381–96.
- Berlin, Isaiah. “To define populism”. *Government and Opposition* 3, núm. 2 (1968): 137–80.
- Bévort, Antoine. “Compter les syndiqués, méthodes et résultats. La CGT et la CFDT : 1945–1990”. *Travail et emploi*. Paris: Ministère de l’Emploi, de la Cohésion sociale et du Logement, 1995.
- Bhaduri, Amit. *Repensar la Economía Política. En busca del desarrollo con equidad*. Buenos Aires: Manantial, 2011.
- Blyth, Mark. “Global Trumpism. Why Trump’s Victory Was 30 Years in the Making and Why It Won’t Stop Here”. *Foreign Affairs*, núm. What was the liberal order? The world we may be losing (2017): 136–40.
- Boissieu, Laurent. “Eléctions Européens”. France Politique, s/f. <https://www.france-politique.fr/resultats-elections-europeennes.htm>.
- Boltanski, Luc, y Ève Chiapello. *El nuevo espíritu del capitalismo*. Madrid: Akal, 2002.
- Bonin, Hubert. *Histoire économique de la France depuis 1880*. Paris: Elsevier Masson, 1988.
- Bost, François, y Dalila Messaoudi. “La désindustrialisation : quelles réalités dans le cas français ?” *Revue Géographique de l’Est* 57, núm. vol.57 / 1-2 (2017): 22.
- Bourdieu, Pierre. *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus, 2012.
- . *Sobre el Estado*. Barcelona: Anagrama, 2014.
- Bourdieu, Pierre, y Yvette Delsault. “El costurero y su firma. Contribución a una teoría de la magia”. En *Pierre Bourdieu. Capital simbólico y magia social*, editado por Isabel Jiménez, 17–85. México: Siglo XXI, 2012.
- Boyer, P C, T Delemotte, G Gauthier, V Rollet, y B Schmutz. “Les déterminants de la

- mobilisation des "gilets jaunes". *CREST (working paper)*, 2019.
- Braudel, Fernand. *La dinámica del capitalismo*. México: Fondo de Cultura Económica, 1986.
- Breteau, Pierre. "L'abstention en hausse depuis 1958, la présidentielle toujours mobilisatrice". *Le Monde*, 2017. https://www.lemonde.fr/les-decodeurs/article/2017/03/30/l-abstention-en-hausse-depuis-1958-la-presidentielle-toujours-mobilisatrice_5103297_4355770.html.
- Bruneau, Ivan, Julian Mischi, y Nicolas Renahy. "Les Gilets Jaunes en campagne – une ruralité politique". *AOC Media*, 2018, 1–4. https://s3.amazonaws.com/academia.edu.documents/58027443/Les_Gilets_Jaunes_en_campagne_-_une_ruralite_politique___AOC_media_-_Analyse_Opinion_Critique.pdf?AWSAccessKeyId=AKIAIWOWYYGZ2Y53UL3A&Expires=1557004668&Signature=bPFPjwWQEvMtAUAAOrO2HfMeeF%2B8%3D&re.
- Camus, Jean-Yves. *Le Front National. Histoire et analyses*. Paris: Editions Olivier Laorens, 1996.
- . "Le Front National et la Nouvelle Droite". En *Les faux-semblants du Front National*, editado por Sylvain Crépon, Alexandre Dézé, y Nonna Mayer, 97–120. Paris: Presses de Sciences Po, 2015.
- Canovan, Margaret. "Trust the People! Populism and the Two Faces of Democracy". *Political Studies* 47, núm. 1 (1999): 2–16. <https://doi.org/10.1111/1467-9248.00184>.
- Carvalho, João. "The FN impact on French immigration politics and policy". En *Impact of Extreme Right Parties on Immigration Policy*, 248. New York: Routledge, 2014.
- Cassirer, Ernst. *El mito del Estado*. México: Fondo de Cultura Económica, 1968.
- Castel, Robert. *El ascenso de las incertidumbres. Protecciones, trabajo, estatuto del individuo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2010.
- . *La inseguridad social ¿Qué es estar protegido?* Buenos Aires: Manantial, 2004.
- Castoriadis, Cornelius. *La montée de l'insignifiance*. Paris: Seuil, 1996.
- Chiroux, René. "L'irrésistible ascension de Nicolas Sarkozy". *La Revue administrative* 60e, núm. 358 (2007): 437–45.
- "Chômage : les non-qualifiés en première ligne". Observatoire des Inégalités, 2017. <https://www.inegalites.fr/Chomage-les-non-qualifies-en-premiere-ligne>.
- Chombeau, Christiane. "Jean-Marie Le Pen perd un million de voix par rapport à 2002". *Le Monde*. el 23 de abril de 2007. https://www.lemonde.fr/societe/article/2007/04/23/jean-marie-le-pen-perd-un-million-de-voix-par-rapport-a-2002_900254_3224.html.
- Cohen, Daniel. *Tres lecciones sobre la sociedad postindustrial*. Buenos Aires - Madrid: Katz, 2007.
- Crouch, Colin. *Post-Democracy*. Cambridge: Polity, 2004.
- . *The Globalization Backlash*. Cambridge: Polity, 2019.
- Crozier, Michel J., Samuel P. Huntington, y Joji Watanuki. "The Crisis of Democracy?"

- Report on the Governability of Democracies to the Trilateral Commission”. *The French Presidential and Legislative Elections of 2002*. New York: New York University Press, 1975. <https://doi.org/10.4324/9781351146722-16>.
- Cusset, Francois. *How the World Swung to the Right. Fifty Years of Counter Revolutions*. Pasadena: Semiotext, 2016.
- Dafnos, Mr Andreas. “Concept structures and the Far Right”. Centre for Analysis of the Radical Right, 2019. <http://www.radicalrightanalysis.com/2019/01/17/>.
- Davenport, Thomas H. “Why Trump Doesn’t Tweet About Automation”. Harvard Business Review, 2017. <https://hbr.org/2017/01/why-trump-doesnt-tweet-about-automation>.
- Deleuze, Gilles. “Post-scriptum sobre las sociedades de control”. *Polis. Revista Latinoamericana*, núm. 13 (2006): 7. <https://doi.org/10.32735/S0718-6568/2006-N13-431>.
- Delwit, Pascal. *Le Front national. Mutations de l’extrême droite française*. Bruxelles: Editions de l’Université de Bruxelles, 2012.
- Eagleton, Terry. *Terror santo*. Barcelona: Debate, 2008.
- Eco, Umberto. *Cinco escritos morales*. Barcelona: Lumen, 1998.
- . *Inventing the Enemy and Other Essays*. Boston-New York: Mariner Books, 2013.
- Eltchaninoff, Michel. *Inside the Mind of Marine Le Pen*. London: Hurst & Co., 2018.
- Escalante, Fernando. *Historia mínima del neoliberalismo*. México: El Colegio de México, 2015.
- Esping-Andersen, Gøsta. *The Three Worlds of Welfare Capitalism*. Princeton: Princeton University Press, 1990.
- “Évolution du produit intérieur brut et de ses composantes jusqu’en 2018 Données annuelles de 1950 à 2018”. INSEE, 2019. <https://www.insee.fr/fr/statistiques/serie/010548503>.
- Ewald, François. *L’Etat providence*. Paris: Grasset, 1986.
- Faux, Emmanuel, Thomas Legrand, y Gilles Perez. *La Main droite de Dieu. Enquête sur François Mitterrand et l’extrême droite*. Paris: Seuil, 1994.
- Faye, Olivier. “Pour Marine Le Pen, «l’immigration est un fardeau »”. *Le Monde*, el 6 de septiembre de 2015. https://www.lemonde.fr/politique/article/2015/09/07/pour-marine-le-pen-l-immigration-est-un-fardeau_4747421_823448.html.
- Fernández, David. “De Poujade a Le Pen: La evolución de la política europea de la derecha radical francesa”. *Comentario UNISCI*, núm. 114 (2017).
- Fishman, Sarah. *From Vichy to the Sexual Revolution. Gender and Family in Postwar France*. New York: Oxford University Press, 2017.
- Foucault, Michel. *La arqueología del saber*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2002.
- Fourastié, Jean. *Les Trente Glorieuses*. Paris: Fayard, 1979.
- Fraser, Nancy. “Néolibéralisme contre populisme”. En *L’âge de la régression*, editado por Heinrich Geiselberger, 60–77. Paris: Gallimard, 2017.

- . *The Old Is Dying and the New Cannot Be Born*. London and New York: Verso, 2019.
- Fukuyama, Francis. “¿El fin de la historia?” En *¿El fin de la historia? y otros ensayos*, 55–101. Madrid: Alianza Editorial, 2015.
- . *The End of History and the Last Man*. New York: Free Press, 2006.
- Geiselberger, Heinrich. “Preface”. En *L’âge de la régression*, editado por Heinrich Geiselberger, 9–16. Paris: Gallimard, 2017.
- Germani, Gino. *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*. Buenos Aires: Paidós, 1962.
- “Gilets jaunes, les dates clés”. *Libération*, s/f.
<https://www.liberation.fr/apps/2018/12/gilets-jaunes-les-dates-cles/>.
- Girard, René. *Celui par qui le scandale arrive*. Paris: Desclée de Brouwer, 2001.
- . *La violencia y lo sagrado*. Barcelona: Anagrama, 1983.
- . *Veo a Satán caer como el relámpago*. Barcelona: Anagrama, 2012.
- Goar, Matthieu. “Les « gilets jaunes », le symptôme d’une France fracturée”. *Le Monde*, 2018. https://www.lemonde.fr/societe/article/2018/11/28/les-gilets-jaunes-le-symptome-d-une-france-fracturee_5389616_3224.html.
- Golder, Matt. “Far Right Parties in Europe”. *Annual Review of Political Science* 19, núm. 1 (2016): 477–497.
- Gooch, R. K. “Reflections on the Constitution of the Fifth French Republic”. *The Journal of Politics* 22, núm. 2 (1960): 193–202.
- Gougou, Florent. “Les ouvriers et le vote Front National”. En *Les faux-semblants du Front National*, editado por Sylvain Crépon, Alexandre Déze, y Nonna Mayer, 323–44. Paris: Presses de Sciences Po, 2015.
- Guilluy, Christophe. *Twilight of the Elites: Prosperity, the Periphery, and the Future of France*. New Haven and London: Yale University Press, 2019.
- Habermas, Jürgen. *Historia y crítica de la opinión pública*. Barcelona: Gustavo Gili, 2004.
- . *The Crisis of the European Union. A Response*. Cambridge: Polity, 2012.
- Haegel, Florence. “Nicolas Sarkozy a-t-il radicalisé la droite française ? Changements idéologiques et étiquetages politiques”. *French Politics, Culture & Society* 29, núm. 3, Special Issue: Political Radicalism in France: Changing Paradigms (2019): 62–77.
- Hall, Stuart. *The Hard Road to Renewal. Thatcherism and the Crisis of the Left*. London: Verso, 1988.
- Haque, Rezwan. “The Sarkozy Factor: France’s Big Decision”. *Harvard International Review* 28, núm. 1 (2006): 11–12.
- Harvey, David. *A brief history of Neoliberalism*. Oxford: Oxford University Press, 2007.
- Heater, Derek. *Ciudadanía. Una breve historia*. Madrid: Alianza Editorial, 2007.
- “Histoire de l’Immigration en France. La contribution des immigrés au développement

- économique et aux guerres françaises de 1850 à aujourd’hui”. Collectif des luttins, 2004.
- Hobsbawm, Eric J. *Historia del siglo XX*. Buenos Aires: Crítica, 2011.
- Hoffmann, Stanley. *Le Mouvement Poujade*. Paris: Librairie Armand Colin, 1956.
- Holland, Stuart. *Beyond Austerity. Democratic Alternatives for Europe*. Nottingham: Spokesman, 2016.
- Igounet, Valérie. *Le Front national de 1972 à nos jours : le parti, les hommes, les idées*. Paris: Le Seuil, 2014.
- . *Les Français d’abord. Slogans et viralité du discours. Front National (1972-2017)*. Paris: Inculte, 2017.
- “Il y a 25 ans, les Français approuvent par référendum le Traité de Maastricht [...]”. AFP Archives (cuenta de Twitter), 2017.
<https://twitter.com/AFParchives/status/910398121342943232>.
- Inglehart, Ronald. *The Silent Revolution. Changing Values and Political Styles Among Western Publics*. New Jersey: Princeton University Press, 1977.
- Inglehart, Ronald, y Pippa Norris. “Trump, Brexit, and the Rise of Populism: Economic Have-Nots and Cultural Backlash”. *SSRN Electronic Journal*, 2016.
<https://doi.org/10.2139/ssrn.2818659>.
- INSEE. “En 2017, la moitié des personnes arrivées en France sont nées en Europe”, 2019.
<https://www.insee.fr/fr/statistiques/3716876#consulter>.
- Ionescu, Ghita, y Ernest Gellner. *Populism. Its Meaning and National Characteristics*. London: The Macmillan Company, 1969.
- Ípola, Emilio De. “Populismo e ideología”. *Revista Mexicana de Sociología* 41, núm. 3 (1979): 925–60. <http://www.jstor.org/stable/3540096>.
- Jameson, Fredric. *Postmodernism or, the Cultural Logic of Late Capitalism*. Durham: Duke University Press, 1991.
- Judt, Tony. *¿Una gran ilusión? Un ensayo sobre Europa*. Madrid: Taurus, 2013.
- . *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945*. Taurus, 2006.
- Kauffmann, Grégoire. *Le nouveau FN*. Paris: Seuil, 2016.
- Kaufmann, Franz-Xaver. *Variations of the Welfare State. Great Britain, Sweden, France and Germany Between Capitalism and Socialism*. Editado por Lutz Leisering. Bonn: Springer, 2013.
- . *Variations of the Welfare State*. Bonn: Springer, 2013.
- Kelly, Michael. “War and culture: the lessons of post-war France”. *Synergies Royaume-Uni et Irlande* 1 (2008): 91–100. <http://eprints.soton.ac.uk/80106/>.
- Knight, Alan. “Populism and neo-populism in Latin America”. *Journal of Latin American Studies* 30, núm. 2 (1998): 223–48. <https://www.jstor.org/stable/158525>.
- Koselleck, Reinhart, y Michaela W. Richter. “Crisis”. *Journal of the History of Ideas* 67, núm. 2 (2006): 357–400.

- Krastev, Ivan. “Le retour des régimes majoritaires”. En *L’âge de la régression*, editado por Heinrich Geiselberger, 105–25. Paris: Gallimard, 2017.
- . “The Populist Moment”. Eurozine, 2007. www.eurozine.com/the-populist-moment.
- “La Constitution européenne : sondage post-référendum en France”. *Flash Eurobarometer*, núm. Juin (2005): 88.
- “La Constitution européenne : sondage pré-référendum en France”. *Flash Eurobarometer*, núm. Mai (2005): 46.
- “La France devrait accueillir plus de réfugiés”. *Le Figaro*, el 4 de septiembre de 2015. <http://www.lefigaro.fr/flash-actu/2015/09/04/97001-20150904FILWWW00252-la-france-devrait-accueillir-plus-de-refugies.php>.
- Laclau, Ernesto. *La razón populista*. 2a ed. México, D.F: Fondo de Cultura Económica, 2006.
- . *Politics and Ideology in Marxist Theory*. London: NLB, 1977. <https://doi.org/10.2307/1954758>.
- . “Populismo. ¿Qué nos dice el nombre?” En *El populismo como espejo de la democracia*, 51–70. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2009.
- Laclau, Ernesto, y Chantal Mouffe. *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. 3a ed. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2010.
- Lavau, Georges. “Vers une Renaissance du Parti communiste ?” *Esprit* Octubre 19, núm. 10 (1966): 481–504.
- “Le programme FN , 45 ans de petites et grandes évolutions”. *Le Parisien*, el 3 de febrero de 2017. <http://www.leparisien.fr/flash-actualite-politique/le-programme-fn-45-ans-de-petites-et-grandes-evolutions-03-02-2017-6652641.php>.
- Lefort, Claude. *La incertidumbre democrática. Ensayos sobre lo político*. Barcelona: Anthropos, 2004.
- Lejeune, Dominique. “Qu’est-ce que les Trente Glorieuses ?” *Université ouverte de Besançon*, 2016, 15.
- Levine, Andrew. “Robespierre: Critic of Rousseau”. *Canadian Journal of Philosophy* 8, núm. 3 (1978): 543–57. <https://doi.org/10.1080/00455091.1978.10717072>.
- Lilla, Mark. *The Shipwreck Mind. On Political Reaction*. New York: New York Review of Books, 2016.
- Lipset, Seymour M., y Stein Rokkan. “Cleavage structures, party systems, and voter alignments. Cross-National Perspectives”. New York: The Free Press, 1967.
- Losurdo, Domenico. *Liberalism. A Counter-History*. London: Verso, 2014.
- Lotman, Iuri. *La semiosfera I. Semiótica de la cultura y del texto*. Madrid: Frónesis Cátedra -Universitat de València, 1998.
- Lowi, Theodore. “Políticas Públicas, Estudios de Caso y Teoría Política”. En *La Hechura de las Políticas*, editado por Luis F. Aguilar, 89–118. México: Miguel Ángel Porrúa, 1992.

- Lowi, Theodore J. "Four Systems of Policy, Politics, and Choice". *Public Administration Review* 32, núm. 4 (1972): 298–310.
- Löwy, Michael, y Francis Sitel. "The Far Right in France: the Front National in European Perspective". En *The Politics of the Right*, editado por Leo Panitch y Greg Albo, 51–67. New York: NYU Press, 2016.
- Luhmann, Niklas. *Social Systems*. Stanford: Stanford University Press, 1995.
<https://doi.org/10.2307/j.ctvh4zdzd.1>.
- Lukes, Steve. *Power: a Radical View*. 2a ed. New York: Palgrave Macmillan, 2005.
- MacRae, Donald. "Populism as an Ideology". En *Populism. Its Meaning and National Characteristics*, editado por Ghita Ionescu y Ernest Gellner, 153–65. London: The Macmillan Company, 1969.
- Mair, Peter. *Ruling the Void. The Hollowing-out of Western Democracy*. London: Verso, 2013.
- Maistre, Joseph de. *Tratado sobre los sacrificios*. México: Sexto Piso, 2009.
- Majone, Giandomenico. "La 'Europa Social', la armonización de políticas y el desafío de la heterogeneidad socioeconómica". *Foro Internacional* 205, núm. 3 (2011): 398–428.
- Manin, Bernard. *Los principios del gobierno representativo*. Madrid: Alianza Editorial, 2016.
- Mannheim, Karl. *Ideology and Utopia*. San Diego-Nueva York- Londres: Mariner Books, 1955.
- Marseille, Jacques. "Les 'Vingt Glorieuses' la croissance de l'économie française des années 1970 à nos jours". *Vingtième Siècle. Revue d'histoire* Les crises, núm. 52 (1996): 94–101.
- Martin, Pierre. *Comprendre les évolutions électorales. La théorie des réalignements revisitée*. Paris: Presses de Sciences Po, 2000.
- . "L'élection présidentielle et Les élections législatives françaises de 2002". *French Politics, Culture & Society* 21, núm. 1 (2003): 1–19.
- Marx, Karl. *El Capital. El proceso de producción del capital. Tomo 1, Volumen 3*. Editado por Pedro Scaron. México: Siglo XXI, 1988.
- . *Le 18 Brumaire de Louis Bonaparte*. Paris: Les Éditions sociales, 1969.
- Mayer, Nonna. *Ces Français qui votent FN*. Paris: Flammarion, 1999.
- Mayer, Nonna, y Pascal Perrineau. "Pourquoi votent-ils pour le Front national?" *Pouvoirs: Revue française d'études constitutionnelles et politiques*, núm. 55 (1990): 163–81.
- Mayer, Nonna, y María D. Valderrama. "Nonna Mayer: 'No veo la diferencia entre Marine Le Pen y Nicolas Sarkozy'". *El Mundo*, el 20 de noviembre de 2016.
<https://www.elmundo.es/internacional/2016/11/20/582f154e46163f7a668b4689.html>.
- McDonald, James R. "Labor Immigration in France , 1946-1965". *Annals of the Association of American Geographers* 59, núm. 1 (1969): 116–34.

- Merton, Robert K. *Teoría y estructura sociales*. 4a ed. México: Fondo de Cultura Económica, 2002.
- Milanovic, Branko. *Desigualdad mundial. Un nuevo enfoque para la era de la globalización*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2017.
- Mischi, Julian, y Michel Streith. “L’implantation du PCF: Bastions ruraux, bastions urbains”. *Études rurales*, núm. 171/172 (2004): 29–33.
- Moffitt, Benjamin, y Simon Tormey. “Rethinking populism: Politics, mediatisation and political style”. *Political Studies* 62, núm. 2 (2014): 381–97.
<https://doi.org/10.1111/1467-9248.12032>.
- Mouffe, Chantal. *Agonística*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2014.
- . “El ‘fin de la política’ y el desafío del populismo de derecha”. En *El populismo como espejo de la democracia*, editado por Francisco Panizza, 71–96. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2009.
- . *En torno a lo político*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2011.
- . *For a Left Populism*. London: Verso, 2018.
- . *La paradoja democrática*. Barcelona: Gedisa, 2000.
- Mouterde, Perrin. “La France a accueilli 10 000 Syriens depuis 2011 sur les 5 millions qui ont fui leur pays”. *Le Monde*, el 14 de marzo de 2016.
https://www.lemonde.fr/proche-orient/article/2016/03/15/refugies-syriens-les-chiffres-de-l-accueil-en-france-syrie5ans_4883220_3218.html.
- Mudde, Cas. “Populism: An Ideational Approach”. En *The Oxford Handbook of Populism*, editado por Pierre Ostiguy, Cristóbal Rovira Kaltwasser, Paul Taggart, Paulina Ochoa Espejo, 27–47. Oxford: Oxford University Press, 2017.
<https://doi.org/10.2139/ssrn.922667>.
- . *The Far Right Today*. Cambridge: Polity, 2019.
- . “The Populist Zeitgeist”. *Government and Opposition*, 2004, 541–63.
<https://doi.org/10.1111/j.1477-7053.2004.00135.x>.
- . “The single-issue party thesis: Extreme right parties and the immigration issue”. *West European Politics* 22, núm. 3 (1999): 182–97.
<https://doi.org/10.1080/01402389908425321>.
- Mudde, Cas, y Cristobal Rovira Kaltwasser. *Populism. A very short Introduction*. New York: Oxford University Press, 2017.
- Müller, Jan-Werner. *What Is Populism?* Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 2016.
- Nail, Thomas. *The Figure of the Migrant*. California: Stanford University Press, 2015.
- Nun, José. “Populismo, representación y menemismo”. En *El fantasma del populismo. Aproximación a un tema (siempre) actual*, 49–80. Quito: ILDIS-FLACSO-Nueva Sociedad, 1998.
- Oakeshott, Michael. *The Politics of Faith and the Politics of Scepticism*. Editado por Timothy Fuller. New Heaven: Yale University Press, 1996.

- Oakeshott, Michael Joseph. *The politics of faith and the politics of scepticism*. Selected writings of Michael Oakeshott. New Haven, Conn: Yale University, 1996.
- Pen, Marine Le. “Discours - Vendredi 1er mai 2015”. Rassemblement National (site web), 2015. <https://rassemblementnational.fr/discours/discours-de-marine-le-pen-vendredi-1er-mai-2015/>.
- . “Discours à l’Université d’Oxford - 5 février”. Rassemblement National (site web), 2015. <https://rassemblementnational.fr/discours/discours-de-marine-le-pen-a-luniversite-doxford/>.
- . “Discours du 23 avril 2017”. 2017. <https://www.youtube.com/watch?v=5gT25kPnbhs>.
- Perelman, Chaïm, y Lucie Olbrechts-Tyteca. *Traité de l’argumentation : La nouvelle rhétorique*. Bruxelles: Université de Bruxelles, 2008.
- Perrineau, Pascal. *Cette France de gauche qui vote FN*. Paris: Seuil, 2017.
- . “Election présidentielle de 2017 : l’analyse de Pascal Perrineau - Sciences Po”. Youtube, 2017. <https://www.youtube.com/watch?v=wI5PWKQwTkg>.
- . “L’électorat du Front National: permanences et nouveautés”. *Fondation National des Sciences Politiques*. Barcelona, 1996.
- Perrineau, Pascal, Pierre Martin, y Gérard Grunberg. “L’électorat F.N. Droitisation du vote ouvrier ou ‘gaucho-lepénisme’: diversité d’analyses pour un même fait...” *Les Notes de la Fondation Jean-Jaurès*, 1997.
- Piketty, Thomas. “Brahmin Left vs Merchant Right: Rising Inequality and the Changing Structure of Political Conflict, Evidence from France & the US, 1948-2017”, 2018. <http://piketty.pse.ens.fr/files/Piketty2018PoliticalConflict.pdf>.
- . *Capital et Idéologie*. Paris: Seuil, 2019.
- . *El Capital en el siglo XXI*. México: Fondo de Cultura Económica, 2014.
- Polanyi, Karl. *The Great Transformation. The Political and Economic Origins of Our Time*. Boston: Beacon Press, 2001.
- Quijano, Anibal. “Populismo y fujimorismo”. En *El fantasma del populismo. Aproximación a un tema (siempre) actual*, 171–206. Quito: ILDIS-FLACSO-Nueva Sociedad, 1998.
- Rancière, Jacques. *El desacuerdo. Política y filosofía*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2012.
- . “The Populism That Is Not to Be Found”. En *What Is a People?*, 101–6. New York: Columbia University Press, 2016.
- Rawls, John. *A Theory of Justice*. Cambridge Massachusetts: Harvard University Press, 1971.
- . *La justicia como equidad*. Barcelona: Paidós, 2002.
- “Référendum 29 Mai 2005 : Le sondage sorti des urnes”. Ipsos, 2005. <https://www.ipsos.com/fr-fr/referendum-29-mai-2005-le-sondage-sorti-des-urnes#04>.

- Rémond, René. *Les droites en France*. Paris: Aubier-Montaigne, 1992.
- Richard, Gilles, y Jacqueline Sainclivier, eds. *La recomposition des droites en France à la Libération, 1944-1948*. Rennes: Presses universitaires de Rennes, 2004.
- Rodrik, Dani. *The Globalisation Paradox*. New York - London: W.W. Norton & Company, 2011.
- Rosanvallon, Pierre. *La contra-démocratie. La politique à l'âge de la défiance*. Paris: Seuil, 2006.
- . *La crise de l'Etat-providence*. Paris: Éditions du Seuil, 1984.
- . *La démocratie inachevée. Histoire de la souveraineté du peuple en France*. Paris: Gallimard, 2000.
- . *The new social question: rethinking the welfare state*. Princeton: Princeton University Press, 2000.
- Rosanvallon, Pierre, y Jean-Paul Fitoussi. *La nueva era de las desigualdades*. Buenos Aires: Manantial, 1997.
- Ross, George. "Party and Mass Organization: The Changing Relationship of PCF and CGT". En *Communism in Italy and France*, editado por Donald L. M. Blackmer y Sidney Tarrow, 504–40. New Jersey: Princeton University Press, 1975.
- Ross, Kristin. "Establishing Consensus: May '68 in France as Seen from the 1980s". *Critical Inquiry* 28, núm. 3 (2002): 650–76.
- Rousseau, Jean-Jacques. *Del contrato social*. Madrid: Alianza Editorial, 2012.
- Safranski, Rüdiger. *¿Cuánta globalización podemos soportar?* Ciudad de México: Tusquets, 2013.
- Samuels, David J., y Matthew S. Shugart. *Presidents, Parties, and Prime Ministers*. New York: Cambridge University Press, 2010.
- Schäfer, Armin. "Liberalization, Inequality and Democracy's discontent". En *Politics in the Age of Austerity*, editado por Armin Schäfer y Wolfgang Streeck, 169–95. Cambridge: Polity, 2013.
- Schmitt, Carl. *Teoría del Partisano. Acotación al concepto de lo político*. Madrid: Trotta, 2013.
- Schmitter, Phillipe. "Un posible esbozo de una democracia «post-liberal»". En *¿Democracia post-liberal? El espacio público de las asociaciones*. Barcelona: Anthropos Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, 2005.
- Schumpeter, Joseph A. *Capitalism, Socialism and Democracy*. London and New York: Routledge, 2003. <https://doi.org/10.4324/9781315270548-17>.
- Scriven, Michael. *Jean-Paul Sartre. Politics and Culture in Postwar France*. New York: MacMillan Press, 1999.
- Seldon, Anthony, y Andrew Graham. *Government and Economies in the Postwar World*, 1991.

- Simon, Marie. “Cadre, employé, ouvrier: qui a voté Le Pen et qui a voté Macron ?” *Le Figaro*, 2017. <http://www.lefigaro.fr/economie/le-scan-eco/dessous-chiffres/2017/04/24/29006-20170424ARTFIG00183-cadre-employe-ouvrier-qui-a-vote-le-pen-et-qui-a-vote-macron.php>.
- Snégaroff, Thomas. “Comment Jeanne d’Arc a été privatisée par le Front national (1985-2015)”. *franceinfo*, 2015. https://www.francetvinfo.fr/replay-radio/histoires-d-info/comment-jeanne-d-arc-a-ete-privatisee-par-le-front-national-1985-2015_1776401.html.
- Solt, Frederick. “Diversionary nationalism: Economic inequality and the formation of national pride”. *The Journal of Politics* 73, núm. 3 (2011): 821–30. <https://doi.org/10.1017/S002238161100048X>.
- Spire, Alexis. “L’inégalité devant l’impôt. Différences sociales et ordre fiscal dans la France des Trente Glorieuses”. *Revue d’histoire moderne et contemporaine (1954-)* 2, núm. Apr.-Jun. (2009): 164–87.
- Staten, Henry. *Wittgenstein and Derrida*. Lincoln and London: University of Nebraska Press, 1984.
- Stiglitz, Joseph E. *Globalization and its Discontents Revisited*. New York - London: W.W. Norton & Company, 2018.
- . *The Euro. How a Common Currency Threatens the Future of Europe*. New York - London: Norton and Company, 2016.
- Streeck, Wolfgang. *Buying Time. The Delayed Crisis of Democratic Capitalism*. London: Verso, 2017.
- . “Democratic Capitalism and European Integration”. *New Left Review* 73 (2012): 63–71.
- . “How will capitalism end?” *New Left Review* 87, núm. May June (2014): 35–64.
- . “Why the Euro Divides Europe”. *New Left Review* 95 (2015): 5–26.
- Taguieff, Pierre-André. *L’illusion populiste*. Paris: Flammarion, 2017.
- Tilly, Charles, y Sidney Tarrow. *Contentious Politics*. Oxford: Oxford University Press, 2015.
- Touraine, Alain. “La inútil idea de la sociedad. El hombre, las ideas y las instituciones”. En *Touraine y Habermas. Ensayos de teoría social*, 89–100. México: UAP-UAM Azcapotzalco, 1986.
- Vaudano, Maxime. “Le second tour de la présidentielle 2017 en 8 chiffres”. *Le Monde*, 2017. https://www.lemonde.fr/les-decodeurs/article/2017/05/07/le-second-tour-de-la-presidentielle-2017-en-8-chiffres_5123931_4355770.html.
- Verón, Eliseo. “La palabra adversativa. Observaciones sobre la enunciación política”. En *El discurso político*, 13–27. Buenos Aires: Hachette, 1987.
- Vilas, Carlos M. “El populismo latinoamericano : un enfoque estructural”. *Desarrollo Económico* 28, núm. 111 (1988): 323–52. <https://www.jstor.org/stable/3466951>.
- Weekend, 20. *Entretien avec Nicolas Sarkozy -7 octobre*. France: France 2, 2006.

- Weyland, Kurt. "Clarifying a Contested Concept : Populism in the Study of Latin American Politics". *Comparative Politics* 34, núm. 1 (2001): 1–22.
- . "Populism: A Political-Strategic Approach". En *The Oxford Handbook of Populism*, editado por Pierre Ostiguy Cristóbal Rovira Kaltwasser, Paul Taggart, Paulina Ochoa Espejo, 48–72. Oxford: Oxford University Press, 2017.
- White, Hayden. *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica, 1992.
- Wieviorka, Michel. *Le Front national, entre extrémisme, populisme et démocratie*. Paris: Maison des Sciences de l'Homme, 2013.
- Wilson, Frank L. "The French Left and the Elections of 1968". *Cambridge University Press* 21, núm. 4 (1969): 539–74.
- Winock, Michel, ed. *Histoire de l'extrême droite en France*. Paris: Seuil, 2015.
- Žižek, Slavoj. *Violence*. New York: Picador, 2008.